

Biblioteca Pensamiento
—Crítico Venezolano—



El laberinto de los tres minotauros



J.M. Briceño Guerrero



BIBLIOTECA
J.M. BRICEÑO GUERRERO



BIBLIOTECA
BRICEÑO GUERRERO

*El laberinto
de los
tres minotauros*

BIBLIOTECA
BRICEÑO GUERRERO

*El laberinto
de los
tres minotauros*



J.M. Briceño Guerrero

República Bolivariana de Venezuela

Monte Ávila



Editores Latinoamericana CA

Colección al cuidado de José Gregorio Vázquez

1ª edición, Colección Estudios Monte Ávila Editores, 1994

1ª edición en Biblioteca J.M. Briceño Guerrero, Monte Ávila Editores, 2014

DISEÑO DE COLECCIÓN Y DIAGRAMACIÓN

Reinaldo Acosta V.

MONTAJE DE PORTADA

Henry M. González

CORRECCIÓN

Wilfredo Cabrera

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 1969

Apartado Postal 1040, Caracas, Venezuela

Telefax (0212) 485.0444

www.monteavila.gob.ve

© J.M. Briceño Guerrero

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal N° lf50020148003075

ISBN 978-980-01-1999-0

Prólogo
Los tres discursos de fondo
del pensamiento latinoamericano

Tres grandes discursos de fondo gobiernan el pensamiento americano. Así lo muestran la historia de las ideas, la observación del devenir político y el examen de la creatividad artística.

Por una parte el discurso europeo segundo, importado desde fines del siglo dieciocho, estructurado mediante el uso de la razón segunda y sus resultados en ciencia y técnica, animado por la posibilidad del cambio social deliberado y planificado hacia la vigencia de los derechos humanos para la totalidad de la población, expresado tanto en el texto de las constituciones como en los programas de acción política de los partidos y las concepciones científicas del hombre con su secuela de manipulación colectiva, potenciado verbalmente con el auge teórico de los diversos positivismos, tecnocracias y socialismos con su alboroto doctrinario en movimientos civiles o militares o paramilitares de declarada intención revolucionaria. Sus palabras clave en el siglo pasado fueron modernidad y progreso. Su palabra clave en nuestro tiempo es desarrollo. Ese discurso sirve de pantalla de proyección para aspiraciones ciertas de grandes sectores de la población y del psiquismo colectivo, pero también sirve de vehículo ideológico para la intervención de las grandes potencias políticas e industriales del mundo en esa área y es, en parte, resultado de esa intervención;

sólo en parte, pues responde también, poderosamente, a la identificación americana con la Europa segunda.

Por otra parte, el discurso cristiano-hispánico o discurso mantuano heredado de la España imperial, en su versión americana característica de los criollos y del sistema colonial español. Este discurso afirma, en lo espiritual, la trascendencia del hombre, su pertenencia parcial a un mundo de valores metacósmicos, su comunicación con lo divino a través de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, su ambigua lucha entre los intereses transitorios y la salvación eterna, entre su precaria ciudadela terrestre y el firme palacio de múltiples mansiones celestiales. Pero en lo material está ligado a un sistema social de nobleza heredada, jerarquía y privilegio que en América encontró justificación teórica como *paideia* y en la práctica sólo dejó como vía de ascenso socioeconómico la remota y ardua tarea del blanqueamiento racial y la occidentalización cultural a través del mestizaje y la educación, doble vía simultánea de lentitud exasperante, sembrada de obstáculos legales y prejuicios escalonados. Pero si el acceso a la igualdad con los criollos quedaba, en la práctica, cerrado para las grandes mayorías, el discurso en cambio se afianzó durante los siglos de colonia y pervive con fuerza silenciosa en el período republicano hasta nuestros días, estructurando las aspiraciones y ambiciones en torno a la búsqueda personal y familiar o clánica de privilegios, noble ociosidad, filiación y no mérito, sobre relaciones señoriales de lealtad y protección, gracia y no función, territorio con peaje y no servicio oficial aun en los niveles limítrofes del poder. Supervivencia del *ethos* mantuano en mil formas nuevas y extendidas a toda la población.

En tercer lugar el discurso salvaje; albacea de la herida producida en las culturas precolombinas de América por la derrota a manos de los conquistadores y en las culturas africanas por el pasivo traslado a América en esclavitud, albacea también de los resentimientos producidos en los pardos por la relegación a larguísimo

plazo de sus anhelos de superación. Pero portador igualmente de la nostalgia por formas de vida no europeas no occidentales, conservador de horizontes culturales aparentemente cerrados por la imposición de Europa en América. Para este discurso tanto lo occidental hispánico como la segunda Europa son ajenos y extraños, extratificaciones de la opresión, representantes de una alteridad inasimilable en cuyo seno sobrevive en sumisión aparente, rebeldía ocasional, astucia permanente y oscura nostalgia.

Estos tres discursos de fondo están presentes en todo americano, aunque con diferente intensidad según los estratos sociales, los lugares, los niveles del psiquismo, las edades y los momentos del día.

El discurso europeo segundo gobierna sobre todo las declaraciones oficiales, los pensamientos y palabras que expresan concepciones sobre el universo y la sociedad, proyectos de gobierno de mandatarios y partidos, doctrinas y programas de los revolucionarios.

El discurso mantuano gobierna sobre todo la conducta individual y las relaciones de filiación, así como el sentido de dignidad, honor, grandeza y felicidad.

El discurso salvaje se asienta en la más íntima afectividad y relativiza a los otros dos, poniéndose de manifiesto en el sentido del humor, en la embriaguez y en un cierto desprecio secreto por todo lo que se piensa, se dice y se hace, tanto así que la amistad más auténtica no está basada en el compartir de ideales o de intereses, sino en la comunión con un sutil oprobio, sentido como inherente a la condición de americano.

Es fácil ver que estos tres discursos se interpenetran, se parasitan, se obstaculizan mutuamente en un combate trágico donde no existe la victoria y producen para América dos consecuencias lamentables en grado sumo.

La primera de orden práctico: ninguno de los tres discursos logra gobernar la vida pública hasta el punto de poder dirigirla hacia formas coherentes y exitosas de organización, pero cada uno es suficientemente fuerte para frustrar a los otros dos, y los tres son mutuamente

inconciliables e irreconciliables. Entre tanto, las circunstancias internacionales del mundo tienden, por una parte, a reforzar el discurso europeo segundo y prestan altavoz al clamor de desarrollo acelerado hacia un orden racional segundo apoyado por la ciencia y la técnica, pero el discurso mantuano se esconde detrás del discurso europeo segundo y negocia su continuidad con intereses de las grandes potencias beneficiadas por ese estado de cosas, mientras el discurso salvaje corroe todos los proyectos y se lamenta complacido.

La otra consecuencia es de orden teórico: no se logra formar centros permanentes de pensamiento, de conocimiento y de reflexión. Los investigadores y pensadores de América, o bien se identifican con la Europa segunda de tal manera que su trabajo se convierte en agencia local de centros ubicados en poderosos países exteriores al área, o bien se consumen en actividades políticas gobernadas por el discurso mantuano; o bien ceden al impulso poético verbalista del discurso salvaje. Los esfuerzos científicos de las universidades se desvirtúan en intrigas mantuanas; las anacrónicas intrigas mantuanas no logran hacer contacto con lo real extraclásico más allá de lo necesario para sobrevivir; un cierto nihilismo caotizante impide la continuidad de los esfuerzos, y el conjunto de la situación aleja al americano de la toma de conciencia integral de sí mismo, de su realidad social, de su puesto en el mundo, de tal manera que mucho menos se enfrenta nunca auténticamente a los problemas que el universo en general, la condición humana en general, plantean al hombre despierto.

Ante este panorama de discursos en guerra, sin victoria, sólo queda, en la perspectiva del presente, el escalofrío estético catártico que produce la contemplación de una tragedia, y, en la perspectiva del futuro, el genocidio tecnocrático o la esperanza de una catástrofe planetaria que permita comenzar de nuevo algún antiguo juego.

J.M. Briceño Guerrero



*La identificación americana
con la Europa segunda*



Introducción

Mis estudios del pensamiento latinoamericano me han permitido comprobar la existencia de actitudes o posturas fundamentales que determinan la interpretación de la realidad social, la fijación de metas y el despliegue de programas de acción.

En este trabajo me he propuesto la tarea de analizar y describir una de esas actitudes o posturas fundamentales: la mentada en el título.

El trabajo está dividido en dos partes. La primera se ocupa de identificar la Europa segunda mediante el señalamiento de sus rasgos específicos y la reconstrucción de su *Weltanschauung*. La segunda intenta seguir las líneas de pensamiento y acción características de los que, en Latinoamérica, se han identificado con la Europa segunda.

Uso con frecuencia la primera persona del plural —sobre todo en la segunda parte— no sólo por razones estilísticas, sino también porque en todos nosotros se manifiesta esa actitud de alguna manera, con mayor o menor fuerza y perseverancia, al lado de las otras posturas preteóricas que analizaré en otros trabajos.

Si en algunos momentos llegara a notar el lector rasgos caricaturescos y un cierto tono de ironía, debo aclarar que ese efecto no es ajeno a mi intención; más bien revela la presencia de otras actitudes y, rudimentariamente, prefigura su análisis.

No se trata primariamente de un estudio bibliográfico, sino de un ensayo de comprensión que remite a su secreta unidad corrientes de pensamiento diversas y hasta antagónicas. Veo esa unidad en una de las identificaciones que marcan nuestra vida intelectual desde fines del siglo XVIII.

J.M.B.G.

Mérida, enero 1977

I. Identificación de la Europa segunda

1. Afirmación inicial

Al observarnos a nosotros mismos para reconocernos y saber quiénes somos, salta a la vista que somos europeos.

Lengua y vestido, religión y arquitectura, arte e instituciones políticas, escuela y cementerio dan testimonio inequívoco de nuestra pertenencia al ámbito cultural europeo.

No tartamudeamos lenguas bárbaras, ni nos visten complicados trapos multicolores ni taparrabos con portapene; no adoramos volcanes ni gurúes ni construimos bohíos; no labramos figuras mágicas en el mango de instrumentos primitivos de pesca y nunca hemos soportado pasivamente gobiernos despóticos; no damos de comer a los muertos ni dejamos a los niños sin educación sistemática. Todos estos fenómenos se presentan entre nosotros —es cierto—, pero en forma marginal y no nos caracterizan; nos caracterizan la indignación ante ellos y la voluntad europea de erradicarlos.

Para comulgar con nuestra esencia, para sentir el aflujo de savia que nos alimenta, para comprender nuestros gestos y ademanes, para asumir lúcidamente nuestro destino, debemos cobrar conciencia de lo que es Europa, de lo que significa para el mundo, pues somos lo que ella es y significamos lo que ella significa.

2. Razón contra tradición

Si tuviéramos que resumir a Europa en tres palabras, diríamos *razón contra tradición*. Afortunadamente no estamos obligados a tan extrema concisión. Sin embargo, las tres palabras proporcionan una simplificación referencial para el inicio de una compleja discusión. Quede claro que la razón, en un sentido que explicaremos, ocupa un lugar especial en Europa y la distingue y la individualiza y la eleva y la convierte en maestra y guía de la humanidad. No queremos contraponer un haber humano universal, de carácter genético y específico: la razón, a un haber cultural variable, de carácter contingente e histórico: la tradición. No queremos decir que en Europa la razón se opone a la tradición, como si ésta fuera irracional y aquélla se mantuviera en una dimensión acrónica y atópica desde la cual hiciera incursiones en el quehacer temporal y espacial de los hombres.

Tal aseveración implicaría que, en Europa, el hombre como

ζῷον λόγον ἔχον

se opone al hombre como

ζῷον πολιτικόν

pues ejerce su humanidad con énfasis preponderante en la razón, y dejaría entrever que fuera de Europa ocurre lo contrario.

Veamos más de cerca estas dos definiciones griegas del hombre. La primera,

ἄνθρωπος ζῷον λόγον ἔχον

significa: el hombre es un viviente que construye su mundo y su conducta mediante el uso del lenguaje y del pensamiento, los cuales lo definen de manera esencial y específica. La segunda,

ἄνθρωπος ζῶον πολιτικόν

significa: el hombre es un viviente que despliega su ser en un devenir necesariamente social, cultural, histórico.

Las dos definiciones no son excluyentes sino complementarias y conjuntamente válidas para todos los pueblos, europeos y no europeos. Ya pasó el tiempo en que podía hablarse alegremente de hombres primitivos, de mentalidad prelógica, de salvajes no iluminados por la luz de la razón. Después de un siglo de etnología sabemos que toda cultura está presidida por una racionalidad indiscutible. La arquitectura geométrica de toda lengua, el rigor taxonómico del parentesco, los exhaustivos sistemas clasificatorios, la estructuración de los valores, y la coherencia de todos esos aspectos en un todo unitario, son hechos que prueban, más allá de toda duda, la omnipresencia de la racionalidad en todos los pueblos.

La forma en que se articula la racionalidad varía de pueblo a pueblo y, en un mismo pueblo, a lo largo del tiempo, pero en todos está presente siempre.

Heredamos razón y tradición sin poder separarlas. La razón es el esqueleto de la tradición. ¿Cómo puede entonces oponerse, en Europa, la razón a la tradición? ¿Puede el esqueleto enemistarse con el resto del cuerpo?

3. Razón segunda y nivel teórico

No. No nos referimos a la razón en ese sentido de la palabra. Nos referimos a una razón segunda que consiste, para comenzar, en una toma de conciencia de la razón primera.

La razón primera está presente de manera *implícita* en el hacer, el hablar y el pensar de todo hombre; pero en Europa, a partir de los griegos, se produjo una toma de conciencia de las estructuras racionales. El descubrimiento produjo asombro; ese asombro griego que no se manifiesta ante lo extraordinario, sino ante lo

ordinario y lo obvio. Nada más ordinario y obvio que el ejercicio de la razón; nada más extraordinario y desviado que su tematización. Al enfocar la razón y convertirla en tema de reflexión, el griego se aparta de la dirección espontánea de su vida. El mundo de lo que aparece, de lo que sucede, de lo que se hace, queda puesto entre paréntesis, suspendido, mientras la atención se dirige, deslumbrada, a lo más corriente, a lo que siempre está ahí y es común a todos, pero de lo cual nadie parece darse cuenta: la razón.

La mayoría, si acaso tiene esta experiencia, no se detiene en ella y vive la razón sin advertirla, al igual que camina sin advertir el esqueleto, como lo dijo Heráclito para siempre desde su arrogante soledad, con amargo desprecio:

τοῦ δε λόγου τοῦδ' εὐόντοζ αἰεὶ ἀξύνετοι γίνονται
ἄνθρωποι καὶ πρόσθεν ἢ ἀκοῦσαι καὶ ἀκούσαντες τὸ
πρῶτον· τοῦ λόγου δ' εὐόντοζ ξυνοῦ ζώουσιν οἱ πολλοὶ
ὥς ἰδίαν ξχοντες φρόνησιν¹.

Al uso espontáneo, silvestre, natural de la razón común a todos los hombres, se agregó una consideración deliberada, intencional, reflexiva de la misma por parte de sólo algunos hombres, o más precisamente: algunos griegos, que de esa manera se convirtieron en ancestros de Europa.

Sostenidos en vilo por el asombro, los griegos mucho antes de Sócrates, Platón y Aristóteles comenzaron una crítica de la razón pura; no con la técnica ni los resultados de Kant, pero sí en un sentido claramente kantiano (análisis e inventario de las formas *a priori* del conocimiento) y con técnicas y resultados análogos a los de Kant. Dicho de manera inversa y más correcta: Kant continuó una empresa iniciada por los presocráticos.

1 Heráclito (B 1.2) citado en Walter Kranz, *Vorsokratische Denker*, Weidmannsche Verlagsbuchhandlung, Berlín, 1949, p. 66.

Así se fue constituyendo un nivel teórico y verbal donde se hacían patentes las formas del pensamiento, del lenguaje y de la acción. De la geometría para medir terrenos se pasa a la geometría como descripción de las figuras de dos dimensiones en un plano, con atención expresa a las leyes que rigen sus relaciones y las hipótesis que les sirven de fundamento². De la aritmética como instrumento de cálculo se pasa a la aritmética como teoría de los números y de sus relaciones³.

4. Modelos teóricos

Después de la constitución de esa dimensión teórica, en la cual es posible considerar las formas racionales, separadas de los objetos, palabras y actos donde se encuentran implícitas, también resulta posible el operar con ellas, experimentar, averiguar la nomicidad que les es propia, articularlas en combinaciones nuevas, diferentes de aquellas en que se dan al descubrirlas. La dimensión teórica se convierte en una dimensión lúdica, de gran valor heurístico y sistemático, por no estar al servicio directo de la realidad sensorial.

Ante esta actividad nueva en el quehacer humano, los muchos, entonces como ahora, tuvieron la impresión avasallante de que se encontraban ante algo superfluo y ocioso⁴.

Y no es que la experimentación haya sido jamás ajena al hombre. La agricultura, la domesticación de animales, los tejidos y la alfarería (condición indispensable de la metalurgia), para no hablar sino

2 James R. Newman, *El mundo de las matemáticas* (2ª ed.), Grijalbo, Barcelona, 1974, Tomo 1, pp. 7-11.

3 *Ibíd.*

4 Heráclito llamaba *los muchos* a la mayoría de los griegos libres, para enfatizar su condición de mediocridad.

sólo de la revolución neolítica, fueron, sin duda, el fruto de agudas observaciones y audaces ensayos repetidos con tenacidad después de los fracasos. Se sabe por ejemplo que el maíz y el trigo no son cereales silvestres, sino el producto artificial de innumerables selecciones deliberadas⁵.

Pero los experimentos de esos hombres neolíticos tenían sentido para los muchos; eran comprensibles en función de las necesidades prácticas que tendían a satisfacer. No así la manipulación teórica de formas racionales puras; sobre todo al considerar sus primeras manifestaciones sociales de carácter erístico. En efecto, el juego con las formas del discurso y los pasos del razonamiento, tal como fue practicado por los sofistas, no parecía beneficiar sino a los demagogos, embaucadores y charlatanes. Sin embargo, hay un elemento en la sofística que trasciende los mezquinos intereses de los litigantes: el goce lúdico de ejercer una libertad recién adquirida, la libertad de manejar formas racionales explícitas desnudadas de su encarnación concreta en el quehacer rutinario; goce combinatorio que se desborda en las escuelas medievales de lógica, chispea en los círculos de Lulio, resplandece en el sueño leibniziano de una *characteristica universalis*; goce anticipatorio que nos seduce, más allá de los cerebros electrónicos, con la promesa de que todo puede ser diferente para cumplir la aspiración de Omar Khayyam, acechante en todos nosotros:

Ah Love! Could you and I with Him conspire
To grasp this whole scheme of things entire,
Would we not shatter it to bits — and then
remould it closer to the heart's desire?⁶

5 Ver Claude Lévi-Strauss, *La pensée sauvage*, Plon, París, 1962, pp. 22-23.

6 Omar Khayyam, *Rubaiyat* (Traducción de Edward Fitzgerald), Padideh, Tehran, 1976.

Pero al goce lúdico se alió desde un principio el intento de formular y responder, en la nueva dimensión, las grandes preguntas acerca del todo, el origen y el fin.

Estas preguntas son universales: están implícitas, al igual que las variadas y múltiples respuestas, en los sistemas mitológicos y rituales; pervaden la cotidianidad y dan sentido a los más íntimos actos apotropeicos. Pero en Grecia comenzaron a formularse expresamente como problema teórico y dieron lugar a la construcción de modelos del universo. Este plural, *modelos*, es significativo: el lenguaje mítico expresa por lo general un solo modelo del universo, un modelo que es, además, inmutable.

Antes de insistir sobre la importancia de este plural, queremos señalar que están desligados del resto de los contenidos culturales o que, al menos, tienden a desligarse de ellos. Algunos proceden, sin duda, de la tradición mítica, pero en ellos esta tradición se nos aparece transfigurada porque su expresión se vuelve conceptual y aspira conscientemente, por una parte, a ser coherente y, por la otra, a dar cuenta de todos los fenómenos del mundo, de tal manera que sea posible examinar la armonía de las relaciones entre sus elementos y la correspondencia representativa con la totalidad de los fenómenos. Piden crítica, y el propio origen, el hecho de haber sido contruidos deliberadamente, los expone a ella, la incita, la desafía.

El lenguaje en que se formulan esos modelos no goza de la protección de lo sagrado, ningún tabú lo defiende, y cualquiera, por la sola virtud del pensar, puede ponerlos impunemente en tela de juicio y proponer otro⁷.

Son pues varios, de ahí el plural, y progresivamente van perdiendo la pretensión de inmutabilidad e invulnerabilidad que pudieran haber tenido en un principio y van adquiriendo simultáneamente el carácter de sistemas descriptivos y explicativos provisionales⁸.

7 Cf. Pedro Ouspensky, *Tertium Organum*, Sol, México, 1950, pp. 245-260.

8 Para una tipología del pensamiento mítico y su evolución en modelos no míticos ver Ernst Topitsch, *Von Ursprung und Ende der Metaphysik*, Springer-Verlag, Viena, 1958, pp. 8-35.

Al pasar del mito a la dimensión teórica, se hacen cambiantes y móviles según el aumento de las exigencias formales y el acopio de nuevas observaciones. Pronto se pierde la conexión con el mito.

Desde Tales de Mileto hasta nuestros días se van sucediendo unos a otros por modificación progresiva o por sustitución fundamental, al par que se refinan y sutilizan en su capacidad representativa, su poder etiológico y su compulsión heurística.

5. Desmitificación y desacralización

A estas alturas comenzamos a ver el distanciamiento que se va produciendo entre la dimensión teórica, la razón segunda por una parte y la tradición con su razón primera por la otra: la construcción de modelos teóricos con la pretensión de describir y explicar la realidad se distancia de la descripción y explicación contenidas en el mito.

Los modelos teóricos de nuevo cuño (decimos de nuevo cuño en obsequio de los que quieran ver también en el mito un modelo teórico) conllevan la desmitificación de la naturaleza, desacralizan toda experiencia. Esta función desmitificante y desacralizante se patentiza cada vez con mayor claridad hasta llegar a la crítica abierta de las descripciones y explicaciones tradicionales.

Sobre el sistema de Pitágoras, por ejemplo, sabemos que los números, además de su valor puramente intelectual, tenían un carácter sagrado en cuanto formas esenciales venerables; pero el papel de la fantasía, del sentimiento y la emoción disminuye a medida que la dimensión teórica se va purificando de la contaminación religiosa hasta llegar al dogma de la objetividad.

6. Lo natural como ajeno

Además, lo subjetivo personal se considera factor de perturbación al que es necesario separar del ejercicio teórico cuyo operario

es un sujeto universal ajeno a los accidentes de la vida individual. Estos influyen siempre en alguna medida, pero su influencia es lamentable y vitanda.

Una de las formas más tenaces de descripción y explicación del universo es la que consiste en humanizar la naturaleza y naturalizar al hombre. Habría dos mundos análogos, uno grande y el otro pequeño, el macrocosmos y el microcosmos; en la medida en que se conoce a sí mismo, el hombre se proyecta a la naturaleza y la interpreta como un gigantesco superhombre unido a él por un sistema exhaustivo de correspondencias; en la medida en que conoce la naturaleza, la introyecta para explicar sus acciones como parte de un determinismo físico. La humanización de las leyes naturales, antropomorfismo, y la naturalización de las acciones humanas, fisiomorfismo, dan lugar a la religión y a la magia respectivamente⁹.

La actitud específica que preside la dimensión teórica de la razón segunda abandona los supuestos de esa concepción y tiende a socavarlos. El hombre, en tanto investigador y razonador del mundo y de sí mismo, no debe suponer nada; es consciente en medio de lo desconocido y lo desconocido lo incluye a él mismo en cuanto no consciente y no comprendido. Lo desconocido es lo otro, lo ajeno, lo extraño; el sentirlo y formularlo como propio, íntimo, familiar es un recurso mítico, infantil, poético.

Mes étoiles au loin avaient un doux frou-frou...¹⁰

7. *El método y el lenguaje*

Se destruye así el *tú* en la naturaleza y se sustituye por un *ello* que ha de ser penetrado por el conocimiento teórico propio de la razón segunda.

⁹ Ver Claude Lévi-Strauss, ob. cit., pp. 292-293.

¹⁰ Arthur Rimbaud, *Oeuvres*, Garnier Freres, París, 1960, p. 81.

Los fenómenos observados deben ser traspuestos a parámetros establecidos para posibilitar la medida y la cuantificación. La observación no debe ser perturbada por la esperanza ni por el temor, sino dirigida por la voluntad de registrar lo que realmente es y lo que realmente ocurre. Los sistemas de descripción y medida deben posibilitar la observación controlada y en especial una de sus formas más fructíferas: la experimentación.

Los resultados deben ser verificados y estar abiertos siempre a la verificación.

Métodos rigurosamente diseñados y evaluables en cuanto al rendimiento deben estructurar limpiamente las tres fases de la industria cognoscitiva: la heurística, la etiológica y la sistemática.

El conocimiento así adquirido posibilita la predicción de los fenómenos y ¡atención! El diseño y la ejecución eficiente de operaciones manipulatorias.

La discusión de opiniones contrapuestas en un mundo desacralizado y la manía de exactitud condujeron a la formulación de un nuevo concepto de verdad. La verdad no es más una revelación de origen sobrehumano consagrada por la tradición, sino una cualidad de los modelos teóricos. Un modelo teórico es verdadero en función de la coherencia de sus proposiciones entre sí y la correspondencia con los contenidos trascendentes a los cuales se refiere.

Se hace necesario, por una parte, agudizar la observación mediante la ampliación y magnificación de los instrumentos de conocimiento sensorial, y mediante el perfeccionamiento de los sistemas métricos. De ahí la cadena de inventos que va de la lupa al microscopio electrónico, de los zigurats a los radiotelescopios, de las parasangas a los parsecs, del pie al vernier.

Se hace necesario, por otra parte, ajustar el sistema de proposiciones para que no dé lugar a contradicciones. De las primeras reflexiones sobre el razonamiento correcto parte un camino que llega hasta la lógica matemática.

Estas dos vertientes de la verdad han sido escaladas con velocidad desigual; la una o la otra resultó más interesante y fue causa de mayores esfuerzos y logros según las épocas; pero simultáneamente, en todo caso, se sintió que el lenguaje ordinario no era adecuado para formular los crecientes conocimientos producidos en la búsqueda de la verdad, ni permitía velar eficazmente por el mantenimiento de la doble cualidad a que aspiran los modelos teóricos: correspondencia y coherencia.

En efecto, el lenguaje ordinario sirve adecuadamente para las necesidades ordinarias de expresión, coordinación y comunicación; pero las empresas de la dimensión teórica no son ordinarias; el asombro renovado por emergentes perplejidades, aquilata la acribia conceptual y exige minucioso refinamiento en las formulaciones. El lenguaje corriente no puede seguir ese paso, cojea, se retuerce, gime, amenaza con desbaratarse. En el nivel teórico se fabrican definiciones rigurosas para ciertas palabras con el objeto de evitar la confusión semántica y fijar los resultados obtenidos al abrigo de tropos y juegos retóricos hasta constituir sistemas terminológicos propios de cada disciplina¹¹. La terminología matemática con su poderosa pobreza unidimensional, es primera y paradigmática.

Al lenguaje corriente, históricamente constituido, instrumento de la tradición, se opone el lenguaje técnico artificial y deliberadamente constituido, instrumento de la razón segunda.

8. La empresa científica

Una de las empresas teóricas más ambiciosas y más características es la que intenta agotar la representación de lo real.

Cuando la razón es inconsciente de sí misma y está sumergida como estructura en las culturas silvestres, los pueblos cuentan con

11 Ver J.M. Briceño Guerrero, *América Latina en el mundo*, Editorial Arte, Caracas, 1965, pp. 63-105.

clasificaciones que destacan los entes ligados a la vida de la comunidad y dejan a los demás en desenfocadas categorías de fondo¹².

Las plantas alimenticias, venenosas, ornamentales, textiles, maderables, mágicas son bien conocidas y están relacionadas con la totalidad de los contenidos culturales en la coherente trama de la razón primera. Las demás plantas son monte.

Los animales domesticados por su utilidad como proveedores de alimento y vestido, como bestias de carga y transporte, como guardianes, como fuente de entretenimiento; los animales temidos por su probada peligrosidad; los animales sagrados y mágicos son bien conocidos y están relacionados con la totalidad de los contenidos culturales en la coherente trama de la razón primera. Los demás animales son bichos.

El sol y la luna, algunos planetas y ciertas configuraciones estelares son objeto de especial atención y se integran con diversas cargas míticas y afectivas a la totalidad de los contenidos culturales en la coherente trama de la razón primera; los demás astros son luceros regados con puesto secundario en las mitologías.

Algo similar pudiéramos decir sobre las piedras y los sentimientos, los sonidos y las enfermedades, los colores y los meteoros.

Así ocurre que los entes destacados por el enfoque de una cultura no coinciden con los de otras y de ahí la pluralidad de mundos culturales, generadora de incomunicación entre los hombres.

En Europa, en cambio, la razón se vuelve consciente de sí misma, se libera de la servidumbre pragmática, se depura hasta presentar sus formas y operaciones esenciales, de tal manera que, cuando retorna al mundo empírico, ya no puede ser atrapada por las concreciones históricas particulares; antes por el contrario, puede intentar con derecho, e intenta en efecto, construir sistemas universales de referencia por encima de las racionalidades propias de cada cultura.

¹² La imagen quiere ser fotográfica.

En cada cultura la razón primera articula el mundo de manera peculiar y esta manera es para sus integrantes *la manera* verdaderamente correcta, justa, racional; ante ella, las demás maneras aparecen equivocadas, bárbaras, amenazantes, inferiores. Sin embargo todas resultan de una perspectiva interesada.

No así los trabajos de la razón segunda: la botánica quiere describir, clasificar y nombrar toda especie vegetal; la zoología quiere describir, clasificar y nombrar toda especie animal; la astronomía quiere describir, clasificar y nombrar todo astro... La razón segunda ha dividido el mundo en sectores para su mejor estudio y cada disciplina aspira a representar exhaustivamente su sector. Los resultados obtenidos tienen validez universal porque surgen primariamente de la óptica intemporal de la razón, y sólo secundariamente en cuestiones de oportunidad, ocasión y estímulo dependen de circunstancias históricas. La óptica que da origen al conocimiento silvestre es, en cambio, ella misma contingente, transitoria, mediada por perspectivas etnocéntricas.

9. La tradición segunda

Es importante, importantísimo, observar que la dimensión teórica universal comenzó a manifestarse en el seno de un pueblo constituido por estructuras mágico-religiosas de carácter etnocéntrico. Las circunstancias que rodearon tan trascendente logofanía han sido estudiadas minuciosamente, pero no se ha llegado a precisar cuáles fueron sus condiciones de posibilidad, de tal manera que suele hablarse del *milagro griego* casi en el sentido de *pueblo escogido*.

Lo cierto es que el naciente logos hubo de luchar contra circunstancias adversas, confundió en temprana edad a los grandes sacerdotes de la tradición y hubo de refugiarse en Egipto (Alejandría), actuó como fermento durante siglos en la masa de pueblos bárbaros de Europa y sus invasores, renació triunfalmente al fin de la Edad Media para crecer aceleradamente hasta expandirse por toda la tierra.

Podemos hablar de una tradición segunda originada por la razón segunda e imbricada progresivamente en la tradición primera, criticándola, modificándola, orientándola, contradiciéndola, desarticulándola para sustituirla. La Europa primera, la de mitos y ritos, la de Belenus y Odín, la de árboles en guerra, la de gnomos y valquirias, la de druidas y vates, fue invadida gradualmente por una Europa segunda que salía de las cortes, de los monasterios, de las escuelas. La educación sistemática avanzada pasó de ser cosa de élites a ser popular. Paradójicamente la primera conquista de Europa fue Europa aunque sobrevivan costumbres y supersticiones, palabras y cosas prehelénicas, prerromanas, precristianas.

La Europa segunda es universal aunque no haya desplazado totalmente a la Europa primera que todavía la contamina; vale decir: la tradición segunda es universal y puede llegar por la educación a cualquier pueblo del mundo, aunque la tradición primera de Europa la contamina todavía y aunque las tradiciones primeras de los otros pueblos le opongan resistencia todavía; vale decir: la razón segunda es universal porque se desliga de sus concreciones particulares en cada pueblo, se separa de las racionalidades congeladas en cada cultura y hace posible una cultura común para la humanidad, sustentada en lo común para todos que es el logos.

En el lenguaje corriente suele llamarse cultura a la europea segunda, a la basada en la razón segunda, a la de cuño académico; y tradición sólo a la tradición primera de cada pueblo. Esto pudiera interpretarse como un reconocimiento universal de la universalidad de la razón segunda. La cultura fundamentada en la razón segunda da lugar a un nivel superior ante el cual todas las culturas silvestres quedan en el mismo plano, toman conciencia de su etnocentrismo contingente y aspiran a la universalidad.

En el lenguaje corriente funciona una especie de navaja de Occam automática y espontánea¹³ que simplifica lo complejo para

¹³ *Etiam praeter necessitatem non sunt multiplicanda.*

reducirlo a lo más importante. Distinciones que la navaja de Occam en su sentido propio no tocaría debido a su necesidad lógica, son cortadas por su doble automático en el habla cotidiana. Así se explica que las distinciones introducidas por nosotros entre razón primera y razón segunda, Europa primera y Europa segunda, tradición primera y tradición segunda, cultura primera y cultura segunda, queden reducidas en el lenguaje ordinario a expresiones como civilización contra barbarie, conocimiento científico contra conocimiento vulgar, *razón contra tradición*.

Sin embargo, es posible que esta última expresión no sea una sobresimplificación del estado de cosas. Síntomas que examinaremos más tarde nos inclinan a no descartar la posibilidad de que todos los pueblos del mundo —no sus intelectuales— hayan comprendido muy bien todo esto y lo hayan reducido a su expresión mínima por imperativos de economía verbal.

10. *Papel del cristianismo*

Muchos han visto en el cristianismo una fuerza conservadora de la tradición primera y opuesta a la explicitación de las formas racionales y a su uso en la ampliación y aplicación del conocimiento. No otra cosa se colige de la afirmación del dogma, la supresión de la libertad de pensamiento y la persecución encarnizada contra investigadores, descubridores e inventores en la medida en que éstos obtenían resultados no compatibles con el sistema de pensamiento oficial. Este modo de ver se apoya en hechos innegables, de sobra conocidos; es, sin embargo, parcial, porque otros hechos igualmente innegables aunque no tan a menudo observados revelan un estado de cosas complejo que reclama consideración más adecuada.

El cristianismo es, desde su inicio, una religión monoteísta con un dios trascendente que hizo el mundo (*creatio ex nihilo*) y, a pesar de los milagros y otras intervenciones providenciales, lo deja funcionar de

acuerdo a leyes dictadas una vez para siempre (causas segundas). Esto permite, en principio que se pueda tomar conciencia de las leyes del intelecto y de la naturaleza sin faltar el respeto a la divinidad y sin temer bruscos cambios en la estructura de los fenómenos físicos y mentales. Antes por el contrario, el conocimiento puede conducir a admirar el poder y la sabiduría del creador; y redundar así en su mayor gloria. Detrás de ese dios único está el principio cósmico de unidad, orden y estabilidad del universo, supuesto sin el cual no puede haber ciencia. Dios queda suprimido en la naturaleza; las criaturas dan testimonio de la divinidad, pero no son divinidades. En las otras religiones, por el contrario, la multitud de dioses en guerra y su continua presencia e intervención en todas las cosas hace que cualquier acto imprudente del hombre —en circunstancias cósmicas donde la prudencia nunca deja de ser precaria— corra peligro de antagonizar, ofender, encolerizar a alguna divinidad.

El dios cristiano no tiene instintos, emociones negativas ni pasiones; los atributos humanos que lo adornan son la inteligencia, la voluntad y el amor, que, como selección para-digmática, son muy significativos.

Además, el cristianismo, aliado con el Imperio, reprimió, suprimió, desplazó, sustituyó o absorbió las diversas religiones y los varios sistemas de magia de la Europa primera hasta crear un campo mítico-ritual unificado y común. La unidad y comunidad de creencias facilita enormemente la comunicación y condiciona para empresas y logros comunes. La abigarrada heterogeneidad espiritual de la Europa primera dio paso, gracias al cristianismo, a la homogeneidad fundamental que alimenta los ideales de la Europa segunda.

Por otra parte, no se concibe como religión de un pueblo, ni siquiera de un continente, sino como religión de la humanidad. Su vocación ecuménica se parece a la vocación ecuménica de la dimensión teórica. Y no se trata sólo de una semejanza en cuanto a la pretensión de universalidad, con todo lo que eso tiene de trascendental. Es más. Nadie ignora que la religión cristiana se alió al

pensamiento griego y utilizó para sus escrituras sagradas originales —hecho no despreciable— la lengua griega.

Por influencia del pensamiento griego, se intelectualizó y construyó en consecuencia, sobre los dogmas de la fe, un edificio teórico complejo y coherente para dar cuenta del universo, del principio y el fin, del sentido de la historia, del valor de las prácticas y ritos, de la necesidad de la jerarquía eclesiástica, de su misión universal.

Al actuar así, entró en el juego de los modelos teóricos; hizo su casa sobre la piedra de la fe, pero con materiales y técnicas de la razón segunda. Y no hay nada en el mundo que pueda impedir que un sistema racional artificial, hecho por hombres sea cuestionado, puesto en tela de juicio, rechazado por otros hombres cuando su sintaxis y su semántica no son invulnerables a la contradicción y a la novedad empírica respectivamente. No hay, no puede haber, suficientes ejércitos, ni suficientes tribunales, ni suficientes cámaras de tortura, ni suficientes patíbulos, ni suficientes entretenimientos para mantener encadenada a largo plazo la razón segunda cuando ya se ha constituido la dimensión teórica.

No sorprende la separación de la Iglesia Ortodoxa, ni la Reforma, ni las renovaciones internas de cuño cientificista. Sorprende la unidad de fondo mantenida dentro de las variaciones que incluyen la Religión de la Humanidad (Comte), el Psicoanálisis y el Marxismo. ¿Se habrá formado, a partir del cristianismo primitivo, una religión segunda que acompaña a Europa en sus expansiones y terminará por abarcar *todo el planeta*?

11. La reflexión ético-política y la sociedad segunda

Tradicionalmente los pueblos creen, con silvestre ingenuidad, que su organización social, su sistema de instituciones, sus modos de producción, sus jerarquías, sus prácticas mágico-religiosas devinieron por voluntad divina, o surgieron por la sabiduría de legisladores y la

fuerza de héroes sobrehumanos. Los mitos dan cuenta del orden social, indican las potencias que lo legitiman y garantizan, prescriben las formas de mantenerlo. Una aureola sagrada lo rodea, ante él sólo puede experimentarse un sentimiento de reverencia y respeto similar al que produce el orden cósmico. El orden social es la forma humana del orden cósmico. La infracción de sus estatutos acarrea culpa. La deshonra, la enfermedad, la locura, la mala suerte, la muerte castigan al sacrílego; apenas le queda, en algunos casos, el recurso a ritos de purificación o actos de restitución permitidos.

Frente a todo esto, la constitución del nivel teórico propicia una reflexión nueva sobre el orden social. Los resultados de la observación de diferentes pueblos simultáneos y del mismo pueblo en diferentes tiempos: los resultados de comparar diversos sistemas de leyes; los resultados del trato comercial y bélico con hombres de lengua y atuendo sorprendente bajo el imperio de otros dioses; todos esos resultados, manipulados por la reflexión teórica, van causando la desmitificación y la desacralización del orden social tradicional. En él la razón segunda comienza a verse a sí misma tal como es en su estado silvestre de razón primera y asume su posibilidad de autonomía.

A esta reflexión teórica que pudiéramos llamar política, sobre la conducta colectiva, se suma una reflexión, que pudiéramos llamar ética, sobre la conducta individual. En realidad son dos vertientes de la misma reflexión. El individuo toma decisiones ante las alternativas que le ofrece el orden colectivo en las encrucijadas de la vida personal. En general es sumiso; a veces es rebelde; casi nunca es libre. La posibilidad de enfrentarse al orden social como un todo se le ofrece sólo cuando la dimensión teórica ha sido desarrollada.

Antes de ella, apenas puede soñar (más allá de los cambios producidos por factores externos, contradicciones internas de la sociedad y rebeldías individuales) con la complicidad de los dioses.

En cambio, una vez desacralizado el orden social, puede intentar cambios deliberados, calculados, conscientes, iluminado como está, directamente, por la razón segunda, no enajenado ya más por la atribución de la razón primera a potencias extrahumanas.

También en el campo de lo social, pues, el pensamiento se dobla hacia atrás, se vuelve hacia sí mismo: reflexiona. Y entonces considera, de espaldas a la realidad inmediata, en el seno de la mente, las diferentes formas existentes de orden social para pasar luego a las formas posibles en que pudiera también configurarse la sociedad humana.

Dado el hombre con sus necesidades, dada la naturaleza en su variedad, la razón primera construyó, de manera espontánea, la organización social más adecuada en cada caso a la supervivencia de la especie y a la manifestación de sus potencialidades.

La razón segunda va más allá: puede examinar en el nivel teórico todos los tipos de organización social —no sólo los conocidos, sino también los posibles— y diseñar modelos de simulación que luego intentará aplicar en el nivel real.

Después de la reflexión y su juego, el pensamiento se desdobra, se endereza, vuelve a la realidad social con la energía acumulada en la forzada flexión y se propone controlar las circunstancias endógenas y exógenas del cambio social y dirigirlo. Se propone construir una sociedad nueva y un individuo nuevo. ¿Cómo? Por tres vías.

Ante todo, mediante la adquisición del conocimiento intelectual acerca del hombre y la sociedad humana, y su formulación teórica.

Luego, mediante la aplicación de ese conocimiento en el diseño y ejecución de las técnicas transformadoras de la sociedad y el individuo.

En fin, mediante la difusión controlada de ese conocimiento a fin de que el hombre no sea objeto pasivo de la transformación sino sujeto lúcido, participante consciente, constructor de sí mismo.

La segunda vía revierte sobre la primera y la enriquece continuamente; la tercera refuerza la segunda y contribuye al aumento de la primera; la primera, aumentada, reincide sobre las otras dos. Así, una fuerza nueva, de triple entendidura actúa, desde el nivel teórico, sobre la sociedad primera y va introduciendo en ella los gérmenes, los esquemas de una sociedad segunda.

¿Qué es sociedad segunda? Es la que vive y actúa no por la inercia de la tradición primera, articulada inconscientemente por la razón

primera, sino por la organización deliberada y consciente diseñada por la razón segunda sobre la base del conocimiento teórico, clara y distintamente formulado, coherente consigo mismo y correspondiente con la realidad, garante de ubicación, medida y predicción.

12. El progreso y la historia

El paso de la sociedad primera a la sociedad segunda se llama progreso. La descripción que acabamos de hacer parece demasiado simple si se la compara con la complejidad histórica de Europa; pero no hemos pretendido explicar la historia de Europa sino describir la inserción en ella de una dimensión paradójicamente metahistórica que se «historiza» para «deshistorizar».

Veamos cómo. El devenir de los pueblos no conduce a la razón segunda; si así fuera no podría explicarse que pueblos enteros hayan vivido milenios de continuidad cultural sin encontrarla ni buscarla. Tampoco el tipo de devenir —como el producido por el cruce de culturas diversas o el intercambio comercial acelerado; si así fuera, el milagro griego hubiera sido más bien o también afgano o fenicio. La razón primera no es un estadio previo de la razón segunda; no se va de la primera a la segunda por ningún tipo de evolución o desarrollo necesario.

Puede imaginarse una continuación indefinida del devenir de sociedades y culturas —con sus encuentros, guerras, modificaciones del orden institucional, superposición de mitos, formación de imperios, genocidio, sublevaciones triunfantes, construcción de monumentos, destrucción de santuarios, repetición incansable de los mismos patrones en toda nueva generación, reescenificación espontánea del mismo drama con actores que se creen únicos— puede imaginarse el laberinto múltiple del devenir con mil caminos diversos sin que ninguno lleve a la razón segunda. No hay nada en el quehacer ordinario y espontáneo de los hombres que obligue a ver

la aparición de la razón segunda como efecto de una causalidad necesaria. Reiteremos que esa aparición significa una ruptura, que ocurrió en Grecia y que ha marcado a Europa.

La aparición de la razón segunda coincide con la aparición de la historia. No la historia, claro está como el desarrollo de la vida de la humanidad, como lo hecho y lo acaecido, como *res gestae*; tampoco la historia como llevar cuenta del amojonamiento del devenir con hechos sagrados; sino la historia como contar, darse y dar cuenta como transformación de lo ocurrido, acaecido y sucedido en acontecer.

Lo que deviene corre a nuestro encuentro (ocurre), cae después de estar erguido (acaee) y se va por lo bajo (subcede, sucede) para ser reemplazado (sucedido) por otros. Pero en esa serie de caídas o accidente continuo, algo contece o acontece, i.e., viene a cuento, nos permite darnos cuenta de lo que cuenta, de aquello con lo cual podemos contar, de aquello que podemos contar, de aquello cuya naturaleza permite sacar cuentas. ¿Y qué es lo que acontece (*ad-con-tingere*), en el devenir, lo que nos toca como lote porque nos tienta, lo que llega a establecer los contactos de todas las caídas y las relaciones del relato para caer en cuenta de que en el cuento se manifiesta una cuenta, qué es ese algo sino la razón?

El devenir está articulado por la razón primera.

La historia es el devenir formulado por la razón segunda con énfasis de ésta en su propia aparición y en su influencia. La historia es historia del progreso.

En los pueblos no europeos, el devenir se refleja en el mito para su interpretación y ésta se articula en el devenir por medio del rito.

En Europa, después de la constitución del nivel teórico, el devenir se refleja en la historia para su interpretación; al relato, apoyado en las técnicas con que la memoria auxilia su fragilidad, se une la voluntad de dar cuenta de los acontecimientos, la voluntad de dar razón de la razón a la razón, la voluntad de constituir un conocimiento que permite explicar, prever, predecir, medir, calcular, planificar.

Por esa razón, o mejor, debido a la razón, la historia tiende progresivamente a descalificar el relato, en tanto en cuanto éste se centra en la forma externa del devenir. Lo cual significa que descalifica también la forma externa del devenir para verla sólo como manifestación de estructuras y nomicidades subyacentes.

La historia, pues, simplifica y reseca al complejo y jugoso devenir para pasar de su cuento a su cuenta, de su relato a su razón.

Sobre el curso y recurso del devenir, el cuento y recuento de la historia va descubriendo y dibujando lo ahistórico, las raíces metacrónicas del devenir, la dimensión intemporal de cada temporalidad.

La historia se deshistoriza en conocimiento intelectual especializado del hombre y la sociedad humana en sus diferentes aspectos: institucional, económico, político, lingüístico, ecológico...

La mayéutica histórica patea en el vientre sucio del relato engendros limpios que lo devoran, engendros que traen sobre la frente el signo de la razón segunda: los sistemas de conocimiento racional segundo acerca del hombre.

Se produce así una interpretación del devenir que lo explica desde fuera, similar al mito en el distanciamiento del flujo temporal, en el operar desde esquemas inmóviles. Pero mientras el mito está constituido por la presencia silvestre de la razón primera, los sistemas de conocimiento racional segundo acerca del hombre expresan el saber autoconsciente de la razón segunda.

La historia es el paso del mito al conocimiento racional segundo del hombre. La historia es historia de ese progreso.

Cumplido ese paso, la historia se convierte en auxiliar de los sistemas de conocimiento racional segundo acerca del hombre, en campo accesorio de ejemplificación e ilustración, en reconstrucción del juego de lo particular y transitorio *sub specie aeternitatis*.

Dijimos que, en los pueblos no europeos (incluyendo a la Europa primera), el devenir se refleja en el mito para su interpretación y ésta se articula en el devenir por medio del rito. Dijimos también que en Europa, después de la constitución del nivel

teórico, el devenir se refleja en la historia para su interpretación. Agreguemos ahora, para cerrar simétricamente, que ésta (la interpretación surgida de la historia bajo la forma de conocimiento racional segundo del hombre) se articula en el devenir por medio de la ingeniería social.

En efecto, los designios manipulatorios de la razón segunda con respecto a la sociedad primera encuentran implementación adecuada en el diseño tecnológico del cambio social a partir de modelos matemáticos, de tal manera que la línea espontánea del devenir se ve interferida por influencias crecientes de la planificación racional.

Dos direcciones tienden entonces a gobernar el devenir: la espontánea y la deliberada. Progreso es el predominio creciente de la segunda. La meta del progreso es el control total del devenir humano. Se habrá logrado cuando el acontecer sea la realización perfecta de la planificación. En vez de historiadores habrá funcionarios que informarán a centros de comando sobre el desarrollo espacio-temporal de los cambios previstos, predispuestos, presupuestados, cronogramados, organigramados... (se intentará que no haya otro tipo de cambios). En vez de historiadores habrá funcionarios de *feed-back*.

Europa universalizó el acontecer, hizo un ámbito unitario para el devenir humano, cada hombre es contemporáneo de todos los hombres y conscientemente tal; pero tiende a suprimir lo inesperado, lo no gobernado, lo imprevisto: tiende hacia una geometrización del devenir que hará innecesario el relato de lo acontecido.

13. La creación artística

Hay una actividad humana que parece mantener tenaz vinculación con el mundo mítico: la creación artística. Tanto, que pudiéramos ver algunas de sus raíces hundirse en regiones inexplorables de lo humano. Nos seduce y enajena el «misterio» de la belleza y sus

confusos mensajes analógicos. La obra de arte, esa realidad nueva y autónoma, ese microcosmos artificial cerrado sobre sí mismo y ligado paradójicamente a otros universos de significación por nexos metafóricos intuitivos, sospechados, adivinados, proyectados en ella o impuestos por ella; la obra de arte, ese objeto mágico completo en su inmanencia y sin embargo emparentado por afinidades poderosas con totalidades de otros órdenes, parece disfrutar de una condición *sui géneris*, de un status especial que prohíbe e impide su traslado al nivel teórico. Pero no hay tal.

En efecto, la constitución del nivel teórico opera también la desmitificación creciente del arte. La incesante reflexión estética construye modelos teóricos sucesivos que, por verificación, auto-modificación y renovado ensayo, van descubriendo la estructura de la obra de arte, las leyes de su formación, el sistema de relaciones que la articula a los sistemas naturales y culturales.

Ante la mirada de la razón segunda los procesos de la creatividad se vuelven transparentes hasta que llega un momento en que es posible comprender y explicar la obra de arte, su puesto en la vida humana, sus efectos y funciones. Entonces se hace posible también hacer arte a partir de diseños experimentales elaborados en el nivel teórico. El arte se suelta de la tradición y se predispone a la innovación deliberada; comienza la gran experimentación y la búsqueda fecunda de nuevos caminos para la creatividad iluminada en su esencia.

Así, en Europa, al lado de la corriente artística tradicional surgió un arte segundo, presidido por la razón segunda, que se fue distanciando del arte primero hasta el punto de caracterizar el panorama de la creatividad por la presencia de dos planos disímiles: el del arte ingenuo, folclórico, espontáneo, y el del arte sofisticado, culto, deliberado, calculado. El segundo se fue imponiendo sobre el primero por diversos medios: lo volvió objeto de estudio, fuente de motivos y temas, mientras se aliaba con las tendencias dominantes de la tradición segunda, especialmente con el conocimiento teórico matemático y su aplicación técnica.

El arte segundo se encuentra a sí mismo como teoría y técnica, más exactamente como técnica dirigida desde el nivel teórico matemático.

Ha habido altos y bajos: una reacción irracionalista, intuicionista, mágica, romántica se yergue de vez en cuando para reclamar un *status* de privilegio para el arte y los artistas, comparable al *status* de la religión y los sacerdotes. Pero esa reacción es cada vez más débil y la condición del arte como artesanía entre artesanías se revela con mayor fuerza después de cada brote irracionalista.

Como artesanía sigue el camino de toda artesanía en el mundo posterior a la revolución industrial: desaparecer como artesanía para convertirse en industria.

Hay aún sin duda artistas que creen en la inspiración como algo sagrado porque el progreso no se ha generalizado bastante; pero el progreso es incontenible y los artistas se convierten aceleradamente en obreros de la industria de la decoración, la industria del espectáculo y la industria de materiales didácticos. La obra de arte es producto estandarizado que se promociona por medio de técnicas publicitarias o se impone por decreto (según el régimen político), para el consumo de los diferentes sectores de la sociedad. En las sociedades divididas en clases queda todavía puesto para artesanos, artistas entre otros: la clase alta puede adquirir obras artesanales refinadas hechas por artistas, sastres, zapateros eficientes; los campesinos y aldeanos consumen los productos de su propia artesanía doméstica, aunque cada vez menos.

La industria artística se vale de dos medios para aumentar sus fuentes de materia prima: a) el cultivo del talento por selección y educación para formar élites creadoras, y b) la mecanización y la automatización de la producción con técnicas constructivistas basadas en la lógica matemática, la combinatoria y el uso del computador. Dispone, además, de un recurso masificante: la reproducción de obras del acervo culto y del acervo folclórico en artes plásticas y en música, creando y destruyendo modas con el poder manipulatorio de los *mass media*.

En resumen, pues, el arte es, por una parte, supervivencia de la artesanía, y por la otra, industria del entretenimiento, la decoración y la educación con miras hacia la manipulación emocional de las poblaciones.

14. Culminación de lo europeo

A la luz de todo lo expuesto hasta aquí, podemos considerar a la Europa surgida de la revolución industrial como culminación de lo europeo.

La producción del conocimiento racional segundo, en sus diversos sectores, se aceleró de manera tal que puede hablarse de un salto cuantitativo en la velocidad, de una explosión.

En este caso, no puede hablarse de un salto cualitativo. Éste fue cosa de los griegos quienes pasaron de la razón primera a la razón segunda. Lo que se ha producido con la revolución industrial es un aumento vertiginoso en la cantidad del conocimiento racional segundo, pero su tipo es el mismo que descubrieron los griegos.

Igual salto se produjo en la aplicación del conocimiento racional segundo al dominio y domesticación de la naturaleza para satisfacer necesidades humanas, maximizando la eficiencia.

Los avances del conocimiento se traducen en nuevos inventos y los nuevos inventos impulsan nuevos descubrimientos en un mutuo reforzamiento que sostiene sin flaquear la marcha del progreso.

No entramos a analizar las causas históricas de esta aceleración; nos limitamos a describirla y a tomar nota de algunos fenómenos simultáneos en la realidad social y en la conciencia colectiva.

a) Secularización creciente

Para adquirir sentido, la conducta depende cada vez menos de valores tradicionales no analizados y se articula cada vez menos conforme a patrones heredados. Las actividades se orientan más bien

y cada vez en mayor grado de acuerdo con valores utilitarios e impersonales y se organizan racionalmente siguiendo patrones dictados por criterios de eficiencia. El cambio social no se enfrenta con inseguridad y angustia como si el equilibrio vital dependiera de la repetición, como si la reiteración de ceremonias garantizara la estabilidad, como si el apego supersticioso a viejas fórmulas rituales pudiera revocar el caos y la muerte. Antes por el contrario, el cambio se institucionaliza pues ocurre no por azar, sino de acuerdo con las reglas de progreso del conocimiento teórico racional segundo que se caracteriza por su continuo aumento y paso a formas superiores; no por azar sino de acuerdo con las reglas de maximización y optimización propias de una técnica diseñada en el nivel teórico de manera consciente, lúcida, deliberada, racional segunda para lograr resultados claramente previstos mediante pasos planificados, evaluables, corregibles.

b) Manipulación segunda

Siempre hubo manipulación; no otra cosa es el proceso de aculturación y socialización; no otra cosa es en cada sociedad el conjunto de técnicas de transformación de lo natural y control de lo social conforme a los códigos inconscientes de la cultura; no otra cosa es la intriga de los príncipes, el sórdido oficio de los demagogos, la astucia rapiñosa de los mercaderes, el untuoso comercio psíquico de los sacerdotes. Pero todo eso fue empírico y confuso, contaminado con respetos irracionales, mitigado por la torpeza, atravesado por obscuridades analógicas, aleatoriamente guiado por un supuesto «instinto» o sexto sentido, presidido por la inercia de la tradición primera.

La manipulación segunda, en cambio, se efectúa sobre la base del conocimiento racional segundo con métodos diseñados en el nivel teórico *ad hoc* para cada actividad manipulatoria.

Un gran paso fue la mecanización del manejo y transformación de materiales en la construcción y producción.

Otro gran paso fue la mecanización del manejo de información en dos vertientes: su recolección, clasificación y disponibilidad por una parte, y su transmisión por la otra. La concentración de la información y el poder de decisión sobre la cantidad, calidad, alcance, lugar de distribución facilitan enormemente el control sobre mercados y clientelas políticas.

Es más, el aumento de información sobre el hombre y las sociedades abre la puerta a manipulaciones biológicas y culturales de largo alcance que llegan hasta la concepción de una ingeniería genética, una ingeniería de la conducta individual o de grupos dentro de la comunidad y una ingeniería social de abarque ilimitado. No es utópica la práctica de esta última; *knowledge is power* dijo Bacon; es vasto el poder que dispone de medios de comunicación e información mecanizados cuando éstos han sido adoptados masivamente.

c) Vida en un mundo artificial

En cierto sentido, toda vida humana es artificial. La cultura interpone entre el hombre y la naturaleza una red simbólica, una rejilla clasificatoria, una óptica valorativa; la cultura codifica las relaciones con la naturaleza; el hombre nunca está inmerso en el seno de la naturaleza como un animal en su hábitat. Pero el grado de alejamiento es variable; no es lo mismo dormir en una hamaca colgada entre dos árboles, que dormir en una cápsula espacial; en el primer caso, la vegetación, la lluvia, los insectos, las fieras forman parte del mundo inmediato; en el segundo, todo lo que rodea al astronauta ha sido fabricado por el hombre y funciona de manera regulada, calculada, prevista, es producto de un diseño teórico segundo. Son ejemplos extremos, pero nos sirven de parámetros. La Europa segunda se acerca velozmente al segundo extremo. La meta parece ser un mundo enteramente fabricado y controlado por el hombre donde lo natural no es sino fuente de materias primas o espectáculo pero no residencia. La vida ha dejado de tener como modelo al animal y al vegetal para tomar como modelo a la máquina; la casa es una

máquina para vivir, con servicios mecanizados, la ciudad una enorme máquina de máquinas, con producción, distribución, educación, entretenimiento, información, traslado mecanizados.

La ciudad, la gran ciudad, la megalópolis se convierte en el mundo inmediato de los hombres.

El contacto con la naturaleza se mediatiza con la mecanización de la agricultura y la cría, de manera tal que la minoría rural ocupada en actividades agropecuarias vive en condiciones urbanas.

Campesinos chinos visitaron recientemente una instalación moderna mecanizada para producir arroz: el terreno se prepara con máquinas que aran la tierra y la fertilizan artificialmente para su cultivo, esclusas se abren electromecánicamente para inundar el terreno en la medida adecuada, la siembra se hace con helicópteros, las plagas se combaten desde avionetas fumigantes, la recolección se hace con máquinas, los operarios de las máquinas son ciudadanos que han sido entrenados para manejarlas y que no tienen ni necesitan tener conocimientos especializados sobre el arroz, ingenieros de sistema planifican y evalúan toda la empresa a distancia con el auxilio de computadoras.

Los visitantes chinos lloraron; no se sabe si de alegría ante esa visión del mundo futuro sin campesinos, o de pesar ante la desaparición posible de su propia forma de vida.

Es más, en la Europa surgida de la revolución industrial se ha hecho concebible un mundo sin naturaleza. Es teóricamente posible hacer ciudades en la luna bajo campanas de cristal, pues todo lo que hace falta para la vida es sintetizable, sin contar con la extrema intensividad a que pueden llegar los cultivos hidropónicos.

15. Afirmación final

Ahora bien, el conocimiento segundo y la técnica fundamentada sobre él son logros de valor y aplicabilidad universales. Son logros de la humanidad y sus beneficios no deben restringirse

a Europa sino extenderse a todos los pueblos de la Tierra. Pero Europa, si no los realizó por ser superior, se volvió superior por haberlos realizado y esa superioridad le confiere privilegios de maestra y guía, de gobierno y educación.

El hombre que no ha accedido al conocimiento segundo y a su aplicación técnica es inferior e incompleto. Pero se trata de una inferioridad transitoria y superable. Los hombres que en el neolítico se fijaron por medio de la agricultura y la domesticación de animales e inventaron la alfarería se volvieron superiores a los que vivían de la recolección, de la caza y de la pesca; pero bastó que éstos adoptaran esos logros para ponerse en un pie de igualdad. Los hombres que inventaron la metalurgia y fabricaron instrumentos y armas de metal se volvieron superiores a los que se servían de la piedra y la madera; pero bastó que éstos aprendieran la metalurgia para ponerse en un pie de igualdad.

Los logros de cada grupo humano se hacen extensivos a los demás grupos y es así como se produce el progreso de la humanidad. Ha sido Europa quien ha realizado el logro del conocimiento segundo y su aplicación técnica, ¿por qué regateárselo? La tarea fundamental de la humanidad no europea es sin duda la de apropiarse el conocimiento segundo, aprender a ampliarlo y usarlo. Así la disparidad inicial disminuirá hasta que se alcance un pie de igualdad, mientras se realizan otros logros, que tal vez corresponderán entonces a pueblos que ahora se debaten por alcanzar el conocimiento segundo y la técnica de Europa. Es de esperar que para entonces haya sobre la Tierra un Estado planetario y los logros de la humanidad no se identifiquen con el pueblo que los realice ni lo privilegien, sino que pasen de una vez a ser patrimonio humano universal.

II. *La Europa segunda en América*

1. Planteamiento inicial

América es resultado de la expansión de Europa y nosotros somos europeos en América.

La expresión «América es joven» es falsa en todos sus significados, menos en uno; éste se descubre al cambiar la formulación y decir «Europa es joven en América».

En efecto, la guerra de independencia y la formación de las repúblicas americanas coinciden con la revolución industrial y la revolución política que aceleraron en Europa la imposición de la razón segunda y su creciente dominio sobre las formas de vida, como culminación de un proceso que había comenzado en Grecia medio milenio antes de Cristo.

Puede afirmarse además que la independencia y la formación de las repúblicas americanas son parte de las dos revoluciones mencionadas. Las ideas, aspiraciones, fuerzas económicas y militares, el *pathos*, el *ethos* y el *eros*, el *logos* y el *telos*, la retórica y la estética que presidieron y animaron ambas series simultáneas de acontecimientos, la europea y la americana, fueron los mismos.

América formaba ya un solo cuerpo con Europa y el salto revolucionario de la Europa segunda era también un salto de América, el salto metabólico de un solo organismo.

La difusión del conocimiento segundo comenzó simultáneamente en ambos continentes, y así grandes sectores de la población comenzaron a tomar conciencia de la historia de Europa, de su historia, de nuestra historia, que después de contar y explicar las hazañas de la razón segunda muy bien podía desaparecer, o por lo menos perder su papel principal por haberlo ya cumplido. Lo pasado dejaba así de ocupar la atención y todos los esfuerzos podían dirigirse a la construcción racional segunda de un mundo moderno totalmente secularizado.

Sin embargo, he aquí que desde un principio vimos cómo, de este lado del Atlántico, el espíritu del progreso perdía altura, su vuelo majestuoso se entorpecía, se hacía lento, se detenía, recomenzaba, tornaba a caer como si una herida secreta, un lastre invisible en las alas o poderosos vientos contrarios contrarrestaran implacablemente su impulso.

¿Qué pasaba? ¿Qué dificultades especiales había de este lado? De aquel lado del Atlántico, la razón segunda había corroído la tradición primera durante veinticinco siglos, la Europa segunda había estado invadiendo, conquistando, domando a la Europa primera. ¿Qué problemas obstruían el desarrollo de la Europa segunda en este continente?

¿Qué nos impide a nosotros, europeos de América, hacer triunfar nuestra razón segunda?

2. Dificultades de la Europa segunda en América

Veamos con claridad cuáles son estas dificultades para el progreso, para la modernidad, para el conocimiento segundo y su aplicación, para las formas secularizadas de convivencia...

Las vamos a considerar por separado, pero configuran un gran todo negativo, una resistencia cerrada. Según los países, se constelan y jerarquizan de manera diferente, pero todas están presentes en todos.

a) *Geografía*. No es correcto hablar *sensu stricto* de determinismo geográfico porque el hombre ha demostrado una gran capacidad de adaptación a condiciones geográficas disímiles y una gran capacidad de transformación del medio. No vive en un hábitat, sino en un mundo, configurado en gran medida por la acción cultural.

Sin embargo, es lícito hablar de un condicionamiento geográfico. Los recursos disponibles en cada región, el clima y el relieve, así como la flora y la fauna, favorecen o entorpecen el desarrollo de cada sociedad e influyen poderosamente sobre la formación de patrones de conducta económica, emocional, arquitectónica, artística...

La ubicación física de Europa en la zona templada, en el centro de las tierras emergidas del hemisferio boreal, profundamente penetradas por mares, facilitó sin duda su poblamiento diversificado, denso, comenzado ya en el paleolítico. Así, nos encontramos hoy con una Europa que, con menos de un doceavo de la superficie emergida de la Tierra, 10.000.000 km², tiene una población de 643 millones de habitantes, más de un sexto de la población total del planeta.

América en cambio, con una superficie de 42.000.000 km², se extiende desde las regiones árticas hasta las cercanías del círculo polar antártico y, después de un crecimiento demográfico galopante, sólo tiene 500 millones de habitantes. Algunas regiones permiten la vida humana con el mínimo esfuerzo de la recolección, la caza y la pesca, mientras las más grandes extensiones sólo permiten sobrevivir. Por otra parte —y no necesariamente como consecuencia de lo anterior—, en las culturas autóctonas prevaleció la adaptación a la naturaleza sobre el impulso de transformación técnica del medio.

El paisaje europeo está hoy totalmente domesticado, ya no se encuentra un sitio no modificado por la mano del hombre. El paisaje americano, en cambio, es todavía, en su mayor parte, salvaje y el hombre aparece dentro de él avasallado por la inmensidad de la extensión y gobernado por vastas fuerzas naturales no controladas.

Hay aún parajes donde nunca han habitado grupos humanos, con la majestuosa y terrible belleza de la naturaleza antes del hombre. Las altas cordilleras, las selvas, los desiertos, los ríos implacables, las precipitaciones diluviales, la canícula, azotan, atemorizan, apocan, menguan, separan, dividen, martirizan, estupefacen, pasman y embriagan a los hombres. Sequías, inundaciones, terremotos, erupciones volcánicas, huracanes con nombre de mujer, plagas, endemias, epidemias, monstruos marinos, fieras, parásitos, insaciables insectos vampíricos, incendios forestales, terrores y pasiones incomprensibles diezman a los habitantes de América y destruyen sistemáticamente sus obras convirtiéndolos en Penélopes involuntarias sin Odiseo, que se agotan en la empresa de sobrevivir.

b) *Culturas primeras*. Las culturas autóctonas de América fueron todas culturas primeras. Sus relaciones sociales, inter e intraculturales, sus relaciones con la naturaleza, sus relaciones con el universo, sus relaciones con el tiempo y la muerte se articulaban en patrones de conducta donde lo sagrado tenía un papel preponderante. El mundo de la representación estaba gobernado por el mito. El mundo de la acción estaba presidido por el rito. Los valores que daban sentido a su ser y su quehacer se alojaban en la sombra propicia de un psiquismo nunca analizado, operaban como instancias divinas sin que se advirtiera en ellos el origen humano e histórico. No había actividades estrictamente pragmáticas y utilitarias: el mito y el rito atravesaban todo conocimiento, toda iniciativa, toda empresa. No había espacios neutros con objetos indiferentes que la necesidad podía manipular para su satisfacción: todo estaba desigualmente cargado de potencias mágicas, toda intervención en lo natural obedecía a complicados sistemas de prohibición y permisividad. El apego a lo heredado se aliaba con el apego a lo inmediato imponiendo respetos que impedían el cambio y el progreso hacia formas de vida social más aptas para la afirmación de lo humano a través de la creatividad.

Además, como hemos anotado, la inmersión en el paisaje, la cercanía a lo natural, la familiaridad minuciosa con los pormenores del medio ambiente, el entretejimiento finamente hilado de lo humanamente creado con lo espontáneamente dado negaban de antemano la posibilidad de un mundo artificial, de la vida colectiva en residencia totalmente diseñada, programada, fabricada, controlada por el hombre.

Las culturas autóctonas de América eran todas culturas de la razón primera. Cada una con su racionalidad propia, esclerosada, inevitablemente etnocéntrica, limitada a un territorio pequeño y a sus pormenores, fiel a dioses locales, en relación bélica o comercial con vecinos de igual tipo. Tributo o esclavitud era todo cuanto imponían a los vencidos. Nunca surgió entre ellos nada que se pareciera ni remotamente al Imperio romano, o al cristianismo, o al pensamiento griego. Lo universal o la universalización nunca estuvieron en su horizonte.

Lo mismo puede decirse tranquilamente de las culturas africanas de donde fueron arrancados los esclavos negros. Falta agregar algo muy importante: decir negros y decir indios confiere a los habitantes autóctonos de África y América una unidad que estaba sólo en los ojos y en las palabras de los europeos. No sólo no había unidad: se trataba de multitud de culturas etnocéntricas; ni siquiera hubo solidaridad ante el invasor que las expolió, las esclavizó y las destruyó a todas por igual: gran parte de la trata de esclavos en África fue hecha por príncipes negros que los vendían a mercaderes europeos, y es notorio que los indios se aliaban a los españoles para destruir a sus rivales locales, hecho sin el cual la conquista hubiera sido imposible¹.

1 Ver Melville Herskovits, *The Myth of the Negro Past*, Harper Brothers, New York, 1941; D. Forde, *African Worlds*, University Press, Oxford, 1954; Morel, *Negro Year Book* (s/ed.), 1931-32; Alejandro Lippschutz, *El problema racial en la conquista de América* (3ª ed.), Siglo XXI, México, 1975.

c) *La Europa primera*. ¿Por qué y cómo se convierte la Europa primera en fuente de dificultades especiales para la imposición de la Europa segunda en este lado del Atlántico? Para la época de su expansión americana —conquista y colonización— ¿no estaba ya la Europa primera penetrada, leudada considerablemente por la Europa segunda? ¿No debería América haber ofrecido facilidades especiales, desde un principio, para el afianzamiento de la Europa segunda? ¿No fue acaso sentida como territorio para el despliegue de la utopía, como territorio libre de la tradición primera de Europa, como territorio donde se podía comenzar de nuevo sin los obstáculos del pasado?².

El descubrimiento de América, fue, sin duda, obra de la Europa segunda. Se produjo en el curso de un gran experimento para verificar una hipótesis. Se trataba de dilucidar la forma de la Tierra y la naturaleza del universo, no sobre la base de especulaciones o de confrontación de autoridades, sino mediante la puesta en práctica de un recurso heurístico propio del conocimiento segundo, para comprobar, con los recursos técnicos disponibles, utilizados al extremo, la veracidad de una suposición altamente probable en el estado del saber para entonces.

El viaje de Colón escenificó de manera espectacular, ante todo el viejo mundo, el método característico de la razón segunda. Los resultados inesperados del experimento, y la investigación posterior hecha por navegantes, exploradores y geógrafos hasta la clarificación definitiva de la cuestión, ilustran en forma arquetípica, paradigmática y macroscópica los pasos que sigue en general la búsqueda del conocimiento cuando es dirigida desde el nivel teórico.

2 Sobre este asunto la bibliografía es inmensa, pues el descubrimiento de América ofreció escenarios para la imaginación creadora de perfecciones utópicas; pero también una gran decepción. Ver Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, FCE, México, 1960; y Martin S. Stabb, *In Quest of Identity*. The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1967, pp. 141, 166, 179, 219.

En otro aspecto, también es ilustrativo: rebotó sobre el mundo mental que lo había propiciado, dando un impulso hercúleo a la investigación segunda en todos los campos.

La conquista de América también fue favorable a la Europa segunda más allá del Atlántico: produjo un aflojamiento de las estructuras de la Europa primera en el plano social y político. Las formas tradicionales de organización se veían sometidas a tensiones y relajamientos que obligaban a enfrentar con racionalidad viva la nueva situación. Un campo inesperado para la expansión cambiaba la perspectiva de las rivalidades imperiales y agregaba dimensiones al hacer, desequilibrando sus rutinas.

Por su parte, los conquistadores mismos se volvían hombres nuevos. Con el alejamiento de las instancias externas de control social, enfrentados a circunstancias para las cuales no tenían patrón establecido, retrotraídos a situaciones extremas donde no valían sus esquemas culturales, inventaron conductas, reestructuraron valores. Separados del seno protector de su sociedad y de su paisaje, muchas veces tenían que poner en juego la razón desnuda y no su codificación cultural, guiarse por pulsiones no domesticadas, actuar originariamente y no repetitivamente.

Hasta aquí todo se ve favorable a la Europa segunda; sin embargo, al considerar la colonización, nos encontramos con una gran paradoja. La colonización, de grandes efectos positivos para la Europa segunda más allá del Atlántico, resultó en un afianzamiento de la Europa primera más acá del Atlántico, por lo que se refiere a la mayor parte de las nuevas sociedades. Precisemos. Los inmigrantes europeos que colonizaron este continente y constituyeron los países que se encuentran aquí actualmente eran diferentes unos de otros no sólo y no principalmente en cuanto al país de origen, sino también y sobre todo en cuanto a las motivaciones y objetivos de la migración.

En un extremo estaban los que querían constituir un mundo distinto del europeo, un mundo en el cual los hombres no fueran

oprimidos en su desarrollo por formas tradicionales que consagraban diferencias producidas en el curso de la historia por la fuerza y no por la razón ni el sentimiento; un mundo en que todos tuvieran iguales derechos e iguales posibilidades; un mundo en que fuera posible disentir, pensar libremente, emprender tareas nuevas; un mundo en que la organización civil y el poder político emanaran del consenso de las voluntades individuales y no de la autoridad «divina» de grupos oligárquicos que habían sacralizado la usurpación del poder con la complicidad de instancias religiosas alejadas de su origen; un mundo en que el aparato del Estado tuviera por objeto ayudar a los hombres y facilitar sus relaciones en vez de oprimirlos con la insolencia de complicadas burocracias leguleyísticas. En fin, la tendencia era hacia un mundo secularizado, aunque contuviera todavía muchos rasgos del mundo que quería abandonar; hacia el mundo de la Europa segunda, hacia ese mundo que ya se gestaba allende el Atlántico pero no acababa de nacer. Estos inmigrantes eran, pues, impacientes de la Europa segunda que no querían esperar su triunfo allá, sino comenzar a realizarla aquí. Eran buscadores de espacio para la utopía. Los marcaba una alta valoración del trabajo y de la honestidad, del mérito basado en el logro y no en la pertenencia a grupos de privilegio heredado.

En el otro extremo estaban los que habían avizorado con repugnancia el crecimiento de la Europa segunda y la mengua de la Europa primera. Además, esa menguante Europa primera que amaban, en la medida en que perduraba, no tenía sitio para ellos o sólo tenía sitio secundario, muy inferior a sus aspiraciones. Vinieron entonces a América para afianzar en ella a la Europa primera y para afianzarse a sí mismos en las posiciones más ventajosas de su estructura reproducida, reforzada, acentuada, potenciada. Vinieron para garantizar la permanencia de la Europa primera y para asegurarse posiciones que no podían alcanzar allende el océano.

Constituyeron pues sociedades señoriales y feudales donde el trabajo era hecho por encomendados o por esclavos, pues eran

hombres de ocio y altivez que no querían envilecerse con la práctica de oficios útiles. Amaban la libertad y la gloria y conquistaban la nobleza y el renombre mediante hazañas y sojuzgamiento, cristianización o genocidio pues eran hombres de valor y de fe que blandían con igual destreza la espada y la cruz. Odiaban la igualdad y crearon un régimen de castas, pues eran hombres de privilegio y siempre herederos o ancestros de un esclarecido linaje aristocrático. Estimaban en sumo grado la pureza de sangre, pues eran hombres de raza superior; condescendían a la promiscuidad con mujeres inferiores pero los hijos de esas uniones casi zoofílicas pasaban a constituir castas intermedias. Poseían un complejísimo sistema de leyes siempre renovado y ampliado, pero actuaban, cuando les placía, según su arbitrio, pues eran hombres de autonomía personal para quienes el afecto individual, positivo o negativo, hacia otros individuos pesaba más que todas las constituciones. Buscaban títulos, magistraturas y el respeto de sus pares, pues eran hombres de honor. Fueron los dueños efectivos de la tierra, de las minas, del ganado, de los indios, de los esclavos desde el sur de los Estados Unidos de Norteamérica, pasando por las Antillas mayores y menores, hasta la Patagonia y se hicieron ricos y poderosos en el comercio internacional con el sistema productivo de las plantaciones, pues eran hombres de importancia para la economía mundial.

La caracterización de estos dos extremos fija parámetros que permiten desplegar la gama de actitudes de los colonizadores, desde el punto de mira de la buena disposición hacia el aumento de la Europa segunda.

El salto ideológico y político a fines del siglo XVIII y principios del XIX fue común a todos, con diferente grado de profundidad: hacia un extremo el cambio llegó hasta los sentimientos y la conducta cotidiana; hacia el otro extremo el cambio fue sobre todo verbal, retórico, legislativo, superficial. Bajo el impacto de la revolución ideológica y política, hacia un extremo se consolidó la democracia representativa, la constitucionalidad, la igualdad ante la

ley; hacia el otro extremo, y como reacción al desequilibrio producido por el impacto, se radicalizó lo señorial y lo feudal bajo la forma de caudillismo carismático de orden militar o civil, con revestimiento verbal e ideológico moderno, mientras se mantenían intactas las estructuras sociales fundamentales.

El salto gigantesco del conocimiento segundo, la técnica y la economía que se llamó revolución industrial fue seguido de cerca, igualado, superado hacia un extremo; hacia el otro se robustecieron las formas tradicionales de producción apoyadas en la demanda de materias primas y de mercados procedentes de los primeros países industrializados. En los propios Estados Unidos de Norteamérica, el sur constituyó una rémora tan grande, que fue necesaria una cruenta guerra civil para tratar de integrarlo al progreso.

d) *La Europa segunda*. ¿Cómo? ¿Es posible que la Europa segunda pueda ser obstáculo para su propia expansión? ¿Es posible que intente impedirnos a nosotros, europeos segundos de América, la realización de una sociedad segunda en este continente?

Los países donde triunfó la Europa segunda se transformaron internamente en desmedro de la Europa primera e instauraron para sus habitantes el progreso y la modernidad, o por lo menos desarrollaron una poderosa tendencia en esa dirección; pero en sus relaciones con otros países se aliaron con las culturas primeras, las respaldaron, las fortalecieron para obtener de ellas ventajas económicas, territoriales, militares, políticas, beneficiando oligarquías egoístas en perjuicio de la mayoría de la población.

Al actuar así, ¿no traicionaban los valores humanos en que se apoyaban? ¿Dónde quedaba la doctrina de la igualdad ante la ley? ¿Qué pasaba con la declaración universal de los derechos del hombre y del ciudadano? ¿Qué se hizo la fraternidad? ¿Qué se hicieron los imperativos morales que obligan a considerar al hombre como fin y no como medio para lograr otros fines?

La contradicción se agrava más cuando consideramos que esos valores, creados y propagados por la Europa segunda, fueron aceptados y adoptados jubilosamente por los oprimidos de las cul-

turas primeras en todo el mundo, y que cuando éstos se organizan y luchan por la libertad, en nombre precisamente de esos valores, los países de la Europa segunda dan a las oligarquías dominantes los medios poderosos de la técnica segunda para reprimirlos.

La contradicción, la traición más bien, se hace insoportable cuando nosotros, europeos segundos de América, miembros pues de la misma familia, al luchar contra la Europa primera de América —en nombre del conocimiento segundo, del progreso, de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, de la justicia social, de la razón segunda— vemos en el campo enemigo, al lado de los tiranos, nada menos que a nuestros maestros y hermanos de la Europa segunda.

Pero la traición se potencia en afrenta, ignominia e infamia, como para arrancarse los cabellos, rasgarse las vestiduras y sentarse sobre ceniza, como para invocar la epifanía del odio más irreconciliable, de la lucha a muerte, cuando vemos que un país de América, los Estados Unidos, después de haber logrado el acceso a la modernidad y el progreso, nos invade, nos despoja, nos reprime por mediación de déspotas locales, fomenta en nosotros lo que él venció en sí mismo.

¿Quieren los países de la Europa segunda mantener un club exclusivo y cerrar la entrada a todo el resto de la humanidad? ¿Es que su grandeza sólo puede fundarse sobre la ignorancia y la miseria del resto del planeta? ¿O es que reducen el concepto de humanidad para aplicarlo solamente a sus propios países? ¿Regatean acaso la condición humana a los que todavía no han logrado desarrollar la razón segunda?

Los europeos segundos que vivimos en países de América donde predomina la Europa primera y luchamos por transformarla en Europa segunda tenemos, paradójicamente, nuestros peores adversarios en los países donde ya se ha impuesto la Europa segunda y se ha convertido para nosotros en una madre castrante, en una madrastra horrible como la de sus propios cuentos infantiles

y, variando el mito griego, el Zeus americano después de triunfar sobre Cronos, se volvió otro Cronos para sus hermanos.

Esta última dificultad, en su forma recién anotada, ha sido la más dolorosa pues a nadie hemos admirado más los europeos segundos de América que a esos otros europeos segundos del norte que lograron transformar su país económica y políticamente para convertirlo en la más grande potencia de la Europa segunda. Y aún hoy en día —*il faut le dire*— nuestra actitud hacia ellos es ambivalente.

Forzoso es admitir que en el centro mismo de la Europa segunda ha pervivido un núcleo solidificado de la Europa primera —constituido por prejuicios etnocéntricos, afirmación de superioridad metafísica, prácticas de dominación, intereses imperiales— un núcleo reacio al cambio universalizante, un núcleo egoísta y astuto que utiliza los recursos de la razón segunda en su aspecto cognoscitivo y operativo para imponer valores nacionales y clasistas rechazados teóricamente en la crítica demoledora a la sociedad primera, un núcleo petrificado y poderoso que gobierna para su beneficio la toma de decisión en las relaciones con otros países³.

Es así como los países de la Europa segunda —con ese viejo corazón primero— han organizado una sociedad planetaria de naciones en la cual han asignado e impuesto a los otros países papeles subordinados a sus intereses; es así como han establecido un orden jerárquico mundial, reservando para sí mismos los puestos de privilegio y de comando.

Y es así también como no han reparado en el hecho de que nosotros también somos europeos, europeos segundos de América combatiendo contra la Europa primera de este continente y nos han tratado como tratan a los pueblos de culturas primeras no europeas.

3 Es uno de los temas recurrentes en la obra de Leopoldo Zea. Véase, por ejemplo, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, F.C.E., México, 1949, pp. 19-23.

e) *¿Marginalidad en el orden mundial?* Debido a todas estas dificultades, nuestro atraso es enorme y se pone de manifiesto en lo económico, en lo social, en lo político, en lo educativo, en lo erótico, en lo referente al conocimiento segundo del mundo y de nosotros mismos.

Pero hay dos campos de atraso que llaman a reflexión especial: la filosofía y el arte. Grandes filósofos y artistas hubo siempre en la Europa primera allende el océano. El gran pensador y el gran creador pueden darse antes del triunfo de la Europa segunda; ahora bien, nosotros sólo hemos tenido epígonos e imitadores. ¿Por qué? ¿Será que hemos sido siempre europeos de frontera, europeos de orilla, alejados de los centros creadores?⁴.

3. *Empresa y desventura de los pioneros*

Ante este cuadro de dificultades nosotros, los europeos segundos de América, no hemos cejado nunca en nuestro empeño de europeización segunda. Somos europeos de *frontera*, pioneros incansables de la cultura segunda, paladines y campeones de la modernidad, el progreso, el desarrollo, la justicia social, los derechos humanos, la igualdad ante la ley, la igualdad de oportunidades, la prosperidad igualmente repartida, el derecho universal a la educación, la seguridad de la vida dentro de un orden racional segundo, la secularización de las relaciones entre los hombres...

Contra la geografía, contra las culturas primeras, contra la Europa primera y también, ¡*hélas!*!, contra los intereses de los países de la Europa segunda, intentamos, hemos intentado, estamos intentando, realizar programas de acción para llevar a buen éxito nuestra magna empresa. De seguidas expondremos sucintamente esos programas de acción junto con algunas de las consideraciones

⁴ Ver Héctor Andrés Murena, *El pecado original de América*, 1958, Buenos Aires, *pássim*.

que a ellos nos llevaron, nos han llevado, nos están llevando, y algunos de los problemas que nos surgieron, nos han surgido, nos están surgiendo en su realización.

No los hemos ensayado todos —claro está— ni simultáneamente en todos los países; pero lo que nos interesa aquí no es un recuento cronológico, geográfico o sistemático, sino dar cuenta de ellos en un campo de dispersión que adquiere unidad y coherencia por la intención dominante y porque en todas partes de nuestro continente se han manifestado todos *de facto*, *de iure* o *de conatu*.

a) *Blanqueamiento*. La razón segunda no puede existir por sí sola; para manifestarse y fructificar necesita hombres, hombres concretos que la realicen y la porten, hombres capaces de producir en sí mismos los cambios a que conduce su ejercicio. La razón segunda necesita un *soma*. Teóricamente cualquier pueblo y prácticamente a largo plazo todo pueblo es *soma* adecuado para la razón segunda por el simple hecho de ser humano. Pero la disponibilidad a corto plazo, la aquiescencia, las condiciones propicias varían considerablemente.

La Europa primera es el *soma* relativamente mejor dispuesto para la razón segunda pues ésta surgió allí y guarda con ella conexiones de afinidad. Además, la presencia secular de la razón segunda en la Europa primera la fue conquistando poco a poco, preparando, condicionando favorablemente para el gran salto cuantitativo que comenzó a fines del siglo XVIII. Para otras culturas primeras un cambio de esa naturaleza resulta insoportablemente traumático, suscita resistencias invencibles a corto plazo y convierte al proceso en una sucesión de actos brutales o sutiles, directos o escondidos, de violencia; la tradición primera garantiza un anclaje para la propia identidad que si se pierde de repente desequilibra el psiquismo colectivo.

Si aun para la Europa primera —a pesar de la larga preparación, a pesar de haber amamantado ella misma a la razón segunda— la transición a la Europa segunda no se produjo sin dolor ni sin resistencia, dolor y resistencia que no han cesado todavía,

cuánto más difícil no resulta esa transición para culturas que reciben la razón segunda como algo externo y extraño a su idiosincrasia, a su concepción del mundo, a sus hábitos mentales, a sus prácticas sociales, a su sensibilidad.

Preguntemos ahora, enfocando nuestro tema, ¿qué clase de *soma* era América para la implantación y desarrollo de la razón segunda, para el triunfo de la Europa segunda a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, cuando se dio el cambio saltuario en lo político, lo social y lo económico?

Era un *soma* heterogéneo. Además de los colonos europeos puros y de los aborígenes puros por falta de contacto o por contacto sin mezcla, encontramos que la Europa primera, al reproducirse en América, sustituyó a los siervos por hombres de cultura no europea⁵.

Ahora bien, los hombres de cultura no europea —ya lo hemos visto— no son buen *soma* a corto plazo para la razón segunda. Era necesario incrementar la población de origen europeo por medio de la inmigración acelerada.

Estados Unidos de América, que para 1800 contaba con una población de sólo 5 millones de habitantes recibió, en poco más de un siglo a partir de esa fecha, 40 millones de europeos británicos en un principio, escandinavos y germanos luego, mediterráneos y eslavos después, de tal manera que, a pesar de tener en 1860, en víspera de la guerra de secesión, 4.441.830 hombres de origen africano, éstos no constituyen hoy en día sino 10 por ciento de la población total y se encuentran en avanzado proceso de asimilación cultural, ya que no racial debido a la discriminación étnica todavía poderosa. Por otra parte, mientras los aborígenes han quedado reducidos a reservaciones insignificantes, los inmigrantes de

5 Aquí se alude a la migración forzada de africanos que tanto ha complicado el panorama étnico y cultural de América.

origen europeo se han fundido con resultados bastante satisfactorios para los efectos de la Europa segunda⁶.

En lo que es hoy Latinoamérica, la Europa primera se reprodujo mediante un vasto mestizaje, pero manteniendo la discriminación racial, lo cual dio lugar a un complejo sistema de castas, con predominio, eso sí, de los blancos criollos, europeos primeros reforzados en su condición de tales por la circunstancia americana.

Al conquistarse la independencia política nos encontramos con poblaciones muy heterogéneas en todo sentido, pero especialmente en cuanto al grado de europeización que va desde indígenas puros en pleno ejercicio de sus culturas primeras, pasando por todos los escalones de las castas hasta la clase de Francisco de Miranda, Simón Bolívar y Andrés Bello.

En cuanto a las culturas autóctonas tan reacias a la Europa segunda y aun a la primera, se convino en que era necesario exterminarlas mediante la eliminación física por genocidio o mediante la eliminación racial por mestizaje o mediante la eliminación cultural por educación. Sólo se discrepa con respecto a los medios.

En cuanto a los pardos se convino en que era necesario blanquearlos para lograr una europeización más rápida. ¿Cómo? Mediante la inmigración europea acelerada. La consigna era mejorar el soma.

El problema para cuya solución propusimos la inmigración se planteaba radicalmente de la siguiente manera: la Europa segunda habita en nosotros por posesión espiritista, i.e., su presencia es comparable a un fenómeno de mediumnidad; su influencia se ejerce a distancia, por mensajes mentales, sin sangre, sólo sangre de imprenta; pero el médium, la materia, el soma pertenece a otra realidad que presenta a ese espíritu resistencias tremendas cuando trata

⁶ Los norteamericanos dicen que su país es un *melting-pot* de todas las razas y culturas; pero en realidad es un *melting-pot* solamente de etnias europeas. El verdadero *melting-pot* es América Latina, donde ha habido un cruce efectivo y vasto de razas y culturas inicialmente muy alejadas unas de otras.

de ir más allá de las ideas y de las palabras. Hay que traer también el soma, inundar este continente con europeos segundos o, al menos con europeos primeros bien dispuestos para recibir y realizar el espíritu de la Europa segunda. Ese soma propicio al predominar en un mestizaje blanqueante —¡ojalá pudiera llegarse a un blanqueamiento total!— dará lugar a la formación de naciones modernas.

Lamentablemente, por razones que piden un estudio separado, la inmigración nunca alcanzó las proporciones requeridas para cumplir el fin propuesto. Los inmigrantes que sí vinieron —por guerra, superpoblación o miseria en sus países de origen— contribuyeron a fortalecer las condiciones existentes porque les resultó fácil adquirir privilegios en una población primera y pasaron a engrosar los grupos dominantes o a constituir estratos de profesionales, comerciantes, intelectuales y administradores imbuidos de sentimientos de superioridad cultural, racial o aristocrática, aliados con las oligarquías, interesados sobre todo en instalarse favorablemente dentro del sistema social primero, no en cambiarlo.

Vinieron también europeos segundos pero no como inmigrantes, sino como representantes de sus gobiernos o como agentes de empresas industriales o comerciales, y cuando se quedaron fue por los privilegios que podían lograr en estas tierras y no para emprender ninguna cruzada civilizadora.

b) *Legislación*. En la mayoría de los pueblos civilizados, la conducta colectiva está regida por leyes escritas. Una arquitectura jurídica enmarca las relaciones concretas de los individuos y las instituciones, guía la acción por canales previstos, sirve de referencia para enfrentar los conflictos y dispone correcciones para la infracción. La racionalidad consciente del sistema de leyes de un país norma la vida social a partir de valores colectivos y hacia fines comunes. Es como si todo individuo al nacer se comprometiera a cumplir un contrato social anterior a su nacimiento y comenzara de una vez a disfrutar de sus prerrogativas, ventajas, beneficios y derechos, mientras se prepara a cumplir con sus deberes.

La nomicidad racional segunda canaliza el hacer social e individual hacia formas de vida que garantizan la seguridad, el orden y el progreso. Esta nomicidad racional segunda, por su propia naturaleza, acepta los ajustes y cambios necesarios según la evolución de las circunstancias históricas; mantiene los valores y fines esenciales de una sociedad segunda mientras se flexiona y actualiza eficientemente en cada campo de positividad jurídica⁷.

El primer país libre de América promulgó la constitución más moderna del mundo para ese momento; cuando los demás países de América alcanzaron su independencia política, aquella primera constitución les sirvió a casi todos de modelo para la propia. Desde entonces nuestros países no han hecho sino perfeccionar sus sistemas jurídicos introduciendo reformas cada vez más modernas, con una audacia segunda que en muchos casos ha dejado atrás a países de la propia Europa segunda.

La admiración por las leyes escritas dejó atrás incluso al primer país libre de América, autor de la constitución modelo; ha habido una proliferación lozana, frondosa, lujuriente de leyes, reglamentos, códigos, estatutos, normas, reglas, disposiciones. Ni la más mínima y modesta asociación deportiva de una aldea se siente constituida, con derecho a la existencia, mientras no haya redactado sus reglamentos, con especificación detallada y minuciosa de los deberes y derechos de sus miembros; las condiciones de ingreso y salida; el número y la calidad y las prerrogativas y limitaciones de los funcionarios, dignatarios y oficiales; las atribuciones de la directiva, de la asamblea general, de las comisiones permanentes... Ninguna actividad es seria si no está normada por escrito. Nada ni nadie puede quedar abandonado a la arbitrariedad y a la anomia. Contra el caos y el desorden siempre posibles se alza el barroco despliegue de las normas. Nadie es tan ignorante ni tan lerdo que no puede legislar y litigar.

⁷ Subsiste sin mengua hasta nuestros días en Latinoamérica la convicción de que las leyes escritas pueden cambiar la realidad social.

Las facultades de derecho son las más antiguas y respetables; en ellas se forman los dirigentes de la comunidad, los hombres que en momentos de gran trascendencia dicen solemnemente *dura lex, sed lex*; mientras una ley no haya sido sustituida por otra, es válida; las leyes no tienen efecto retroactivo; juro cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes. Ante todas estas actitudes, prácticas y declaraciones, hasta el Sócrates del *Critón* se hubiera anonadado.

Shakespeare en cambio, tal vez hubiera dicho «Methinks the lady protests too much», y con razón. En realidad el complejo aparato de las leyes sigue dos caminos: o bien se aplica minuciosamente con fanatismo fetichista, con ensañamiento pudiera decirse, y en tal caso obstaculiza y entorpece toda gestión multiplicando las instancias, los requisitos, las esperas, los trámites, las firmas, los documentos, los pagos, las multas, las estampillas, los certificados, los sellos, las constancias, las consultas, las visitas a oficinas diversas, las entrevistas con funcionarios de interminables escaleras jerárquicas, hasta la desesperación por el sufrimiento exhaustivo de todos los matices en la amplia gama de la humillación burocratizada; o bien se debilita, se aligera, se atenúa, desaparece ante la presión del poder político, la amistad, el compadrazgo, la simpatía, la belleza o el soborno.

Esos dos caminos no son excluyentes; se puede avanzar por los vericuetos del primero hasta dar con una articulación propicia para la presión aligeradora, atenuadora, debilitadora, sutilizadora del aparato; se puede transitar holgadamente por el segundo y encontrarse de repente apresado en los más sólidos mecanismos del aparato inesperadamente densificado, fortalecido, agravado, implacable. Todo depende del poder personal y sus oscilaciones; el poder personal depende de relaciones personales; las relaciones personales son complejas, cambiantes, pueden jerarquizarse bruscamente de manera distinta; sus componentes sufren imprevisibles desplazamientos; lo momentáneo afectivo puede imponerse sobre intereses duraderos, un arranque de pasión legalista puede echar por tierra convenios

amistosos, un tierno recuerdo paraliza la mano que va a firmar una sentencia, el brillo de una mirada donde se reflejan puñales y pistolas ablanda las palabras de los códigos.

Con frecuencia ocurre que se pretende conciliar lo arbitrario con lo legal; se cambian reglamentos, leyes, hasta constituciones enteras para complacer una voluntad poderosa; luego es necesario impedir que otros —sin las debidas «credenciales»— aprovechen esa coyuntura y se introducen nuevos artículos restrictivos. De esa manera se llega a los más prodigiosos enredos que se mantienen por su utilidad para el NO, pero que siempre pueden resolverlos gordianamente para el SÍ.

Sin embargo, para el observador sagaz, todo esto se integra en un juego mayor que es el de las leyes verdaderas, las leyes no escritas de la constitución real de estas sociedades primeras.

He aquí el problema. Estos hombres primeros no logran secularizarse, no son capaces de actuar como partes de un organismo superior, no se despersonalizan, siguen actuando con la integridad total de ser persona, como centros unitarios de comprensión y decisión; a pesar de que aceptan mental y verbalmente la racionalidad segunda de los estados modernos, regresan en cualquier momento a formas primeras de racionalidad.

Los europeos segundos de América no hemos perdido confianza en la virtud formadora de las leyes. Sabemos que a largo plazo terminarán por moldear la conducta colectiva; e insistimos en mejorarlas. Pero el plazo es muy largo y por eso hemos diseñado y puesto en práctica otros medios para transformar estos países primeros en países segundos.

c) *Educación*. Cada hombre llega a ser como es, adquiere su *Sosein* actual, como consecuencia del condicionamiento recibido durante el proceso de socialización y aculturación y reforzado continuamente por los estímulos del sistema social. El hombre es condicionable en mayor grado que cualquier otro ser vivo, y de hecho es condicionado por las circunstancias socioculturales que lo envuelven

desde su nacimiento. Durante milenios ese condicionamiento se ha producido en general y predominantemente de manera espontánea; pero con el surgimiento de la razón segunda y sobre la base de los conocimientos que ella produce, es posible diseñar técnicas deliberadas de condicionamiento. La educación sistemática dirigida por el estado es el instrumento más eficaz de condicionamiento porque se ejerce sobre el hombre desde su más tierna infancia y puede prolongarse obligatoriamente durante unos tres lustros.

Las resistencias que ofrecen estas sociedades primeras al triunfo de la Europa segunda no deben, pues, desanimarnos. La solución está en la educación sistemática, pública, obligatoria, regida por principios, valores y fines de la razón segunda.

La educación sistemática —por lo menos en su nivel primario y secundario— debe abarcar por igual a toda la población infantil y adolescente para impartir una formación homogénea, garantizar igualdad de oportunidades y dar la base común de comunicación a los futuros ciudadanos.

Debe ser laica; el Estado no debe identificarse con ninguna doctrina o secta religiosa, so pena de fomentar el fanatismo, la superstición, el oscurantismo y reforzar actitudes discriminatorias típicas de la tradición primera, que es justamente lo que tratamos de combatir.

Debe tener como contenido el conocimiento racional segundo, graduado de acuerdo con la edad del educando. Debe abarcar todas las ramas de ese conocimiento y en cada una profundizar hasta donde sea conveniente de acuerdo, por una parte, con el sistema mismo del saber y, por la otra, con las necesidades del país. Debe impartirse de tal manera que el aprendizaje implique el ejercicio de la razón segunda, el cultivo de hábitos, actitudes, enfoques, inclinaciones, aspiraciones afines a la Europa segunda.

Debe ser sociocéntrica; el interés colectivo debe predominar claramente sobre el interés individual. El individuo es braquibiótico, la humanidad dolocobiótica. Al educando debe quedarle claro para siempre que nada sería sin la comunidad y que el sentido

de su breve tránsito vital está dado por la utilidad y el servicio que preste a los demás.

Debe ser democrática, en el sentido de que rechace toda élite y toda formación de élites cuya fundamentación esté en la fuerza, en privilegios heredados, en prejuicios raciales o religiosos. El educando debe aceptar y aspirar sólo a una aristocracia: la del talento creador puesto al servicio de la comunidad, ejercido en función social, ya que de otra manera el talento mismo puede convertirse en un azote.

Esta es la educación que propugnamos los europeos segundos de América. En los intentos por realizar este programa de acción hemos obtenido notables resultados positivos: a través de enconadas luchas ideológicas y políticas hemos logrado ya que en la mayoría de nuestros países el Estado adopte oficialmente y consagre en la Constitución los principios, valores y fines de nuestra concepción de la educación; un porcentaje todavía insuficiente, pero creciente de los dineros públicos se dedica a la educación; el conocimiento segundo constituye el contenido fundamental de los programas oficiales de estudio.

Nos encontramos, sin embargo, ante gravísimas dificultades: la educación sistemática concebida por nosotros ha resultado demasiado teórica para las exigencias del medio. La educación espontánea ejercida por la familia, la calle, los *mass media*, el acontecer político, en suma, la realidad social, contrarresta poderosamente los logros incipientes de la educación sistemática. Los privilegiados tienen acceso a mejores formas de educación y a niveles académicos más altos en colegios privados o en el extranjero; gozan de condiciones socioeconómicas que les dan ventaja en la adquisición del conocimiento segundo y en el ejercicio egoísta de los poderes de la técnica segunda.

Por otra parte, la importancia que se da justificadamente a la educación en lo que se refiere a mayor prestigio y mayor remuneración, ha convertido el estudio, para los numerosos estratos de la clase

media, en camino de ascenso individual, reforzando y ampliando las jerarquías de privilegio. En las clases bajas la educación incentiva, a los pocos que realmente tienen acceso a ella, para la superación individual mediante el paso a los estratos inferiores de los grupos intermedios, donde pueden continuar los esfuerzos de superación individual característicos de esos grupos.

Otro grave inconveniente es la deficiente preparación de maestros y profesores, quienes, además de obedecer a las incitaciones del sistema social, han de ser preparados para su trabajo con grosero apresuramiento debido a la creciente demanda impuesta por el aumento demográfico y la mayor atención presupuestaria del Estado a la educación.

A despecho de nuestras mejores intenciones y de nuestros más duros esfuerzos, la educación sistemática, y especialmente la superior, tiende a volverse ceremonial para servir a la sociedad primera; los estudios tienden a volverse largos ritos para obtener símbolos de estatus, complejas diligencias sagradas para obtener o conservar determinados niveles de prestigio y de consumo. El conocimiento segundo y su aplicación técnica quedan desvirtuados a través de su paso, por sacralización, al mundo de la razón primera.

En la educación sistemática se confirma paradójicamente la hegemonía del sistema social primero. No quiere decir esto que nada se ha logrado; la persistencia de la educación sistemática, y la vitalización continua de sus principios, valores y fines, el renovado ímpetu de los incansables europeos segundos de América, la acumulación cuantitativa de conocimientos segundos que lentamente pasan al dominio general, las exigencias internacionales terminarán por quebrar la sociedad primera e imponer la segunda; pero a muy largo plazo. Para acelerar el proceso es necesario poner en práctica, simultáneamente, otros programas de acción.

d) *Lucha política tradicional*. Como sabemos claramente lo que queremos, también sabemos con quién aliarnos y cuándo y por cuánto tiempo.

Al terminar las guerras de independencia, no quedaron naciones, sino las zonas administrativas instituidas por las autoridades coloniales. Con las ideas, ideales y constituciones de la Europa segunda comenzamos a trabajar como si hubiera naciones. Rotundo fracaso: por todas partes hombres primeros dirigiendo grupos primeros fragmentaron la transitoria unidad creada por la guerra; las palabras de la razón segunda naufragaron en el oleaje de caudillos locales. Por un tiempo quedamos arrinconados, servimos de tinterillos, comimos el pan amargo del exilio, fuimos ejecutados, agonizamos pronunciando llamados a la unión, nos escondimos en archivos.

Pero la lucha primera entre caudillos fue produciendo una jerarquía primera con jefes supremos que gobernaban falsos estados en marcos geográficos más o menos coincidentes con las regiones administrativas del poder colonial. Esas versiones caricaturescas de los reyes europeos impusieron con mano férrea el orden de su voluntad y de sus obscuras tradiciones.

Inmediatamente los apoyamos, y no por oportunismo ni por comodidad: eran un paso desde la sombra hacia la Europa segunda. Sobre la unión y el orden que sólo ellos podían garantizar, era posible construir las estructuras sociales impersonales que regirían formas secularizadas de convivencia y de trato con la naturaleza. Un autócrata bien asesorado es un autócrata civilizador; una tiranía ilustrada no es una tiranía. Las leyes de evolución histórica prescriben el cumplimiento de etapas. Así como el niño interioriza la voluntad del padre y puede sustituirla cuando adulto por los dictados de la razón, así también el pueblo, anarquizado, interioriza la voluntad del déspota y puede sustituirla más tarde por los dictados de la constitución.

Aceptamos, pues, al tirano porque preparaba para la democracia, y simultáneamente luchábamos por la democracia. Sabemos que un pueblo no alcanza la dignidad humana plena mientras cada uno de sus integrantes adultos no ha alcanzado la autonomía de su razón, condición necesaria para tomar decisiones responsablemente.

En la lucha por la democracia se despiertan y maduran los pueblos. Esa oposición entre democracia y dictadura es un recurso educativo excepcional. Por eso, nosotros, los europeos segundos de América, al tiempo que asesorábamos al dictador y diseñábamos ideologías para justificarlo, lo combatíamos desde la clandestinidad, organizábamos la resistencia y —en nombre de la democracia, de la soberanía popular, de la constitución, de las elecciones libres, de los derechos humanos— conspirábamos sin cesar, desafiábamos la policía, nos pudríamos en cárceles, multiplicábamos los panfletos, las declaraciones, los manifiestos, las manifestaciones, activábamos todas las formas de subversión, procurábamos que los oprimidos tomaran conciencia de sus derechos y de su fuerza.

Hemos hecho ambos papeles sin contradecirnos porque la meta es la misma y ambos métodos sirven y el antagonismo entre ambos conduce a la europeización segunda.

La implantación de la democracia después de una lucha victoriosa contra el despotismo unipersonal es un examen de modernidad. Si el resultado es orden con libertad, progreso con legalidad, pluralismo ideológico con respeto de la constitución, lucha electoral con juego limpio, entonces el país en cuestión califica para ingresar a la comunidad internacional de países modernos. Si el resultado es desorden, anarquía, confusión, caos, corrupción, menosprecio de las minorías, reparto de botín, entonces el pueblo en cuestión debe ser sometido a un nuevo período de despotismo.

Nosotros no imponemos las reglas del juego. Estos pueblos primeros oscilan entre la anarquía y el despotismo. Lo que nosotros hacemos es fomentar el ideal de modernidad. Y hemos logrado notables resultados: tanto las democracias como las dictaduras propugnan ardientemente la europeización segunda; las grandes masas aspiran a los beneficios del progreso; todo el mundo reconoce la necesidad de adoptar, aprender, adquirir, importar el conocimiento segundo y la técnica en él basada.

Sin embargo, debemos reconocer con amargura que todo ese juego no nos ha acercado realmente a la modernidad.

Los déspotas no han civilizado. Las democracias no han liberado⁸.

Los déspotas han sido simplemente déspotas y han reforzado todas las características del sistema que queremos cambiar. Ni siquiera han unificado la población; bajo la *pax latinoamericana* que imponen, fermentan los odios más ciegos, las divisiones más irreconciliables y el ciclo de perseguidos y perseguidores se torna interminable como un *samsara* bajo la ley de la venganza *hodie mihi cras tibi*.

Por su parte, los partidos tradicionales no representan al pueblo ni al progreso, sino a viejas y nuevas oligarquías. Los dirigentes son viejos o nuevos ricos o arribistas que han hecho de la política su profesión y su negocio y la entienden como arte de intrigar y de manipular multitudes y terminan a menudo poniéndose de acuerdo en «alto» nivel para repartirse prebendas, privilegios, poderes y disfrutar con abyecta alegría el salario de la traición a los ideales que les hemos enseñado. A lo más que llegan, en obligada generosidad, es a arrojar mendrugos de subsistencia a las clientelas electorales que los sostienen por ingenuidad, por ignorancia, por corrupción, por impotencia moral, o por hambre y miedo y tenaz esperanza.

Así, atroz destino, nos ha tocado participar en cambios políticos vertiginosos, presenciar el despliegue policromo y resonante de la novedad, sentir la exaltación emocional y retórica de los grandes momentos, sólo para comprobar después —apagado el brillo de la pirotecnia, dispersos por el suelo los restos del convivio, en forzada sobriedad con gusto a vómito— que no ha habido transformación, que todas las estructuras del sistema han permanecido incólumes, intactas, ilesas ante la indiferencia de la mayoría, que regresa a sus quehaceres serenamente, como después de un carnaval o un cruento sacrificio solsticial.

Da la impresión a veces de que los movimientos políticos violentos en Latinoamérica son sustitutos o variantes transculturadas de antiguos ritos.

8 Cf. Abelardo Villegas, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano* (2ª ed.), Siglo XXI, México, 1974, pp. 57-82.

Con todo, no desesperamos, vemos el lado positivo; tanta adhesión verbal tendrá que interiorizarse; más y más personas terminarán por sentir la necesidad real de transformación y se transformarán a largo plazo; pero, sin abandonar este frente, tenemos que diseñar otros medios de llevar nuestros países a la modernidad y el progreso.

e) *Subimperio*. Así como Francis Bacon, en su célebre doctrina de los *ídola*, identificó y describió cuatro tipos de prejuicios, de obstáculos epistemológicos, así también nosotros deberíamos identificar y describir los *ídola* que obstaculizan nuestro progreso, las nociones falsas que nublan nuestro entendimiento y desvían nuestra conducta del camino correcto hacia la modernidad. De momento quizá podríamos señalar un tal *idolum*: la patria.

¿Qué es la patria? Un prejuicio emocional, un error que proviene de ampliar el cariño hacia un lugar familiar hasta abarcar una dimensión geográfica que en rigor no nos pertenece, a la que en rigor no pertenecemos. Estamos, sin duda, en América; estamos ligados a ella y tenemos una tarea que cumplir; pero esa tarea no consiste en conservar localismos, tradiciones, apegos emocionales, paisajes, formas atrasadas de vida.

Nuestra tierra es redonda, somos cosmopolitas. Si nuestro destino nos liga con América, no es con nada de su pasado ni casi nada de su presente; es con su futuro, en el cual esperamos y deseamos que deje de ser como es y se transforme en Europa segunda.

¿Con qué argumentos, entonces, en un plan de sinceridad, podemos oponernos nosotros, los europeos segundos de América, a la entrada directa de las potencias civilizadas en nuestro territorio? Seamos consecuentes: nos conviene, está en nuestro interés que irruman en estos países con el evangelio del progreso y la práctica de la industrialización y desarrollen nuestra economía⁹.

9 Cf. Leopoldo Zea, ob. cit., pp. 113 a 117, donde comenta el pensamiento de Sarmiento, Alberdi y Bilbao.

Frases como «La planta insolente del extranjero ha hollado el suelo sagrado de la patria» no pasan de ser prácticas retóricas de los demagogos para manipular un sentimiento equivocado. No hay extranjeros. Sólo hay hombres atrasados y hombres adelantados. El progreso marcha en nuestros días con pies anglosajones. Que huellen nuestro suelo y lo transformen con sus pisadas. Abramos todas las puertas. Quitemos aduanas y alcabalas. Que se expandan por nuestra vasta latitud y la fecunden. Que el ruido de sus máquinas sustituya el canto intrascendente de los pájaros. Que su orden secularizado ocupe el puesto de tantos bochinches y desmanes. Que su eficiencia reemplace este vaivén caótico y estéril. Nuestro patriotismo tenía sentido contra los realistas, pero es absurdo en contra del progreso. ¿Qué destruirán? Lo que nosotros queremos destruir. ¿Qué traerán? Lo que nosotros queremos tener. ¿En qué nos convertiremos? En lo que queremos ser: países donde gobierna la razón segunda. Es mejor ser provincia moderna de un imperio moderno, que país atrasado.

Ahora bien, el pensamiento y el intento que acabamos de enunciar nos han conducido en la práctica al siguiente descubrimiento: ya somos provincias de un imperio moderno, pero no provincias modernas.

Bajo la apariencia de soberanía que se manifiesta superficialmente en el plan político, nuestros países se han integrado ya desde hace mucho tiempo —desde la época misma de la guerra de independencia y mediante esa guerra— al metabolismo económico de los países de la Europa segunda.

Surgimos de la derrota y el desmembramiento de los imperios europeos primeros, en alianza con la Europa segunda y nos integramos imperceptiblemente a ésta. Pero el puesto que nos ha tocado en el nuevo orden mundial no trae consigo nuestra modernización. Nos tocó el puesto de productores de materias primas y consumidores de productos manufacturados. Para ocupar este puesto no hace falta ser moderno; antes por el contrario, las viejas estructuras bastan,

con leves modificaciones, para cumplir nuestro papel. Nuestro desarrollo no hace falta a las potencias segundas que llevan la batuta del cambio y por ello se han aliado a las fuerzas de la tradición primera y las han robustecido¹⁰.

Todo esto ha dado lugar a los siguientes fenómenos: supervivencia hasta nuestros días de las estructuras socioeconómicas básicas de la época colonial concentradas en torno a actividades de monoproducción, en desmedro de otras actividades productivas; monoproducción que hace depender nuestra seguridad de las oscilaciones del mercado internacional donde no gobernamos; formación de una falsa burguesía constituida por terratenientes, comerciantes enriquecidos y banqueros que, con una fachada de modernidad en el consumo, mantienen la vieja actitud hacia la riqueza como algo a tener y usufructuar, y viven parasitariamente de la parte que les toca en el hacer de las grandes empresas internacionales, dirigidas por la verdadera burguesía de los países segundos; aumento de los estratos medios por aumento de la burocracia, la administración pública y privada, y los servicios; concentración urbana y cinturones de miseria en torno a centros administrativos y comerciales relacionados con el gobierno, la importación, la exportación, los servicios de comunicación y transporte, etc.

Así, nuestra situación actual nos enfrenta, por una parte, a un orden social primero reforzado y enmascarado en falsa tendencia modernizante, y por la otra, a la ansiada modernidad representada precisamente por el nuevo imperio a que pertenecemos y en el cual no podemos ocupar sino una posición subordinada, sin acceso a los valores y bienes del progreso.

¿Qué hacer? La paradójica alianza de lo que no queremos (estructura tradicional) con lo que sí queremos (modernidad) paraliza

10 v. Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, FCE, México, 1956; y el desarrollo de este planteamiento en André Gunder Frank, Fernando Enrique Cardoso, Theotonio Dos Santos, Samir Amín...

nuestra gestión transformadora. En tales circunstancias resulta imposible transformar nuestros países en contra de su propia tradición y en rivalidad competitiva con el imperio; sin embargo, en ciertas coyunturas y en ciertos países hemos intentado esa empresa delirante con el pírrico resultado —*ridiculus mus*— de una pseudoindustrialización con ligeros desplazamientos de algunos centros de poder internos.

Es más factible —o menos utópico—, previa aceptación indiscutida del poder imperial, lograr la instalación de grandes centros de producción industrial y de distribución en alguno o algunos de nuestros países. Ofrecer puertas abiertas al capital imperial, garantizarle condiciones sociopolíticas de seguridad mediante la dictadura militar o alguna democracia *sui géneris* para instrumentar un subsistema de dominio sobre los países vecinos no industrializados.

Semejante instalación industrial sería beneficiosa para el poder imperial porque ampliaría el territorio disponible para sus centros de producción industrial; disminuiría los costos de transporte; ofrecería mano de obra barata; mediatizaría y amortiguaría los choques con países no industrializados de la región, quienes no se enfrentarían directamente en caso de conflicto, con el poder central, sino con un vecino poderoso.

El país privilegiado con esta inmigración de la industria lograría destruir sus estructuras tradicionales en forma incruenta, pues a los poderosos de la región se ofrecería una participación jugosa en el nuevo estado de cosas; la capacidad de consumo de la población —educada para las nuevas tareas— crecería y se diversificaría, ampliando así el mercado para nuevos productos de la industria instalada en la región y de la industria central; la actitud ante el trabajo se volvería positiva con el estímulo de las remuneraciones; las relaciones humanas tenderían inevitablemente a secularizarse frente al orden objetivo, racional segundo, creado por la industria; el hacer de las escuelas y universidades adquiriría sentido por la demanda concreta de la nueva realidad económica...

Se argumentará que esta subida de rango colonial —digamos mejor provincial— dentro del imperio beneficiaría sólo a uno o dos países, al precio de convertirlos en odiados capataces. No contraargumentaremos diciendo que es mejor ser capataz que peón o que a las puertas del cielo primero yo que mi padre, sino con razones de peso objetivo: habría de hecho uno o dos países desarrollados entre nosotros, se rompería la homogeneidad del atraso. Los centros imperiales no son ideológicamente monolíticos; en ellos actúa una poderosa tendencia que favorece nuestro desarrollo como estrategia económica para ampliar y fortalecer el sistema por el aumento colosal del consumo que acompaña al ascenso del nivel educativo, técnico, industrial de las poblaciones; en ellos actúa otra poderosa tendencia que favorece nuestro desarrollo porque no ha manejado los valores fundamentales de la Europa segunda y las declaraciones de derechos humanos como vanas palabras, sino porque está sinceramente convencida del deber de hacer extensivos esos valores y esos derechos a todos los pueblos del mundo y en primer lugar a sus hermanos de América con quienes los unen vínculos especiales de solidaridad y afecto, además de intereses culturales, geopolíticos, estratégicos.

Aliémonos con esas dos tendencias, multipliquemos los contactos, expresemos y demostremos nuestra fraternidad, reiteremos nuestra lealtad, nuestro reconocimiento de los poderosos lazos de todo tipo que nos unen, y entonces, como el día sigue a la noche, esas tendencias, al tomar el poder central, contribuirán como nadie, como nada a nuestro desarrollo, pues en sus manos, además de la buena voluntad, estaría también la posibilidad real de hacerlo. No sería, a largo plazo, cuestión de uno o dos países, sino de todos en una gran alianza interamericana para el progreso bajo la égida benigna del hermano mayor reconciliado.

Pero este idílico cuadro, y tierno, no nos ciega para la percepción de las dificultades. La progresión soñada de la industrialización sobre esas bases implica que siempre habrá otros pueblos

no industrializados, no tecnificados a quienes explotar y, por lo tanto, no puede continuar indefinidamente. Tal vez ni siquiera pueda comenzar. El sistema económico que sirve de soma en occidente a la razón segunda exige, pide, requiere, necesita la separación en zonas desarrolladas y zonas subdesarrolladas¹¹. Dentro de ese sistema el desarrollo total y uniforme de todos los pueblos es ilusorio. Los expertos afirman que la brecha tiende más bien a aumentar y que el desarrollo permisible en la periferia del sistema no puede ser sino superficial, ligero, limitado y además dependiente, controlado desde el centro por inversiones de capital y creciente, inalcanzable superioridad técnica.

Estas últimas consideraciones no impresionan a muchos de nosotros, quienes dirigen los esfuerzos de varios países rivales empeñados en convertirse en subimperio. Que ocupen ese frente. Otros programas de acción han de ejecutarse simultáneamente.

f) *Revolución socialista*. La racionalidad de la historia, entendida como nomicidad de las transformaciones desiguales en los modos de producción y las formaciones sociales, sobre la base de la lucha de clases, permite avizorar el advenimiento de una sociedad sin clases.

El *soma* adecuado para la razón segunda es el sistema socialista porque sólo él permite la realización de los valores asociados al desarrollo del conocimiento segundo y su aplicación técnica. Sólo en él pueden todos los hombres acceder realmente a los bienes del progreso y la modernidad.

El *soma* actual de la Europa segunda occidental es un sistema que contradice necesariamente los valores en que se funda. Es el núcleo petrificado de la Europa primera que se niega a desaparecer,

11 Ver sobre este tema el brillante ensayo de Armando Córdova «Sobre Rosa Luxemburgo y el mundo subdesarrollado», que aparece como apéndice en Ludovico Silva, *Antimanual para marxistas, marxólogos y marxianos*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1975.

pero que contiene en sus propias contradicciones la fórmula de su destrucción.

Podemos entender la razón segunda no como un haber metahistórico que se descubre progresivamente, sino como el despliegue dialéctico de la racionalidad de la historia, arriba definida; como la transformación en ciencia y conciencia de la estructura de ese proceso en el alba de un acontecimiento que pondrá fin a la lucha de clases —el triunfo del proletariado— y liberará la racionalidad así lograda para el libre juego de contradicciones más profundas (hombre-naturaleza, sociedad-individuo, hombre como producto de las fuerzas reproductivas de la sociedad-hombre como creador, unidad mundial-diferencias locales, Estado fuerte-desaparición del Estado) desnudadas de su implicación en contradicciones presocialistas.

La Europa segunda, afortunadamente, no es homogénea: el sistema socialista se ha impuesto en su parte oriental, ha destruido el núcleo petrificado de la Europa primera, ha vencido en lucha heroica las acechanzas del mundo no socialista y está construyendo un mundo nuevo en que la razón segunda se instrumenta mediante planificación global y minuciosa sin la interferencia de intereses oligárquicos, plutocráticos o aristocráticos.

Sin embargo, tiene que distraer gran parte de su esfuerzo y de sus recursos en defenderse de amenazas externas, de tal manera que no alcanzará su plenitud mientras no se universalice.

Esta situación de la Europa segunda nos ofrece una opción clara: inscribirnos en una estrategia mundial para acelerar el triunfo del socialismo, en una lucha dirigida por el primer país socialista que conoce la historia, junto con los demás países socialistas y en compañía de los europeos segundos más esclarecidos del mundo, organizados política y militarmente para la gesta que nos reclama, armados con el marxismo-leninismo como método de análisis y como método de acción revolucionaria.

Así como nuestros libertadores se aliaron con los enemigos del imperio español, así nosotros debemos aliarnos ahora al bloque

socialista; con la fundamental diferencia de que mientras aquellos después de la victoria se convirtieron para nosotros en neoimperios, éste en cambio se integrará junto con nosotros y todos los demás pueblos de la tierra a un orden mundial presidido por el internacionalismo socialista donde no habrá lugar para la explotación del hombre por el hombre, ni necesidad de oprimir porque el modo socialista de producción y la superestructura que necesariamente le corresponde dan lugar a una formación social abierta para la realización plena de la humanidad.

Nos inscribimos, pues, en esa estrategia mundial con la firme convicción de haber encontrado; ¡al fin!, el camino correcto, y, según las consignas centrales, debidamente comprendidas, adaptadas a la situación local e instrumentadas con lo mejor de nuestro ingenio, emprendimos las más variadas acciones en multiplicados frentes de lucha, con transitorias alianzas tácticas, repliegues calculados, sacrificios inevitables de personas y posiciones en aras del plan general. Nada de lo que ha hecho el enemigo nos arredró, ningún arma que pueda utilizar disminuirá nuestra moral de combate. Puede esperarse todo de una bestia herida y todo lo esperamos del imperio agonizante porque esperamos activamente también su destrucción.

Pero dificultades inesperadas nos han dividido, ninguna proveniente del enemigo.

- Por una parte dificultades locales: La teoría —tan pulida y lúcida, tan geométrica, tan de la razón segunda— a medida que penetra en las capas bajas de la militancia hasta llegar a la base y divulgarse más allá de ella, la coherente teoría se va progresivamente modificando, transformando, degradando, adoptando perfiles y dimensiones grotescas, de tal manera que a partir de un cierto punto se hace irreconocible. Lo que piensan y dicen nuestros dirigentes medios es ya incompatible con la teoría, pero se le asemejan como una caricatura. Lo que creen y dicen los estratos inferiores tiene ya resonancias bárbaras y se emparenta con mitos alucinados y estructuras mentales que no pueden meterse en la teoría sin

desbaratarla. ¿Quién desconocido, quién oculto, quién planta de noche en nuestra sementera tan extraños yerbajos? La vegetación silvestre del continente, aliada con el viento y los pájaros, los insectos y la lluvia, la vegetación silvestre, hija amada de la tierra, ¿adversa acaso nuestro cultivo como exótico? No puede ser. Nuestra teoría es universalmente válida, es aplicable a cualquier situación socio-económica y cultural; debe, pues, ser accesible a todos, según ella, la generan como toma de conciencia que anuncia a la gran revolución. Pero ¿Qué es eso que se mezcla con ella y la degrada, la desvirtúa y la cambia? La ignorancia, el atraso, la enfermedad, los efectos de la esclavitud —creímos en un principio— se oponen por inercia a nuestro empeño de formar conciencia teórica, pero nosotros nos apoyamos en las condiciones objetivas que deben generarla y en el anhelo de libertad que se contrapone a la inercia y que, por definición, existe en todo hombre. Sin embargo, hay más: la resistencia es activa y astuta, cede al ataque frontal, pero se alía sabiamente a nuestras armas produciendo aleaciones metálicas inferiores sin eficacia transformadora, sin contundencia ni poder punzocortante. Las voces de nuestra teoría no se propagan por medio de ecos claros y cuando regresan parecen hablar un idioma extraño y no las reconocemos. ¿Habrá acaso una teoría enemiga, no proveniente del imperio (las de este origen las identificamos fácilmente cualesquiera que sean sus máscaras), una teoría no verbalizada, ni siquiera pensada tal vez, pero implícita en la idiosincrasia de estos pueblos, poderosamente activa en las estructuras de la conducta colectiva, inconsciente como la gramaticidad de los no ilustrados, vasta, que recibe la nuestra, la digiere, la asimila? Pero por este camino no podemos sino desvariar; lo correcto es reconocer que no hemos estudiado y no conocemos por tanto profundamente la realidad que queremos ayudar a cambiar.

Este extraño fenómeno se manifiesta también en la praxis. Los programas de acción se ven entorpecidos por actitudes inexplicables en los niveles superiores de la dirigencia donde la teoría es clara.

Pequeños enfrentamientos personales dan lugar a cismas. Dulces poetas de tierna sensibilidad, enamorados de las avecillas y bestezuelas de la natal campiña florida, a quienes apoyamos con publicidad y premios para que nos sirvan en los trabajos de protesta y propaganda se nos convierten de la noche a la mañana en gamonales literarios, exclusivistas y tribales aspirantes al premio Lenin cuando no al Nobel. Arduos dirigentes estudiantiles se pasan al campo enemigo después de graduados. Proliferan jefezuelos con cauda y feudo que rivalizan por el título, la investidura y los poderes de «supremo jerarca indiscutido» o de «héroe inmortal de la revolución». Insoportables intelectuales y artistas de limpia trayectoria revolucionaria pueden aparecer de repente como zamuros para disputarse carroñas presupuestarias que les echa con desdén el gobierno de turno, bajo la forma de financiamiento para la «cultura», con el objeto de aca-llarlos. Desenfrenos sexuales y alcohólicos, y el despliegue innecesario de todas las formas de violencia —lo que es peor, acompañados con el intento de justificación teórica— nos hacen aparecer a veces como una colección de psicópatas, como un bestiario escalofriante de aberraciones, y las gentes honestas y sencillas nos cogen miedo. El pueril deseo de *épater tout le monde* y la vidriosa arrogancia ponen en peligro las más delicadas tareas donde hace falta tener disciplina, perseverancia, humildad, modestia, sigilo. Todo sucede como si la realidad conspirara contra nuestro designio y lo entorpeciera y saboteara soterradamente.

¿Será que no nos conocemos? Nuestro modelo de organización y acción ¿estará hecho para otras realidades y no para la nuestra? ¿Nuestra incorporación a una estrategia mundial de lucha tendrá que hacerse sobre otras bases?

- Por otra parte, además de estas dificultades internas locales, han surgido problemas de orden mundial para nuestro movimiento: ya no puede hablarse de una coordinación planetaria y consciente de la lucha, ni de solidaridad proletaria internacional en sentido pleno.

La larga coexistencia del bloque socialista con el no socialista ha pasado de la guerra fría —tan costosa— con enfrentamientos bélicos mediatos, a la convivencia pacífica —tan peligrosa— con relaciones comerciales, y este proceso ha dado lugar a la formación de zonas de influencia mutuamente respetadas, de tal manera que los movimientos revolucionarios no pueden contar con la ayuda total de sus hermanos victoriosos; antes por el contrario, no sólo la ayuda solidaria está condicionada por el respeto a las zonas de influencia en una especie de gran reparto del mundo entre las grandes potencias, sino que la coexistencia pacífica con relaciones comerciales puede prolongar la vida del capitalismo si le ofrece los grandes mercados de los países socialistas. Es lícito sospechar que el sistema socialista presenta rasgos mercantiles y consumistas. Los más pesimistas piensan que es también un sistema de enajenación donde el espíritu revolucionario se ha congelado en la solidez de una burocracia opresora, enemiga de la creatividad, negadora de la participación, reforzadora de estructuras edípicas. Por esta causa y por otras, el bloque socialista se ha dividido en pedazos que participan de manera antagónica en nuestros asuntos, se enfrentan en nuestro propio seno, se critican mutuamente en los términos más violentos y amenazan con dirimir sus diferencias mediante un conflicto bélico frontal. Ya no comprendemos lo que hacen por falta del marco referencial de una estrategia mancomunada, y estamos perplejos. En amarga sobriedad comenzamos a pensar que estamos solos a pesar de todos los vínculos y que en cada país hay que hacer lo que se pueda, aceptando la incertidumbre de un juego internacional complejo, donde los intereses de la revolución están mediatizados por otros intereses de los países donde ha triunfado el socialismo.

Es así como hemos llegado a comprender la necesidad de diseñar una forma propia de socialismo a partir de nuestras condiciones locales y una forma propia de organización política a partir de nuestra idiosincrasia y de nuestras circunstancias reales.

g) *Reminiscencia, exilio y nostalgia*. Lo importante —habíamos creído— no era conocer esta realidad social, sino cambiarla; la meta estaba clara y la realidad social era el obstáculo a vencer. Seguimos creyendo lo mismo, pero ahora comprendemos que es necesario conocer más de cerca esa realidad social, no para descubrir en ella la presencia de las esencias teóricas, el funcionamiento de los esquemas racionales, la simetría de los sistemas conceptuales; sino para captarla en su diferencia, en su opacidad fáctica, en sus perfiles brutos, en su terca densidad, en la inercia de sus tradiciones, en su perseverante y pesada continuidad, pero también en su obscura creatividad. Todo esto con el auxilio de las técnicas de análisis del conocimiento racional segundo. Conocerla mejor para manipularla mejor y asimilarla adecuándola al gran proyecto de cambio hacia el progreso, la modernidad, el desarrollo.

Ya hemos comenzado esta tarea; pero debemos reconocer que tal esfuerzo nos fatiga antes de hacerlo. Siempre hemos procedido por modelos, por paradigmas; nos ha alimentado la convicción de que el modelo ejerce un influjo transformador como motor inmóvil. En nuestro horizonte siempre ha brillado algún país ejemplar al cual nos referimos con admiración, con juramento de imitación. Ese país ha cambiado según las épocas y los grupos de admiradores; pero siempre ha habido alguno que nos ha inspirado y entusiasmado. Suiza (prometo que este país será la Suiza de América, aquél lo es ya). Los Estados Unidos de América (seamos los Estados Unidos de América). Inglaterra (el progreso es una locomotora que funciona con maquinistas ingleses). Francia (no puedo hablar porque desfallezco al pronunciar su nombre). Alemania (qué disciplina, qué racionalidad, qué orden). La Unión Soviética (y decían de los rusos como ahora dicen de nosotros que no eran aptos para la civilización, ahí los tiene convertidos en gran potencia mundial). El Japón (se occidentalizó en menos de un siglo y compite con los pueblos más adelantados). China (con socialismo a su manera —tan adecuada para nosotros— y con bomba atómica y todo)...

Quedarnos sin modelo sería quedarnos sin sueños. ¿De qué viviríamos entonces? Lo único que nos hace soportable esta realidad es la esperanza de cambiarla. No podemos adentrarnos en ella, ni confundirnos con ella: eso equivaldría a morir. Lo que nos define es la tensión entre este ser y el deber ser hacia el cual nos movemos, porque a decir verdad y aunque suene mal nosotros no somos de aquí, estamos en este mundo pero no pertenecemos a él; somos pioneros de la Europa segunda. Y nuestro gran secreto —a pesar de nuestro inagotable entusiasmo, a pesar de esta lucha infatigable en los nuevos frentes de combate que abrimos sin cesar— nuestro secreto último es que somos pioneros forzados.

Aclaremos esta paradoja: nuestros ancestros vinieron de otras partes. Todos nuestros ancestros, aun los de culturas primeras. El hombre no es autóctono de América. En nuestro pasado ancestral colectivo hay siempre un viaje por mar¹² hacia lo desconocido, una separación voluntaria o forzada del mundo originario, y algo del dolor y del hechizo de ese viaje sobrevive en todos nosotros como presencia silenciosa del gran trauma original. Los primeros pobladores, los ancestros de los indios, vinieron de otras latitudes con culturas ya formadas; los europeos y los africanos vinieron después, también con culturas ya formadas. Este es un continente de inmigrantes. Era un continente sin hombres cuando ya los otros continentes estaban poblados y aún ahora hay vastas regiones donde jamás ha vivido comunidad humana alguna.

Todas nuestras líneas genealógicas por los cuatro costados conducen hasta ancestros que en un momento de su vida decidieron actuar en contra de aquella afirmación de Hamlet, *we rather bear those ills we have than fly to others that we know not of*, o fueron obligados a ello.

Pero hay una jerarquía de la reminiscencia. Mientras los indios no conservaron noticias históricas de su llegada y sus versiones míticas

12 Lo del viaje por mar es un decir, pues, según las teorías, una de las vías era terrestre: la del hoy estrecho de Bering.

del origen extracontinental se confunden con las leyendas generales del origen; mientras los africanos, aunque recuerdan la migración pasiva y conservan viva de muchas maneras la tradición de su abolorio, perdieron la comunicación voluntaria y sus vínculos políticos con las culturas de donde proceden; los europeos, en cambio, conservaron el recuerdo, la comunicación y los vínculos con las metrópolis de modo tal que podían alimentar la conciencia de ser europeos en América, conciencia de continuo reforzada por contactos de todo género.

Todavía debemos hacer otra distinción. Los europeos primeros convirtieron su recuerdo en realidad social, reproduciendo en lo posible las condiciones de Europa. Los europeos segundos emigrados construyeron la Europa segunda en América, entiéndase los del norte, los que triunfaron, los que convirtieron su aspiración en realidad social.

Queda una última categoría: nosotros. Somos europeos segundos de América que no hemos triunfado y nos encontramos en lucha contra la Europa primera en América, contra las otras culturas primeras que hay en América y contra los diversos sincretismos a que ha dado lugar su encuentro. Fuimos europeos primeros de América que nos convertimos en europeos segundos a distancia por efecto de las revoluciones de los siglos XVIII y XIX, al calor de las luchas de emancipación. Somos los descendientes de los libertadores, los que después de nuestra independencia política buscamos la independencia económica y mental sin haberla podido conseguir hasta ahora. Nuestra forma de reminiscencia es *sui géneris*: recordamos (etimológicamente recordar significa: volver a traer, de nuevo hacia el corazón, algo así como encorazonar o interiorizar de nuevo) recordamos lo que nunca hemos tenido de hecho, sino como aspiración; lo que recordamos no pertenece al pasado, está en otras latitudes ahora y en el futuro nuestro.

A esta jerarquía de la reminiscencia corresponde una jerarquía del exilio, y también una jerarquía de la nostalgia.

Hay un vago sentimiento de exilio que es universalmente humano, subyace en las empresas más vitales, se manifiesta en los silencios que las escanden, en los desfallecimientos periódicos del impulso erótico, en un cierto desencanto radical que reprimimos medrosamente no pocas veces, en el vacío que aniquila por instantes los más robustos entusiasmos como heraldo incruento y transparente de la muerte. Quizás pudiera rastrearse ese vago sentimiento hasta el trauma del parto y del nacimiento. O hasta el paso a la cultura, el remoto paso que suponemos debió sacar a la especie de su inmersión animal e inconsciente en el seno de la naturaleza. O hasta el origen de la vida. O más allá aún tal vez, hasta el misterio del ser, hasta el hecho glorioso y lamentable de que haya algo en vez de nada. Misterio ambivalente del origen que está presente aquí y ahora en el orgullo de ser y hacer y crear y buscar nuevas formas, pero también en el dolor de ser, en el vago sentimiento de exilio que no es ajeno a ningún hombre. Toda separación lo despierta y refuerza; todo hogar, todo encuentro lo mitiga.

Ahora bien, ese exilio originario está reforzado en todo americano por el viaje ancestral transoceánico. Aunque todo hombre tiene un cierto aire de exiliado, como si no perteneciera a este planeta, el americano lo tiene con más fuerza; da la impresión de no haberse acostumbrado todavía al nuevo mundo, de no haber sentado cabeza, parece estar de tránsito y haciendo arreglos provisionales, como a la expectativa¹³ de unas naves inconcretas que algún día zarparán con rumbo presentido bajo las voces de mando de capitanes obscuramente recordados.

Pero ese temple de exilio reforzado y expectante se agudiza o se afloja de varias maneras. En los indígenas se acentúa por la pérdida de sus culturas y de sus tierras, culturas y tierras donde habían

13 La expectativa como temple del hombre americano ha sido desarrollada por Ernesto Mayz Vallenilla en *El problema de América*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1959.

logrado instalarse creativamente antes de la llegada destructiva del conquistador; para los de origen africano se acentúa porque el nuevo mundo no les ofrece puesto alguno que no sea subalterno o marginal; para los mestizos, de abigarrada estirpe, se acentúa y se enmascara al mismo tiempo por su insegura ubicación de metecos ambiciosos, confusos y oscilantes; para los europeos primeros, se mitiga en la medida en que están instalados como dueños y han reproducido aproximadamente el modelo ancestral y se acentúa en la medida en que los penetramos, interferimos y perturbamos para cambiarlos y elevarlos a la razón segunda; en los europeos segundos triunfantes se mitiga en la medida en que han construido la Europa segunda en América y se han instalado poderosamente en ella y la han instalado en su fuero interno, pero no deja sin embargo de molestar como umbilical herida de separación y se manifiesta en ese turismo casi religioso a la Europa de más allá del mar, peregrinación a los lugares sagrados, donde brotaron las fuentes creadoras de la razón segunda y donde la densidad cultural, de noble añejamiento, confiere a todos los objetos y actividades un sabor de buen vino que no puede ser imitado nunca por el de vides transplantadas.

Pero es en nosotros, europeos de frontera, pioneros de la razón segunda, donde se potencia al máximo el sentimiento de exilio¹⁴. No somos europeos segundos por la carne ni por la sangre, sino por el espíritu; nos habita el nuevo espíritu del mundo, somos el nuevo espíritu del mundo en su fase de exilio universalizante, somos la levadura que ha de leudar toda esta enorme masa, las semillas lanzadas a esta tierra extraña para efectuar la gran transmutación alquímica de todos estos materiales humanos heterogéneos y antagónicos en la unidad coherente de una sociedad segunda.

Por eso el regreso al origen nos está vedado de modo específico; no como a los otros. Pues el origen está presente de manera tangible,

14 Héctor Andrés Murena, ob. cit.

concreta y viva en los países segundos del mundo actual; tanto así que podemos intentar el traslado físico a ellos, pero cuando lo hacemos nos sabemos extranjeros en ellos, nos identifican como tales y nos asignan papeles de metecos; aun en el caso de lograr una inserción más profunda e importante, nuestra condición de extranjeros no cesa y las máximas tareas que en ellos se nos ofrecen no son nada en comparación con las que tenemos aquí y vemos desde allá con mayor claridad. No puede llamarse retorno el de los que se instalan allí como funcionarios, becarios permanentes, rentistas, jubilados. Para fortalecer el espíritu, sólo queda el consuelo de los viajes periódicos, de las pasantías, de los contactos, del estar al día en cuanto a las nuevas creaciones, del ofrecer productos exóticos y exhibir pintoresquismos, y queda también la esperanza de ofrecer algo tan europeo que llegue a ser aceptado como europeo¹⁵.

Por otra parte, en el mejor de los casos, el soma cultural que llevamos con nosotros y hasta el soma étnico se resienten con el cambio y dan lugar a choques inevitables por lo mucho de salvaje y desmesurado que aún no hemos domesticado y nos influye desde raíces ocultas.

Pero si esa forma de retorno al origen nos está vedada porque el intentarla nos conduce a escenificar el suplicio de Tántalo, hay otra que no sólo es permitida, sino forzada, es nuestro único camino: el regreso por ingreso a la modernidad, al progreso, al desarrollo mediante la transformación de nuestros pueblos. No el pasado, ni país alguno del presente contienen la clave de nuestro exilio en tanto remediable, sino el futuro nuestro operado conscientemente por nosotros mismos convertidos en sujetos de destino, en Parcas de nuestra propia vida sobre el telar de la razón segunda. Que otros exiliados canten sus plañideras canciones; a nosotros nos corresponde actuar; la acción es nuestro canto. Somos pioneros forzados.

15 En su *Ensayo sobre Borges*, todavía inédito, la escritora argentina Usha de Ely sostiene que Jorge Luis Borges es el mejor escritor latinoamericano porque realiza el sueño de todo escritor latinoamericano: ser europeo.

Y sin embargo, a pesar de todo ese activismo, nos corroe la nostalgia. Así como ocupamos el primer puesto en la jerarquía de la reminiscencia y en la jerarquía del exilio, así ocupamos también el primer puesto en la jerarquía de la nostalgia. Y, en correspondencia simétrica, nuestra nostalgia también es *sui generis*. Se trata de una nostalgia militante que se manifiesta en la construcción o adquisición de objetos y en la práctica de actividades capaces de crear la ilusión de la llegada. Objetos y actividades capaces de romper el contacto con la realidad inmediata y transportar *ipso facto* a la Europa segunda.

Un director de ministerio hace comprar una computadora de último modelo y la instala en una pieza, al lado de su despacho. No la usa. Pero cuando entra a ese cuarto muy bien pudiera estar en una dependencia del Gobierno Federal en Washington.

Las calles tradicionales son insoportables para el europeo segundo de esta América, porque le recuerdan a cada paso lo que falta por hacer, pero un café como en París, con muebles como en París, con bebidas como en París, con un *garçon* uniformado, lo transporta inmediatamente a la ciudad de las luces y le permite conversar como si estuviera allá.

Las universidades son tristes remedos de Europa que ya perdieron su poder evocatorio, pero un Departamento de Investigaciones Científicas, limpio, ordenado, estudioso puede hacer que Oxford esté allí; un Instituto de Filosofía a la manera alemana nos hace aptos para comulgar con el espíritu de Heidegger, así como otro a la manera inglesa nos convierte al instante en neopositivistas lógicos y analistas del lenguaje.

Nuestro paisaje es tedioso, con árboles innobles, nunca mencionados en la gran poesía; pero cabe plantar un bosquecillo de abedules, hacer una avenida de cipreses o *la treille où le pampre a la rose s'allie*.

Las relaciones humanas son plúmbeas o banales, o son cosa de trabajo; pero un círculo selecto de bohemios, con el auxilio de bebidas importadas ¿no puede dialogar con los poetas y pensadores de verdad, con los europeos?

Y las modas y los perfumes y los autos, y los últimos estilos literarios y las últimas teorías económicas, y aquel nuevo director de cine... y todo —claro— por niveles, según el grado cultural de cada uno, grado que se mide por los objetos y actividades que usa para ese viaje ilusorio a la Europa segunda, para ese sustituto ficticio del siempre aplazado retorno, para ese alivio momentáneo del sufrimiento por volver. Hay ciudades enteras hechas de nostalgia¹⁶.

La nostalgia es el revés del activismo. Además, mientras el activismo es vertical, busca la superación del exilio en la construcción del futuro y se dirige realmente hacia un fin irreal, la nostalgia es horizontal y se dirige irrealmente hacia países reales idealizados. Esa es nuestra cruz.

Nuestra nostalgia *sui géneris*, nostalgia militante, opera proyecciones quijotescas que no dejan ver la realidad verdadera y entorpecen el activismo que sí puede llevarnos a la superación del exilio.

Guerra a la nostalgia debe ser nuestra consigna. Fuera objetos mágicos y fetiches. No la ilusión queremos, sino la realidad que construiremos.

Pero, ¿es posible suprimir los fetiches de la nostalgia? No. Desaparecería también el activismo. Son las dos caras de la misma moneda, se suponen y se sostienen mutuamente. No sólo es posible concebir a la nostalgia y sus vericuetos como necesaria *onéirosis* alimenticia del activismo transformador, sino también al activismo como forma aguda y maniaca de la nostalgia militante. Los hemos separado para describirlos, pero coexisten simultáneamente como ambivalencia del mismo impulso. Esta toma de conciencia puede ayudarnos a ser más eficientes al permitirnos ver y en consecuencia descartar las formas aberrantes y opiáceas de la una, y las desviaciones delirantes del otro.

Comedimiento onírico y sentido de realidad conjugados nos darán la eficiencia necesaria para la gran transformación.

¹⁶ Usha de Ely, en su *Ensayo sobre Borges* ya mencionado en la nota anterior, sostiene que «Buenos Aires es una ciudad hecha de nostalgia».

Para resumir y puntualizar este complejo y delicado asunto: la reminiscencia del origen, el sentimiento de exilio y la nostalgia, en lo que tienen no de universalmente humano sino de específico nuestro, remiten al surgimiento de la sociedad segunda, la cual no pertenece al pasado sino que existe actualmente en un alto grado de realización en los países de la Europa segunda y ante nosotros se presenta como futuro a realizar. Nuestra existencia está comprometida con la tarea de realizar la Europa segunda en nuestro suelo y esa tarea nos define esencialmente, manifestándose en dos actitudes complementarias, el activismo incesante y la nostalgia militante; la primera actitud nos hace operar siguiendo programas de acción transformadora sobre la realidad social, mientras que la segunda nos lleva a utilizar fetiches y ritos sutilmente psicotrópicos para inducir la ilusión de la llegada y el encuentro. Intento el uno de superación real del exilio; intento el otro fantasmático. Consciente y deliberado el uno; inconsciente y espontáneo el otro por lo general. Nuestra eficacia pende de esa relación.

h) *Lucha por un nuevo orden mundial*. Si en la consideración de las relaciones internacionales prescindimos de afinidades ideológicas, de solidaridades afectivas, de la comprensión fraternal en pueblos hermanos —cosas estas todas que han conducido a tantos equívocos, autoengaños y amargas decepciones— y si nos limitamos a observar sobriamente los intereses económicos y militares, se nos ofrece el siguiente cuadro:

Nuestros países fueron incorporados al sistema económico mundial en calidad de productores de materias primas y consumidores de productos industriales. Un intercambio que, de por sí, no tenía por qué generar atraso, miseria y dependencia; lo que debió surgir era sólo interdependencia, cosa normal, previsible y aceptable. Necesitamos nosotros su mercado para nuestros productos; necesitan ellos el nuestro para los suyos. Pero no ocurrió así; las grandes potencias organizaron el juego económico internacional de acuerdo con sus intereses y tuvieron el poder de imponerlo. Especializaron a estos países en monoproducción controlada por

ellos y decidieron soberanamente sobre precios; distribuyeron papeles, y la rebeldía era fácilmente castigada por el simple expediente de hacer variar los precios provocando calamidades internas; intervenir en la política del país renuente imponiendo y sosteniendo gobiernos títeres; o hacer incursiones militares para garantizar la sumisión en nombre de la libertad.

En semejantes circunstancias, todos nuestros esfuerzos de modernización, secularización, progreso, educación resultaban vanos, mientras corruptas oligarquías serviles administraban el atraso y la miseria. El problema no está simplificado; es así de simple.

Pero la correlación de intereses y fuerzas en el mundo ha cambiado y, de parte nuestra, se ha producido una mayor toma de conciencia. Ya no es tan fácil intervenir militarmente en los países pequeños; el imponer oligarquías títeres es cada vez más difícil y cruento; la manipulación de los precios comienza a encontrar resistencia considerable.

La estrategia es sencilla: conscientes de que nuestros productos son indispensables para el funcionamiento del sistema económico mundial, debemos aliarnos con los países que tengan nuestra misma especialización productora, recobrar la posesión y administración de nuestros recursos y hacer valer su importancia para obtener precios justos. Precios justos quiere decir precios de venta proporcionados a los que tenemos que pagar cuando compramos.

Luchamos pues por un nuevo orden mundial en las relaciones internacionales caracterizado por el respeto a la soberanía de todos los países, un orden en que se reconozca la interdependencia de todos y no haya reparto de zonas de poder, un orden en que cada pueblo haga valer lo que aporta al sistema mundial y pueda obtener lo que necesita no como regalo sino como retribución.

Financiamos la revolución industrial sin darnos cuenta; contribuimos decisivamente, sin saberlo, a la formación, crecimiento y poder de las grandes potencias (hablamos por todos los pueblos explotados igual que nosotros), ahora reclamamos con fuerza

y valentía un nuevo orden en el cual tengamos acceso a los bienes que contribuimos a crear.

Una red de alianzas, pues, para hacer frente a las grandes potencias, sin más ideología que la defensa de nuestros intereses y derechos.

Con riqueza y prosperidad, el camino quedará abierto para los cambios internos. Habrá suficiente para que toda la población pueda participar de los bienes materiales y culturales de la civilización. Las oligarquías internas tendrán que ceder ante los reclamos de las clases pobres cuya dirección y representación hemos asumido. Nada ni nadie podrá impedir la entrada de nuestros pueblos al reino de la razón segunda, como parte del advenimiento de una humanidad segunda.

Los países que logren unirse y triunfen, es cierto, harán las cosas más difíciles para los que no están en condiciones de alzarse todavía, pues éstos deberán enfrentarse a un crecimiento inmenso del costo de todos los bienes, lo cual los alejará de sus fines; pero aquí sí funcionará una verdadera solidaridad, pues les podemos hacer préstamos a largo plazo con intereses bajos en una alianza para el progreso. Todo eso suena muy bien, pero, ¿no estaremos cayendo en una nueva forma de subimperio?

Bueno, vemos las dificultades, pero vemos también que por este camino puede llegarse a largo plazo al progreso general. Lo cual no quita que abramos otros frentes de lucha sin olvidar los anteriores. Etcétera. Etcétera.

i) *Última perplejidad*. Después de esta enumeración —por cierto no exhaustiva— de nuestras empresas, después de la descripción de nuestras dificultades, después de la reafirmación de nuestro celo en la tarea que es una con nuestro ser, es necesario hacer mención de un problema especial, en todo distinto a los anteriores. Algunos de los nuestros desertan.

No se trata de cobardes, ni de traidores, ni de tráfugas, ni de equivocados. Se trata de algunos de nuestros mejores cuadros,

miembros de las más audaces vanguardias, integrantes de las patrullas de reconocimiento que más se han adentrado en lo desconocido, hombres familiarizados con las disciplinas de la razón segunda, entrenados en las prácticas transformadoras, peritos de la lucidez. Desertan.

Todo nuestro proyecto, todo lo que da sentido a nuestra lucha, todo el mundo virtual que transmutará a estos mundos silvestres, se derrumba en ellos. Y, para nuestra sorpresa, no mueren. Hablan pero no comprendemos sus palabras. Actúan, pero no entendemos sus actos. Cuando miran, sus ojos están cargados de significaciones para las cuales no hay reflejo en los nuestros. Abandonan las gloriosas insignias de su rango y las bruñidas armas al borde de los caminos que conducen a la batalla, y retroceden sin prisa, escoteros e ingrátidos, como quien camina en otra dimensión, hacia antiguas labores campesinas y viejas aldeas macilentas donde fraternizan con hombres y animales, plantas y piedras que hace ya muchos siglos quedaron al margen de lo heroico, sin prestigio y sin gloria.

¿Qué rayo misterioso los hirió de locura? Pero tienen un aire sosegado. ¿Será más bien que recobraron alguna forma de cordura inconcebible para nosotros?

No podemos despejar esta perplejidad. Nos toca sacudirla y seguir hacia adelante, siempre hacia adelante.



*Europa y América
en el pensar mantuano*



Prólogo

Mis estudios del pensamiento latinoamericano me han permitido comprobar la existencia en nosotros de un sistema de actitudes o posturas fundamentales que determinan la interpretación de la realidad social, la fijación de metas y el despliegue de programas de acción.

En este trabajo me he propuesto la tarea de mostrar y presentar una de esas actitudes o posturas fundamentales, la que consiste en una identificación con el mundo occidental cristiano. Uso en el título la palabra mantuano sólo como referencia ubicatoria aproximativa, pues la actitud estudiada no se limita a un período ni a una clase, sino que está presente en el juego de actitudes de todo latinoamericano, con frecuencia de aparición e intensidad variables, según la medida en que cada uno es o se siente criollo.

En la primera parte del trabajo pretendo lograr una identificación de la Europa occidental cristiana mediante la descripción de sus rasgos específicos y la reconstrucción de su *Weltanschauung*, todo a partir de la identificación con ella, es decir, de la actitud estudiada.

Luego, y siempre desde la misma actitud, procedo a la identificación de América y a la definición del sentido de la vida americana como *paideia*. Después paso revista a las vicisitudes de la *paideia* y a la gama de líneas de acción surgidas de la actitud fundamental que me ocupa.

Aunque el trabajo está fundado en una larga investigación académica, ningún método académico me pareció adecuado para la exposición y recurrí a un método dramático. Puse todo el discurso en boca de un relator imaginario que personifica la actitud a mostrar y se divide en *dramatis personae* según las necesidades del relato.

El relator ficticio encarna la actitud o postura fundamental (identificación de América con el Occidente cristiano) que quiero mostrar al lector. Las contradicciones en que cae a veces revelan la presencia simultánea de las otras actitudes, no estudiadas aquí, y muestran la sutura del corte metodológico que efectué para aislar esta postura, tan dramática y tan incómoda en nuestros días.

El lector avisado reconocerá fácilmente —así lo espero— los *collages* deformados, los clichés retocados y la intención de *persiflage*.

J.M.B.G.

En Sevilla, la Semana Santa lluviosa de 1979

Primera parte

Identificación de Europa
desde una identificación con Europa

I. Los principios de Europa

Al observarnos a nosotros mismos para reconocernos y saber quiénes somos, salta a la vista que somos europeos.

Lengua y vestido, religión y arquitectura, arte e instituciones políticas, escuela y cementerio, dan testimonio inequívoco de nuestra pertenencia al ámbito cultural europeo.

Para comulgar con nuestra esencia, para sentir el aflujo de savia que nos alimenta, para comprender nuestros gestos y ademanes, para asumir lúcidamente nuestro destino debemos cobrar conciencia de lo que es Europa, de lo que significa para el mundo, pues somos lo que ella es y significamos lo que ella significa.

Lo que es y significa Europa resulta claro a partir de cuatro principios: el cristiano, el señorial, el imperial y el racional.

La palabra principio tiene aquí su triple significación de inicio, fundamento y gobierno.

Los cuatro principios se manifiestan en una tensa relación dinámica. Son heterogéneos, pero tienen afinidades. Ninguno puede deducirse de los otros ni reducirse a otro. Se constelan en figuras donde la dominancia de cualquiera de ellos es limitada por los otros. Pueden interpenetrarse de tal manera que las fronteras no sean visibles en una primera aproximación, pero conservan individualidad, ninguno logra eliminar a los otros, y la tensa relación que mantienen crea el ámbito donde se ha desarrollado la cultura europea. Forman un cuadrilátero inescindible donde el

crecimiento desmesurado de cualquiera de los lados produce las aberraciones que pueden observarse en la historia de Europa.

Después de describir por separado esos cuatro principios, veremos el juego de sus relaciones.

1. Principio cristiano

Ciertas características del cristianismo lo separan limpiamente de toda religión europea precristiana y le permiten dar inicio a una nueva concepción del mundo, fundamentar una ética nueva y gobernar grandes corrientes de pensamiento y acción que han universalizado a Europa y marcado con su sello la faz del mundo actual.

—Ante todo, el *monoteísmo*. Alejándose de su matriz hebrea, el monoteísmo cristiano deja de ser tribal y se vuelve ecuménico; su Dios no da preferencia a pueblo escogido alguno, pues es Dios por igual de todos los hombres. Así concebido y sentido, genera inevitablemente la idea de fraternidad universal, idea tan poderosa y corrosiva que no ha cesado de actuar subversivamente en todos los órdenes establecidos sobre otras bases. Genera también la idea de unidad cósmica e impulsa la búsqueda de sistemas mentales y sociales que le respondan.

• Luego, la *separación ontológica entre lo divino y lo natural*, entre Dios y hombre. Como explicación del origen del mundo, la doctrina de la creación, intuita en un destello de revelación y elaborada cuidadosamente en la tradición patrístico-escolástica, se distancia de todas las otras concepciones. Se opone al procesionismo, al emanacionismo (tanto substancial como modal) y al transformismo. Descarta la preexistencia de materia alguna: la creación es *productio rei ex nihilo sui et subiecti, productio rei in esse secundum totam suam substantiam, productio entis in quantum est ens*, de lo cual resulta que el mundo depende total y absolutamente de Dios, es distinto del ser de Dios, subsiste en lugar de la nada.

Se distancia también *eo ipso* de todas las formas de panteísmo, con lo cual el hombre —como parte de un mundo creado, finito, contingente, temporal, dependiente— sólo puede esperar salvación de una instancia infinita, necesaria, absoluta, eterna, independiente, sobre la cual no tiene ninguna forma de poder. Por eso el místico cristiano, a diferencia de otros místicos, no encuentra a Dios en las criaturas, que no son sino sus hermanas y comparten con él la condición mundanal; dan testimonio del Creador, pero no son de ninguna manera el Creador ni mucho menos:

Y todos cuantos vagan,
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Por eso la soteriología cristiana, a diferencia de otras soteriologías, supone la intervención gratuita y amorosa de Dios, dejando al hombre la libertad de aceptarla o rechazarla; ninguna de las dos partes está determinada.

Esa tajante separación entre Dios y mundo, esa desproporción y asimetría entre lo divino y lo natural, la concepción misma del mundo como criatura, tienen gran importancia porque proporcionan, como veremos, la posibilidad de articulación del principio cristiano con los otros tres principios constitutivos de Europa.

• Paradójicamente, *el acercamiento entre hombre y Dios*. La causa del mundo está en Dios, pero es causa heterogénea con respecto al efecto, no depende de Él, ni de una necesidad de creación. La creación es un acto libre: así, se concibe a Dios como persona a la cual el hombre puede compararse analógicamente, pues también es persona, aunque a una distancia colosal: la que media entre finito e infinito, contingente y necesario, temporal y eterno. Como el hombre también es creador (hacedor, *homo faber*), puede comparársele analógicamente,

aunque a una distancia colosal: la que media entre *ktisis* y *poiesis*. La comunicación se establece de persona a persona en el milagro de la oración y la revelación. La comunicación se establece también de creador a hacedor, en la medida en que el hombre puede adecuar sus miserables hechos y hechuras a la voluntad revelada del Padre Omnipotente, si la acepta libremente. Ahora bien, existe en el hombre un elemento demoníaco, resultante de su pecado original, que da lugar a una comunicación negativa: la rebeldía. El hombre es ente dual signado por la comunicación con lo divino, ya sea por la repetición de la desobediencia adámica, ya sea por el arrepentimiento aceptador de la gracia reconciliadora; ente dual signado por la oscilación entre lo natural y lo sobrenatural. Dos series de valores orientan la conducta del hombre: la que surge de su condición natural (de naturaleza caída) y la que surge de su comunicación con el plano superior de la divinidad redentora. La primera serie no basta para explicar el fenómeno humano. El hombre vive, actúa, se conduce, lucha en la frontera que separa las dos series de valores: la espiritual y la natural. El hombre camina sobre una cuerda tendida entre lo natural y lo divino, difícil retroceder, difícil avanzar, difícil detenerse. Sólo la gracia puede auxiliarlo en esa dificultad esencial y sólo en la medida en que su veleidad de ente dual le permite aceptarla.

- La *regla de oro*, surgida dentro de la idea de fraternidad en su doble vertiente «No hagas a nadie lo que no quieres que te hagan a ti» y «Ama a tu prójimo como a ti mismo», propugna un modo de relación humana gobernado por la identificación con los demás, *ergo* por la compasión. Sentir el dolor ajeno como propio impide infligirlo (excepto en casos patológicos) e inclina a mitigarlo.

De ser practicada por todos, la regla de oro formaría hombres delicados y solícitos, atentos y corteses, amables y serviciales. Obedecida sólo por los verdaderos cristianos, los obliga a practicarla con los infieles («Amad a vuestros enemigos», «No hagáis resistencia al mal», «Poned la otra mejilla», «Al que te roba el saco, dale también la camisa»...) hasta el tormento y el martirio. La cadena

de la violencia se rompe en el corazón de quien la recibe sin vengarse; la avenida del odio se transmuta en amor al pasar por el alambique interior del alquimista cristiano; la palabra mansa y fresca apaga los fuegos de la ira.

- *Desprecio de los bienes materiales del mundo.* «¿De qué valdrá al hombre ganar todos los bienes del mundo, si pierde su alma?». Complementariamente, aprecio máximo por los bienes espirituales («Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia y todas las demás cosas os vendrán por añadidura», «Haced tesoros en el Cielo donde ni la polilla ni el orín corrompen, ni ladrones minan ni hurtan»). La culpa original hace que el hombre tienda a enajenarse en el despliegue exterior de la mundanidad; debe buscar contacto con su auténtico centro luminoso donde la Divinidad pronuncia palabras de salvación eterna.

- Todo esto culmina en el *ideal de santidad*, que se manifiesta como dominio absoluto sobre todas las tendencias naturales del hombre adámico, hasta el punto de poder decir «Vivo no ya yo, mas vive Cristo en mí». El anacoreta, el monje de clausura y el fraile en servicio caritativo o sacerdotal persiguen por caminos diferentes el mismo ideal y, al actuar así, sirven a sus hermanos, los hombres comunes, elevando su nivel de espiritualidad por la comunión de los santos y ofreciéndoles continuo ejemplo para la búsqueda de un goce que sabe a vida eterna, deja atrás todos los placeres del mundo y sobrepasa todo entendimiento.

Ante ese ideal, las otras formas de vida pierden brillo y prestigio aun cuando sean las más altas en el plano terrenal. El cristiano sabe que la belleza, el poder y la gloria de este mundo son desdeñables frente al esplendor del Altísimo; por eso camina en humildad y se siente culpable de una falta que sólo la gracia por medio de los sacramentos puede compensar.

- La transmisión de estos sentimientos, concepciones, ideales, actitudes, normas, doctrinas, junto con las prácticas y ritos que les corresponden, constituyen la tradición cristiana. Es la repetición,

generación tras generación, de actos tradicionales cristianos lo que define a Europa. No importa que a veces la tradición parezca reducirse a fórmulas vacías, palabras huecas, ceremonias teatrales, dogmas absurdos; todo ello configura un lenguaje cuya reiteración garantiza que los hombres tengan un sentido de pertenencia *común* a un gran todo supraindividual, que puedan *comunicarse* pues ese lenguaje los ha marcado con rasgos *comunes*, que extiendan la conciencia de sí mismos hasta abuelos y descendientes remotos, y que, en cualquier momento, activen en las cifras vacías de la herencia religiosa el fuego sagrado de los orígenes.

En la repetición efectiva y consciente se forma un elemento intemporal que burla el vértigo del devenir. Hundido en lo temporal, arrastrado continuamente por el flujo de lo histórico, el hombre se reencuentra a sí mismo y se reconoce en la reiteración de estructuras culturales; si no hay repetición no hay permanencia. La repetición periódica de gestos y palabras, de fiestas y ritos, de situaciones felices o angustiosas mella al tiempo y a la muerte su aguijón porque hace parecer ilusorias sus rupturas. Los gritos articulados portadores de significación, proferidos en mil generaciones por millones de hombres diferentes, son el mismo grito y es el mismo hombre quien lo profiere en el seno intemporal de una comunidad temporal. Al repetir fielmente los actos tradicionales, el hombre rompe el aislamiento que lo hace presa del devenir y comulga, se conecta con una existencia mucho más duradera y vasta donde no oprime la angustia de la soledad individual.

Lo dicho sobre la tradición es válido genéricamente, ¿no bastaría señalar que la tradición europea es cristiana? No. Falta apuntar, desde ya, una nota específica de la tradición cristiana: se quiere universal, tiende a garantizar identidad y comunidad a la humanidad toda; no se quiere limitada a una cultura, no se concibe como producto histórico etnocéntrico —esto ha sido horrorosamente importante—, se siente destinada a todos los pueblos y todas las culturas no como una tradición más, sino como La Tradición Verdadera y Única Válida.

2. Principio señorial

El principio señorial hunde sus raíces en la naturaleza zoológica del hombre. El *homo sapiens* comparte con los primates dos instintos fundamentales: agresión y defensa de su territorio. Estos instintos se refinan y revisten de varia manera en el devenir de las sociedades humanas, pero no desaparecen nunca ni se transforman tanto que no puedan ser reconocidos. La propiedad privada, el solar y la patria; las cercas, linderos y fronteras; las guerras de conquista y los conflictos entre caudillos, jefes de mafia, partidos y jurisdicciones burocráticas dan testimonio en alta voz de su pervivencia. *Sotto voce* nos hablan de los mismos muchos juegos infantiles y el *foot-ball*, el *backgammon*, el ajedrez...

En íntima relación con ellos, la busca de satisfacción de necesidades engendra conflictos dentro de cada grupo y entre grupos diferentes. La colaboración es un fenómeno precario y transitorio explicable a partir de la lucha. Se entabla incesantemente una lucha por la supervivencia y el poder. Lucha entre individuos y lucha entre pueblos, lucha en la cual se patentiza siempre que los hombres no son iguales, lucha que da lugar a estratificaciones dentro de cada grupo y a estratificaciones más complejas cuando un grupo sojuzga a otro.

El que ha arriesgado su vida en combate a muerte y ha resultado vencedor se siente con derecho a disponer de los vencidos y de los que espontáneamente se pliegan a su fuerza. Los subyugados reciben como lote los trabajos ordinarios, los trabajos viles, mientras el vencedor constituye un estrato gobernante privilegiado con tiempo libre y recursos para actividades no directamente ligadas con la producción de bienes materiales.

Pero comienza a haber señorío cuando la dominación y el privilegio se estabilizan y se hacen hereditarios. La educación se diversifica; el hijo del dominador privilegiado tiene ventajas especiales para formarse en las virtudes guerreras; como está liberado del vil trabajo rural y artesanal, puede cultivar otros aspectos de lo

humano; como está protegido, no pierde tiempo en defenderse de peligros pequeños y puede avizorar empresas y peligros mayores.

Se llega a ser señor por hazaña guerrera en que se demuestra superioridad, capacidad para proteger a los propios y destruir, avasallar o mantener a raya a los enemigos. También se puede ser señor por herencia o por gracia de otro señor.

Una vez estabilizado el señorío, se produce un estado de equilibrio social en el que los débiles se reconocen como tales y aceptan la dominación del señor a cambio de protección. Entonces el señorío se codifica y el cultivo posibilitado por el privilegio da lugar a la formación de una nobleza, de una élite, de una aristocracia en la cual se desarrollan virtudes nuevas sobre la base del poder. Es natural y es bueno que así sea, pues de otra manera no se saldría nunca de la barbarie, del *bellum omnium contra omnes*, de la inseguridad perpetua.

La nobleza se enriquece con valores culturales que la distinguen muy por encima del simple ejercicio del poder y que dan lugar a la creación de bienes espirituales estrictamente humanos. Por eso, los que a estas alturas conquistan el poder mediante el comercio, la intriga, la astucia o el golpe asesino no se convierten *eo ipso* en señores; pueden sí ennoblecer a sus descendientes, pero esto es obra que requiere por lo general varias generaciones. «No se ganan, se heredan elegancia y blasón».

Las raíces del señorío se hunden en la naturaleza zoológica del hombre, pero su tallo, su ramaje, su follaje, sus flores y sus frutos se expanden en un medio sutil característico de la humanidad. Así surgen elegancia, honor, arte, poesía, arquitectura, orfebrería, etiqueta, deportes simbólicos, caza lúdica, nuevos estilos musicales y el ideal heroico. El carácter y las costumbres se templan para la hazaña. Los vasallos se identifican con el noble y admiran y apoyan en él lo que ellos no pueden desarrollar. Es natural y es bueno que así sea, pues la comunidad de esa manera adquiere estructura compleja, pies y cabeza, estómago y corazón, miembros y cerebro, en vez de ser masa amorfa.

Las relaciones entre señores oscilan entre la dispersión y la monarquía, entre la afirmación del poder feudal local y la concentración de poder en un nivel real. Las oscilaciones derivaron históricamente hacia la constitución de diversos tipos de monarquía, dependiendo del grado de autonomía de los señores locales. En todo caso puede decirse que la monarquía posibilita el establecimiento de condiciones de apoyo mayor y más variado a la creatividad, así como también amplía el horizonte para concebir empresas heroicas de gran envergadura y suministra los medios para realizarlas.

3. *Principio imperial*

Piensen algunos que el imperio es un sistema señorial ampliado porque lo ven como extensión cuantitativa de la monarquía. A veces los imperios se han constituido, es cierto, a partir de monarquías; pero también pueden constituirse a partir de repúblicas o satrapías. Además, el paso de monarquía a imperio no es necesario; la monarquía no es preimperial, no es un estadio previo al imperial en una secuencia predeterminada de las formas de organización social.

En verdad, el principio imperial es cualitativa y esencialmente distinto del señorial; lo que confunde es una fase del sistema señorial: la monarquía. Pero la monarquía, tal como queremos entenderla aquí, es un límite del sistema señorial, cuyo límite opuesto es la dispersión; en todo caso se trata de señores con todas sus características, y el monarca —cuando lo hay— es *primus inter pares*: «Cualquiera de Nosotros es igual a Vos». Aun cuando el poder del monarca se acrecienta muy mucho, se ejerce horizontalmente sobre príncipes de la misma categoría social, de similar cultura, orientados por valores idénticos a los del soberano, con los cuales tiene ya o puede contraer vínculos de sangre, con los cuales mantiene relaciones personales y la más amplia e integral comunicación.

El imperio, en cambio, implica dominio sobre extensos territorios diversos y pueblos heterogéneos sobre los cuales el poder central se ejerce verticalmente. No hace falta que el sistema social de los pueblos dominados sea señorial, y en general no lo es: ¿cómo puede ser señor en plenitud quien está avasallado?

La voluntad del emperador se vuelve impersonal, se distancia y se mediatiza a través de un aparato administrativo de orden burocrático apenas compensado, en cuanto a la presencia real, por vicarios que, en fin de cuentas, no son sino funcionarios. El jerarca supremo deja de ser un ente para convertirse en una entidad; la condición de emperador es una investidura.

Así como el hombre ideal del principio cristiano es el santo y el hombre ideal del principio señorial es el héroe, así el hombre característico y representativo del principio imperial es el funcionario (administrador - burócrata - planificador - organizador - pacificador). En el imperio también los gobernados dejan de ser personas y se convierten en definiciones jurídicas, en funciones del sistema cuyas actuaciones no deben transgredir los límites asignados por los aparatos organizativos.

El principio imperial —y aquí aparece otra diferencia radical con la monarquía en particular y el señorío en general— es una potencia de orientación ecuménica, apunta hacia la formación de un Estado planetario: «En mis dominios no se pone el sol».

El señorío es plural y plurificante, en su horizonte hay siempre y necesariamente otros señores y otras formas de vida; es frente a, con, contra, a pesar de otros que lo trascienden; no se cierra nunca en una totalidad omniabarcante; su palabra es el pluricéntrico pronombre personal (yo - tú - él - ella - nosotros - vosotros - ellos... en sus diversos casos) con acento en la primera y segunda personas. El imperio en cambio es unificante, mismificante, totalizante, supresor de lo diferente y trascendente, busca la plenitud inmanente; su palabra es «*e pluribus unum*».

Es de observar que muchos, muchísimos pueblos no tienen vocación de imperio. Europa siempre la tuvo, y el Imperio Romano,

aunque desapareció como concreción histórica, transmitió su espíritu a la Europa posterior donde se ha manifestado sin cesar, encarnando, según los tiempos, en esplendorosos y terribles avatares.

4. Principio racional

Desde su nacimiento griego, ciencia y filosofía han sido parte esencial del destino de Europa. No sólo y no principalmente como contenido, como haber conservado y transmitido, como patrimonio creciente, sino también y en especial como actitud y actividad, como temple e intención, como prejuicio y procedimiento, como convicción y práctica.

Ante el miedo a lo desconocido, la creencia en la posibilidad de conocer mediante la observación y la reflexión. Ante el desorden de lo observado, la búsqueda del orden subyacente sentido y querido. Ante la dificultad para encontrar ese orden, la acción cósmica constructora de órdenes teóricos provisionales. Ante las grandes preguntas, en vez de la parálisis extática o la sumisión religiosa o la embriaguez mítica, respuestas interinas de orden intelectual que permitan establecer relaciones, calcular proporciones, medir y predecir con apertura hacia nuevos pensamientos y nuevas experiencias.

El europeo, en la medida en que es griego, opone a la realidad el pensamiento; se fabrica modelos teóricos con lo que sabe de ella y los cambia al aumentar su conocimiento, de tal manera que avanza hacia la correspondencia total y exacta entre ser y pensar, realidad y representación. Se distancia de la caja negra del mundo para hacer la caja blanca del saber, y después de manejar ésta, que le es familiar por haberla hecho él mismo, se vuelve hacia aquélla para intentar gobernarla de acuerdo con sus necesidades y fines.

Los métodos de búsqueda y los modelos teóricos van cambiando según los dictados de la experiencia.

No acepta el misterio sino como acicate para el aumento del conocimiento. Es un ontólogo infatigable; la totalidad de los entes tiene un *logos*, un *logos* que los constituye unitariamente, un *logos* que los especifica y los relaciona en su diversidad, un *logos* que se hace consciente de sí mismo *en el hombre*. O bien, *el logos consciente del hombre se puede poner a tono con el logos universal* y sus variantes manifestaciones mediante la observación, la reflexión, el error reconocido y corregido, el fracaso y el nuevo intento hasta llegar a la sintonía perfecta, sintonía que se convierte en ideal de la actividad teórica.

Nada es tan sagrado y respetable, tan terrible y abscóndito que no pueda ser analizado y comprendido, reducido a medidas y proporciones, formulado. El primer avance es una hipótesis operativa que guíe la investigación. Porque todo es coherente con todo. Lo incoherente es resultado de algún error de percepción o de raciocinio.

Se trata de una íntima convicción que siente todo lo real como racional. Se trata de una certidumbre con respecto a la capacidad del hombre para conocer, no a menudo de inmediato, pero sí con el ejercicio perseverante de sus instrumentos cognoscitivos, multiplicados y potenciados por el ingenio.

Sobre esa convicción y esa certidumbre se ha montado la empresa científica de Europa y nada ha logrado interrumpirla, a pesar de que se mueve entre dos enemigos que no pocas veces disminuyen su ímpetu y en ocasiones lo han reducido a un mínimo: el dogmatismo y el escepticismo. Hay más, esos dos enemigos han contribuido paradójicamente al progreso científico; el primero, porque la reacción contra él ha impulsado las revoluciones científicas; el segundo como acicate e incitación perpetua a la autocrítica.

El principio racional, en su momento teórico inmanente, atiende a la coherencia lógica de los conjuntos preposicionales y a la organización sistemática de los conocimientos. En su momento teórico trascendente, atiende a la correspondencia de los modelos teóricos con las estructuras y los sistemas reales que pretende representar, predecir y manejar.

En atención a las tareas fijadas por instancias valorativas de orden práctico, el principio racional preside el diseño de instrumentos adecuados y la aplicación económica de esfuerzos para lograr los fines propuestos. Así ha generado y desarrollado la tecnología. En la generación y desarrollo de la tecnología, aplica al máximo el conocimiento científico ya adquirido; la experiencia tecnológica, por su parte, suministra material e impulsos para el aumento del conocimiento científico. De ahí resulta un dinamismo de constante y creciente productividad que ha recibido el nombre de *progreso científico-tecnológico*, también llamado por algunos *progreso* simplemente.

La ciencia pretende romper el relativismo cultural e histórico para llegar a un plano de validez universal accesible y conveniente para todos los hombres. Pretende incluso formular las leyes de perspectiva teórica e histórica que explican las diferentes miradas productoras de visiones distintas. Pretende superar el etnocentrismo y unificar a todos los pueblos, por lo menos en cuanto a la objetividad del conocimiento y los resultados de su aplicación tecnológica.

El principio racional a la europea, es decir en su manifestación científico-tecnológica, tiene vocación ecuménica y tiende, por su propia constitución, a universalizarse.

Muchos piensan que este principio no tiene autonomía, que es servil, que necesita impulso y orientación de origen externo, que duerme mientras no lo despierta y lo utiliza alguna voluntad o alguna necesidad ajena. No es cierto; él mismo genera voluntad y orientación; ahí está para probarlo el heteróclito y desgarrado linaje de los pensadores e investigadores puros. Linaje inextinguible de hombres que estiman el conocimiento y la verdad por encima de todas las cosas, no quieren cambiar el orden del mundo sino comprenderlo, y para ello se cambian a sí mismos haciéndose más aptos en el ejercicio del intelecto. Linaje inexorable de hombres que han decidido no mentirse a sí mismos en nombre de ningún sentimiento, de ninguna ilusión, de ningún ideal.

Es cierto que *en su manifestación cuantitativa y pragmática* este principio recibe impulso y orientación de necesidades y valores sociales; también es cierto que sirve a la voluntad de poder y se presenta por lo general en esa compañía; pero es un sirviente *sui generis*: no conoce la lealtad, puede servir simultáneamente a valores antagónicos y corroe a sus amos con implacable análisis (*amicus Plato, magis amica veritas*). No conoce la compasión, es de algún modo inhumano en su belleza matemática, puede contraer alianzas peligrosas o muy útiles para el género humano, no porque es bueno o malo o cambia de partido veleidosamente, sino porque es totalmente ciego de nacimiento para valores éticos.

II. *Interacción de los principios*

Los cuatro principios constitutivos de Europa son radicalmente diferentes entre sí, por eso son irreductibles los unos a los otros. Pero esa radical diferencia, esa irreductibilidad no los aísla; no forman archipiélagos. Antes por el contrario, se articulan unos con otros, mediante poderosas relaciones de afinidad y antagonismo, en un juego complejo de atracciones y rechazo, juego dinámico en grado sumo del cual arrancan la inquieta, borbotante creatividad característica de Europa en todos los órdenes de la actividad humana, el vario, fluctuante, arremolinado devenir de sus pueblos y la expansividad incontenible de su influencia sobre todas las culturas del mundo.

— El principio cristiano por sí solo hubiera dado lugar a una sociedad reposada, dulce, amorosa y mediocre de hombres a la espera de la muerte y de la segunda venida del Señor, en combate perpetuo contra las tentaciones del mundo, el demonio y la carne, en busca ascética de la pureza, la santidad y la iluminación, con la mente puesta en las delicias del más allá, bajo el gobierno de una teocracia patriarcal obsesionada por el pecado y la salvación.

— El principio señorial por sí solo hubiera dado lugar a una sociedad guerrera y heroica de hombres en perpetua barbarie afirmando sin cesar los valores vitales, en interminable repetición de confrontaciones de fuerza, valentía, belleza, embriagados con la

exaltación de los combates y el bullir de los impulsos animales hacia el poder, acaso hacia la gloria de una nueva especie superior.

—El principio imperial por sí solo hubiera dado lugar a una inmensa sociedad burocratizada de hombres reducidos a la condición de hormigas o abejas, entregados al ideal de la supervivencia, acogotados por la organización de un poder impersonal, omnipotente, ciego para todo lo que no fuera el mantenimiento del orden y la instalación definitiva en patrones de conducta esclerosados y esclerosantes.

—El principio racional por sí solo hubiera dado lugar a una sociedad de hombres buscadores de conocimiento y coherencia teórica, entregados al estudio y la meditación, dedicados a contar las revoluciones de los astros, describir, medir, calcular, predecir todos los cuerpos, todas las fuerzas, todos los impulsos, todos los motivos, para descifrar el universo.

Cualquiera sea la forma en que nos imaginemos la soledad exasperada de cada uno de los cuatro principios, el resultado es un mundo plano donde la rica complejidad de lo humano se ve reducida a uno de sus aspectos; un mundo que en fin de cuentas ya no es un mundo, sino caricatura bidimensional del ámbito espacioso y profundo donde habita el hombre para su felicidad y su desgracia.

Europa surgió, justamente, porque no se produjo la hegemonía aplanante de ninguno de los cuatro principios, sino más bien su continua interacción.

Pero no ha sido tampoco cuestión de que los principios se limiten y contrarresten los unos a los otros para dejar sólo una vigencia disminuida a los valores de cada uno, como si se interfirieran en su manifestación. Los cuatro principios no se inhiben ni se paralizan mutuamente; su continua interacción los estimula y acrecienta, facilitando el más ancho y variado despliegue de sus potencialidades.

Veamos cómo sus inestables enlaces, su contaminación recíproca, su desarmonía, se convierten en factores de creatividad.

1. Cristiano-señorial

El principio cristiano se opone diametralmente al principio señorial. Aquél renuncia a las glorias mundanas; éste las afirma. Aquél da poca importancia al poder conquistable, a las jerarquías que la muerte aniquila, éste se afina en las diferencias de fuerza que el combate demuestra, y exalta la superioridad aristocrática. Aquél descalifica el presente como meta y apunta a un futuro metacósmico; éste erige aquí y ahora su esplendor. El uno nos recuerda la tradición órfica que considera al cuerpo prisión del alma y sueña con la muerte liberadora y aun con la muerte en vida; el otro nos recuerda la tradición homérica para la cual el alma es un idolillo que abandona al guerrero en el momento de la muerte para ir a vagar en el sombrío reino de Hades mientras él (el guerrero) se queda en el campo de batalla y se convierte en pasto de los perros de la tierra y las aves del cielo si sus compañeros no lo rescatan para someterlo a ritos funerarios. Para el uno valen las virtudes ascéticas; para el otro las virtudes heroicas.

Sin embargo, el principio cristiano, contaminado con el espíritu señorial, produce al cruzado que combate al infiel con espadas en sacrosanta lid, y al evangelizador que enfrenta sin armas, con arrojo heroico, los más graves peligros, en firme disposición de ánimo para aceptar con alegría, si es necesario, las palmas del martirio.

El principio señorial, por su parte, contaminado de cristianismo, produce al caballero andante que, siguiendo un estricto código de honor y en nombre de la casta dama de sus pensamientos, sale a deshacer entuertos, a defender a los débiles y a las viudas o enfrenta peligros naturales, militares y mágicos por encontrar el Santo Grial que sirvió a Jesús para la Cena, a José de Arimatea para recoger la Sangre de Su costado herido por el centurión. De este género son todas las órdenes de caballería y el mito paradigmático, consagrado en tantas leyendas y encarnado tantas veces, que representa a un fuerte y poderoso Señor; a un hombre superior, a veces a un superhombre, dedicado al servicio y a la protección

de los buenos y honestos ciudadanos contra los oscuros señores de la tiranía y el vicio. Superhombre benévolo: pocos tratan de serlo; muchos lo esperan.

Ahora bien, tanto el monje combatiente como el guerrero compasivo encarnan una contradicción conceptual que se vuelve antagonismo interno de hecho, doblez que les confiere a ambos esa profundidad, esa complejidad psíquica ante las cuales el guerrero guerrero y el monje monje aparecen como siluetas de cartulina.

2. Cristiano-imperial

El principio cristiano se manifiesta, crece, florece, fructifica en la persona humana íntegra; el principio imperial se manifiesta, funciona, controla, opera en el Estado. Aquél genera a la comunidad fraternal; éste concibe las relaciones humanas como contrato implícito que ha de ser formulado expresamente en un aparato jurídico. El primero separa lo divino de lo humano con acento en lo divino; el segundo separa lo universal abstracto de lo individual concreto con acento en lo universal abstracto. En el uno valen la comprensión mutua, el amor y el perdón; en el otro rige la justicia como aplicación de leyes generales a casos particulares. Tiende aquél hacia un orden emocional con primacía de la compasión. Tiende éste hacia un ordenamiento físico de lo humano.

Nos encontramos ante dos concepciones diversas del mundo, ante dos modelos heterogéneos de organización social.

Sin embargo, es un hecho histórico que el cristianismo, o al menos su representación dominante en Europa, se alió con el imperio. De ese connubio inesperado e inesperadamente duradero, nació para la cristiandad la organización jerárquica de la Iglesia con el papado como cúspide, y el sofisticado aparato del derecho canónico; para el imperio, el derecho divino de los reyes, la justificación sobrenatural de su dominio.

Así, tenemos a la Iglesia organizada como imperio mundial monárquico y al imperio como teocracia con un vice-Dios abstracto a la cabeza; duplicación de las jerarquías en mutua contaminación, lo sagrado y lo profano en contubernio; duplicación del derecho, derecho canónico y derecho civil; duplicación de los enfoques, eclesiástico y seglar, regular y laico.

Los dos poderes, espiritual temporalizado y temporal espiritualizado, se entretejen en un juego de relaciones que va desde la coincidencia, pasando por la sujeción completa del uno al otro y variadas formas de compromiso, hasta la separación total en paralelismo o en conflicto abierto. Brilla, pues, también en esta conexión el signo de complejidad característico de Europa.

En la esencia y en la práctica del cristianismo hay una fuerza subversiva opuesta a todo imperio terrenal, una dulce violencia que sólo se somete a instancias celestiales, una afirmación de la trascendencia incompatible con el César. De tal manera que su alianza con el imperio y su conversión en jerarquía burocrática, parecen merecer el nombre de traición o derrota.

Pero cabe observar que la Iglesia, en esas condiciones sin duda contrarias a su esencia, nunca perdió su poder apostólico, sino que más bien lo aumentó; escindida en su propia interioridad formó, por decirlo así, una diferencia de potencial que multiplicó su creatividad; el culto primitivo —devocional, místico y fraternal— ascendió inconteniblemente por las estructuras administrativas y floreció en expresiones arquitectónicas, y artísticas en general, que no hubiera logrado sin el aparato imperial.

Así, las manifestaciones primitivas de la espiritualidad personal, reprimidas o encauzadas por el aparato eclesiástico, dieron sin cesar nacimiento a renovadas corrientes de avivamiento —heterodoxia, herejía, frenesí sagrado, desenfreno erótico, contorsionismo, iluminación profética, milagrería—, corrientes de tan grande vitalidad que suministraron inagotables fuentes de energía al movimiento cristiano, pero que, gracias al mismo aparato represivo y encauzador

no pudieron conducir al relajamiento, al libertinaje místico, a la dispersión, a la anarquía, a la disolución, como lo hubieran hecho, sin duda, de no estar el orden imperial incorporado como esqueleto férreo al cuerpo delicado y frágil de la Iglesia.

El imperio, por su parte, se sirvió de la Iglesia para sus fines, pero al hacerlo introdujo en su juego un principio extraño de cuya influencia no logró nunca sustraerse y cuya hostilidad —latente y secreta o abierta y manifiesta— lo inquietó siempre ya como aguijón o remordimiento, ya como fermento de subversión.

3. Cristiano-racional

El enfrentamiento del principio cristiano con el principio racional halla lugar en el largo, fructífero debate entre la fe y la razón. La sofística griega fue un iluminismo racionalista que entró en conflicto con la tradición religiosa y política; pero sólo con el advenimiento del cristianismo adquiere ese conflicto caracteres dramáticos. El cristianismo, poderoso movimiento religioso de gran fuerza expansiva y adulto, se encuentra con la ciencia y la filosofía de los griegos, movimiento poderoso también e igualmente adulto. El drama tiene como escenario a toda Europa y la desborda; su duración es de siglos; sus actores son los más esclarecidos pensadores de Occidente.

Por una parte, un conocimiento basado en la revelación; por la otra, un conocimiento basado en la manipulación lógica de los datos de la experiencia a la luz de las categorías del intelecto. Una sabiduría que es locura para los que no se adhieren por fe a ninguna doctrina, frente a una sabiduría que es necesidad para los creyentes.

Ninguno de los dos contendientes puede aniquilar al otro, de tal manera que los perfiles cambiantes del encuentro pueden seguirse históricamente, o ponerse *a priori* agotando las posibilidades combinatorias; por lo demás, éstas se dieron todas en el curso del debate.

- a. Desprecio y rechazo de la razón en nombre de la fe. Desprecio y rechazo de la fe en nombre de la razón. Queda el problema de explicar al otro y la empresa imposible de eliminarlo para alcanzar la hegemonía de los espíritus. [Véase desarrollo de a) en g), h), i).]
- b. Postulación de dos campos heterogéneos con dos verdades paralelas que, como tales, no se tocan ni se interfieren. Queda el problema de la delimitación de los campos; los mejores esfuerzos en este sentido no logran suprimir la existencia de parcelas importantísimas, comunes a ambos campos, con respecto a las cuales éstos hacen afirmaciones disyuntivas.
- c. Ancilaridad de la razón para la fe; la razón y sus muy respetables disciplinas son de gran utilidad pues sirven para preparar el camino a la fe (*intelligo ut credam, intellectus quaerens fidem*), para ilustrar sabiamente sus contenidos (*docta religio*) y para defenderla de los ataques que se le hacen en nombre de la filosofía. Pero la sujeción servil de la razón a la fe resultó ser un arma de doble filo; la sutil dialéctica en la preparación, ilustración y defensa de la fe producía inquietud y duda, conducía a encrucijadas oscuras, a inseguridad en momentos decisivos; por eso muchos la sintieron como arte diabólico, como camino de perdición, como *Hure des Teufels*.
- d. Ancilaridad de la fe para la razón; la fe es punto de partida seguro para llegar a la comprensión racional (*credo ut intelligam, fides quaerens intellectum*); el edificio del conocimiento es construido por la razón con sus disciplinas científicas, pero sobre la base de verdades inmovibles suministradas por la revelación divina. Pero es irreprimible el impulso racional de examinar, analizar y poner a prueba los fundamentos de su edificio; es más, ocurre que los destruye por inadecuados y pone otros que también puede destruir más tarde.
- e. Constitución de una sabiduría simbióticamente unitaria que se alimenta con la actividad conjugada de ambos principios. Queda el problema de los acentos: al acentuar uno de los

ingredientes —y hay que acentuar alguno— el otro resulta anular, la simbiosis se vuelve parasitismo o avasallamiento con sus problemas. La suspensión en vilo del acento impone a la necesidad de coherencia una tensión insoportable.

- f. Declaración de identidad: los dos principios son en realidad uno solo; el Logos que da origen a la filosofía y a la ciencia es el mismo Logos encarnado en Jesús, el mismo Logos de la razón natural que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. Por vía directa e inmediata llega a *Él* el creyente; por caminos más largos *Lo* alcanza el pensador. El cristianismo no es irracional y la razón es divina. En Cristo el Logos se hace carne y persona sin dejar de ser el Logos abstracto de la filosofía. El Logos, que antes brillaba sólo en la esfera del intelecto, brilla ahora también en la esfera del corazón. Es la misma melodía tocada en instrumentos distintos; se la siente extraña por falta de familiaridad con el otro instrumento; es un problema de etnocentrismo que puede y debe ser resuelto. Es el mismo objeto percibido con órganos distintos; la disputa comienza cuando alguno de los dos órganos está atrofiado, y se termina cuando los dos alcanzan el mismo desarrollo.

Pero esa declaración de identidad, a pesar de las metáforas, es aceptable sólo para quienes hayan tenido una experiencia muy especial, lo cual restringe el número de los adeptos a un círculo esotérico y elitista, en abierta contradicción con el carácter ecuménico y —por decirlo así— democrático de ambos principios.

- g. Fideísmo. El ser humano, ignorante y libre, necesita conocimientos fundamentales sobre el mundo y sobre sí mismo, así como una guía para ejercer su libertad responsablemente. En la satisfacción de esa necesidad, la razón no puede ayudarlo adecuadamente: los conocimientos que la razón logra a través de sus disciplinas son fragmentarios, parciales, inseguros, provisionales, y las totalidades que forma son, a duras penas, precarios edificios teóricos a los cuales no sostiene ninguna certidumbre, sino sólo

una inquieta probabilidad; las normas que pueden obtenerse del ejercicio de la razón son todas hipotéticas (si haces A, entonces B), no pasan de ser información sobre el funcionamiento de mecanismos, en ningún caso muestran el camino a seguir, a menos de suponer valores morales de los cuales no es fuente la razón.

En cambio, la revelación contiene un cuerpo de conocimientos fundamentales cuya certidumbre se nos hace evidente a través de la fe. La razón sirve para saberes secundarios de alcance reducido; la revelación contiene un saber de salvación, el saber y la guía que nos interesan por sobre todas las cosas. Es un craso error esperar de la razón lo que no puede dar.

- h. Racionalismo. El ser humano, ignorante y libre, necesita conocimientos fundamentales sobre el mundo y sobre sí mismo, así como una guía para ejercer su libertad responsablemente. En la satisfacción de esa necesidad, la fe no puede ayudarlo adecuadamente: los conocimientos supuestamente revelados por Dios no encuentran confirmación en la experiencia ni adhesión en el pensar que procede según la lógica; se limitan a ser un mero hecho de la tradición en el cual se han sedimentado experiencias de la humanidad interpretadas ingenuamente; cuando aciertan es por pura casualidad, pues no se fundamentan en la observación metódica y sistemática de los fenómenos naturales ni en la manipulación racional de sus resultados, sino que configuran una mezcla de observación desordenada, afectividad e imaginación. Sus normas son injustificadas y exigen adhesión ciega. Lo que la fe y la revelación proporcionan es una ilusión de saber fundamental tanto más nocivo para el progreso del conocimiento cuanto menos examinado y más tabuado. Significa el detenimiento dogmático del saber en una fase infantil.

La razón, en cambio, a través de sus disciplinas, transita lentamente un camino largo pero seguro, que impone la renuncia a ilusiones consoladoras en nombre de la verdad auténtica siempre difícil de alcanzar con los únicos medios legítimos de que el hombre

dispone, pero imposible de lograr por el atajo imaginario, por el autoengaño de la fe.

- i. Cabe señalar, como paradoja, que en el curso de la historia de este debate, el racionalismo y el fideísmo extremos se transforman cada uno en su opuesto con gran facilidad.

En momentos idílicos se ha creído en una jovial, cordial y fecunda colaboración de los dos principios. Jovial y cordial ha sido pocas veces el enfrentamiento, pero fecundo siempre: debido a él la Iglesia dio arquitectura teórica a su afectividad, fomentó el estudio de las escrituras, produjo monjes copistas, generó sutiles y controversiales maestros, inventó las universidades. Debido a él, la razón, en su triunfo ateo y secular, creó utopías orientadas por valores cristianos larvados.

4. Señorial-imperial

Hemos visto las relaciones entre el principio cristiano y los otros tres; pasemos a considerar las de los otros tres entre sí, comenzando por la comparación del principio señorial con el imperial.

Estos dos principios tienen el mismo campo de acción: la organización de las relaciones humanas, pero mientras el señorial jerarquiza en forma personal, el imperial configura esquemas abstractos.

El primero hace que cada hombre tenga que vérselas siempre con otros hombres en vínculos de agresión, defensa, dominio, sumisión, represión, rebeldía, admiración, desprecio, con participación plena de toda la persona, dentro de un cuerpo social que tiene como cabeza gobernante a alguien perfectamente reconocible como semejante, alguien que toma decisiones de acuerdo con su voluntad y con su buen juicio, pero también de acuerdo con su humor, con sus simpatías o antipatías, alguien accesible a la ternura y al odio, alguien capaz de valorar cada situación en lo que

tiene de diferente, alguien. Las relaciones son siempre de persona a persona, con valoración máxima de lo individual concreto. El compromiso y la lealtad, la traición y el resentimiento se dirigen a un rostro humano irrepetible, desde un rostro humano irrepetible. En el reino de este principio son normales la alianza y la lucha entre señores. Las relaciones más características son señor-vasallo, señor-señor y vasallo-vasallo.

El principio imperial propicia la formación del Estado, del aparato jurídico, del orden impersonal. Tiende a la constitución de un sistema abstracto donde la persona deja de ser tal y se convierte en actor de un papel previsto en sus más mínimos detalles. Podríamos decir que en ese sistema el individuo humano se escinde en dos: la persona concreta con sus características singulares, y el actor de una función universal. Como persona no puede ser sustituido, como funcionario sí. Pero está en la lógica del sistema que la persona sucumba progresivamente en beneficio del actor. A la distinción inicial entre vida oficial y vida privada («En tanto persona estoy de acuerdo con Vd.; pero en tanto funcionario es mi deber arrestarlo»), va sucediendo una codificación de la vida privada hasta el extremo de que aun los actos íntimos se ejecutan en seguimiento de patrones establecidos. La exacerbación del sistema hace que aun los sentimientos, emociones, preferencias, rechazos, se produzcan según cálculos externos al individuo que los ha interiorizado y los experimenta como propios. El mundo se convierte en un gigantesco teatro donde los hombres se preparan desde la infancia para hacer los papeles que se les asignen. En la cúspide no hay personas, sino funcionarios investidos de poderes ejecutivos que no ejercen según su voluntad sino en cumplimiento de prescripciones provenientes del gran aparato impersonal con todas sus estructuras jurídicas, administrativas, retroalimentarias, correctivas... Lo permanente e importante es el sistema, las personas ejercen transitoriamente funciones. Lo que realmente existe es una enorme maquinaria para la cual los individuos son fichas

intercambiables, engranajes reponibles, material humano, recursos humanos renovables.

Fue característico de Europa, antes de las aberraciones que describiremos más adelante, mantener un equilibrio inestable y tenso entre estos dos principios. Lo imperial estuvo siempre penetrado de señorial. Lo señorial se inclinó siempre a la codificación jurídica de prácticas justas, al acuerdo objetivo sobre condiciones fijas para intercambios de todo orden. En las empresas de expansión imperial, los conquistadores, piratas, aventureros y colonos eran señores. Al faltar el emperador, la soberanía regresaba inmediatamente a los consejos locales de señores. Los imperios conservaron siempre un estrato señorial y en los otros niveles la persona y las relaciones personales seguían valiendo. Los efectos de los dos principios se interpenetraban fecundamente sin eliminación recíproca. El complejo conjunto de las instituciones refleja la presencia positiva mutuamente compensada de ambos principios y la historia revela la alternancia de los acentos contra todo exceso unilateral. En tales condiciones hubo siempre sitio para la sabiduría y necesidad de ella, porque hubo también sitio para el azar y la locura.

5. Señorial-racional

Contrastando el principio señorial con el principio racional —cada nueva iluminación revela un nuevo perfil— se nos aparece aquél como afirmación de lo particular y éste como afirmación de lo universal; aquél de la existencia, éste de la esencia. Por una parte este hombre aquí y ahora, en su mundo, con otros, condenado a vida y condenado a muerte; por otra parte el hombre en general, su definición, su concepto. Lo particular, lo singular que al abrir la boca para hablar ya se conecta con lo universal. Lo universal que es pensado y sentido por lo singular. Estamos ante una polaridad inescindible. La afirmación del uno acentúa al otro; la afirmación del otro acentúa al uno. Nos vivimos como centro de visión y de acción en torno al cual se con-

figuran todas las cosas y utilizamos los conceptos como instrumentos, como armas en nuestra lucha, en nuestras ocupaciones y preocupaciones; o nos vivimos como caso particular, contingente, transitorio, temporal de una razón absoluta y eterna, como momentos de un proceso supraindividual, como sucia e injustificable materialización de formas perfectas a las cuales no hace falta esta manifestación; como sombras vacías al margen de grandes reinos luminosos (*Life is but a walking shadow, a poor actor that struts and frets his hour upon the stage and then is heard no more, a tale told by an idiot full of sound and fury signifying nothing*).

Exaltamos la plenitud sensual y afectiva del momento, o somos instrumentos voluntarios y dóciles de lo universal, de algún ideal social, de alguna organización, de algún programa calculado de acción. Son extremos de una línea sobre la cual repartimos nuestra vida variando los puntos donde descansa el centro de gravedad. Llamo principio señorial a la fuerza que desplaza el centro de gravedad del vivir hacia lo singular, hacia la diferencia personal. Señor es quien no sirve a lo universal porque no lo siente innato y superior sino adventicio y ancilar. Señor es aquel en quien la voluntad y la afectividad predominan sobre el intelecto.

En Europa, a pesar de la oposición descrita, los señores estimularon y apoyaron en calidad de mecenas las manifestaciones del principio racional; admiraron además la imagen del rey filósofo, del príncipe ilustrado, del jerarca legislador, y trataron de encarnarla. Los hombres de la razón, por su parte, se comportaron a menudo como señores en la hazaña científica de la exploración, el descubrimiento y la invención en todos los campos. Como señores también en la lucha por la reforma social y la revolución en nombre de la utopía.

6. Imperial-racional

El principio racional gobierna conceptos como si fueran entes particulares. La razón y sus disciplinas actúan en un mundo propio

donde sólo hay conceptos; los entes particulares del mundo natural, del mundo sociocultural y del mundo íntimo subjetivo con sus contenidos psíquicos y míticos, están representados en el mundo de la razón por lo que tienen de universal, es decir, por conceptos, y esos conceptos son manipulados y organizados por otros conceptos que actúan siguiendo leyes de relación propias. Entre los conceptos se establecen vínculos de subordinación, coordinación, dependencia en órdenes piramidales de férrea jerarquía, con reglas de comunicación, combinación y juego que les confiere clara individualidad, inequívoca distinguibilidad, podemos decir particularidad en su nivel. En el dominio puro del principio racional los conceptos son entes con nombre propio, peculiaridades tan distintas y perseverantes que se sustraen a la arbitrariedad e imponen sus leyes a cualquier empresa lúdica. Tanto así que muchos pensadores han sentido en ellos la presencia de una realidad más fuerte que la de los otros mundos, y algunos la única realidad.

El mundo de la razón y sus disciplinas se articula con los otros mundos a través de la percepción y de la acción, pero es sin duda alguna distinto de ellos y se articula internamente siguiendo sus propias leyes. Independientemente de su superioridad, paridad o inferioridad óptica con respecto a los otros, nos interesa destacar que en él los conceptos se comportan y son tratados por el principio racional como entes particulares, a pesar de que son universales.

El principio imperial, por su parte, gobierna entes particulares como si fueran conceptos. El mundo natural, el mundo sociocultural y el mundo íntimo subjetivo —donde se ejerce el dominio del principio imperial a través de la técnica, el Estado y la manipulación psíquica— están constituidos por entes particulares, cada uno inagotable en su riqueza de notas propias, en su diferencia, cada uno irreductible a otro en su existencia separada, cada uno centro de organización perspectívica de todos los demás. Sin embargo, el principio imperial los simplifica, los cuantifica, los reduce a definiciones, selecciona en ellos variables cuantificables y manejables, les

impone leyes de relación e interacción y estilos de comportamiento que corresponden sólo a una parte de su naturaleza y los pone al servicio de fines que les son extraños o no han sido elegidos por ellos dentro de sus múltiples posibilidades. Este principio —inicialmente dirigido hacia el mundo natural y hacia los objetos fabricados por el hombre en conexión con aquél—, si no es moderado por otro, tiende a dirigirse en desbocado frenesí hacia la totalidad del mundo sociocultural y, con implacable lógica de sistema hacia lo más profundo del mundo íntimo-subjetivo. Trata a todos los entes como si fueran conceptos, a pesar de que son particulares, inagotables e irreductibles. Es ciego no sólo para lo particular, sino también y especialmente para lo personal.

Son, pues, diferentes el principio racional y el imperial; pero presentan una afinidad recíproca tan grande que pueden unirse estrechamente en fecundo y nefasto connubio para convertir el cuadrilátero de Europa en un triángulo aberrante. El principio cristiano y el principio señorial lograron separarlos y frenarlos durante mucho tiempo, pero es su acercamiento y su frenesí lo que ha producido, como veremos, esa degradación de Europa llamada Europa segunda, a la cual convendría llamar más bien Europa de segunda.

III. *Nota sobre el lenguaje de los principios*

1. *El principio cristiano*

Se expresa por las Sagradas Escrituras que contienen la revelación y el mito central del culto con su halo de mitos adventicios. Los textos sagrados tienden a permanecer inalterados y se conservan mediante su integración al ceremonial. El rito y la liturgia los protegen del cambio histórico y los convierten en símbolo de lo eterno, palabra de Dios dada una vez para siempre, en modelo de estabilidad; a su alrededor se teje y desteje la tela de las interpretaciones en la cual los concilios y los Papas van fijando patrones y diseños acabados. A su alrededor se teje y desteje también la tradición oral con todo el aparato de la milagrería, el juego de las intervenciones divinas y satánicas, las fórmulas de la superstición. Plegaria, himno y apología suministran canales adicionales para la expresión, junto con las cartas pastorales. El derecho canónico y la teología no son, en rigor, manifestaciones auténticas del principio cristiano; resultan más bien de su contaminación con el principio imperial y con el principio racional, respectivamente.

Hasta aquí el lenguaje verbal. Hay que agregar, como lenguaje no verbal, todo el ceremonial con su mensaje a los sentidos, la imaginación y el sentimiento en la arquitectura, la escultura, la pintura, el vestuario sacerdotal, la música instrumental sagrada, el canto gregoriano, los inciensos y perfumes, los movimientos estereotipados,

las aspersiones, los lavados, los toques con aceite o ceniza, el sabor de la comunión. Agréguese la práctica de recepción de los sacramentos, las fiestas y el ejercicio del código moral. Lenguaje poderoso, lenguaje creador de estructuras comunes sin las cuales no hay comunidad ni referencia ubicatoria para reconocerse.

2. El principio señorial

Se expresa por la poesía épica, la poesía lírica, la fábula, la anécdota y el chiste. Varía este lenguaje notablemente según las regiones y en el curso del tiempo. Se carga siempre de color local y se liga a las circunstancias del momento, tiende a ser momentáneo. Pero la expresión de lo particular en estructuras verbales concretas supera el momento, se sostiene y persevera por la repetición analógica de lo particular y por la fuerza del arte.

Hay que agregar, como lenguaje no verbal, la propiedad territorial, la disponibilidad de un espacio privado, según el grado de poder señorial, la casa o el castillo; las armas personales, los blasones, las artes y atuendos marciales, el combate cuerpo a cuerpo o de persona a persona; la distinción clara entre amigo y enemigo; la fiesta ofrecida por motivos personales, el convivio con derroche y la danza; el orgullo y la altivez, el código de honor; el amor y el odio discriminantes, la lealtad y la venganza según los dictados de la propia conciencia. Lenguaje poderoso que permite a los señores reconocerse los unos a los otros y comunicarse.

3. El principio imperial

Se expresa por la legislación, el oficio, la circular, el registro, el censo, el protocolo, el archivo, la instrucción, el informe, la citación... Ésos son sus géneros literarios.

Su lenguaje no verbal habla en el sistema burocrático con sus jerarquías, en la proliferación de instituciones fundadas artificialmente para fines calculados, en el paradigma del funcionario, en los servicios de inteligencia y los cuerpos represivos, en los organismos de vigilancia, en la educación sistemática, en los símbolos de poder y de estatus, en la arquitectura de los edificios públicos, en los uniformes de todo tipo, en las ceremonias de investidura y transmisión de mando, en el culto oficial a héroes y fundadores, en la planificación de las ciudades y en la planificación (que tiende a ser total) de la vida colectiva e individual.

Su mensaje supremo reza así: «Lo importante es el aparato del Estado y su correcto funcionamiento; los individuos son actores transitorios de roles permanentes dentro del Estado omnipotente. Niégate a ti mismo para que se afirme en ti y a través de ti el orden establecido».

4. *El principio racional*

Se expresa por el ensayo de ideas, el diálogo platónico, el tratado, el manual, la enciclopedia, la clase magisterial, la tesis doctoral, la teoría, los discursos del método, los debates científicos, el artículo especializado, las obras de divulgación.

Su lenguaje no verbal comanda y articula la doble empresa de explicar el universo lógicamente y de representarlo mental y verbalmente de modo minucioso y exhaustivo.

Tiende desde un principio a alejarse del lenguaje ordinario y a reconstruirse de manera inequívoca, universal, *sui generis*, fija, por encima de las diferencias locales y del cambio espontáneo. Tiende también a formalizarse y mecanizarse según el modelo de las matemáticas y de la lógica para facilitar la manipulación de sus contenidos.

IV. *Culminación y decadencia de Europa*

Europa es el ámbito de espiritualidad y creatividad donde surgió la cultura más rica y completa, más representativa de los diferentes aspectos de lo humano, más equilibrada y menos represiva, más profunda y más alta que ha florecido sobre la Tierra.

1. *Ese ámbito de espiritualidad* y creatividad fue construido y sostenido por la acción de cuatro principios: el principio racional en su versión helénica, el principio imperial en su manifestación romana, el principio cristiano como variante mediterránea de la religiosidad oriental filtrada por la mentalidad hebrea, y el principio señorial representado por la población aborigen del continente europeo junto con las oleadas migratorias de origen asiático llegadas al fin del imperio.

Los primeros tres principios actuaron, unidos, sobre el cuarto. Éste brotaba incontenible de la variedad y diferencia, de la fuerza heterogénea presente en las etnias no helénicas, no romanas, no cristianas. La vitalidad, el ímpetu creador, el torrente genésico provinieron de éstas; mientras que los tres primeros principios, ya constituidos separadamente en la antigüedad clásica y unidos en el período final de Roma, actuaron como fuerza modeladora, como potencia formadora, como influencia estructurante.

Europa es el resultado de la acción civilizadora grecorromana y cristiana sobre los bárbaros triunfantes.

En la filosofía y la ciencia de los griegos, la racionalidad humana se había elevado de su manifestación silvestre y espontánea, presente en todos los pueblos, a su expresión consciente y deliberada rompedora del etnocentrismo cognoscitivo.

En la legislación y administración de los romanos la organización social se había elevado de la silvestre y espontánea constitución tradicional de las etnias, presente en todos los pueblos, a la estructuración burocrática consciente y deliberada del poder político facilitador de la convivencia poliétnica, de la unidad en la diversidad con dirección unificante.

En el cristianismo, la religiosidad silvestre y espontánea de los hombres, manifestada en cultos paganos que no hacen sino proyectar a un plano imaginario y magnificante las aspiraciones y temores ancestrales de los pueblos, se había elevado a espiritualidad depurada donde predominan los ideales de compasión y colaboración sobre los valores vitales a la luz de lo divino y de lo eterno, en la aceptación profunda del misterio y de la revelación, en la convicción intensa de la fraternidad universal.

2. *El señorío natural de los bárbaros*, espléndido y temerario, poderoso y valiente, arrogante y salvaje, era grosero, tosco y bruto en el ejercicio del intelecto; arbitrario, emocional y casuístico en el ejercicio del poder; fiero, cruel y supersticioso en las relaciones humanas y en la concepción de lo divino.

El Medievo es la expansión cristianizada y cristianizante de los valores grecorromanos. El Medievo es una escuela, el ámbito de una *paideia*. Europa es el resultado de esa *paideia*. Así surgieron las diversas naciones según la forma en que el sustrato señorial de cada región asimilaba y animaba la espiritualidad cristiana y las estructuras morfológicas del Lacio y de la Hélade, pues las diferentes etnias no fueron nunca simple material amorfo para la influencia cultural clásica, sino activos centros de creación con sus propias líneas de fuerza y su peculiar orientación axiológica. De ahí proceden la complejidad de Europa, el contrapunto de sus voces, la equilibrada

sintaxis de sus contenidos. De ahí proceden la heterogeneidad y homogeneidad de sus países, la hostilidad y atractivo mutuo de sus patrias, la polinización cruzada de sus genios.

3. *El Renacimiento* no es —como pudiera creerse, como se ha creído, como lo creyeron los propios renacentistas— el resultado de una reacción contra la Edad Media, sino su culminación.

En primer lugar, la denominación *Edad Media* expresa y oculta un prejuicio: la Antigüedad Clásica había desaparecido con el Imperio Romano de Occidente, sepultada entre sus ruinas, para ser desenterrada unos diez siglos más tarde por el trabajo de los humanistas; entre esos dos momentos habría transcurrido un período de obscurantismo y barbarie. No es cierto. La Iglesia Cristiana atesoró vivos, en su seno, los valores de la Antigüedad Clásica y con ellos educó a los bárbaros.

En segundo lugar, la denominación *Renacimiento* también expresa y oculta el mismo prejuicio. Los valores de la Antigüedad Clásica no volvieron a nacer, puesto que no habían muerto, sucedió que los pueblos bárbaros de Europa, después de siglos de educación cristiana alcanzaron la madurez suficiente para comenzar a entender, formular y llevar a la práctica conscientemente esos valores. En efecto, los aportes árabes y bizantinos, responsables según muchos del «nuevo» contacto con el mundo grecorromano, no pasaron de ser cuestión de cantidad y estímulo adicional. El aparato eclesiástico y el trabajo de los monjes estuvieron siempre al servicio de los valores clásicos, fueron canal de la tradición grecorromana.

4. *El humanismo* en los descendientes de los bárbaros que incendiaron bibliotecas, quebraron estatuas, irrumpieron a sangre y fuego en el seno de la familia romana y alojaron sus caballos en los templos, el humanismo en hombres de semejante abolorio sólo se entiende y explica sobre el fondo de una larga *paideia*.

La Iglesia Cristiana —*mater et magistra*— conquistó con dulzura y educó con paciencia a las turbulentas etnias que derribaron el Imperio, hasta el punto que pudieron discurrir en latín sobre la dignidad del hombre, teorizar sobre el Estado, emular a Fídias y traducir el blandir de sus espadas al lenguaje de las matemáticas.

El humanismo presenta dos vertientes complementarias: por un lado se vuelve hacia la Antigüedad Clásica profundizando su estudio, exaltando su visión del mundo, admirando sus creaciones, retomando sus empresas, imitándola como a un modelo perfecto. Por otro lado se vuelve hacia lo propio, hacia la densidad cultural lograda en el curso de siglos de experiencia, hacia la diversidad nueva de las características locales, en suma, hacia la identidad de las emergentes nacionalidades aceptándola, afirmándola, expresándola. Por eso nos encontramos con un cultivo asiduo de las lenguas y literatura clásicas junto a una creatividad lujuriente en las lenguas vernáculas sobre la base y con el material de las tradiciones locales. No sólo las lenguas romances —espejo viviente de la historia medieval en su compromiso dramático entre el latín y el substrato lingüístico regional— sino también las germánicas, eslavas y hasta el húngaro (tan profundamente marcadas por la influencia clásica a través del cristianismo y por el consecuente bilingüismo de sus sabios), dan testimonio y cuenta de la formación de las nuevas nacionalidades europeas. Por eso el humanismo, con sus dos vertientes literarias, representa una notable toma de conciencia de la propia situación y ello explica en parte la gran lucidez de sus creaciones.

Pero el humanismo tiene una debilidad que mancilla su esplendor. Así como ciertos jóvenes de talento, al terminar los estudios, niegan la escuela que los formó desde la infancia para afirmar su individualidad y su diferencia; así el humanismo, con suficiente erudición para comprender y aceptar lúcidamente la herencia clásica, y con suficiente fuerza creadora para expresar su flamante idiosincrasia, negó a la *mater et magistra*. Pero al negarla oscureció y reprimió su propia génesis histórica, se ocultó a sí mismo los nexos umbilicales, escindió su psiquis dejando siempre detrás de los ojos el origen, vuelto misterio y tabú. Habitado por este secreto, el humanismo acentuó el principio racional y el principio señorial restituyéndoles un tinte naturalista y pagano que se acentuaría en la posterior decadencia de Europa.

5. *Es significativo* observar que, al lado del humanismo, recorrió a Europa como un estremecimiento otro movimiento, éste de carácter estrictamente espiritual y religioso: el *misticismo*.

Como el humanismo, también este movimiento es, en un sentido, culminación de la Edad Media. La educación sentimental de línea ascética, los ejercicios devocionales y contemplativos, el cultivo de la vida interior condujeron a refinadas experiencias de iluminación espiritual. Experiencias que no pertenecen al género silvestre ni al género inducido por psicofármacos o técnicas del éxtasis, ni al género frenético producido por el tambor y la danza de los salvajes. Experiencias no infrarracionales o paralógicas, sino supraintelectuales, en clima de serenidad y sosiego, con fruto de comprensión y amor. Experiencias que sólo pueden explicarse sobre el fondo de la *paideia* cristiana y su equilibrio. Equilibrada y armoniosa es la expresión literaria a que dieron lugar. Tersa prosa o pulido verso nos dejaron, donde la vivencia supraintelectual se alía a la *ratio* del ritmo lírico, del metro, de la rima, de la impecable sintaxis.

Sin embargo, no todo el movimiento estuvo representado por gente como Francisco de Asís, Eckhart, Kempis, Teresa de Cepeda, Juan de Yepes, Boehme o el Ángel de Silesia. También hubo alumbrados de todo tipo que se perdieron en la incomunicación, la herejía, la locura o el frenesí erótico, lo cual demuestra que los efectos de la *paideia* cristiana no fueron homogéneos y que sobrevivía mucho de bárbaro y descomunal, desmesurado a pesar de los esfuerzos eclesiásticos.

Además, aun en los mejores casos, el misticismo tuvo una frontera poco vigilada con formas larvadas o manifiestas de panteísmo y una peligrosa tendencia —para decirlo con suavidad— hacia la revelación personal que conduce a la fragmentación de la unidad dogmática, fundamento de la comunidad cristiana.

Este movimiento, pues, también enfatizó el principio señorial; dentro de su humildad escondía una gran arrogancia individualista, la convicción subliminar de poder llegar a Dios sin la mediación de la Iglesia. Entendamos: el místico puede convertir los contenidos

de su arrobamiento en instancia superior a Roma y entonces ¿quién lo ayuda a distinguir entre un arrebató cualquiera, un transporte emocional, un desarreglo de la imaginación, un delirio de la razón y la verdadera *unio mystica*? ¿No estaría proclive a confundir una turbación afectiva y el vuelo delirante de la fantasía con la beatitud y la visión beatífica?

Dos rasgos distinguen la mística cristiana, a diferencia de las otras búsquedas interiores de unión con la Divinidad: la experiencia de lo divino no es resultado de la ascesis ni actividad humana alguna, sino de una intervención específica de la Divinidad; la culminación de la mística cristiana no es la fusión con un Dios cósmico, impersonal, inmanente en las cosas, sino el contacto espiritual con un Dios personal y trascendente que respeta la individualidad y la libertad humana. Sin la guía de la Iglesia, la experimentación mística conduce al pietismo, al quietismo, al fanatismo o a la teosofía y diversas formas de paganismo.

6. Si el humanismo apoyó su señorío creador en los escritos antiguos y las tradiciones locales, mientras el misticismo alimentaba el suyo en la experiencia íntima de la Divinidad, la *Reforma* actuó como rebelión señorial abierta contra el imperio eclesiástico en el plano doctrinario y en el plano organizativo, con participación declarada de factores socioculturales y alianza de fuerzas político-económicas.

A fines de la Edad Media, Iglesia y Estado se encontraban conmovidos por un fermento de renovación.

Por una parte, ello era resultado del magisterio de la Iglesia; después de siglos de *paideia* cristiana, las hordas bárbaras que asolaron el Imperio Romano estaban ya en condiciones de distinguir incongruencias entre el espíritu de la religión y algunas prácticas eclesiásticas; estaban ya capacitadas, suficientemente civilizadas para desear el restablecimiento de la prístina tradición, que habían recibido y veían ahora amenazada por un proceso de degradación. Aspiraban a una restauración de los principios y modelos que habían orientado la disciplina ascética y la praxis eclesiástica. Ese

deseo y esa aspiración eran justos; el programa de acción generado por ellos y representado a menudo por grupos laicos era de índole conservadora y encontró apoyo papal en el Concilio Tridentino, dando lugar a la llamada Reforma Católica o Contrarreforma.

Pero el mismo fermento de renovación nutrió otro movimiento; el de la Reforma Protestante, Reforma propiamente dicha. Este no se oponía solamente a los abusos perpetrados en el seno de las instituciones sino a las instituciones mismas; no proponía la purificación de los principios y modelos tradicionales, sino la adopción de otros principios y otros modelos. Contra la autoridad de los concilios y de los papas, propugnaba la autoridad soberana de la sagrada escritura. Contra una autoridad doctrinal universalmente reconocida, propugnaba el libre examen y la interpretación de la escritura por los fieles, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Contra la conexión entre fe y codificación de la moral advocaba la justificación por la fe sola. Contra la estructura institucional de la Iglesia reducía los sacramentos a dos (bautismo y comunión), suprimía todo culto que no fuera rendido a Dios solamente, eliminaba la confesión oral, la jerarquía eclesiástica, el celibato sacerdotal, los votos monásticos...

Obsérvese que la reforma protestante triunfó en los países donde la influencia de la latinidad había sido menor. Obsérvese aquí la acción del principio señorial precristiano buscando cauces propios por vertientes que lo alejan de Roma y, *eo ipso*, de la Europa primera con su equilibrio y su profundidad, para conducirlo a las formas sutiles de barbarie que caracterizan a la Europa segunda.

7. *El Humanismo*, el Misticismo y la Reforma están en relación de concomitancia con el auge del comercio, el crecimiento de las ciudades y la cultura laica.

La estructura económica característica de la Europa primera es la que tiene como elemento fundamental la pequeña comunidad autosuficiente, de carácter agrícola, pecuario y artesanal con acento, según los casos, en uno de estos sectores o en el minero, y con un excedente en la producción suficiente para obtener por

intercambio lo faltante, pequeñas comunidades autosuficientes en lo posible o de insuficiencias y excedentes mutuamente complementarios. Abundancia para sostener por medio de tributos los centros del culto y de la administración eclesiástica, y los centros de poder político en la medida en que aumentara el polo monárquico del poder señorial o se constituyera el poder imperial.

Pero he aquí que la necesaria comunicación entre los elementos de esa estructura fue mediatizada por mercaderes, quienes constituyeron en un principio el tejido conectivo de ese gran organismo social, pero progresivamente se transformaron en tejido nervioso gobernante, en un largo y nefasto proceso que condujo hasta la Europa segunda.

El dinero, que no era sino símbolo del intercambio sustituyó a la riqueza real y se convirtió en valor autónomo con respecto al cual los bienes reales se convirtieron en símbolos. En la misma medida y proporción en que ocurría este cambio en la función del dinero, ocurría también la desacralización de objetos, personas, actividades, virtudes e instituciones. El dinero es un poder abstracto que obliga a todo lo existente a cuantificarse en función suya, mientras que lo sagrado es cualitativo y está ligado a lo concreto y único.

La sede de este nuevo poder fue la ciudad; su cultura, la urbana y laica, desligada de la autoridad religiosa: su tendencia, el manejo racional y cuantitativo de todo lo humano.

De ahí la creciente secularización de la sociedad bajo el criterio de eficiencia, que es una forma del concepto de ganancia; y la orientación hacia el progreso, que es otra forma del concepto de ganancia.

La ganancia es el Diablo de la Europa primera y el Dios de la Europa segunda.

8. *Ganancia, progreso, eficiencia* como metas coinciden con una época de inventos y la estimulan. Un invento merece atención particular debido a sus rasgos arquetípicos: la imprenta de caracteres móviles, madre y modelo de los *mass media* modernos.

Ante todo, aplaudamos, junto con los muchos, las virtudes de la imprenta: facilidad y rapidez de la impresión, multiplicación indefinida del número de copias; en consecuencia, liberación de los copistas, expansión de la información al vulgo, conservación más segura del conocimiento en mayor cantidad de mentes y, por tanto, más amplia posibilidad de participación en su aumento. Unos sesenta años después del logro de Maguncia (1436) ya se habían impreso unos seis millones de libros (hacia 1500).

Pero señalemos de inmediato lo que pocos recuerdan: el uso de la imprenta coincide con una época de desacralización y secularización de la sociedad.

El principio señorial, hipertrofiado por el debilitamiento de la autoridad eclesiástica, convierte la imprenta en instrumento del individualismo. La conquista de la inmortalidad por medio de la gloria terrena hace de la imprenta su corcel. Ya Platón había enseñado en el Simposio que hay contacto con lo eterno en la cópula reproductora, en el amor de los efebos y en la obra inmortal. Ya Ovidio se jactaba de haber construido un monumento indestructible con sus poemas. Pero es en el Renacimiento, disminuidos los prestigios del cielo, cuando surge ese tipo de hombre que parece no tener sino la alternativa de la gloria o la desesperación y que escoge la palabra escrita para immortalizar su nombre a la manera de Platón o a la de Eróstrato.

Ese intento ha abarrotado, hasta hoy, las imprentas y bibliotecas del mundo.

Shakespeare prometió a un efebo renuente la inmortalidad de sus poemas y el genial mulato moscovita se prometió a sí mismo por igual vía el amor inmarcesible de todas las Rusias. Pero por cada Shakespeare y por cada Pushkin hay miles que lo intentan sin éxito. Mucho más, muchísimo más pudiera decirse de la alianza lamentable entre imprenta y obsesión de gloria; pero nos basta señalar con fuerza este rasgo de la Europa segunda; los grandes creadores de la Europa primera quedaron por lo general en el anonimato, pues no luchaban

por inmortalizar su nombre sino por la superior inmortalidad del alma y podían descansar en paz en el seno de la comunidad.

Por su parte, el principio racional, envalentonado contra las verdades de la Revelación, usa la imprenta para divulgar apresuradamente los precarios resultados de una ciencia naturalista encaminada hacia el poder, para propagar la nefasta y cruel ilusión de que es posible alcanzar la felicidad por el conocimiento segundo y su aplicación técnica, la sangrienta utopía de que en este mundo el hombre puede construir la ciudad de Dios laicizada. No es conocimiento sólo lo que se difunde, sino también, y sobre todo, una ideología herética ciega a la trascendencia.

En el lado opuesto, la experiencia religiosa no puede servir de contrapeso a esta tendencia, pues lo que se publica está gobernado por el principio señorial, sea desde la mística individualista o desde el libre examen con «inspiración» del Espíritu Santo.

Predomina la variedad incontrolada de lo subjetivo con la alternativa de someterse a la razón (bajo la forma de psicología empírica, análisis lógico, filológico, histórico de los textos sagrados), o declararse irracional. A la larga se elige lo primero, la imprenta se presta dócilmente a la inmensa y vacía argumentación y defensa racional de las revelaciones y las interpretaciones.

Orto y ascenso de la propaganda, de la manipulación ideológica en gran escala; guerra por dominar la conciencia y la conducta de los hombres con el auxilio de la imprenta.

Pero detrás de esta siniestra manipulación, otra manipulación más siniestra: la mercantil, ejercida por un poder ciego para todo lo que no sea ganancia. El fin justifica los medios. Se publica todo lo que ofrece perspectivas de ganancia sin tomar en cuenta ninguna otra consideración de fondo ni de forma.

Así, pues, a pesar de sus ventajas, la invención de la imprenta resultó nefasta. El individualismo afirmativo y señorial de los humanistas se degradó a búsqueda de notoriedad y fama inmortal, a medio que no fin; el celo apostólico de místicos y protestantes se

degradó a proselitismo. La difusión del conocimiento y el libre juego de las ideas se degradó a empresa comercial.

No pretendemos atribuir todos estos males a la imprenta, sino señalarlos en ocasión de ella y destacar su mutuo reforzamiento.

9. *Argumentarán algunos* que este proceso tuvo un resultado positivo: *la elevación del nivel intelectual* de las poblaciones, su acceso al creciente acervo científico. Mostrarán la necesidad de alfabetizar en gran escala para garantizar la gloria literaria, el proselitismo numeroso, las ganancias y la manipulación en general. El argumento es débil en su base y, aún más si consideramos los resultados concretos de esa supuesta elevación del nivel intelectual y la comparamos con el estado de cosas correspondiente en la Europa primera.

De inicio observamos que el argumento supone una valoración positiva del «alto nivel intelectual», tan positiva que alcanza para compensar los desmanes morales y metafísicos perpetrados para lograrlo y los fines a que se lo destina. No compartimos esa valoración; más que la inteligencia y el saber, cuentan en el hombre los esfuerzos esporádicos que hace por ser bueno, el reconocimiento de su finitud y la búsqueda de salvación en la trascendencia que lo constituye. La inteligencia y el saber desligados de los valores cristianos son instrumentos de locura y destrucción. Tienen sentido cuando ocupan el puesto secundario que legítimamente les corresponde en una concepción del mundo y del hombre donde ocupa puesto predominante la Revelación.

El argumento supone además que la elevación del nivel intelectual de las poblaciones ha sido lograda, o que puede lograrse. Se indicará el creciente porcentaje de personas capaces de leer a partir del Renacimiento, el aumento de la instrucción pública que incluye, por lo menos, la alfabetización y la meta de escolaridad elemental para todos y, si es posible, de escolaridad secundaria, meta lograda ya en algunos países.

Este proceso es engañoso. Lo que se ha conseguido, en el mejor de los casos, es que toda la población se ponga al alcance de la

manipulación ejercida por medio de la imprenta y se haga apta para consumir objetos e ideas estandarizados.

En cuanto a la elevación del nivel intelectual como una mayor participación en la ciencia, es sólo aparente; la divulgación masiva de conocimientos y teorías obliga a la simplificación, de tal manera que lo recibido por el lector promedio se reduce a burdas versiones trivializadas y banalizadas que no lo acercan a la verdad; no podría ser de otra manera: la ciencia exige dedicación, sacrificio, perseverancia, meditación, experimentación, virtudes que no pueden esperarse de todo el mundo ni hace falta que todo el mundo tenga, virtudes, además, que no pueden esperarse de un lector a quien se ha convencido de que la ciencia es fácil y de que puede adquirirla con la lectura de manuales.

En cuanto a la elevación del nivel intelectual como mayor capacidad para el pensar autónomo, no hay tal. El lector promedio aprende a repetir pasos estandarizados de razonamiento, groseras caricaturas del auténtico trabajo intelectual libre y creador.

Lo que se ha hecho es alfabetizar la gente en el sentido estrictamente etimológico del término; les enseñan la alfa y la beta de la cultura científico-tecnológica característica de la Europa segunda, les inculcan la ilusión de participar en los bienes mentales de una civilización en la cual no son, en realidad de verdad, sino ruedillas intercambiables, sustituibles, de un enorme aparato deshumanizado.

Cuando los gamadeltizan es para emplearlos en servicios más complejos del aparato, no para elevar su nivel intelectual. Épsilon y zeta son ya letras mayores.

Lo máximo y lo óptimo que la Europa segunda ha llegado a producir por vía intelectual son pedazos de hombre, hombres parciales que trabajan para el sistema en la secular sordidez de una desvinculación entendida como libertad, a cambio de un nivel de vida medido en baratijas tecnológicas, con la mente llena de las bazofias que excreta la industria cultural en sus *booms*.

10. *La Europa primera* no concedió importancia a la elevación del nivel intelectual colectivo porque no valoró en alto grado ni el intelecto ni la nivelación colectiva. Supo estimar las diferencias reales entre los hombres y las acentuó, pero de tal manera que en ningún caso impedía la comunicación, porque lo común, el medio de relación, no era ninguna cantidad de conocimientos ni ninguna igualdad falsificada, ni ninguna añagaza manipulatoria, sino la participación total de todos en la total esencia de su civilización y no al margen unos y en el centro otros, ni por grados, ni por aspectos, ni por funciones. A todos era común la conciencia de encontrarse en la presencia de un poder superior divino, no usurpado, no usurpable por grupo alguno de manipuladores. El poder no conquistable de la Divinidad unía a todos en la fraternidad del amor y en la esperanza de vida eterna.

El Reino, el Poder y la Gloria en su realidad y verdad nunca fueron sustituidos por imitaciones que se compran con sangre, con dinero o con astucia. Todo el mundo sabía que pertenecen a la Divinidad.

Siervos y señores, analfabetos y letrados se enfrentaban con toda la integridad de sus personas al misterio.

Ser esclavo o rey es hacer el papel que se ha recibido y se trata de hacerlo bien, en sometimiento a las reglas del juego. Pero eso no importa mucho. Lo que cuenta es lo que somos cuando no estamos haciendo ningún papel y cuando la representación teatral de este mundo termine para nosotros. Entonces todas las almas son igualmente preciosas.

Estaba en mejores condiciones un siervo de la gleba que un habitante cualquiera de gran urbe moderna. Aquél ejercía en plenitud su dignidad humana; cumplía su destino sobre la tierra bajo la mirada compasiva de un Dios amoroso. Éste se encuentra preso en su lugar de trabajo y en su apartamento, con la mente aherrojada por ideas prefabricadas, con los sentimientos reprimidos, con la creatividad paralizada, tratando a los demás y tratándose a sí

mismo como quien maneja máquinas, sustituyendo la pérdida alegría de vivir y la pérdida tristeza de vivir por estímulos étlicos, manipulación erótica del cuerpo, aturdimiento en diversiones o, los más adelantados, por psicofármacos.

El caso de la imprenta es arquetipo en la decadencia de Europa y ayuda a comprenderla. Un invento ingenioso y útil sirve de instrumento a tendencias dispersivas de carácter profano y las refuerza hasta conducir a un aplanamiento de la vida humana, donde lo que había de señorial en el comienzo de las tendencias se hunde en la mediocridad.

Sabemos que lo mismo ocurrió con los demás medios de comunicación desarrollados posteriormente, llamados en nuestros días *mass media* y presentados con ridículo orgullo como signos de progreso.

Similares características presenta la revolución industrial. Ingeniosos inventos y métodos de trabajo que facilitan el manejo y transformación de materiales, aceleran la producción hasta automatizarla, se presentan en un primer momento como medios de liberación y de seguidas se vuelven medios de esclavización. El modo de producción se vuelve modo de producción de hombres; los métodos de manipulación de materiales se vuelven métodos de manipulación de sentimientos, conductas, poblaciones.

Todo condujo al Estado laico tecnocrático que puede describirse como la formalización jurídica de un estado de cosas en que el gran aparato de la industria gobierna impersonalmente.

Con la declinación del poder eclesiástico y su raigambre teocrática, con la secularización de las actividades sociales, vino parejo el crecimiento desmesurado del principio imperial. Desde la complejidad equilibrada de la Europa primera, puede describirse este proceso como la alianza del principio racional —exacerbado en un pavoroso *crescendo* de ciencia y tecnología— con el principio imperial bajo la forma de un gobierno abstracto definible en los términos de una ingeniería de sistemas.



Los dos principios impersonales de la civilización cristiana, es decir, de Europa, el imperial y el racional, se alían, se interpenetran, se potencian, y oprimen a los dos principios personales, el cristiano y el señorial, dando lugar a esta decadencia de Europa que se llama modernidad y progreso.

V. *Capitalismo y socialismo*

La degradación de Europa, iniciada con el Renacimiento, ha continuado hasta nuestros días. Dio un salto cuantitativo con la revolución económica y la revolución política de finales del siglo dieciocho. Actualmente profundiza y expande su corrupción a través de los dos grandes sistemas que la encarnan: el capitalismo y el socialismo.

1. *En ambos sistemas* es común la omnipotencia del aparato supraindividual regido por las necesidades de la gran industria. De un lado, el conjunto de grandes empresas que funcionan de acuerdo con su propia mecanicidad, en un todo conforme a los dictados del modo de producción imperante, que impone su inhumana racionalidad al ser social en todos sus aspectos y lo gobierna con independencia absoluta de las voluntades y valores personales. Del otro lado, la omnipotencia de una burocracia política que funciona en un todo de acuerdo con su propia mecanicidad estructural, en un clima de esclerosamiento ideológico; su racionalidad institucional opera de modo compulsivo, con independencia absoluta de las voluntades y valores personales.

En ambos sistemas es común el papel central de la ciencia y la aproximación tecnológica en el enfoque y tratamiento de todos los problemas sociales.

En cada uno de los dos sistemas es diferente, en cambio, la suerte corrida por los principios reprimidos.

2. *En el sistema capitalista* el principio cristiano ha dejado de tener influencia en la vida colectiva; ha sido relegado a un segundo o tercer plano, como factor subjetivo; las decisiones que afectan a la sociedad no lo toman en cuenta.

No debe engañarnos la libertad religiosa ni la proliferación de sectas; antes por el contrario, son signos de debilitamiento del principio cristiano; las iglesias se han convertido en clubes, la práctica religiosa es externa y vacía; la función del sacerdote es usurpada con frecuencia por psicólogos, psicoanalistas, consejeros familiares, astrólogos, gurúes y otros charlatanes; las iglesias no son ya sino centros de aspiración a la comunidad perdida, aspiración que se ve continuamente frustrada por la práctica de relaciones públicas, tráfico de influencias, entretenimiento social, presión de grupo... Práctica relacionada, en todo caso, con asuntos de consumo.

Hay más, el código moral cristiano, profesado por la mayoría en el nivel verbal, está en flagrante contradicción con el comportamiento cotidiano; pero se reduce a escrúpulos subjetivos de los que todavía no se han modernizado lo suficiente como para secularizar todas sus conductas. Cuando se pone en práctica, su justificación es pragmática: resulta conveniente, es práctico, produce ganancias, ayuda a vivir más cómodamente.

3. *En el sistema socialista* el principio cristiano, aunque rechazado y oprimido en sus manifestaciones eclesiásticas, ha corrido de hecho mejor suerte. ¿Cómo así? Porque el socialismo es en su inicio un cristianismo decapitado. Cristianismo, porque pone en primer plano la filantropía; el amor al prójimo, la justicia social, el bien común, la colaboración están en la base de las especulaciones sociológicas que condujeron a la concepción de ese sistema. Decapitado, porque prescinde de Dios; apoya su filantropía en consideraciones humanitarias que no es posible justificar racionalmente; la argumentación racional da para todo; puede justificar la competencia en nombre de la evolución o la cooperación en nombre de la tranquilidad; en el fondo siempre hay un valor que no puede deducirse

de consideraciones racionales, y este valor en particular, la filantropía, surge de la concepción cristiana del mundo con su revelación y su fe, que no son, no pueden ser, resultado de estudios o pensamientos sino de una intervención divina.

En la motivación del socialismo hay, pues, un cristianismo larvado, enmascarado, pero también privado de su fuente. Además, en la práctica, el predominio del principio racional en alianza con el principio imperial lo ha reducido aún más, de tal manera que no sólo está decapitado sino aplanado en glorificación de la mediocridad moral e intelectual.

4. *En el sistema capitalista* se exalta verbalmente el principio señorial; libre empresa, competencia, todas las posiciones y bienes son conquistables desde cualquier origen, movilidad horizontal y vertical completamente abierta, el mérito y el logro personal por encima de la pertenencia o adscripción a grupos de privilegio, el trabajo y el estudio como caminos para llegar a la aristocracia de los *self made men*; en fin, da la impresión de que todo estuviera montado para justas señoriales, ¡que ganen los mejores! En realidad no hay nada de eso; las diferencias ya han sido establecidas en la estructura social característica del modo de producción capitalista; más que una clase, quienes gobiernan son monstruosas empresas impersonales; es el imperio absoluto de las necesidades del sistema sobre los valores personales; los miembros de la llamada clase dominante son falsos señores, no son más que instrumentos del sistema, que ha monopolizado todos los poderes y todas las virtudes constituyéndose en una versión del Diabolo mucho más real e indiscutible que todas las concebidas por la Edad Media. Los únicos señores auténticos dentro del sistema capitalista son los que conspiran para destruirlo.

5. *En el sistema socialista* se repudia el principio señorial en nombre de la colaboración, la igualdad y la paz. De creer la propaganda, sería el reino de la fraternidad con tintes maternos; pero la historia de los países donde se ha impuesto ese sistema muestra por lo general férrea dictadura unipersonal después de cruenta lucha por el poder,

despiadada violencia en la supresión de rivales e implacable represión de todo acto, de toda palabra que se aparte un milímetro de la ortodoxia oficial. A la muerte del dictador, la dictadura unipersonal se convierte en aparato burocrático y se vuelve impersonal, gobierna el cadáver del dictador transfigurado en oficinas de planificación, prácticas policiales, métodos pedagógicos, directrices ideológicas, tribunales inquisitoriales. Los altos funcionarios privilegiados, la nueva clase, no son sino instrumentos del sistema, que los hace competir y los selecciona para funcionar mejor; son falsos señores.

El principio señorial se niega, pues, de hecho, pero no en favor de la colaboración, la igualdad y la paz, sino en favor del deteni-miento de la población en una forzada minoría de edad para pro-vecho, honra y gloria de un padrastro mecánico, *golem* de mil archivos omnisapientes y mil brazos manipulatorios. Los únicos señores auténticos dentro del sistema socialista son los que cons-piran para destruirlo.

6. *Los defensores* de esos sistemas arguyen que las fallas se deben a un desarrollo incompleto, la maquinaria no es aún perfecta, comete errores, incurre en contradicciones, pero llegará a la perfec-ción y tendrá todo previsto, programado, presupuestado, cronogra-fiado, organigrafiado, inexorablemente calculado, se sabrá cómo educar a cada niño en particular para que actualice tales o cuales de las posibilidades del sistema. Llegados a ese punto, una gigantesca computadora podrá hacerse cargo de la dirección de la sociedad. Lo monstruoso es que muchos combaten por este «ideal» y que los muchos se dirigen a él como zombis.

Contra esta locura es preciso decir, primero, que es irrealizable: siempre habrá lo que, para explicar accidentes de aviación, llaman falla mecánica o, en otros casos, error humano; y segundo que, si se realizara (supuesto negado), significaría el fin de nuestra humanidad.

Pedro Ouspensky refiere que algunas humanidades anteriores a la nuestra alcanzaron la perfección mediante algún sistema so-cioeconómico infalible, y entonces Dios las miniaturizó para dejar

espacio a nuevos experimentos. Explica así Ouspensky el origen de las sociedades de insectos. No es la mecanización de la vida humana lo que interesa a Dios en el hombre, sino su conciencia de finitud y libertad, y su anhelo de absoluto.

Señorío ficticio o filantropía desarraigada, los principios personales de Europa se encuentran disminuidos en favor de los principios impersonales que, aislados y desenfrenados, han constituido un aparato hegemónico, ajeno a los valores y sentimientos individuales, alienante, vivido como todopoderoso, incomprensible.

El aparato científico-tecnológico, estatal, empresarial, jurídico, pedagógico, militar, industrial, ha usurpado el puesto de Dios. Se ha vuelto un ídolo que impone obediencia, fe ciega, adoración, sacrificio. Exige fidelidad, castiga la blasfemia. Promete seguridad material y diversión porque su ética es el hedonismo: el fin de la vida es el placer; nacimos para gozar; malo es todo lo que impida el logro de ese fin; la sociedad organizada tiene por función crear las condiciones propicias al mayor goce posible para todos. Tiene dos brazos; con el derecho administra el goce a través de niveles de consumo; con el izquierdo distribuye el goce a través de un racionamiento igualitario. En sus adoradores todos se cumple la maldición del rey David contra los idólatras: «*Similis illis fiant qui faciunt ea, et omnis qui confidit in eis*».

VI. *Corrupción y revolución*

1. Origen de la corrupción europea

Pero, ¿qué es exactamente lo que anda mal en la Europa segunda, qué es lo que la ha vuelto decadente, cuál es la causa última de su degradación?

De seguro no son culpables la ciencia y la tecnología, manifestaciones típicamente europeas del principio racional, indispensables para que el hombre ejerza su legítimo dominio sobre la naturaleza. Orgullo de Europa es el haber llevado a tan alto grado el privilegio humano de conocer, nombrar y gobernar los entes del mundo. Después de todo, el mundo es un artefacto, hecho por Dios, sí, pero artefacto al fin, no cuerpo de la Divinidad como creen los paganos. El enfoque científico-tecnológico de la realidad sólo es posible dentro de la cosmovisión cristiana; prueba además la superioridad asignada al hombre como administrador de los entes; de hecho se distancia de ellos y los pone a su servicio. El mundo es la morada transitoria del hombre, quien tiene derecho de cuna para adaptarla a sus necesidades y propósitos.

De seguro, tampoco es culpable la organización estatal de la sociedad, la constitución de entidades supraindividuales. Sin esto no habría civilización. La civilización cristiana es cristiana, pero también es civilización; no está entre sus características el intento de

mantener al hombre en formas primitivas de convivencia. La formación de los estados modernos es resultado de la *paideia* cristiana sobre pueblos desorganizados y bárbaros. La *mater et magistra* no se avergüenza de su trabajo civilizador ni se arrepiente de haberlo hecho.

La Europa segunda es decadente, desequilibrada, enajenada, enajenante, pero es Europa. El principio racional y el principio imperial son constitutivos de la esencia de Europa.

¿Por qué, entonces, decimos que es decadente? Después de la aclaratoria anterior, cuya finalidad es evitar que pueda interpretarse nuestra crítica como una proposición de retorno a la barbarie, reiteramos que Europa resulta del juego equilibrado de cuatro principios, y que su mal moderno resulta no del fortalecimiento de dos de ellos (el racional y el imperial), sino del debilitamiento de los otros dos (el cristiano y el señorial).

En el Renacimiento, el principio señorial rechazó al principio cristiano y a la jerarquía eclesiástica y se alió con nuevas manifestaciones del principio imperial y del principio racional que terminaron por reprimirlo a él también.

¿Podemos señalar el *quid* de la cuestión de manera más precisa? Sí podemos: el hombre moderno en cuanto dirigente de la sociedad, del conocimiento y de la creatividad, rompió su vínculo personal con Dios. Esto necesita una formulación nítida. No es una queja por la disminución de la religiosidad exterior, o la relajación de las costumbres, o la profanación de los símbolos sagrados, o las «malas tendencias» de esta juventud de hoy en día; no es la angustia desesperadamente hipócrita de las viejas pacatas: «¿A dónde vamos a llegar?».

Todos estos signos son superficiales y ambiguos; pueden darse, como desarrollos pecaminosos corregibles, sin que medie la ruptura del vínculo personal con Dios.

De lo que se trata es del olvido de Dios. El hombre está por encima del mundo, pero por debajo de Dios; al olvidar esto último comienza a manipularlo todo como si fuera Dios y termina mani-

pulado por sus propias creaciones. Al perder la conciencia de estar bajo el poder de Dios, pierde la rebeldía contra sus propios inventos, porque, paradójicamente, la altivez de la libertad creadora y la soberanía sobre sus creaciones sólo pueden venirle del reconocimiento de su finitud, de la entrega al Infinito amoroso que lo salva de la muerte respetando su individualidad. Cuando se desliga de la gracia divina, sus obras lo esclavizan.

Es libre, digno, mientras tiene la altivez de bajar la cabeza ante su Creador para decir «Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria por todos los siglos de los siglos. Amén».

2. *Esperanza revolucionaria*

A pesar de todo este cuadro, los principios que pueden remediar la desgracia de Europa (el cristiano y el señorial) no han desaparecido. Se encuentran disminuidos y reprimidos, pero actúan en una forma nueva de clandestinidad. El principio señorial vive en todos los movimientos de rebeldía contra el *establishment*. El principio cristiano vive en el núcleo sano de la Iglesia y en la intimidad de los hombres que tienen abierto el ojo de la fe y palpitante el corazón de la filantropía.

La verdadera Edad Media de Europa es la época actual. La obscuridad comenzó en el mal llamado Renacimiento. Dentro de esa tiniebla espiritual resplandecen la espada de los caballeros y la cruz de los monjes. La espada es una cruz, la cruz es una espada. La rebelión contra el monstruoso *golem* que gobierna la tierra está en marcha y no le dará tregua hasta reducirlo a sus límites y funciones serviles. En esa lucha, a nosotros, los hombres de la Europa primera, nos toca trabajar por un auténtico Renacimiento, producir en nosotros mismos y preparar en la sociedad la revolución postcapitalista y postsocialista.

Segunda parte
Identificación de América
desde una identificación con Europa
América como Paideia

I. Panorama de la articulación
Europa-España-América

1. Afirmación inicial sobre América

América es resultado de la expansión de Europa y nosotros somos europeos americanos.

2. Aclaración terminológica

Algunos han llamado primera a la Europa prehelénica, prerromana, precristiana. Los mismos han distinguido con el mismo epíteto a la Europa surgida del Medioevo mientras no predominó en ella la razón segunda.

Dicen la Europa primera desde la prehistoria hasta la modernidad. Para ellos, el concepto de Europa primera equivale al de humanidad primera, i.e., anterior a la madurez autoconsciente de la razón y a su poderoso influjo sobre la sociedad mediante el despliegue científico-tecnológico aliado al poder político y económico. Ponen en el mismo plano a Roma y a Cuzco. Les da lo mismo Carlomagno o Timur Lenk. Intercambian a Guaicaipuro y Carlos V. Dividen la historia del hombre en dos períodos: antes y después de la Revolución Francesa, entendiendo por Revolución Francesa

el momento en que las utopías epistemocráticas y tecnocráticas comenzaron a ser factibles, realizables.

No nos parece correcta esta simplificación.

En primer lugar, de una Europa prerromana, precristiana, prehelénica, sólo puede hablarse en un sentido geográfico; se trata de un nivel cero, porque decir Europa presupone un grado de unificación cultural real y de autoconsciencia que sólo se va logrando en el curso de la Edad Media, como resultado de la *paideia* cristiana.

En segundo lugar, habría que distinguir por lo menos tres niveles: un nivel cero, el de la barbarie, con predominio del principio señorial, caracterizado por la dispersión social. Un nivel uno, el de la civilización, con equilibrio de los cuatro principios, caracterizado por la organización social cuantiosa, compleja y centralizada. Y un nivel dos, el de la utopía logocrática, con exacerbación frenética de los principios impersonales (el imperial y el racional en detrimento del señorial), caracterizado por la manipulación racional totalitaria de las colectividades.

En tercer lugar, habría que ubicar a Europa en el nivel uno, señalando que su diferencia específica está dada por el principio cristiano y la manera en que interactúa con los otros tres.

En cuarto lugar, el nivel dos es degradación, disloque y decadencia del nivel uno.

Europa, entonces, es la del nivel uno, y no habría que ponerle el *epitheton distinguens* de *primera*, si no hubiera surgido esta variante que se llama a sí misma *segunda* con sentido de exaltación, con sentimiento de superioridad. Aceptamos la denominación, pero invirtiendo la valoración y aclaramos que al decir Europa, sin epíteto, nos referiremos a la Europa propiamente dicha, a la del nivel uno.

3. Caracterización de España

En España, Europa se manifestó de modo arquetípico y se afirmó rechazando, por una parte, lo extraño, lo bárbaro de sí

misma y, por otra, lo parecido. En efecto, no sólo suprimió las tradiciones prerromanas, sino que también erradicó por la fuerza la presencia musulmana y la presencia judía.

Esto debe ser comprendido en toda su vasta importancia: España se liberó del paganismo y de las dos grandes religiones monoteístas falsas, la mosaica y la mahometana, al par que se robustecía como expresión acabada de la única religión verdadera, el cristianismo, en su única forma institucional legítima, la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana.

4. Caracterización de la Conquista

Recién terminada la Reconquista —con todo lo que ésta tuvo de empresa señorial—, cuando se ponía en práctica la expulsión de los judíos, cuando se consolidaban las estructuras estatales, al comienzo del más grande período de madura creatividad artística e intelectual de su historia, justo entonces, España descubrió la América y comenzó la más brillante expansión que haya logrado país alguno de la Europa.

Europa se trasladó a América. El principio señorial estaba representado por los exploradores, conquistadores y colonos; el principio cristiano por los frailes en particular y por la viva tradición de los migrantes en general; el principio imperial por la dirección, supervisión y gobierno de la corona; el principio racional por los exploradores científicos (geógrafos, cartógrafos, naturalistas, cronistas, etnógrafos, pensadores) y por las universidades que, menos de medio siglo después del descubrimiento, ya testimoniaban en América el respeto europeo por las letras, el intelecto y el saber.

Los cuatro principios constitutivos de Europa no sólo llegaron a América en la plenitud de sus manifestaciones característicamente europeas; sino también en la proporción y relaciones de equilibrio necesarias para garantizar, aquí como allá, el despliegue

creador de las potencialidades humanas, sin hipertrofias, atrofas ni distrofias.

A la vez que se reproducía en América, España, flor y nata de Europa, cumplía dos misiones: evangelizar y civilizar. La heterogénea población de América, enriquecida por el aporte africano y complicada por el generoso mestizaje practicado y auspiciado por los españoles, recibió progresivamente las influencias de una *paideia* que forjó pueblos y naciones donde antes no había sino dispersión.

No queremos describir aquí la heterogénea población originaria de América, ni narrar las vicisitudes del poblamiento posterior, ni referir las características del mestizaje. Ya hemos tratado esos temas en otro lugar. Aquí nos interesa sobre todo enfocar algunos aspectos de la *paideia* española para despejar malentendidos y equívocos.

Nuestros ancestros los españoles vinieron a América como pueblo superior y se comportaron de acuerdo con esa condición. Los acusan de haber buscado oro. ¿No debían buscarlo? Los conquistadores triunfantes expolian a los vencidos y, en general, les dan poco o nada a cambio. Los imperios ilustrados de nuestros días, los neoimperios, son tan voraces y absorbentes que han generado un antiimperialismo amargo y enconado a escala mundial. Lo asombroso no es que los españoles buscaran oro y otros beneficios de diversa índole: ¿debían ser puro espíritu, ángeles del Señor? Lo asombroso es que dieran al vencido los tesoros que tenían: la religión verdadera, la civilización y la sangre.

Además, España no guardó el oro con avaricia, ni trató de acrecentarlo con negocios en busca de ganancia; lo gastó altivamente para sus actividades imperiales en una Europa ya intensamente mercantilizada. La conquista de América no fue obra de mercaderes; predominaron la conciencia de servir a Dios y al Rey, el honor guerrero, la aventura heroica, el lance personal con lo desconocido, el riesgo mortal asumido deliberadamente.

Se les acusa de haber maltratado físicamente a los indios, de haber destruido sus culturas y de haber hecho otro tanto con los

esclavos negros. Debiera extenderse la acusación a todos los conquistadores triunfantes de todos los tiempos. Debiera compararse, y entonces se vería que su culpa palidece ante la saña genocida de otros pueblos y ante el trato mutuo no precisamente delicado y cortés de las etnias aborígenes en América y África. Si se piensa en las cámaras de gas de la Alemania nazi, en los bombardeos norteamericanos sobre Vietnam y en el asco racial del *apartheid*, fuerza es reconocer que los españoles no se distinguieron especialmente en este campo y se encuentran lejos de los primeros puestos. En la misma América, basta revisar, desde este punto de vista, la conquista y la colonización anglosajona y observar el destino de sus indios y negros, no envidiable por parte de sus congéneres del sur.

Culpa hubo; pero una culpa que es tal sólo para la conciencia cristiana, y los españoles eran cristianos. Por eso no hubo jamás conquista alguna acompañada de tanta toma de conciencia, de tanta teoría, de tanta legislación, de tanta acción a favor del vencido. No que cada conquistador y colono esplendiera de amor y compasión (¿quién exige o espera semejante milagro?), sino que la nación a través de sus letrados y pensadores, lo que es más, a través de sus reyes, demostró comprensión del problema y deseo de proteger a los vencidos, plasmado en actos legislativos y ejecutivos que compensaban teóricamente y de alguna manera mitigaban en la práctica los rigores naturales de la dominación. Nada se ha dicho en las declaraciones universales de los derechos humanos que no haya sido dicho por los letrados españoles a favor de indios y negros. Nada ha formulado la teoría antropológica actual sobre pluralismo cultural que no haya sido formulado con pasmosa anterioridad por los pensadores españoles del siglo de la conquista. Y no lo hacían —subráyese esto— desde abajo, como ideología de oprimidos, sino desde arriba, en la plenitud de su poder, como manifestación sin par de conciencia cristiana.

Recuérdese además la conquista pacífica, basada en la persuasión, que emprendieron las órdenes monásticas tan fácilmente olvidadas

por los detractores de España cuando se trata de juzgar la Conquista. Se olvida la oposición entre hombres de capa y espada y hombres de garnacha. Se olvida el éxito de esas órdenes en la evangelización y su paciente, incesante, eficiente trabajo educativo y civilizador.

La leyenda negra y la leyenda dorada reflejan en forma unilateral y exagerada una característica dual de la Conquista: la presencia simultánea del principio señorial (triunfe el más fuerte y disponga a su arbitrio del más débil) y del principio cristiano (ama a tu prójimo como a ti mismo). El principio señorial por sí sólo no los hubiera distinguido de los vándalos; el principio cristiano por sí sólo hubiera imposibilitado la Conquista. Los dos juntos contribuyeron a dar fondo y profundidad, complejidad humana y humanizante a esta expansión de Europa.

5. Primera caracterización de la *paideia* americana

Complejidad humana y humanizante, educación hacia una mayor plenitud de lo humano, hacia una mayor actualización de lo humano: *paideia*. Caractericemos más claramente la *paideia* de que hablamos. No debe entenderse en un sentido maternal ni en un sentido didascálico —aunque hubo afecto y educación sistemática—. Debe entenderse como gran proceso de transculturación unificante y universalizante.

Las culturas indígenas afectadas por la *paideia* española eran etnocéntricas y estaban aisladas. Accedieron, a través de España, a niveles cada vez más altos de comunicación entre sí y con los demás pueblos de la Tierra; accedieron *eo ipso* a un mundo más ancho y ampliaron su noción de especie humana.

Dicho de otro modo: la Conquista desarticuló la estructura sociopolítica y económica de los indígenas y dislocó sus patrones culturales todos, pero inmediatamente, simultáneamente pudiéramos decir, comenzó a incorporarlos en una organización social su-

perior, la española, y a hacerlos partícipes de patrones culturales ecuménicos, los de la cultura española.

España sacó a los indígenas americanos y a los esclavos africanos de su encierro en un acontecer local y los introdujo a la historia universal, como miembros de un imperio donde no se ponía el sol.

6. La superioridad de los españoles

Esto de la superioridad española debe ser entendido con claridad. El grado de racionalidad alcanzado por los españoles era superior al de los indígenas porque les permitía incorporarlos a su mundo político, social, económico, religioso. Los indígenas, en cambio, no tenían en su mente sino un lugar mítico para los españoles; a lo más que llegaron, en el sentido de asignarles otro papel, fue a aliarse con ellos para derrotar a sus enemigos locales.

No fue la Conquista, pues, sólo una cuestión de fuerza militar superior. Incluso la superioridad militar es discutible: los caballos y las armas de fuego, después del efecto inicial de sorpresa, no podían compensar la inferioridad numérica de los españoles ni su total desconocimiento del terreno.

La superioridad de los españoles, nuestros ancestros, era socio-mental; su sistema categorial era más complejo y eficiente, capaz de mayor movilidad operativa para asimilar lo nuevo, sustituyendo el juego de la fantasía con la información empírica, adaptando velozmente la conducta a las inesperadas circunstancias.

También la efectividad española era superior. Educada por la tensión continua entre valores señoriales de raigambre biológica y valores cristianos trascendentes, era sabia en transacciones, desplazamientos, dobleces, culpa y justificación, pecado y arrepentimiento, engaño y desengaño.

Eran físicamente más fuertes. El ejercicio secular de la Reconquista los había mantenido en buena forma operando una selección

bélica, posible en ese entonces, de los más aptos. El contacto con etnias diversas los había inmunizado contra muchos males. Los indios en cambio murieron por centenares de miles contaminados por agentes patógenos de los cuales los españoles eran portadores sanos: la sola presencia de los españoles produjo una catástrofe demográfica de origen epidémico.

7. Aproximación mayor al concepto de paideia americana

Quede claro: un pueblo superior, de mentalidad ecuménica, emprendió en América una gran *paideia* sobre múltiples pueblos heterogéneos, inferiores a él en los sentidos anotados, entendiendo por *paideia* la transculturación unificante y universalizante de etnias dispersas y localistas. Quede claro: no se buscó la coexistencia pacífica de pueblos diferentes; un pueblo dominaba e imponía su sistema de patrones culturales, sistema que apuntaba hacia un orden mundial. Quede claro: la transculturación no se hacía, ni podía hacerse, sobre la base de la igualdad entre transculturados y transculturadores; la batuta del proceso estaba en manos ibéricas.

El instrumento de la *paideia* era toda la organización social, estructurada jerárquicamente de acuerdo con la distancia, rigurosamente medida, que separaba a cada cual del modelo etnocultural dominante.

El centro de poder y prestigio era ibérico. En la periferia del sistema estaban los indios y negros. Entre centro y periferia se estratificaban los pardos.

El centro irradiaba influencias asimilantes. La periferia se imantaba hacia el centro. La ubicación de los estratos era clara, las reglas del juego estaban nítidamente definidas.

La eficacia de las influencias asimilantes era majestuosa y terrible porque era dual (cruz y espada), como corresponde al juego de los principios constitutivos de Europa potenciados en su versión ibérica.

II. *El sistema colonial como instrumento de la Paideia*

El instrumento de la *paideia* no era, pues, ningún aparato *ad hoc*, sino el sistema colonial mismo. Penetremos en su complejidad y observemos los antagonismos y las contradicciones que actuaban como garantes de su diversidad y como factores de equilibrio.

1. *Paideia periférica*

Si bien la defensa teórica de los aborígenes y la abundante legislación a su favor permitió la conservación de antiquísimos usos y costumbres prehispánicos, dificultando la adaptación de los aborígenes a las formas de vida europea, no es menos cierto que el regreso a las culturas prehispánicas quedó cerrado para siempre a sus antiguos integrantes y que el único camino practicable era la adopción progresiva de las formas europeas. O a la inversa: si bien el único camino practicable para los indios era su asimilación progresiva de las formas de vida europea mediante la aceptación (provisional *in spe*) del puesto que se les asignaba en el nuevo orden, no es menos cierto que la conservación de antiguos usos y costumbres, con todo y estar desligados de su totalidad sociocultural de origen, los mantenía en contacto con su ser anterior, dificultándoles el forzado pasaje.

Algo similar puede decirse *mutatis mutandis* de los esclavos negros.

Una fuerza centrífuga los alejaba del centro del sistema. Una fuerza centrípeta los atraía hacia el centro y les impedía abandonar el sistema. Las dos juntas los mantenían en la periferia, con la conducta, la efectividad y la mentalidad escindidas por la estratificación de formas culturales nuevas sobre los restos de las anteriores. En muchos casos, las formas nuevas sólo cubrían o encubrían los contenidos anteriores con una red simbólica, sin alterarlos esencialmente; pero una red simbólica no es cosa despreciable, sobre todo si representa lo universal, está investida del prestigio imperial y sirve de vehículo al mensaje ecuménico de la Iglesia. Cada hombre de la periferia tenía que vérselas con esta estratificación, luchar con esta escisión, vivir en esta tensión, y, en esa medida, dejaba de ser bárbaro. Así actuaba la *paideia* sobre los que orbitaban en la periferia del sistema.

2. Los dos linajes

Si bien los conquistadores y colonos no tenían escrúpulo en mezclar su sangre con la población indígena y la de origen africano, hasta el punto de no haberse registrado —que sepamos— manifestaciones de asco racial, no es menos cierto que no estaban en condiciones de considerar y tratar a indios, negros, mestizos, mulatos y zambos como a iguales; antes bien, se sentían, se sabían miembros de una casta cerrada, estaban orgullosos de su ascendencia cristiana vieja y de su limpieza de sangre. Además, el matrimonio y la familia legítima eran sagrados, por lo cual sólo podían darse en el interior de la casta. El matrimonio fuera de ella era deshonesto.

O a la inversa, cambiando el acento: si bien los conquistadores y colonos mantuvieron su identidad ibérica, resguardando limpieza de sangre y tradición en el seno de la familia legítima y de la casta, donde refulgía lo respetable y lo sagrado como fuente y hábitaculo de poder, no es menos cierto que se mezclaron sin escrúpulo con la población no europea.

El criollo tiene dos familias: la legítima que representa su ser europeo viejo y la ilegítima que representa su ser americano nuevo. Pero la legítima ya no es europea vieja, sino americana nueva y la ilegítima no es todavía americana nueva, sino europea vieja. Cada una está penetrada por la otra y la penetra impidiéndole la separación; le impide la separación, pero no se confunde con ella. «Juntas, pero no revueltas».

Esto de las familias es metafórico, pero hay una institución social en América muy poco estudiada, apenas reconocida, donde se dramatiza la situación cultural que intentamos describir. Esa institución es la segunda familia, la otra casa. No debe confundirse con el concubinato porque puede haber concubinato sin matrimonio paralelo; además puede haber concubinato oculto, vergonzante y transitorio de intención.

La otra familia, la otra casa, es paralela a la legítima y es normal. La diferencia es de ley y de grado de respetabilidad.

En la expresión individual de la afectividad se refleja la situación cultural general que es la escisión.

La primera familia, la legítima, es blanca; la segunda es parda. Pero se puede observar la gradación de color en *toda* la sociedad cuyo prototipo es el criollo: si establecemos una gama que va de lo blanco en un extremo a lo indio y negro en el otro, la primera familia se ubicará siempre más hacia lo blanco que la otra.

El criollo se expresa plenamente, despliega su afectividad a sus anchas, es completo sólo cuando tiene dos familias porque sólo así puede dar libre curso a los dos lados de su ser y acercarse a la totalidad de sí mismo. El criollo con una sola familia tiene siempre ese airecillo infeliz de los amputados, semeja un pájaro con una sola ala.

Esto no es un problema sexual, sino cultural y simbólico. Su psiquis se escindió en dos mitades; de un lado la que afirmaba y protegía la identidad original; del otro, la que penetraba agresivamente otras identidades culturales y étnicas, mezclándose con ellas, segura de prevalecer, para asimilarlas y de esa manera expandirse en plenitud.

De ahí que dividieron su progenie en dos linajes: el que perpetuaba la casta y el que resultaba de la barraganía, el adulterio u otros «ilícitos y punibles ayuntamientos».

3. El segundo linaje

Este segundo linaje es el de los pardos. Acotado en un extremo por la casta consanguínea pero superior de los criollos, y el otro por indios y negros, consanguíneos también pero inferiores, este linaje se dividió y estratificó interiormente clasificando sus niveles de acuerdo con la distancia étnica y cultural que separaba de los extremos.

Dentro de su heterogeneidad, los pardos tenían un solo centro de gravedad: la casta de los criollos. Tendían a equipararse con ella racialmente, por blanqueamiento, pues consideraban despreciable el componente étnico no europeo. Tendían a equipararse con ella culturalmente, por educación, pues se avergonzaban de la herencia mental, afectiva y conductual indoafricana. Tendían a equipararse con ella socialmente, por ascenso económico, político o religioso, pues debían compensar su origen bastardo elevándose a la altura del progenitor más alto. Pero barreras casi infranqueables impedían su intento. El grado de participación en la sangre y la cultura del criollo no podían alterarse en el curso de una generación *ni siquiera por medio de una rebelión triunfante*. En consecuencia, la tendencia hacia la equiparación se transmutó en ética de la superación a través de los hijos, por blanqueamiento («mejorar la raza» mediante el matrimonio), por educación (en las direcciones permitidas), por ascenso social cuando las vicisitudes del imperio abrían canales a la movilidad vertical.

Había caminos sorprendentes, como uno que se ve en la minuciosa, exhaustiva, laberíntica combinatoria de las castas: blanco con indio igual mestizo, mestizo con blanco igual castizo, castizo con blanco igual español.

El sistema colonial se interiorizaba en los pardos y les imprimía un impulso europeizante, vale decir, universalizante, que se manifestaba en forma de *paideia* autogestora, continuamente reforzada por los criollos quienes a su vez tendían a conservar y expandir lo europeo.

En los pardos no operaba, no podía operar fuerza centrífuga alguna. No tenían a dónde ir culturalmente. Mientras negros e indios podían ilusionarse con un rompimiento de la fuerza centrípeta que les permitiera retornar a formas prehispánicas de vida, los pardos sólo podían soñar con romper las barreras que los separaban de lo hispánico. Eran semicultos; ingresaban por nacimiento a una cultura en la cual no podían participar plenamente. Estaban condenados a aceptar un puesto secundario; si tomaban el poder seguirían siendo de segunda, pues las formas más altas de la cultura no se pueden conquistar por la violencia; podían tal vez —al menos en teoría— tomar las cosas de los blancos, pero no podían arrebatar lo que sólo se adquiere en la infancia por transmisión amorosa de padres a hijos como producto de un largo proceso histórico. El único camino factible en verdad era la *paideia* autogestora a través de múltiples dificultades en el curso de muchas generaciones.

Pero así y todo eran afortunados; tenían la oportunidad de participar en una cultura superior, a la cual sus ancestros no europeos no habrían llegado quizá nunca por sí mismos y que ahora se les ofrecía con el auxilio poderoso de una cuota aumentable de sangre.

Si aceptaban pacíficamente su puesto y posibilidades dentro del sistema, los pardos se convertían en camino móvil hacia la cultura occidental cristiana. Diligente laboriosidad, humilde paciencia y sumisión los conducirían a la universalidad. Rebelión, rebeldía y renuencia los llevaría al caos y a la muerte, pues ya no había otra cultura digna a la cual regresar, ni podían construir una nueva porque la nueva y definitiva ya estaba hecha, era ya justamente la cultura por antonomasia, lo que se les ofrecía a través del sistema colonial.

Esta situación produjo, sin duda, resentimiento en los pardos, resentimiento que alimentaba la ética de la superación a través de los descendientes, único cauce positivo, pues los demás caminos hacia los cuales hubiera podido verse no conducían a ninguna parte, al menos durante la época colonial.

El cauce de la superación no conducía a una salida, si por salida se entiende dejar de existir como grupo social para volverse criollos. El paso a la condición de criollo podía concebirse sólo como límite de la europeización étnico-cultural, límite que pocos traspasarían y aun entonces de manera muy indirecta. Lo que proporcionaba el cauce de la superación era un sentido a la vida; nada menos que eso, un ideal, una meta social, un modelo con el cual compararse, hacia el cual dirigirse.

Hagamos un juicio de valor sobre la situación de los pardos: era buena; buena para ellos y buena para la sociedad toda. Buena para ellos porque los sometía a tensiones internas permanentes que ponían a prueba su espiritualidad obligándolos a una toma de conciencia sobre sí mismos y sobre el mundo en general, toma de conciencia que los enfrentaba con el destino y los acercaba al encuentro con Dios. Buena para la sociedad, porque la desigualdad es origen de la civilización; la diferencia de derechos y deberes, junto con la escala de privilegios, confiere a toda sociedad su dinamismo civilizador.

Así como los ríos fluyen porque hay diferencias de altura en la corteza terrestre y el aire se transforma en viento por diferencias de temperatura, así también la creatividad humana y la posibilidad de comprender trascendiendo se ponen de manifiesto gracias a las diferencias sociales.

El moderno mito de la igualdad es un mito degradante y absurdo que pretende retrotraer la humanidad al nivel de los infusorios. Es un mito reaccionario. Todo organismo superior está diferenciado; la cabeza, el corazón y el bazo no pueden ser iguales o perecería el organismo todo. Lo mismo pasa con la sociedad; sin jerarquía no puede haber sino caos.

4. El primer linaje

El primer linaje es el de los criollos. Los criollos son la Europa primera confirmada y enriquecida por la experiencia americana, la Europa primera expandida y rejuvenecida en misión evangelizadora y civilizadora. Son ellos, nuestros ancestros, quienes han dado el tono distintivo, el carácter específico, el rostro, a eso que se ha dado en llamar Latinoamérica. Todo lo que podemos llamar nuestro, tiene su sello y su sabor.

Echemos una mirada a los antagonismos y contradicciones que produjeron la tensa armonía de los criollos dando profundidad y grandeza a su despliegue histórico.

a) Imperio y señorío

La hazaña de la conquista y la audacia de la colonización robustecieron en ellos el principio señorial. La lejanía de la metrópoli, la adjudicación de la tierra realenga, la concesión de privilegios favorecían el surgimiento de autoridades patrimoniales locales y poderosos señoríos feudales; los derechos naturales del conquistador y del colono emanados de su propio esfuerzo reforzaban la tendencia señorial hacia la constitución de reinos autónomos locales.

Sin embargo, el establecimiento de la nueva sociedad americana coincidió con el crecimiento del poder real y el fortalecimiento organizativo de autoridades centrales. Además, la corona no podía ni quería tolerar autonomías locales que pusieran en peligro la unidad del imperio. La propia institución virreinal, eje de la dominación imperial a partir de 1535, no tenía carácter feudal, patrimonial y localista. La pretensión de infundírselo fue reprimida; su estructura era, por el contrario, burocrática, instrumental, dependiente, y el virrey revocable, periódico, pasible de juicio.

Pero el poder imperial no logró suprimir el poder señorial, ni el poder señorial logró cortar los vínculos de dependencia con el poder imperial, de tal manera que persistió un hermoso antagonismo

amortiguado por un juego de tensión aumentada o aflojada que, por una parte salvaguardaba la unidad del imperio con su poder centralizado, y, por la otra, permitía el ejercicio discreto de soberanías locales.

b) Igualdad y desigualdad

La política imperial, clara de toda claridad, estableció desde un principio que el Reino de las Indias tendría los mismos derechos que los demás dominios de la corona. En leyes y organización los dominios americanos tendrían una forma y manera de gobierno en todo semejantes al estilo y orden con que eran regidos y gobernados los reinos de Castilla y León.

Sin embargo, en la práctica, el desarrollo de América estuvo supeditado al financiamiento de la política europea adoptada por la metrópoli. Puede hablarse de explotación; los bienes suministrados a la corona por los dominios americanos no encontraban su contrapartida en la atención financiera y gestión administrativa adecuada para el crecimiento y prosperidad de América. La corona era celosa de su hegemonía sobre estos territorios, pero no mostró un interés por su desarrollo que se aproximara ni de lejos al que mostraba por sus empresas europeas. De cierta manera, los criollos pasaron a ser unos españoles de segunda, a pesar de su papel tan importante en la grandeza del imperio; pero la metrópoli siguió siendo para ellos la madre patria (madre y padre a la vez), su centro de gravedad, su referencia paradigmática, su fuente lejana de valor. El yo de los criollos se disoció entre el centro de gravedad metropolitano y la afirmación de la diferencia constituida en América. Al mismo tiempo que se sabían y sentían iguales a los metropolitanos, también se sabían y sentían diferentes. Con dos núcleos disímiles de autoestima, se consideraban superiores e inferiores a sus parientes europeos en una ambivalencia pendular que explica parte apreciable de su conducta.

c) ¿Independencia?

La independencia fue por la derrota de España. La derrota de España exacerbó la contradicción interna de los criollos planteándola así: combatir por la libertad de la madre patria contra sus invasores o aprovechar la ocasión para independizarse de ella con la ayuda de sus enemigos. Oscilaban, iban y venían. (*Peleanos contra la madre patria pintarrajeados con los símbolos de sus enemigos; pero debido de los disfraces ocultábamos su nuestro rostro. Los disfraces nos ligaron a potencias extrañas y enemigas que ahora nos oprimen: Madre, perdónanos.*)

Otra circunstancia agravaba el problema: los indios, negros y pardos podían, ellos también, aprovechar la ocasión para desplazar a los criollos de su puesto privilegiado en el sistema, o para intentarlo al menos; ya sabemos que los criollos son insustituibles. Pero si era necesario apoyarse en las capas inferiores de la población, habría que hacerles concesiones peligrosas para el equilibrio del sistema. Además, también las autoridades centrales del imperio podían apoyarse en las capas inferiores de la población para frustrar el intento independentista de los criollos. Pardos, indios y negros quedarían en posición privilegiada; habría que competir por su apoyo.

Pero todo lo relacionado con la guerra de independencia —las intrigas, las batallas, las proclamas, las alianzas, los cambios de bando, las vicisitudes y peripecias estratégicas, el rechazo de la monarquía, la búsqueda de un monarca—, todo lo que al respecto registra la historia e interpretan los historiadores es superficial. Superficial no quiere decir sin importancia, pues se trata del nivel de las opciones realmente tomadas, del plano en que el laberinto de posibilidades se convierte en lo realizado, en lo hecho, en hechos; y eso es importante: somos lo que somos porque nos hemos ido realizando históricamente y seguimos reificándonos. ¿Cómo no va a ser importante la frontera entre lo posible ingrátido, múltiple, aéreo y lo real pesado, congelado, férreo?

Superficial no quiere decir sin importancia; quiere decir que no es ése el nivel fundamental profundo. Lo fundamental y profundo es la

formación de una entidad social nueva: el criollo, el español de América, el europeo lejos de España; o si se quiere, la transformación de Europa en América. Lo fundamental y profundo bajo la superficie de lo histórico es la conversión del uno en otro, el surgimiento del otro en el uno, volverse otro creyendo ser el mismo y luego darse cuenta de la propia alteridad, de la propia existencia diferenciada.

(Yo era, madre, carne de tu carne, yo era tú. Ahora soy carne aislada, limitado por todas partes con mi piel, soy alguien distinto, otro que tú y me complazco en mi existencia separada, pero al mismo tiempo, me duele no ser en ti y me pregunto qué me distingue de tus excrementos. Soy a tu imagen y semejanza, es cierto, pero ¿soy un simulacro, un espantajo? Ignoro el sentido de mi ser y tú, que eres anterior a mí, deberías saberlo, tenerlo y dármelo, pero sólo me has dado el ser, no su sentido. ¿Es que no lo sabes tú tampoco?)

d) ¿Por qué la creatividad cultural es débil en América?

Los criollos sostienen el esfuerzo evangelizador y civilizador.

Les corresponde gobernar, pero bajo control metropolitano.

La independencia es imposible porque los criollos se encuentran en misión expansiva de Europa: necesitan de toda necesidad el abastecimiento y reforzamiento metropolitano. No pueden ser creadores de cultura en un sentido grande del término, como los egipcios, los incas, Guaicaipuro, porque su cultura ya está hecha y lo que les toca es expandirla, trasplantar los modelos europeos a América, incorporar nuevos pueblos al estilo europeo de vida. No pueden ser creadores de cultura en un sentido grande, claro que no; les toca preservar los modelos, patrones, estructuras de Europa contra las influencias del nuevo medio. No pueden dar nacimiento a una cultura nueva; son portadores e implantadores de una cultura que sólo puede ser superada por sí misma desde sus centros creadores. En París, en Londres, en Madrid pueden surgir movimientos creadores, pero no en América porque es expansión de Europa y lo que se expande culturalmente es lo ya creado, lo ya constituido, no el origen de la vibración creadora, de la onda genética.

Pueden ser creadores sólo en un sentido pequeño: resolver creadoramente los problemas de adaptación, inventar maneras de transformar los nuevos pueblos y ambientes para europeizarlos mejor. A lo más que pueden llegar es a subinventar, a subcrear, a introducir variantes novedosas que en nada se apartan del paradigma original, pues sólo modifican sus manifestaciones.

Les toca llevar el modelo europeo más allá de las fronteras geográficas de Europa. Si cumplen bien su misión tendrán países en que la Europa se manifiesta plenamente, la Europa constituida, dada por un momento determinado. Si cumplen mal su misión tendrán manifestaciones degradadas del modelo. En todo caso, lo que compromete su tiempo y sus energías es la introducción y mantenimiento del modelo europeo más allá de las fronteras iniciales, NO la creación cultural.

Pero, mientras tanto, continúa la actividad creadora en los centros de Europa, generando nuevas ideas, estilos, actitudes, con plena autodeterminación, en auténtico enfrentamiento con su realidad, de tal manera que se produce una distancia entre lo europeo tal como es visto, sentido, vivido, implantado por los colonos, y lo europeo tal como es en el filo de la actividad creadora. Los colonos, los criollos, se van quedando atrás en cuanto al conocimiento, adopción y puesta en práctica de las nuevas creaciones. ¿Cómo disminuir esa distancia, cómo alcanzar los centros, ponerse al día, cómo llevar el paso?

Dos hechos deben ser subrayados:

Primero: los criollos, los colonos han dejado de participar en la actividad creadora de su cultura, los afanes de la frontera y de la colonización los han alejado de sus centros culturales no sólo geográficamente, sino también mentalmente. Una especie de férrea división del trabajo los obliga a concentrarse en la *paideia*: grandes poblaciones heterogéneas en estado de semibarbarie o barbarie total tienen que aprender a vivir de acuerdo con leyes, a gobernarse, a respetar los derechos de los otros, a cumplir con los deberes propios, a vestirse, a comer, a cantar, a amar, a rezar, a estudiar,

a ser gente, a ser europeos. Esa tarea absorbe todo el tiempo, todos los esfuerzos, y no es una actividad creadora en el gran sentido.

Segundo: la única actividad espiritual que va más allá de la rutina de trabajo (pero sólo para constituir una subrutina) es la de actualización, la de ponerse al día con los centros metropolitanos. ¿Qué es un pintor notable en América? El que toma conocimiento de las nuevas corrientes de pintura y las imita. El mejor es el que esté más al día. En caso de gran talento podrá introducir modificaciones superficiales siempre dentro de las coordenadas del modelo. ¿Qué es un escritor notable en América? ¿Qué es un gran poeta? El que toma conocimiento de las nuevas corrientes literarias y las imita. Es mejor el que esté más al día. No significa esto que no pueda hacer o que no haga obras maestras, sino que las hace en un ámbito abierto desde los centros europeos, con un estilo y un lenguaje creados en Europa. Son subcreaciones, le está vedado crear un lenguaje.

¿Qué es un ideólogo notable? ¿Quién es un pensador respetable? El que toma conocimiento de las nuevas corrientes de pensamiento y las imita. El mejor es quien está más al día.

Lo mismo sobre el comercio, la política, el teatro, la música, el deporte, la educación, el maquillaje.

e) Los actualizadores

Llamemos a todos los que se ocupan de esa actividad repetidora, actualizadores. Los criollos se dividen en capas según la novedad de su actualización. Desde los que paralizan el proceso hasta los que sudan y resoplan para estar totalmente al día, todo un abanico periférico, el cielo gris de la colonia, el oropel de los criollos.

Ancho problema para los actualizadores fue siempre el Atlántico. El largo viaje agriaba los vinos, las ideas, los humores. Las novedades llegaban arrugadas como las telas; para conservar los comestibles y las ideas había que ponerles muchas especias. Aun hoy en día, cuando la travesía es cosa de horas, la anchura sigue siendo grande para el bolsillo. Además, no basta saltar el gran

charco, hay que tener contactos, relaciones; no es lo mismo ser turista, estudiante, embajador, comerciante. Todos estos diversos elementos han configurado siempre una jerarquía de los actualizadores, según la rapidez, el nivel, la fuente. El grado de mediatización es importante; se respeta más a un actualizador que pueda demostrar contacto directo con una fuente (amigo de Goya y Godoy —vivió con Picasso— comía con Hitler— fue general de Napoleón —Su Santidad lo alojaba en el Vaticano— el rey lo recibía en sus habitaciones privadas —se acostaba con la duquesa de Alba— se carteaba con Engels —el propio Vatel lo instruyó— Vivaldi lo admiraba —cantó en la Scala— está pasando las vacaciones con Chaplin —pasó diez años en Saint-Cyr— toreó en Sevilla...).

No pocos observadores de esta situación han inferido una falta de talento, una incapacidad congénita, una crónica minoría de edad. Se equivocan. Se equivocan porque ven a América como un mundo distinto del europeo, esencialmente distinto; creen ver gentes que desde fuera de Europa la imitan. Pero no hay tal. América es parte de Europa, es Europa en su fase expansiva y los criollos son europeos de frontera. La Europa una no puede hacer en todas partes de su corporeidad lo mismo; divide el trabajo; a los europeos de América les toca europeizar estas tierras, estas gentes; no les toca crear arte, ni hacer ciencia ni pensar en alto nivel, pero tienen derecho a disfrutar de los bienes creados en los centros culturales, y para facilitar la circulación interna centro-frontera están justamente los actualizadores.

Es, pues, una división necesaria del trabajo en el interior de Europa y no incapacidad alguna lo que ha dado lugar a la situación cultural de América. Lo cual no quita que algunos individuos, como casos aislados, sean creadores en el gran sentido, pero las circunstancias no son propicias, deben migrar hacia el centro porque es en el centro donde su creatividad puede ser comprendida, utilizada. América no es creatividad, es *paideia*.

Hay acuerdo tácito sobre este punto entre las gentes de América: resulta ridículo quienquiera que intente pensar por su cuenta: normal y respetable quien se limita a divulgar el pensamiento metropolitano. ¿Cómo osa Vd., cómo pretende Vd. producir ideas? Las ideas se producen en la metrópoli, a nosotros nos toca traerlas y usarlas, cada uno de acuerdo con sus posibilidades, hasta donde le dé su cacumen; pero, producirlas, ¿cómo se le ocurre?

5. El funcionario metropolitano

El funcionario metropolitano representa en la colonia los intereses imperiales, está investido con los símbolos del poder central y la autoridad que ejerce tiende a garantizar la integridad y comunicación interna del sistema a pesar de las diferencias locales.

Es necesario, pues, para el imperio; pero es necesario también para la colonia. Sin él la colonia quedaría a la deriva, al garete. ¿Por qué? Porque la colonia no es una entidad externa que ha sido atrapada e incorporada por el imperio, sino el imperio mismo en su vertiente expansiva.

España (Europa) se extiende hacia América y comienza a asimilar nuevos territorios, nuevas poblaciones. España convierte en materiales de construcción esos territorios y esas poblaciones para fundar naciones, para fundarse en naciones nuevas, para crecer. Funda desde sí, se difunde. La colonia es *paideia*, la *paideia* es asimilación, la asimilación (ad-similación) metaboliza hacia el modelo. El código genético de la colonia es el mismo código que gobierna los patrones de la cultura en expansión.

El funcionario imperial garantiza que la colonia no se aliene, no se enajene, no quede fuera del sentido que la nutre.

El funcionario imperial es la contraparte complementaria del actualizador. En la circulación integradora y refrescante de las corrientes culturales el actualizador va de la colonia al centro para

refrescarse y refrescar a sus co-colonos, mientras que el funcionario va del centro a la colonia para llevar la directriz oficial y volver como realimentador. Doble función del funcionario: gobierno y *feed-back*. Alimenta de sentido a la colonia y realimenta de información y bienes al centro. Haciendo énfasis en la primera función del funcionario metropolitano, llamémoslo alimentador cultural.

Toda colonia, como expansión de un cuerpo cultural, como proyección hacia una dimensión geográfica y cultural lejana y apartada, como lo mismo invadiendo lo otro en labor mismificante, toda colonia necesita comunicación alimenticia con sus centros creadores. Garantizan esa comunicación los actualizadores y los alimentadores; por lo tanto pueden ser llamados genéricamente comunicadores.

Caso de interrumpir la comunicación, la colonia deriva de manera impredecible y tiende a disgregarse o a congelarse. A disgregarse porque los elementos no asimilados y los medio asimilados volverán a sus fuentes rompiendo una precaria cohesión asimilante. A congelarse tiende, en cambio, cuando la cohesión, muy fuerte, se mantiene a pesar de haber sido rota la comunicación. ¿Por qué se congela? Porque la colonia, por esencia de colonia, no es creadora; se refresca y vivifica con la creatividad central que le traen los comunicadores.

Que la colonia no tenga intelectuales y artistas, creadores en el gran sentido, no es defecto, no es una debilidad ni una flaqueza; está en su naturaleza de colonia que así sea. Los actualizadores cumplen una función cuasi biológica; de ellos es el campo intelectual, artístico y científico; son la *intelligentia* nata, típica y necesaria de la colonia, y América es colonia de Europa. Los auténticos creadores estorban y han de escoger entre migrar hacia los centros metropolitanos o morir como una semilla caída en tierra estéril.

Por las mismas razones de comunicación, refrescamiento y refuerzo de sentido, el funcionario metropolitano es necesario. Por eso decimos que la independencia es imposible. O posible sólo en la superficie.

El funcionario español se retira. Deja de molestar al criollo con sus aires de superioridad, con el brillo de su investidura, con las insignias reales que lleva sobre el pecho, con su vigilancia, con sus impuestos, con el talante superegoico. La colonia victoriosa se constituye en república. ¿Independencia? *Pas du tout. Of course not. Aber nein. Niet.*

Las funciones principales del funcionario metropolitano han de cumplirse. El funcionario ha de ser sustituido inmediatamente. *Le roi est mort, vive le roi.* Con otros nombres, con otras apariencias, con otras insignias, con otros aires, con otras cachimbas. Representantes de compañías mineras o comerciales, consejeros técnicos, organizadores de universidades, fundadores de establecimientos sanitarios, monitores deportivos, profesores de cine. En muchas lenguas, los casos, por ejemplo, no tienen representación morfológica; de igual manera, los comunicadores, para cumplir su función, no necesitan figurar como tales en el sistema morfológico de las instituciones, pueden valerse de recursos sintácticos.

Los observadores de este fenómeno no han sabido ver, por lo general, sino el lado político y económico, como opresión y explotación y han propuesto la revolución como remedio.

Revolución superficial. Hágase y la relación metrópoli-colonia se agenciará otros rostros, otros nombres (nuestros nobles y generosos camaradas soviéticos o franceses o suecos, que en nombre del internacionalismo proletario o del socialismo universal, de la tecnocracia o de los Ovnis nos prestan su valiosa colaboración en la magna tarea del desarrollo).

Las revoluciones —y especialmente la socialista— en las colonias son etapas de profundización en el proceso colonizador; son aceleraciones de la asimilación cultural que Europa ejerce sobre el resto del mundo.

Lo que se busca, en el fondo, no es liberarse de Europa, sino integrarse totalmente a ella, ser uno con ella, o ser ella otra vez, o ser con ella en una unidad superior instruida por sus códigos.

Este movimiento es universal. Pero hay que distinguir.

La europeización de los pueblos no occidentales (asiáticos, africanos, de Oceanía) tiene un significado muy diverso; van hacia Europa desde una exterioridad cultural que se sabe inferior, que reconoce en Occidente el pináculo de la evolución humana y quiere alcanzarlo.

En cambio, los americanos (criollos-colonos) son europeos que han penetrado la exterioridad cultural en función asimilante, son Europa en expansión, europeizan desde su esencia europea, son Europa enajenada que se desenajena en la medida en que asimila lo no occidental imponiéndole sus estructuras esenciales.

(¿Acaso no me reconoces, madre? Soy carne de tu carne, palabra de tu palabra. Salí de ti para que fueras más grande, salí de ti porque te desbordabas a ti misma; pero sigo siendo tú y alimento mi tu forma con todas las barbaries que encuentro para que toda la Tierra tenga mi tu rostro. ¿No me reconoces acaso por este maremágnun de materias, por este pandemónium de rostros en que me ves hervir? Mirame bien. Soy tu hijo alquimista. Estoy transmutando para ti, convirtiendo en ti lo extraño. Reconóceme, amamántame. Fortaléceme de ti para que pueda digerir los otros alimentos, tus alimentos para ti que me inundan, que suben en mí como la avenida de muchas aguas, madre. Me reconoces, ¿verdad? Soy tu ojo en la tiniebla exterior, soy tu mano en la cabellera del extraño, soy tu beso al no tú, madre.)

Con respecto a los funcionarios metropolitanos, cabe otra observación: se sienten superiores al criollo porque tienen un alto valor posicional como representantes de los poderes centrales del imperio y porque se formaron cerca del filo creador de su cultura (ser parisino es un título de nobleza en América), pero condiciona la instalación colonial, el puesto privilegiado del criollo; su sentimiento de superioridad metropolitana está contrabalanceado, a veces superado, por la tendencia a volverse colono. El paso no es difícil porque en América, los europeos por el solo hecho de ser europeos tienen poderes carismáticos que les abren todas las puertas. La condición de español, por ejemplo, ha sido vista con frecuencia como una profesión, profesión que resulta difícil no ejercer dada la abundancia

de la clientela. La xenofobia en América, cuando la hay, es ambivalente. Cualquier extranjero blanco, mejor si rubio, es bien recibido en América porque significa alimento, sangre cultural fresca para la actualización, sangre racial fresca para el blanqueamiento; a cambio de ese tesoro, tome él lo que le plazca.

Esto se agrega al cuadro de tensiones, contradicciones, antagonismos que caracterizan a América y le confieren esa complejidad humana y humanizante tan propicia a la *paideia*.

Tercera parte

Vicisitudes y prospecto de la Paideia

I. Dificultades de la Paideia (primer género)

Las vicisitudes de la *paideia* americana se explican a partir de dos géneros de dificultades que se han opuesto a la expansión europea en América.

El primer género agrupa las dificultades que provienen de la resistencia antieuropea y las dificultades propias de la praxis europeizante.

El segundo género reúne las dificultades creadas por la propia Europa y en especial por la Europa segunda, en sí, y en su versión americana.

1. Dificultades de primer género

1. Si buscamos una palabra, una palabra sola, para designar todas las dificultades de este género, esa palabra es heterogeneidad.

Ante todo, América se nos presentó como un mundo tan distinto al nuestro que a veces lo consideramos como perteneciente a otra dimensión, a otra especie de mundos. Diferentes a nosotros eran también los turcos, los árabes, los etíopes, los mongoles; diferentes también, sin duda, sus paisajes; pero con una diferencia razonable, computable, explicable, procesada ya en las doctrinas y clasificaciones, simplificada en estereotipos; una diferencia normal, por decirlo de

alguna manera. Pero en América tan extraños eran los paisajes, que dudamos de su terestridad; tan extrañas eran sus gentes que dudamos de su humanidad. Teníamos que declararlos no humanos o ampliar nuestra noción de humanidad y —¡vive Dios!— no hay nada más doloroso que ampliar esa noción.

Por otra parte, el nuevo mundo era en sí heterogéneo, sus componentes eran mutuamente extraños, poligénicos, lo único que le confería unidad era nuestra mirada, su unidad consistía en ser otro, distinto del nuestro; pero él, en sí mismo, era múltiple, no había nada intrínseco en él que le confiriera homogeneidad.

Nuestra presencia lo diversificó aún más, y lo dislocó, y, como si eso fuera poco, lo complicamos todo mediante la introducción de varios millones de esclavos negros.

Además, practicamos con vigor y lujuria la mezcla racial y favorecimos todas las combinaciones imaginables de cruce.

2. *Pero en esa vasta*, creciente, pluripsista heterogeneidad, nosotros no éramos un ingrediente más, sino el factor de unificación, la fuerza homogeneizante. ¿Propiciábamos acaso una síntesis de los diversos elementos fundiéndolos en nueva unidad? No. ¿Introducíamos un orden en la diversidad, de manera que cada elemento ocupara un puesto conveniente y conservara identidad en una distribución de funciones dentro de un todo jerarquizado? No. ¿Intentábamos destruir lo diverso, anularlo, eliminarlo? No. Nuestra tarea consistía en incorporar, digerir y asimilar toda esa alteridad y diversidad. Pretendimos mismificar lo otro, convertir lo diverso. Lo pretendimos con razón y lo intentamos con derecho. Éramos portadores de la cultura superior, no de una cultura que se impone a otras en una contingente correlación de fuerzas a la luz mortecina de una relatividad axiológica de las culturas.

Hay que insistir sobre este último punto antes de seguir adelante, para que quede lo más claro posible. Presentemos de nuevo, brevemente, el cuadro de Europa con atención enfática en las articulaciones maestras que explican y justifican la *paideia*.

Con respecto a los cuatro principios, alguien pudiera argumentar que no son europeos, sino universalmente humanos.

En todas partes —diría ese alguien— se manifiesta el principio señorial; la afirmación de la existencia singular, de la individualidad irreductible contra las otras, contra el tiempo y la muerte, contra toda cracia y arquía heterónoma, la afirmación de sí mismo, agonal y creadora, no es un privilegio de Europa; toda etnia se desborda continuamente en actos de autoafirmación y su tránsito deja una brillante estela de obras originadas cada una de manera exclusiva y única, obras que el espacio corrompe y disgrega sin alcanzar ni los actos ni los instantes de alumbramiento.

El principio imperial, por su parte, es omnipresente; el poder personal tiende a volverse impersonal, a convertirse en aparato de gobierno; lo que fue íntimo y cálido se torna frío, externo, ajeno, dominante; lo que fue expresivo se torna represivo. La emoción pasa a hábito; la voluntad del héroe se hace ley; el rey-juez-sacerdote se transfigura en Estado; la palabra viva del poeta se endurece y gravita en los postulados y normas de la escuela literaria a que da origen; las exaltaciones populares de una vez, se celebran después anualmente en fiestas tradicionales.

El principio racional, a su vez —añadiría el alguien— ha servido para definir al hombre en general, ¿reclama Europa la exclusividad en la posesión de este principio? ¿Niega entonces o regatea la humanidad al resto del mundo? ¿Hay culturas irracionales?

Y en cuanto al principio cristiano —continuaría nuestro alguien—, ¿es algo más que la versión occidental de la solidaridad, del amor al prójimo, de la colaboración, del respeto del otro? Apoco creen los europeos que ellos no más sienten estos sentimientos y adoptan estas actitudes, o que estos sentimientos y actitudes sólo rigen y valen cuando los respalda la doctrina y el mito de los cristianos. Los elementos locales, adventicios, contingentes ¿serán más importantes que la nota universalmente humana expresada y ornada por ellos? ¿El amor no es tal si no se hace a la europea?

Claro está —remataría el alguien—, esos cuatro principios intervienen con fuerza variable en la constitución de una sociedad en un momento dado; se constelan de manera cambiante y producen obras culturales diversas según la fuerza específica momentánea, el poder posicional y el esquema de conjunto. ¿Debemos creer que los europeos tienen una combinación privilegiada de los cuatro principios, una combinación al abrigo del tiempo? La combinación particular de Europa —si es que la hay—, o el ámbito de posibilidades combinatorias gobernado por el código combinatorio europeo —si es que lo hay—, o el sistema europeo de invariantes y variantes en el manifestarse de los cuatro principios, Europa, en algún sentido definible, ¿ha tocado lo eterno? ¿Es Europa el llegado de la humanidad? ¿No será sólo su poder actual transitorio, pero largo (lo largo haciendo olvidar lo transitorio), no será tan sólo su poder actual largo pero transitorio lo que le da a Europa esas ínfulas de esencialidad y eternidad?

3. *Detrás y debajo* de la argumentación de este alguien no hay sino *relativismo cultural* e *historicismo*.

He ahí las doctrinas que le sirven de respaldo y asiento.

Según ellas, no hay valores universales y permanentes; cada cultura crea *una* óptica que le abre *una* perspectiva sobre el mundo; las culturas son inconmensurables porque no hay una posición extracultural desde la cual fuera posible compararlas y juzgarlas, pues todo hombre está inmerso en un ámbito cultural definido que determina sus juicios fundamentales. Según ellas, además, toda cultura cambia en el curso del tiempo y periódicamente el cambio es radical, revolucionario; lo que es válido para una época no es válido para otra; los períodos históricos de una cultura son inconmensurables porque no hay un punto de vista extrahistórico que permita compararlos y juzgarlos, pues todo hombre pertenece a una época dada que determina su sistema básico de prejuicios.

No es imposible confundir esas doctrinas erísticamente, con sus propias armas *more sophistico*; ni convencerlas dialécticamente, *more*

socratico; pero preferimos mostrar la realidad para que ella se imponga por su propia fuerza.

Los cuatro principios son universalmente humanos. Sobre eso no hay discusión, a condición de entender el principio cristiano como la forma superior del principio espiritual, religioso; o, *mejor dicho*, a condición de entender las manifestaciones religiosas no europeas como tanteos equivocados, como intentos frustrados, como torpes ensayos de cristianismo.

Esta segunda aclaración terminológica, la mejor dicha, nos pone de lleno en el centro de la cuestión. En el cristianismo se hace realidad verdadera lo que en las demás religiones es construcción precaria a partir del anhelo, ficción verosímil.

Lo mismo ocurre con el principio racional. El «conocimiento» del mundo logrado por las culturas no occidentales está construido con ingredientes que sólo en pequeña parte representan la realidad, mientras en gran parte proceden de prejuicios etnocéntricos, temores, deseos, confusiones y del poder pictogénico y falaz de la imaginación. Europa en cambio, a partir del milagro griego inventa y desarrolla el método científico, tanto para el conocimiento de los mecanismos de la razón, como para el conocimiento de la realidad objetiva, mediante la observación desprejuiciada, el razonamiento claro y la verificación.

El cristianismo establece contacto auténtico con lo espiritual absoluto; la ciencia establece contacto creciente con lo real en sí. Sobre la ciencia se apoya una tecnología que, a partir de los griegos, hace a Europa más fuerte que cualquier otro pueblo; sobre el contacto con lo espiritual absoluto, el cristianismo construye un sistema de doctrina y rito soteriológico que condena al ridículo todo el ingenuo aparataje mítico-mágico de los paganos. Verdadera ciencia; religión verdadera.

Por otra parte, la organización social de los pueblos no occidentales es pueril parapeto en comparación con el sistema jurídico, institucional y administrativo que Europa inventa y desarrolla

a partir del milagro romano. El principio imperial encuentra su expresión social propia: el Estado; con variantes, fases, estadios, evoluciones que se iluminan a partir de su fin, de su búsqueda plenitud: el Estado mundial.

El Estado planetario, como *telos* de la organización social a la europea, nos permite pasar a otro punto de máxima importancia que es el *carácter también ecuménico* de la ciencia y del cristianismo.

En resumen, Europa descubrió de hecho lo que los otros pueblos habían buscado con ensayos erróneos.

Ahora bien, no es posible creer que la humanidad, dadas sus características específicas, fuera a permanecer para siempre fragmentada en clanes, tribus, naciones bárbaras. Los contactos comerciales y bélicos conducirían necesariamente al mutuo conocimiento y reconocimiento, a la comunicación, a la conciencia de especie y solidaridad.

Siendo ése el camino de la humanidad, ¿cuál es el pueblo más adelantado? El más ecuménico. ¿Cuál es el pueblo más atrasado? El más etnocéntrico. ¿Y cuál es el más ecuménico? Europa, cuya religión, ciencia y organización social tienden hacia la humanidad toda, tienden a universalizarse porque se sienten y se saben esencialmente universales, porque han roto el círculo pequeño producido por la óptica tribal y localista.

Ahora podemos ver que el principio señorial logra su manifestación más acabada en el conquistador europeo, en el explorador europeo, en el colono europeo. Señor del mundo, señor que viola intimidades culturales cerradas para fecundarlas, señor que destruye configuraciones locales para integrarlas a un orden mundial, señor que se deleita quebrando y devorando por placer los frutos esplendorosos de la creación mágico-mítica porque se sabe poseedor de la ciencia verdadera de lo real, señor que crece y se multiplica en otras latitudes, en otros vientres porque se sabe dueño de la sangre escogida.

Henos aquí ante el sentido profundo de la *paideia* americana: elevar las poblaciones del Nuevo Mundo al superior nivel de

cultura logrado por Europa. (Ver solamente el lado político y económico de la colonización es hacer gala y ostentación de miopía intelectual.)

4. *La heterogeneidad étnica y cultural* de América —complicada aún más por nuestra llegada, la migración pasiva de esclavos negros y el mestizaje—, esa heterogeneidad que resume las dificultades de primer género, fue sometida por el sistema colonial a un proceso de unificación y homogeneización.

Sobre la multitud de poderes locales —caciques, consejo de caciques, reyes, emperadores— se superpuso un solo poder, externo, centralizado, centralizante.

Sobre los muchos tipos de organización social —tan varios y diversos que no aceptan denominador común— se suprapuso una forma única de organización social: la representada por la administración imperial con toda su fecundidad nomogónica.

Sobre las mil religiones erradas y aberrantes —la obscuridad preevangélica engendra atroces ficciones y dulces paraísos cruelmente falsos— se superpuso la religión verdadera.

Sobre la exuberante poliglotía del continente —que rebosaba y desbordaba en un hervidero de familias lingüísticas disímiles— se superimpuso la monoglotía del imperio.

5. *Las estructuras homogéneas* del imperio, superpuestas a la diversidad antropológica de América, introdujeron en ella *comunicación* (*Comunicación viene de común*).

Comunicación en dos direcciones, una vertical, otra horizontal.

Por más dispares que fueran, todas las etnias comunicaban verticalmente, desde abajo, con el imperio superpuesto; por dispares que fueran, sufrían en común la misma dominación, el mismo dominador, el mismo *dominus*, compartían al señor, formaban *domus* y esa domesticidad compartida creaba familiaridad, un parentesco no por forzado menos real. La óptica y la acción del imperio actuaban como *visio entitativa*, mirada constituyente sobre la heterogeneidad, mirada unificante.

Por más distintas que fueran y por más distantes que estuvieran unas de otras, todas las etnias de América se comunicaban horizontalmente unas con otras gracias al imperio. Gracias al imperio, cada una cobraba conocimiento de la existencia de las otras, podía reconocerlas, reconocerse en ellas. El imperio era lugar para la posibilidad de formación de comunidad americana. El imperio dio lugar a la existencia de América como entidad antropológica.

6. *El aspecto más importante*, más determinante y más decisivo en la colonización de América, en la *paideia* americana, es sin duda el aspecto lingüístico. Es también el aspecto más espectacular e impresionante. Tan luminoso que no se advierte, pues es la luz que permite advertir a los demás.

Las condiciones lingüísticas eran babélicas. Hablaban más de mil lenguas. En esa endémica y aguda poliglotía estaban cuando llegamos, fragmentada y dispersa su palabra. Lo cual no es sino una forma de hablar; al no tener palabra común no tenían palabra, no eran. Nosotros les dimos la palabra común, les dimos el ser. Al cabo de un par de siglos las más-de-mil-lenguas se volvieron dos que en el fondo son una: el cristiano. («Háblame en cristiano»; hace falta una meditación sobre el sentido profundo de esta expresión tradicional.)

Toda lengua devora al que la habla. Lo devora, lo digiere y lo asimila al mundo que ella contiene, a la versión del mundo que se halla en ella. Toda lengua es anterior y exterior al hablante y le sobrevive.

Anterior al hablante. Su visión del mundo, sus sentimientos, sus pensamientos, sus actos, su manera de distinguir objetos en el continuo perceptual y organizarlos, la configuración de sus valores, están determinados, antes de su nacimiento, por una estructura impersonal que lo hace persona: la lengua.

Exterior al hablante. Es esencia de la lengua el ser transpersonal, interpersonal, suprapersonal. Toda lengua es lengua de una comunidad; es un fenómeno colectivo. Todo lo que existe para el hombre,

existe en la medida en que ha sido verbalizado y con el grado de precisión alcanzado por la verbalización; ahora bien, verbalizar es publicar, comunicar, colectivizar. El mundo existe en la medida en que es público, en que es compartido. Luego la intimidad es una ilusión, la subjetividad es un malentendido; lo más íntimo, subjetivo y secreto es la presencia en el individuo de lo más público, objetivo y general. Quien habla solo, sólo sirve de lugar de manifestación verbal expresa a lo implícito y potencial en el mundo colectivo, lingüísticamente estructurado, del cual forma parte.

Sobrevive al hablante. Lo trasciende en los tres éxtasis del tiempo; no espera que se muera para sobrevivirlo, lo sobrevive ya porque existe en una dimensión más vasta de la temporalidad. Lo está sobreviviendo siempre, vive sobre él.

Dados estos hechos fundamentales, relacionados con la naturaleza lingüística del ser humano, podemos decir que el máximo logro de la *paideia* americana ha sido la implantación de la lengua europea.

Un gobernante en América debe ser instrumento de la *paideia*; lo es en general inconscientemente; caso de ser consciente de su tarea pondrá especial atención en lograr la total hegemonía de la lengua europea. Una minoría lingüística es una amenaza mayor que una sublevación armada; una lengua, aunque tenga pocos hablantes, por estar «viva» contiene un universo. Es más de temer el mundo agazapado en una lengua minoritaria que la totalidad de los conflictos dentro de un mismo mundo lingüístico.

Tiemble el europeo americano cuando escuche hablar maquiritare o quechua; fomente la instrucción pública, el servicio militar, el turismo interno, el comercio, todo cuanto pueda contribuir a la incorporación lingüística de los indígenas.

Translinguados éstos, ya no habrá nada grave que temer. Los mundos ajenos, alienos, incomputables, pavorosos, amenazantes, los mundos bárbaros que respiran en esas lenguas morirían por asfixia. Ningún mundo resiste la falta de palabra propia. No puede haber mundos mudos, excepto quizá el magma caótico originario

donde se generan los mundos, pero justamente los mundos son las voces, los clamores de ese magma. El principio es verbo.

Translinguados los últimos indígenas, no habrá nada grave que temer. Sublévense, revolucionen, contesten, pero en español; maldigan a Occidente, vituperen la razón, blasfemen contra Cristo, pero en español. Si hablan español, en cada acto de destrucción, construirán a España y en cada negación afirmarán a Europa toda. Nada puede ocurrírsele a nadie, nada, que no sea una opción lícita entre la gama de posibilidades ofrecidas por su mundo lingüístico. Es imposible desentonar en el ámbito de la propia lengua. En cambio, para nosotros, una lenguarada en guahíbo es la llamarada que resopla un dragón; los dragones —representantes de lo descomunal, monstruoso, incongruente— deben ser eliminados. *Delendi sunt dracones*.

El aspecto lingüístico —aspecto privilegiado de la *paideia* americana— nos ayuda a ver más claramente los demás aspectos porque los refleja.

7. *Simplificando*: por un lado, factor pluralidad y heterogeneidad del Nuevo Mundo; por el otro lado, factor unidad y homogeneidad de la cultura superior; tarea: reducir aquél a éste, integrar aquél con el modelo de éste. Método para realizar la tarea: el sistema colonial español.

2. Resultado en tres tiempos

Primero, la unidad del imperio se superpone a la pluralidad y le confiere una primera unidad conceptual, administrativa, formal, exterior, manipulatoria, bajo la cual sigue bullente la multiplicidad, real, material, interior, objetiva.

Segundo, a través de la evangelización, el mestizaje, la explotación laboral, el avasallamiento, las leyes, la fundación de ciudades, el comercio, la guerra, los pactos, las escuelas, la búsqueda de oro, a través de toda su compleja gestión, el imperio penetra en la diversidad y le va imponiendo su unidad; todas las culturas se definirán

con relación a él, y él ejercerá en todas la misma influencia igualizante, la misma mismificación.

Se produce un fenómeno de estratificación. El estrato superior unitario va homogeneizando el estrato inferior mosaical, pero sin lograrlo plenamente, pues por debajo de la aparente unidad hay siempre todavía heterogeneidad.

Se produce un fenómeno de digestión lenta, de asimilación retardada, con grados que van de la simulación a la similitud pasando por diferentes formas de malentendido, error de comprensión, o de engaño-autoengaño-convicción. Pues la resistencia abierta sólo podía conducir a la derrota y a la muerte.

Se produce un fenómeno de falsa europeización, o mejor, la europeización parcial y progresiva, pero espectacularmente rápida, hace pensar a algunos observadores exteriores que está más avanzada de lo que en realidad está.

Un ejemplo: los indios se convierten a la religión verdadera, aprenden el catecismo con los frailes, reciben los sacramentos; pero sus creencias anteriores sobreviven bajo los nombres cristianos: a menudo los protagonistas de la historia de la pasión del Señor encubren un panteón precristiano; las prácticas del culto católico se hacen con intención mágica; los objetos litúrgicos se emplean como fetiches y como ídolos; en las fiestas religiosas se ejecutan danzas sensuales para garantizar la fecundidad de la tierra, atraer la lluvia o alejar el granizo.

Otro ejemplo. Personas que en la vida social practican ya la civilidad, pulitura y cortesía características del europeo, de repente se comportan de manera inconciliable con las buenas maneras y la buena ética. Se dice entonces que «les salió el indio», un indio reprimido, pero no muerto bajo el neoeuropeo. Del negro escondido se dice que «cuando no sale, se asoma».

Otro ejemplo. La lengua española —ilesa, incólume, triunfante— baila al son de cargas fonéticas extrañas (dejos, cadencias, acentos, musicalidades, sonsonetes), se tuerce y trastabilla empujada por una

gestualidad que tiende a sustituirla, resbala sobre desplazamientos semánticos insólitos, inesperados, sorprendentes. Se estira y encoge por una aceleración vertiginosa de los procesos metafóricos y metonímicos.

Resistencias antieuropeas, supervivencias preeuropeas; normal; es la identidad de tantas culturas inferiores que tiende desesperadamente a mantenerse, a perseverar, es su *conatus sese preservandi*; pero en vano, las diastasis culturales de Europa descomponen esas resistencias en sus elementos y éstos entran en combinaciones nuevas, favorables a Europa. Lo indigerible se expulsa, se elimina, se liquida.

Y *el tercer tiempo* se acercaba, el tiempo de la madurez, América, una nueva Europa con matices originales, América autónoma, independiente y desplegando sus potencialidades creadoras, América dispuesta a reproducirse llevando a la práctica una *paideia* africana o asiática, expandiendo a Europa, contribuyendo a la constitución de una humanidad totalmente unificada por el evangelio y la civilización.

El tercer tiempo se acercaba, pero no acababa de llegar, más bien parecía alejarse con la independencia.

Durante tres siglos de colonia, unas diez generaciones lograron tan espectaculares resultados en su *paideia* que se esperaba ya la adultez de América y su participación magisterial en otras *paideias*; pero he aquí que unos dos siglos más tarde, después del trabajo autogestivo de unas seis generaciones en el llamado período republicano, la séptima generación «independiente» hereda una América atrasada, envilecida por su violencia y su crueldad, humillada por las grandes potencias, oscurecida por la abominable retórica de sus ignorantes y huecos dirigentes políticos que han hecho de la corrupción una virtud, desangrada por sus «revolucionarios» que han hecho de la psicopatía una credencial de mérito.

Esta situación de retardo en el advenimiento del tercer tiempo, se explica sin duda, en parte por la tenaz resistencia de lo no europeo,

pero otra fuerza, poderosa, ha contribuido a facilitar la resistencia al par que entorpece y perturba los mecanismos de la *paideia*. Nos referimos a las dificultades de segundo género y especialmente a la Europa segunda.

II. *Dificultades de la Paideia* (segundo género A)

1. *La paideia* culmina en el advenimiento de un grado de madurez y adultez suficiente para posibilitar la creatividad autónoma en vez de la pura actualización. La guerra de independencia a principios del siglo diecinueve parecía dar testimonio de la madurez y adultez de América, de su capacidad para la autonomía mental y la creatividad cultural. Sin embargo, el período republicano ha mostrado más bien el *pasmo* de la *paideia*, su parálisis en el gesto de aprendizaje, la perpetuación de su minoría de edad; lo que era fluido movimiento hacia su fin, se volvió tiesa repetición, tartamudeo, calambre.

Asombra, por sobre todas las cosas, la inconsciente actitud de dependencia colonial por parte de los que luchan por una nueva independencia; los revolucionarios se conciben como actualizadores socioeconómicos; a la chita callando buscan perpetuar la minoría de edad, no quieren salir de la escuela, le tienen miedo a la libertad.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo se explica este pasmoso pasmo?

Sin duda, la guerra de independencia aumentó las resistencias culturales contra la europeización, de tal manera que ésta se vio contrapesada más fuertemente y disminuida.

Durante la guerra de independencia se recurrió a los elementos no europeizados de América en cuanto tales y se los estimuló para

ponerlos al servicio de una causa, pero quedaron sobreestimulados y entusiasmados a largo plazo por una esperanza de barbarie que nació en la exaltación de los tiroteos, incendios, saqueos, violaciones, gritos primarios, alborotos, proclamas de la «gesta emancipadora», y que renace jubilosamente, con cada quebranto del orden establecido, en los relajos, bochinches, despelotes, peos, chichas, desmanes, allanamientos, manifestaciones, procesos electorales, rebatiñas, tropelías, tomas, carnavales y otros fenómenos característicos de nuestra vida republicana.

Pero lo no occidental de América no tiene salida, la esperanza de barbarie no tiene fundamentos fuera del deseo. El sistema colonial dispuso todo de tal manera que sólo dejó un camino abierto para América: Occidente. Hasta los más testarudos indigenófilos tendrán que reconocerlo: no se pueden reconstruir las culturas precolombinas. *A fortiori* tendrán que reconocerlo los adalides y campeones de la negritud: no se pueden reconstituir en América las culturas africanas a partir de su fragmentaria y disminuida presencia en los descendientes de los esclavos.

Digo más. Digo contra la raza cósmica, el pueblo continente y la cultura mestiza. Lo mestizo de América, con sus groseros sincretismos, es un fenómeno de transición, un aspecto de la *paideia*, algo a transformar progresivamente, algo que no tiene salida hacia ninguna parte excepto hacia Occidente.

América no puede retroceder, no puede desviarse, está encajonada, va a Occidente como la flor a fruto, como el huevo a pájaro, casi así, con esa fuerza biológica. Ni retroceder puede, ni desviarse; pero su avance puede ser veloz o lento. La europeización de América no ha retrocedido, no se ha desviado, pero se ha vuelto lenta, parece haberse detenido. No en el sentido de la actualización, de estar al día (en ese género de velocidad rivalizan comerciantes, políticos, poetas y revolucionarios —algunos pretenden haber logrado la puesta al día instantánea: «Las nuevas modas de París llegan a nuestra ciudad en 24 horas, pero estamos

luchando para lograr un convenio que permita la exhibición simultánea»; no, no se ha vuelto lenta en ese sentido, al contrario, habría que repartir premios; sino en el sentido de la creatividad cultural, de la autonomía mental, de la europeidad esencial.

¿Será América una indigestión de Europa? ¿Un trastorno anabólico de Occidente? ¿Resistencias irreductibles?

No. Porque ésa es otra; los pueblos no occidentales están locos por occidentalizarse; todos los países de Europa están llenos de estudiantes, comerciantes y observadores extranjeros que cambian el alma por los productos culturales de Europa y venden su primogenitura por un barniz de civilidad. En cambio, no hay países europeos desesperados por volverse como el Congo o el Tíbet.

No. Las resistencias están sobrecompensadas por el deseo positivo. Si esto es verdad para los pueblos no occidentales, lo es mucho más para nosotros que ya somos europeos de hecho y de derecho, pero no en plenitud y es esa plenitud lo que anhelamos y buscamos sin éxito.

Resumiendo: resistencias antieuropeas hay, supervivencia de culturas precolombinas hay, presencia activa de elementos culturales africanos hay, rechazo a la civilización hay, paganismo hay; pero en una medida comedida, no peligrosa, que más bien debería favorecer la manifestación del principio señorial y estimular continuamente la creatividad, una creatividad, por lo demás, que no tiene ni puede tener otros cauces que los de Occidente. En todo caso, se trata de dificultades sólitas y auditas de toda *paideia* y no alcanzan para explicar el atraso de América.

2. ¿Cómo completar la explicación? ¿Dónde buscar? ¿Acaso en Europa? Las perturbaciones de la *paideia* europeizante, su pasmo ¿provendrán, por lo menos en parte, de la mismísima Europa? ¿Se da esta paradoja? Veamos.

Desde el descubrimiento hasta nuestros días Europa ha estado en posición de dominación viva y directa con respecto a América.

a) Se impone aquí una comparación interesante y tal vez iluminadora entre el papel del Imperio Romano en la formación de Europa y el papel del imperio europeo en la formación de América.

En una primera fase, el Imperio Romano se superimpuso sobre los varios y diversos pueblos del continente; en una segunda fase, ya destruido el imperio, su influencia gigantesca fue puramente espiritual; el imperio difunto no tenía brazos militares y administrativos para ejercer su dominación; quedó como tradición, como nostalgia, como ideal; los comunicadores (alimentadores y actualizadores) eran estudiosos y sabios, transitaban por libros entre la realidad social del momento y el mundo espectral del fenecido imperio paradigmático.

En cambio, toda la historia de América está signada por la presencia imperial de Europa con sus largos y robustos brazos militares, económicos, políticos, sus maternos brazos diestros, hábiles, eficientes, siniestros; los comunicadores se desplazan en naves concretas y hacen contacto con centros de decisión que movilizan ejércitos, empresas industriales y comerciales, redes de información, yacimientos de materias primas, cuerpos policiales, aparatos de manipulación mental.

América es Europa en expansión, carne y sangre y palabra de Europa; pero América, desde su inicio es también América, otra entidad (*madre, ¿no me reconoces?*), de modo que se establece un juego de intereses a favor del más fuerte, juego inclemente a pesar del íntimo parentesco. (El viejo proverbio que dice «En las puertas del cielo primero yo que mi padre» pudiera decir también «En las puertas del cielo primero yo que mis hijos», por aquello de que «El amor y el interés se fueron al campo un día y más pudo el interés que el amor que te tenía» y etc., y todos los tangos y la frase ritual que dicen con delicada cortesía los asesinos de la mafia a sus víctimas antes de liquidarlas: «Nothing personal».)

Europa como poder real, actual y actuante ha estado siempre sobre América, desde su nacimiento hasta hoy, sin interrupción

alguna, en posición de fuerza y ventaja y se ha servido de América para sus fines (¿Madrastra?). Ha habido, hay explotación. Y falta de libertad, de iniciativa; América no escoge, no inventa sus misiones y tareas, Europa se las asigna.

b) Otra comparación bajo esta luz: el papel del pensamiento clásico en la formación de Europa y el papel del pensamiento europeo en la formación de América son sus dos términos.

La filosofía, la ciencia, la legislación y el arte de Grecia y Roma ejercieron influencia determinante, decisiva en la constitución y desarrollo del pensamiento europeo; pero los griegos y romanos creadores de esos bienes culturales habían muerto y por lo tanto no intervenían deliberada y personalmente en el proceso. La Hélade y el Lacio ejercían su influencia poderosa desde una dimensión casi mítica a través del recuerdo histórico, de la tradición respetada.

En cambio, toda la historia de América está signada por la presencia del pensamiento europeo vivo, pensado por contemporáneos de carne y hueso. Con mayor o menor retardo, con mayor o menor fuerza, una corriente mental europea ha alimentado las manifestaciones intelectuales y artísticas de América. Los infatigables comunicadores umbilican el ámbito espiritual de América con la creatividad europea. Aquí también el desnivel es enorme: junto a una América balbuciente, una Europa de refinada articulación expresiva la oprime y ahoga por sobresuministro. Todo lo que quiere saber y más, ya está sabido; todo lo que quiere decir y más, ya está dicho; todo lo que quiere buscar y más, ya está encontrado. Todo en mayor cantidad de la que puede asimilar a través de sus comunicadores, todo en mejor calidad de la que necesita. Todo excepto la autonomía del juicio, la iniciativa en el valorar, el riesgo de enfrentarse a lo desconocido. Todo, excepto la experiencia inédita.

Ahí está, por lo menos en parte, la explicación del estupor mental de América, ahí en ese sabio mensaje interminable, en esa lúcida palabra madura, en ese cotidiano don maternal.

El europeo americano no tiene ocasión de interpretar por sí mismo sus experiencias nuevas: siempre está a su disposición una batería creciente de interpretaciones que proceden de la metrópoli. El europeo americano no tiene ocasión de plasmar en formas nuevas sus impulsos creadores: dispone de un abastecimiento permanente de formas conceptuales y estéticas provenientes de la metrópoli. Usa de esas interpretaciones y formas ya hechas —algunas le quedan justas, otras le aprietan, otras le sobran como camisa de once varas— y en general su actividad autógena se ve reducida a un mínimo. La presencia lujuriente de la metrópoli lo somete a una *capitis diminutio maxima*, en el ejercicio de sus derechos naturales a la creatividad.

El europeo americano tiene sobre la cabeza una cabeza de Medusa que hace envejecer en un instante toda nueva experiencia y mata en embrión toda posibilidad de acción original.

c) Una tercera comparación arroja luz sobre la idea que estamos expresando; es la comparación que hacemos entre el cristianismo en Europa y el cristianismo en América.

El mensaje evangélico fue dado a Europa. Ésta lo recibió, lo acogió y desde un principio lo fue incorporando a su vida, interpretándolo de muy varia manera según los subámbitos culturales y los momentos históricos. La jerarquía eclesiástica organizada en torno al romano Pontífice actuó como poder homogeneizante; a partir de las muchas tendencias, de las muchas doctrinas controversiales fue creando una ortodoxia dogmática; cada concilio trazaba fronteras claras en lo ambiguo, cada pronunciamiento *ex cathedra* despejaba dudas y zanjaba disputas concretas.

Los europeos modificaban y precisaban su interpretación del mensaje evangélico según el estado de sus problemas socioculturales, militares, nacionales en los enfrentamientos hombre-mundo, hombre-hombre, hombre-nación, nación-nación, nación-mundo. Ningún poder extraeuropeo les imponía ortodoxia alguna; ellos mismos llegaron por vericuetos, devaneos, subidas, bajadas, oscilaciones desde la vaguedad sublime del Sermón de la Montaña hasta la precisión minuciosa del *Syllabus*, desde el consejo de ofrecer la otra mejilla

hasta las órdenes militares, y más, hasta la contundencia, punzocortancia y eficacia flamígera de la Santa Inquisición (¡Temblad infieles!).

América, en cambio, no recibió el mensaje evangélico en forma de cristianismo primitivo con su preñez de potencialidades, sino en forma de catolicismo romano ya completamente elaborado, condensado en credo, dogmas, *summa theologica*, liturgia, homilética, jerarquía eclesiástica.

Una circunstancia afortunada, sin duda, para América; recibía un fruto maduro, no le hacía falta hacer los esfuerzos seculares que condujeron a él. Otra circunstancia afortunada: coincidió la Conquista y el principio de la colonización con una división en el mundo religioso europeo llamada la Reforma protestante y a América le tocó el lado bueno, la afirmación de la Contrarreforma, que excluía inútiles disputas, suprimía vanas cavilaciones y extirpaba dudas ociosas, quirúrgicamente si era necesario.

Una tercera circunstancia afortunada ha sido la existencia simultánea de la autoridad eclesiástica, su presencia magisterial y vigilante, su garantía de ortodoxia. No era ya posible que las creencias locales-paganas y supersticiosas penetraran la Iglesia en América, porque la instancia superior romana comprobaba y ratificaba en todo momento las formas del culto para salvaguardar la identidad del cristianismo.

En América, pues, el europeo de frontera, el europeo en ciernes, el europeo *in spe* y el europeo en instancia no tenían necesidad de inventar nada en materia de religión, porque el europeo de Europa ya había logrado la perfección en ese campo y al de América sólo le tocaba aprehender mejor y transmitir a las nuevas generaciones un bien cultural sobre el cual tenía derecho adquirido.

Es más, cualquier innovación podía conducir a alguna de las mil formas de herejía ya identificadas y condenadas.

Ante dos peligros, el de contaminación con creencias locales y el de extravagancia herética, el de ser invadido y el de desarticularse interiormente por inútil gimnasia, el americano estaba obligado a la pasividad intelectual en asuntos religiosos.

No somos malagradecidos, no despreciamos esta comodidad intelectual, obsérvese nuestra infantil receptividad tan afín al reino de los cielos, pero no dejamos de ver que la fortuna nos abruma, como efecto secundario, en cuanto al logro de la autonomía mental; Europa se hizo adulta conquistando este bien que a nosotros no nos deja ser adultos; Europa nos lega a los neoeuropeos una credencial de adultez que nos hace perseverar en la infancia.

d) Una cuarta y última comparación, que unifica y aclara el sentido de las anteriores, es de orden lingüístico. Comparemos el papel del latín en la formación de Europa y el papel de las lenguas europeas en la formación de América.

El latín, en una primera fase, se impuso sobre muchas lenguas, como instrumento simbólico de dominación en lo que ésta puede tener de más sutil y penetrante. Con el latín, todo el mundo romano entraba en los nervios, en las arterias, en las vísceras de los pueblos, entraba como dominador desplazando otros mundos, pero sin suprimirlos.

En una segunda fase, después de la destrucción del imperio, el latín sufre más y más la influencia del sustrato lingüístico, comienza a deformarse y a perder identidad; la comunidad lingüística se fragmenta en corrientes dialectales.

En una tercera fase, surgen las lenguas romances que reflejan fielmente tanto la fuerza formadora del latín, expresión del imperio romano y la cultura del Lacio, como la presencia de las lenguas locales, expresión de las culturas prerromanas. Las lenguas romances se afianzan al afianzarse las nuevas nacionalidades.

Ahora veamos en forma igualmente escueta —basta así para dar luz a la idea que nos ocupa— el perfil lingüístico de la historia americana.

En una primera fase las lenguas europeas cubren el territorio americano repartiéndoselo según el alcance de cada poder imperial y se imponen sobre las muchas lenguas aborígenes y sobre las importadas de África. Tres siglos.

En una segunda fase, alcanzada la independencia política, las lenguas europeas sufren menos y menos la influencia del sustrato lingüístico tanto en léxico como en morfología y sintaxis; los ínfimos cambios van en el sentido propio de las lenguas, es decir, caen en la perspectiva de su desarrollo, y son menores que los observables en Europa; no hay desarrollos dialectales, se afianza la comunidad lingüística en el campo de dominio de cada lengua por encima de fronteras políticas.

No hay ni el más remoto indicio que permita conjeturar una posibilidad de formación de lenguas nuevas mestizas.

El papiamento y el *patois* no son lenguas, son fenómenos de subdesarrollo cultural y desaparecerán con la occidentalización completa, a menos que puedan surgir nuevas culturas a partir de una occidentalización incompleta, cosa muy improbable.

Las lenguas europeas se afianzan en América al afianzarse las nacionalidades, los nuevos países independientes sacrifican diferencias locales en favor del uso más general.

¿Qué ha pasado con las lenguas no occidentales de América? Si pueblos muy varios y numerosos, de gran diversidad idiomática, participaron, participan en la formación de América, ¿por qué las lenguas europeas de América no reflejan esas diversidades?

¿No se manifiesta de alguna manera el plural sustrato lingüístico? El plural sustrato lingüístico se manifiesta en los factores musicales del habla y es responsable en parte por los acentos locales. Se manifiesta también en preferencias lexicológicas y sintácticas, amaneramientos fonéticos e inclinaciones estilísticas. Pero esas manifestaciones jamás ponen en peligro la integridad y la identidad de las lenguas europeas de América, nunca van más allá de las opciones presentes en la gama de cambios probables inherente a cada lengua.

El sustrato lingüístico, lo mismo que el sustrato cultural en general, participa sólo como plasma alimenticio en el proceso europeo de expansión mismificante. Lo activo, lo formador, lo fecundo,

lo determinante, lo directivo, lo dominante, lo fuerte de América es lo europeo; lo demás es materia.

La presencia imperial de Europa, la presencia permanente de la Europa actual, viva, superior, garantiza y refuerza continuamente tal estado de cosas.

3. *La situación que hemos estado señalando con estas cuatro comparaciones nos obliga a una formulación paradójica: América es nueva y otra, pero no puede ser nueva y otra.*

Es nueva con relación a Europa porque surge cuando ya Europa era en plenitud; es otra porque existe separadamente en el espacio, con su propia corporeidad, y lo es *forte*, no como mera sombra o imagen o reflejo, porque tiene su propio espesor y espontaneidad; es nueva y otra porque es diferente, porque en su constitución intervienen elementos, factores y vectores no occidentales que se configuran de manera específica.

Pero no puede ser nueva y otra porque la esencia de su novedad y alteridad es un proceso de mismificación. Su ser-nueva-y-otra consiste en dejar de ser nueva y otra para ser la misma, la mismísima Europa. América no es un movimiento lanzado en línea recta hacia lo desconocido, y por lo tanto de impredecible llegadero. América es un movimiento lanzado en línea curva hacia lo desconocido, movimiento iluminador de la tiniebla exterior, movimiento constituyente y asimilante de lo otro como disponibilidad, movimiento que retorna al punto de partida aumentándolo, enriqueciéndolo. América es una odisea de Europa. América es un gran gesto imperial de Europa, gesto curvo como la caricia redonda del abrazo, gesto que quiere cerrarse en círculo totalizando. (*Soy tu mano en la cabellera del extraño, tu beso en el no tú, madre.*)

Europa se creó a sí misma a partir de cuatro principios encarnados en movimientos históricos definidos y formas culturales precisas; se creó nueva y otra transformando los datos disponibles, transmutándolos, adecuándolos a su modelo nuevo y otro sin precedentes en la historia de la humanidad.

América fue creada por Europa en un acto de adquisición para incorporar espacio geográfico y etnográfico no occidental al espacio cultural suyo, en un movimiento que tiende a configurar en igual forma todo el espacio del planeta, a la conversión universal.

III. *Dificultades de la Paideia* (segundo género B)

1. *Influencia perniciosa*

Hemos estado buscando, por el lado de Europa, explicación para el atraso de América en su *paideia*. Hemos encontrado que Europa está presente en forma dominante durante toda la historia de América; la constituye, la cubre, le hace sombra, no la deja ver el cielo pues le funge de cielo.

¿Explica esa presencia posesiva, absorbente, maternal, el atraso de América? No.

Esa presencia explicaría el atraso de América en un progreso hacia lo no occidental, hacia alguna alteridad cultural metaeuropea; pero no explica su atraso en el regreso hacia la total identidad con Europa (*Salí de ti, madre, quiero volver a ti, dejar de ser otro*); y es justamente la explicación de este atraso la que buscamos, no la de aquél. Aquél nos llena de orgullo, éste es el que nos mortifica. Es a este atraso solo, al que nos separa de Europa, al que llamamos atraso.

Sin embargo, como en el juego de la candelilla, la explicación «humea» por el lado de Europa. Si ella es el factótum, en ella debe residir la explicación. Pero hay dos Europas. Hemos descrito como Europa segunda una forma aberrante de la Europa propiamente dicha o Europa primera.

¿Yacen en la Europa segunda algunas claves para explicar el atraso de América?

La colonización de América coincide con el surgimiento y desarrollo de la Europa segunda. Coincide, pero sin mezclarse; son dos movimientos paralelos. El mundo ibérico actúa como polo conservador que se potencia contra humanismo, Reforma, Renacimiento, racionalismo, industrialismo. Iberoamérica nace y crece en el campo contrario a la Europa segunda, en un ámbito imperial protegido contra interferencias directas de orden ideológico o económico. Hay influencia indirecta; por ejemplo, el mundo ibérico, con su demanda de instrumentos y manufacturas y su capacidad para pagarlas, contribuye a la preparación y eclosión de la revolución industrial; la Europa segunda, con el suministro de bienes de consumo, contribuye a la conservación de viejas estructuras en el mundo ibérico, pero también a la destrucción en él de las virtudes artesanales.

Pero no es sino a fines del siglo XVIII cuando comienza una influencia directa de grandes proporciones por parte de la Europa segunda sobre Iberoamérica, influencia que hasta hoy no ha dejado de crecer. Influencia, sin duda, perniciosa. Pero antes de pasar a considerarla, nos vemos obligados a una aclaración terminológica.

2. Aclaración terminológica

América: aunque la palabra América designa en principio todo el continente, su uso tiende a restringirse para designar sólo a Estados Unidos de América; esta tendencia se ve favorecida porque la palabra América figura en el nombre de ese país y porque ese país de América es el que se ha hecho sentir con mayor fuerza en el resto del mundo, como encarnación de una variante de la Europa segunda y, resultado de esa importancia mundial, Estados Unidos de América es América sin más. Los demás países americanos no tienen la palabra América en el nombre ni han impactado la conciencia mundial en forma capaz de suscitar respeto

y consideración especial. Al oír la palabra América, un habitante de cualquiera de los otros continentes tiende a pensar, por lo general, en Estados Unidos de América.

Americano: aunque la palabra americano designa en principio a todos los que habitamos este continente, el uso tiende a restringirse para designar sólo a los ciudadanos de Estados Unidos de América. Los otros —caso de llamarse a sí mismos americanos y no colombianos o peruanos, o guatemaltecos, etc.— tienen que agregar un epíteto para distinguirse; así, tenemos una ristra ruidosa de designaciones según los puntos de vista, las cargas ideológicas, los énfasis: iberoamericanos, hispanoamericanos, lusoamericanos, afroamericanos, indoamericano, sudamericano, centroamericano, latinoamericano, francoamericano, angloamericano y, de más reciente acuñación, subamericano, así también otros compuestos como afro-indo-americano, etcétera.

Las designaciones francesas América Latina y latinoamericano han hecho fortuna, de tal manera que la ONU las usa oficialmente para nuestra *área cultural*, y los propios dirigentes políticos del *área* con ambiciones extranacionales se llaman a sí mismos latinoamericanos.

La abundancia de nombres refleja y patentiza una preocupación por definir la identidad, una conciencia de fragmentación, un sentirse fuera de lo firme y acreditado.

Los libertadores se sentían y se decían americanos y hasta hoy en día en gran parte de España se nos llama americanos.

En este libro preferimos en lo posible usar las palabras *América y americano* a secas, no sólo por recuperar una designación que nos corresponde, sino también porque hay varios ángulos desde los cuales es posible ver a toda América unitariamente. Lo cual no impide, sino facilita el establecimiento de diferencias realmente importantes, pues lo diferente sólo puede destacarse sobre lo semejante.

Se dice que Estados Unidos de América es la Europa segunda triunfante en América. Esto es verdad hasta cierto punto: en EE.UU.

predomina sobradamente la Europa segunda y con más fuerza que en la vieja Europa, tanto así que parecen el resultado de un desplazamiento geográfico de Europa por su lado segundo, de una ocupación de nuevo espacio disponibilizado por genocidio; pero EE.UU. contiene en su interior otro país formado por las minorías no occidentales o bien occidentales, pero no segundas, país heteróclito de abigarrada estirpe, país otro en trance de ser digerido, asimilado, mismificado.

También, pues, en el interior de EE.UU. se encuentra en curso una *paideia*, europeizante, aunque claro está, por el lado de la Europa segunda. *Paideia* por cierto muy eficaz, pues ha logrado producir gringos negros. Francia ha logrado menos, a pesar de sus muchos intentos: hay negros afrancesados y negros franceses, pero no hay franceses negros.

Después de la obligada aclaración terminológica y el recuerdo de la similitud entre EE.UU. y el resto de América *puncto paideia*, veamos cómo y por qué la influencia de la Europa segunda ha sido perniciosa.

3. Vía de hechos, vía de ideas

Ante todo es importante observar, en este contexto, que la influencia de la Europa segunda sobre nuestra América se produce por vía de hechos y por vía de ideas. Separamos esas dos vías por compulsión analítica; sabemos que los hechos históricos entrañan ideas y que las ideas se encuentran siempre en relación de interacción continua con situaciones y mutaciones positivas, de hecho.

Por ambas vías y por toda vía y todavía, el acontecimiento central decisivo es la derrota militar de España y el consecuente desmembramiento del imperio español.

La Europa segunda derrotaba, derrotó, ha estado derrotando, ha derrotado, tiene derrotada a España. Derrota larga, lenta, acelerada puntualmente en momentos cruciales, digna siempre,

amarga, irremediable. Hemos heredado esa derrota. Somos fragmentos de una gran unidad despedazada por una gran derrota. Las guerras de independencia de América son desgarramientos internos producidos por un golpe externo. Creíamos separarnos por propia iniciativa, pero nos separaba el impacto brutal del enemigo. Nos identificamos con lo inexorable para creerlo obra nuestra y de rebote creernos libres.

Por vía de hechos la historia es simple: caímos en poder del enemigo; estamos en su poder. Nuestros países (pedazos de un país grande fragmentado) se convirtieron en fuente de materias primas y mercado para la voracidad mecánica del sistema industrial. *Nothing personal*. Explotación, atraso, envilecimiento, vasallaje, destrucción del alma cultural, dislocamiento de los valores tradicionales; todo lo que suele ocurrir a los vencidos. Simple.

Por vía de ideas, en cambio, todo se complica; es el mundo de la enajenación, del sueño hipnótico. La vasta y profunda penetración de la Europa segunda en nuestra mente se manifiesta en ideas y sistemas de ideas que encubren la realidad e impiden hacer frente a los problemas verdaderos. Lo que realmente ocurre llega a nuestro conocimiento y a nuestra comprensión desfigurado por las ideas que lo mediatizan. Nuestra voluntad, nuestra capacidad de acción, nuestra fuerza, se embotan en la tupida red ideológica que las mediatiza. Víctimas de un despojo vampírico, creemos en nobles alianzas y ayudas; golpeamos al hermano y compañero creyéndolo enemigo.

4. Ideas nefastas

En un esfuerzo supremo de lucidez, tratemos de ver y examinar con claridad esas ideas nefastas de la Europa segunda que nos impiden ver lo que realmente es y está sucediendo y, por ende, intervenir adecuada y eficazmente.

a) La idea central y fundamental sobre el universo podría formularse de la siguiente manera: *existe realmente sólo el mundo físico*.

Los mundos espirituales, con sus paraísos y sus infiernos, sus ángeles y demonios, sus dioses y Dios son productos de la imaginación creadora del hombre. No hay otro nivel, otra dimensión, un más allá desde dónde explicar, en dónde apoyar el mundo físico.

Sobre el origen del universo tenemos únicamente las teorías y los mitos producidos por el hombre. Sobre la constitución del universo tenemos los resultados de las observaciones hechas por el hombre y muy particularmente las sistematizadas con el método científico. A partir de estas últimas es posible conjeturar el origen de la vida, de las especies y del hombre como resultado de procesos de transformación y evolución que ocurren de acuerdo con la nomicidad inmanente del mundo físico.

Es el hombre quien proyecta sobre el único mundo real los mundos imaginarios de su invención. En el hombre, espejo falaz, el mundo único se multiplica en imágenes ficticias; pero es también en el hombre, espejo fiel, donde el universo se vuelve ciencia y conciencia de sí mismo. Para que el hombre sea lugar adecuado de este último acontecimiento (la autorrevelación del universo), la observación debe prevalecer sobre la imaginación, la razón sobre la fantasía, el intelecto sobre la emoción.

He aquí, pues, como un diamante negro, la idea central y fundamental acerca del universo: *existe realmente sólo el mundo físico*, con sus facetas: *materialismo, naturalismo, inmanentismo* y sus esplendores: *evolucionismo, racionalismo, científicismo, antropocentrismo y ateísmo* (especialmente en su forma déista inmanente).

Este diamante negro es falso y antiguo. Tan antiguo como su refutación.

Decir que existe realmente sólo el mundo físico es igual a decir que existe realmente sólo el mundo real, lo cual, además de ser tautológico, permite tautologías paralelas (existe idealmente sólo el mundo ideal; existe imaginariamente sólo el mundo de lo imaginario, existe

musicalmente sólo el mundo de lo musical...) y nos puede llevar a decir que existen muchos mundos cada uno según su especie.

Refulge el diamante contra este ataque: el mundo físico es independiente del hombre, mientras que los demás mundos son producidos por el hombre, quien es parte del mundo físico. Son mundos derivados que el mundo real ha secretado por una glándula de cristales llamada hombre. Son mundos de segunda categoría, espectrales y anémicos, precarios mundos contingentes que el mundo real ha supurado por una llaga llamada hombre.

Son mundos de mala imitación, conjuntos de deformados *eidola*, excrementos ópticos y acústicos que el mundo real trasiega por esos ojos y oídos suyos que se llaman hombre.

Todo esto equivale a decir que un ente del único mundo real fabrica imágenes, imágenes que se van acumulando y organizando en mundos ficticios capaces de reflejar más o menos adecuadamente la realidad. De todos esos mundos ficticios, el más fiel en su función especular es la ciencia; lo conocemos por el método con que ha sido producido y por la eficacia de su prueba práctica en la tecnología. Los otros mundos ficticios, provistos de baja fidelidad especular, o carentes de ella, no son inútiles, tienen otras virtudes relacionadas con la supervivencia del hombre.

Oscilan, pues, los mundos ficticios entre el reflejo fiel y la invención arbitraria.

Cabría pedir precisiones al diamante negro sobre criterios de fondo para distinguir entre reflejo e invención y trazar los límites en cada caso particular, así como para distinguir entre fiel y arbitrario; para muestra de la problematicidad a considerar, un solo ejemplo: uno de los mundos «ficticios», el de las relaciones matemáticas, no es reflejo de nada «real», ni es inventado, ni es arbitrario.

Cabría pedir eso y mucho más para poner en aprietos al diamante y hacer parpadear sus fulgores, pero preferimos ir al centro. El hablar de mundo real y mundos ficticios supone un sujeto que los trasciende y ante el cual aparecen como algo heterogéneo; supone la alteridad,

supone lo otro que el mundo y que los mundos. Supone una exterioridad tajante, absoluta. El hablar supone sentido además de ser, *logos* además de *on*, dualidad, aun después de toda dialéctica. Con esta sola consideración rómpase el diamante. O déjese de adorno barato para mujeres ligeras, juerguistas y mercaderes de revolución.

Pero una idea no se debilita por refutación. Si se alía a una convicción, o a otros intereses irracionales, puede tornarse invulnerable a toda argumentación lógica, a toda prueba científica, a todo sano escarmiento. Es lo que ha pasado con la idea de que existe realmente sólo el mundo físico. Se ha convertido en fundamento de una antirreligión o arreligión: Si existe un solo mundo todo está relacionado, todo está unido con todo por vínculos de interdependencia, no hay nada que *religar*; no hace falta ningún pontífice que haga puente con el más allá porque no hay más allá.

Si no hay más allá no hay juez ni juicio, ni guía, ni amenaza ni ayuda, ni amor de origen metacósmico. «Si no hay Dios, todo está permitido», es decir, todo queda entre hombres, en familia, en la familia humana, la familia agonal y feroz de los atridas.

Mediante la instilación de esta idea, se quitan frenos a la bestia semidomada que habita en todo hombre; sólo queda el freno «real» de los otros, indirecto a través del condicionamiento creado por la aculturación, directo en los mecanismos de defensa del orden establecido, y volvemos a la ley de la selva, *homo homin lupus*, triunfe el más fuerte; o a la ley de los débiles; únanse los muchos oprimidos contra el dominador y hagan un orden social sin puesto para el dominador. Cuestión de poder. *Recht hat wer Recht durchsetzen kann*.

No hace falta mucha imaginación para representarse el efecto de esta idea sobre los americanos, pero especialmente sobre los pardos: el impulso de ascenso, superación y mejoramiento de los pardos, tan útil, tan motor dentro del sistema colonial con su laberinto de barreras étnicas, sociales, económicas, religiosas, tan europeizante, vale decir tan humanizante, con su alambique de retardos y aplazamientos, el impulso de los pardos hacia el poder mascaba con esta idea falsa, pero corrosiva, reventaba sus frenos metafísicos.

Esta idea de la soledad del mundo (puesto que todo otro mundo es considerado excreción humana, cultura *ergo* natura, pues su origen, el hombre, es natural; puesto que todo otro mundo es paradójicamente intramundano), esta idea de la soledad del mundo se acompaña íntimamente, en la Europa segunda, con la idea que vamos a considerar de seguidas y la alimenta.

b) La idea central y fundamental sobre la sociedad humana podría formularse de la siguiente manera: *la sociedad humana puede ser cambiada intencionalmente (es manipulable) y ha de ser cambiada (es manipulanda) en función de fines humanos.*

En realidad, son dos ideas distintas, pero suelen andar juntas, tanto así que muchos no logran separarlas.

En varia medida todos los entes del mundo son manipulables y manipulandos. La medida varía de acuerdo con el progreso científico-tecnológico y el bien humano respectivamente.

Toda organización social es producto histórico contingente, sometido a leyes —es cierto—, pero las mismas leyes posibilitan otras variantes que se evidencian ante el ojo lúcido de la ciencia y se realizan bajo la diestra mano de la tecnología.

Lo sagrado es producto inconsciente de la ignorancia o de intereses grupales o de la una y de los otros. Mito y rito pertenecen a un estadio infantil de la humanidad; en su momento fueron respuestas útiles a problemas sociales, pero corresponden a un nivel de ciencia y autoconciencia ya superado. No hay misterio que la investigación científica no pueda desentrañar, no hay problema que la razón bien informada y bien dirigida no pueda resolver, si la solución está dentro de lo posible.

El aumento del conocimiento científico acelera los procesos de desacralización, desmitificación y secularización tanto en la naturaleza como en la sociedad; el progreso tecnológico posibilita de manera creciente el manejo racional de los asuntos humanos.

El poder político no pertenece a nadie por derecho divino porque no hay Dios: es de quien puede tomarlo en el marco de las relaciones

de fuerza de la sociedad. La ciencia política permite entenderlo, la tecnología política ayuda a conquistarlo y mantenerlo. Lo que pueda quedar de misterio, de miedo mágico, de carisma —a pesar de la creciente ilustración educativa— no es sino un factor más a considerar y manipular en el juego del poder.

El panorama queda despejado para toda revolución, para toda utopía.

¿Y qué valores orientan el sentido del cambio social deliberado, intencional, dirigido? El cambio social debe dirigirse hacia formas de organización que satisfagan las necesidades y aspiraciones del hombre. Las necesidades y aspiraciones del hombre pueden expresarse, resumiéndolas, en tres palabras: supervivencia, seguridad, placer. Las formas de organización propuestas como mejores se pueden también resumir en tres palabras: democracia, socialismo, fascismo. En cuanto a los instrumentos de gobierno, también son tres las palabras que los expresan en resumen: epistemocracia, tecnocracia, burocracia.

Tres trinidades. Es decir, en cada caso, son tres aspectos de lo mismo. Esta unidad es fácil de percibir en la primera trinidad (supervivencia, seguridad, placer) y en la tercera (epistemocracia, tecnocracia, burocracia); pero no pocos tendrían dificultad para verla en la segunda (democracia, socialismo, fascismo). Sin embargo, la observación y la reflexión evidencian que cada uno de los sistemas está presente en los otros dos, que se trata de tres variantes de lo mismo, que en los tres la participación auténtica de los ciudadanos está mediatizada por la omnipresente manipulación, que un aparato supraindividual cada día más impersonal y más mecánico gobierna las vidas de los hombres no en función de ellas, sino de las compulsiones del sistema.

Antiguos sabios debieron conocer la empresa social secundeuropea, porque en la tradición de muchos pueblos llega hasta hoy un rechazo expresado en mitos como el de Babel y el de *Golem*, y en sentencias sagradas como la que aparece en la imprecación de Ezequiel al Príncipe de Tiro: «Eres hombre y no Dios» (Ezequiel, 28.2).

La falla no está en la ciencia ni en la tecnología —son parte integrante legítima de Europa— sino en el olvido de la trascendencia ética, en el tratamiento de lo humano como facticidad, aunque ese tratamiento mismo no sería posible sin trascendencia, pues paradójicamente la presupone tácitamente para poder existir.

La contradictoria concepción de la sociedad humana como manipulable y manipulanda, por parte de quienes pertenecen a ella de lleno según su propia posición inmanentista, no pierde fuerza con la interna contradicción lógica, pues la mayoría de la gente no piensa mucho ni tiene escrúpulos de coherencia y acepta fácilmente las ideas que sirven de vehículo al deseo.

Las sucesivas oleadas de pensamiento que arrancan de esta doble idea central y fundamental han hecho estragos en América, sobre todo porque coinciden con la derrota y desmembramiento del mundo hispánico. Los criollos se dividieron. Los pardos cayeron en la ilusión de creer que la toma del poder político los volvería *ipso facto* criollos y que lo más importante en la vida es el puesto que se ocupa en sociedad, *ergo* escalar o igualar o escalar para igualar o igualar para escalar.

Agréguese el siguiente ramillete de ideas florecidas sobre las anteriores.

c) La libertad concebida como liberación de restricciones morales tradicionales, especialmente liberación sexual.

La tradición fundamentó la estabilidad social sobre la familia monogámica y el hogar patriarcal santificados como célula de la sociedad, garante principal de la formación virtuosa de las nuevas generaciones, sobre el respeto a la mujer soltera como virgen y a la casada como madre y matrona. Para salvaguardar la pureza de la familia contra acechantes perversiones, la tradición toleró una institución marginal paralela, la prostitución, como concesión desahogante a lo incontenible animal en el hombre y como asilo de ninfómanas congénitas o imbéciles éticas para las cuales la virtud es una carga demasiado pesada.

La Europa segunda pretende oficializar el «amor libre», imponiendo a todas las mujeres, como señal de modernidad, lo que antes era deshonra y baldón de unas cuantas. Al matrimonio lo concibe como contrato civil rescindible cuando no de prueba o a plazo fijo, con cláusulas que permitan reclamaciones legales, en el mismo nivel que los contratos de compraventa, de alquiler y de trabajo, donde la palabra empeñada, el sacramento y el honor son sustituidos por compromisos seculares cuantificados, estipulados en códigos de regateo tribunalicio. La mujer *liberada* por esos medios pasa primero a ser objeto sexual y luego esperpento ridículo, payaso moral cuando se la coloca frente a la dignidad reposada y el noble sosiego de una equilibrada matrona tradicional, esposa de un solo hombre y madre abnegada.

Sufren los hijos las consecuencias —a pesar de los esfuerzos que hace el sistema para sustituir la familia por guarderías, escuelas progresivas, internados con «personal especializado»—, crecen cachicornetos para convertirse en pasto del psicoanálisis, del hippismo, de los orientalismos, de la droga, de la delincuencia juvenil, o, caso de éxito, en conformistas catatónicos, adaptados a la maquinaria imperante.

En América, los ardores del trópico prestan a esta concepción un sesgo lúbrico en sus ataques contra la moral tradicional.

La libertad de expresión, por su parte, se concibe con frecuencia como impunidad para el denuesto, el sacrilegio, la calumnia, la pornografía, el vandalismo verbal con nombre de poesía, la saña iconoclasta. La libertad política se interpreta a menudo como patente de corso para el desorden, la agitación artificial, la tropelía, el bochínche, la vulneración del principio de autoridad.

No hace falta continuar describiendo las variantes secundeuropeas de esta idea con sus sesgos tropicales. Baste señalar algunas. Están todas a la vista. Pasemos a otra idea.

d) La idea de igualdad. Ninguna como ésta repugna tanto al sentido común; ninguna es tan débil como ésta frente a un análisis

lógico. Apartando la igualdad específica de orden biológico y la igualdad implícita en los denominadores culturales, ambas por matizar, los hombres no son iguales por naturaleza. Biológicamente, cada uno recibe una combinación particular difícilmente repetible, del *pool* genético. Culturalmente, cada generación se alumbra con soles y constelaciones diferentes, y cada hombre se orienta por las luces y sombras que le tocan según su perspectiva. Biográficamente, el encadenamiento de accidentes, incidentes, peripecias, percances, aventuras, desventuras, éxitos, desilusiones que ocurren a cada individuo, sobre todo al comienzo de la vida, en los años más plásticos, le confieren una forma particular de condicionamiento, una figura de sensibilidad, un rostro psíquico diferente.

La idea secundeuropea de igualdad no corresponde, no puede corresponder, a realidad alguna en el campo de lo humano. Corresponde a una aspiración, saca su fuerza de una aspiración: ¡sean los derechos y oportunidades iguales para todos!

Aspiración absurda si se presenta así, en abstracto. No se puede concebir, no se puede imaginar, ni aun en el delirio utópico, una organización social que ofrezca iguales derechos y oportunidades a todos sus miembros. La sola distribución espacial haría variar las oportunidades. La sola distribución de roles haría variar los derechos. Se puede concebir un mundo homogéneo de entes idénticos con relaciones topológicas equivalentes, pero habría que suprimir el tiempo, porque el antes y el después crean diferencias. Luego habría que considerar si la pluralidad misma de entes idénticos no los diferencia por separación y no sería mejor reducirlos a uno solo sin tiempo, sin espacio, sin forma, sin cualidades. En todo caso, desde un principio, tal mundo sería inhabitable para hombres de carne y hueso. Detrás de la aspiración secundo europea a la igualdad ¿se esconderá una locura matemática, un anhelo anabático de Dios, de raigambre neoplatónica, un desvarío místico que se ignora a sí mismo?

Pero no. Debemos creer que detrás de la aspiración a la igualdad hay un deseo de justicia social que no quiere realizar un ideal,

sino suprimir o por lo menos menguar diferencias sociales arbitrarias, privilegios injustificables que cierran a la mayoría de los hombres el acceso a los bienes de la cultura y les impiden sus potencialidades, no permitiéndoles ni siquiera participar en la toma de decisiones que directamente los afectan. En tal caso no se trata de una aspiración a la igualdad. Es la lucha por sacudirse un yugo humillante, la lucha del oprimido contra el opresor; es lucha por respiración, a menudo violenta, mortífera, y el reclamo de igualdad es arma ideológica casi superflua.

Se trata de un movimiento primario de supervivencia, con hondos impulsos biológicos y metafísicos, no ligado necesariamente a idea alguna.

Sin embargo, aquí no termina la cuestión. Si la aspiración a la igualdad vehicula ideológicamente el reclamo de justicia social, ¿por qué es oficial en la Europa segunda? El carácter oficial de la idea de igualdad así interpretada resulta sospechoso en un sistema que ha multiplicado las diferencias, las opresiones y las represiones. El modo de producción industrial obliga a un aumento de la especialización en todos los campos. Los hombres se convierten en pedazos de hombres acondicionados para ser elementos de una maquinaria inhumana. El acondicionamiento comporta la negación del desarrollo armónico e integral de la personalidad e incluye amputaciones psíquicas, estigmas mentales, deformaciones físicas ante las cuales las amputaciones y estigmas rituales de los salvajes, sus cortaduras iniciáticas resultan ameno juego ornamental asimilable a las artes cosméticas. Piénsese en las deformaciones necesarias para «formar» un obrero especializado de la industria bélica, un alto ejecutivo, un astronauta, un atleta olímpico, un virtuoso, un científico social, un candidato presidencial, un comisario político, un escritor de telenovelas... y los muchos que es menester deshacer y echar a perder irreversiblemente para acondicionar *comme il faut* a unos cuantos. Piénsese también en los que no participan en las grandes competencias selectivas y sufren día a día, de vacación a vacación, como una

enfermedad crónica incurable la rutina del trabajo enajenado, con sus distrofias, displasias y dispepsias.

¿No estaremos ante un mecanismo de distracción anestésica? El modo de producción industrial de la Europa segunda —bajo signo democrático, socialista o fascista— necesita formar hombres adecuados a él, en función suya, y para tal efecto recurre a una horrible cirugía que se llama, no en vano, formación del *material humano*, mientras dirige la conciencia de sus víctimas hipnóticamente hacia las «desigualdades e injusticias» de la sociedad tradicional explicando el dolor como proceso de curación, saneamiento y progreso.

Esto junto con otras distracciones igualmente hipnóticas, a saber: los *gimmicks and gadgets*, la pornografía, la violencia, los *booms* literarios, y la politiquería como ilusión de participar en el gran juego. ¿Es eso?

Sin embargo, hay una interpretación de la igualdad humana que coincide con la esencia de la civilización industrial: la que consiste en considerar a todos los hombres como *material humano* indiferenciado, como masa amorfa a partir de la cual el sistema forma, produce los *tipos* de hombres que necesita para funcionar y crecer. Un tipo de individuos homogéneos para cada fase y cada aspecto del proceso industrial. Cada tipo con un nivel de consumo *ad-aequado* a las necesidades del sistema por medio de inclinaciones, preferencias y aspiraciones manipuladas. Contabilidad compensatoria del esfuerzo y del placer, pues el hombre es concebido como animal evolucionado capaz de trabajo productivo y consumo gozoso. Así resulta que la aspiración a la igualdad busca adecuación trabajo-consumo, de momento por niveles; en el límite, si así conviene al sistema, en un nivel único. Quedaría la injusta diferencia entre manipulados y manipuladores, pero sólo en apariencia y sólo para un observador desprevenido: los manipuladores son manipulados por el sistema, hacen un oficio como cualquier otro, según la voluntad del sistema. Así todos quedamos en la misma familia bajo la protección

de nuestro padre el *golem* industrial, racional, imperial, que nos trata a todos como a conceptos matemáticos, con delicada simetría.

En América esta idea ha caído en la boca de los demagogos y el golpe de tan honda caída —honda a pesar de no venir de muy alto— la ha sesgado para significar que todo hombre por el solo hecho de ser hombre tiene derecho a tener lo que tiene el que más y a ser lo que es el que más, sin que para ese efecto medie esfuerzo alguno.

El demagogo no presenta los derechos en general como algo por conquistar según el principio clásico aquel de que *nihil sine magno labore dedit deus mortalibus*, sino como algo a recuperar de mano de los perversos que lo han enajenado con malas artes. Según esa línea de agitación, para ser y tener como el que más, basta hacer violencia a la sociedad tradicional y a sus valores. No ven que la revolución los viste de novia para el *golem* y que lo que pretenden destruir es su última defensa. Se parecen a esas niñas de virtud complaciente a quienes los donjuanes adocenados seducen con la idea de que la virginidad es un prejuicio burgués que es necesario romper para ingresar, con salto dialéctico, a la intelectualidad, al arte, a la modernidad y a la elegancia.

El sistema industrial desarrollado —democrático, socialista o fascista— no se perfila en el horizonte futuro con su rostro verdadero, sino bajo la guisa de Estado protector y estimula el anhelo de satisfacción infantil. Garantía de parto feliz, educación, sueldo, entretenimiento, medicina, larga vida (todavía no han osado prometer la inmortalidad), vejez asegurada, pompas fúnebres. ¿A cambio de qué? De nada. Es algo que se les debe. Son derechos innatos. Claro está que por los momentos es necesario participar en la destrucción, por las buenas o por las malas, de la sociedad tradicional y de sus valores.

Estas promesas de un *pays de cocagne* se ven favorecidas por la Declaración Universal de Derechos Humanos ampliamente difundida por los corifeos de la Europa segunda. Contiene, es cierto, restos de cristianismo, pero es media declaración. Le falta la

mitad. Tiene que ser completada por una Declaración Universal de Deberes Humanos.

e) Otra idea nefasta es el relativismo axiológico, especialmente en sus consecuencias sobre el sentido de responsabilidad. Veremos, sobre todo, este aspecto. Los valores que orientan el juicio y la conducta del hombre se consideran relativos a su condición biológica y a su condición social. La idea no es nueva —fue ya explorada por los pensadores de la antigüedad clásica—, pero en la Europa segunda forma parte de la ideología oficial aunque no se formula a menudo directamente.

El bien y el mal dependen de la cultura, de la época, de los lugares, de la edad, de las circunstancias inmediatas. No hay asidero permanente para el juicio ético; si alguno hubiere, deberá buscarse por el lado de la biología.

La conducta humana puede y debe explicarse científicamente tanto en lo individual como en lo colectivo. El presupuesto de base consiste en considerar al hombre como animal social evolucionado hasta el punto de crear cultura. Naturaleza y cultura, los dos polos del hombre. Entre los dos, los cambios orgánicos que modificaron sus relaciones sociales, y éstas que confirmaron aquéllos y los influyeron y viceversa en un juego dialéctico.

Para comprender al hombre, pues, de un lado las ciencias biológicas, del otro las ciencias sociales, incluyendo la psicología científica. También se usa el término *ciencias de la conducta*.

Los diversos factores que determinan la conducta del hombre constituyen configuraciones que se encuentran en perpetuo cambio. En un momento dado una comunidad dada tiene un código moral dado. Bueno es lo que se hace según ese código. Malo es lo que se hace contra ese código. Hay períodos de transición, conflicto de valores, surgimiento de nuevos códigos. ¿Cuáles son las características, las causas, el sentido de esas transformaciones? ¿Se rigen por leyes? ¿Hay invariantes, hay estructuras universales? Esas y muchas otras preguntas son tema de investigación científica.

Los problemas morales de orden personal —las dudas, las fallas, la angustia, el temor, los escrúpulos, el arrepentimiento— encuentran explicación en traumas prenatales o infantiles, en la inevitable violencia de la aculturación, en las experiencias iniciales del niño con adultos importantes para él, en la educación, en el medio social, en factores hereditarios, en los problemas que está viviendo la sociedad, en el lenguaje, en la falta de conocimientos.

Una sociedad donde la ciencia ocupa lugar preponderante no puede juzgar el delito, el crimen con el rigor obscurantista de épocas precientíficas. El delincuente, el criminal no deben ser castigados. Si consideramos las cosas científicamente nadie es culpable; la palabra *culpa* tiene un sabor medieval cuando quiere decir socialmente punible y no designa sólo un estado subjetivo, un problema de funcionamiento del aparato psíquico. No, no deben ser castigados; deben ser estudiados, sometidos a tratamiento médico en clínicas especializadas.

Los pecados capitales (*pecado*, otra palabra precientífica olorosa a incienso y a confesionario), en la medida en que perturban el funcionamiento de la maquinaria industrial, porque disminuyen la eficiencia de los productores, o su capacidad de consumo, o entran los engranajes de las relaciones sociales, deben ser combatidos con recursos farmacológicos; pero en la medida en que lo favorecen deben ser estimulados sub y supraliminalmente a través de los *mass media*, y auxiliados con psicofármacos.

Y así llegamos al llegadero de toda la idea. Lo importante, lo sacrosanto, lo valioso para la Europa segunda es el metabolismo del sistema industrial; de allí salen los imperativos de todo orden y sus variantes. Una sociedad en función del sistema y no del hombre. Ciencia y técnica al servicio de la industria. Hay una diosa que se llama Gran Industria con muchas advocaciones: Progreso, Desarrollo, Modernidad, Tecnología, y el sacerdocio se llama manipulación.

En Iberoamérica, la Gran Industria ejerce una gran influencia porque tiene terminales de alimentación y descarga, bocas voraces y anos abrumadores, pero no se ha instalado.

La aspiración máxima de los europeos segundos de América, la aspiración única quizá, es la instalación plena y definitiva de la gran industria en la región, con todas sus consecuencias. Pero hace falta una preparación del *material humano*; hay que ablandarlo para que se preste dócilmente a las transformaciones de que será objeto para adaptarlo al sistema de vida industrial. La idea de relatividad moral es uno de los ablandadores, prepara las conciencias para soportar las tensiones, cortes, galvanizaciones, servidumbres futuras.

Dos efectos principales, en resumen, de la idea de relatividad de los valores morales al infiltrarse corrosivamente en la conciencia. Uno directo: el relajamiento de las buenas costumbres, de la voluntad de trabajo, del deber, del honor y, sobre todo, del sentido de responsabilidad puesto que éste se puede siempre exteriorizar atribuyendo a la conducta causas exógenas científicamente estudiables, con desprecio estadístico de las fuerzas morales. Otro indirecto y complementario: la adopción progresiva de una nueva ética, la ética del éxito, secularizada y utilizada, con recompensas que se miden en el grado de importancia de la imagen externa y en el *quantum* del poder de consumo.

IV. *Conducta mantuana*

1. *La rebelión de los pardos*

Hemos descrito las dificultades de primero y de segundo géneros que están en el origen de las vicisitudes de la *paideia* americana. Hemos encontrado que las de segundo género son mucho más graves que las de primer género porque desequilibran el sistema al fomentar la subversión del orden establecido y estimular la rebelión de los pardos, quienes en gran parte ya han dejado de comprender que el acceso a los niveles más elevados de la cultura europea compromete el esfuerzo de muchas generaciones y, enloquecidos por la penetración económica e ideológica de la Europa segunda han emprendido acciones políticas y adoptado formas varias de violencia con el objeto de tomar por asalto los comandos supremos del sistema, sin comprender que de esa manera destruirán aquellos mismos bienes y virtudes hacia los cuales los impulsa su legítimo anhelo de participantes en una gran *paideia*.

Ahora bien, el poder en mano de pardos advenedizos no puede traer sino caos y destrucción. Primero, porque no han sido iniciados en el sentido íntimo de la cultura; manejan sus manifestaciones exteriores, sus símbolos, como objetos naturales sin comprender el multiseccular esfuerzo creativo que los produjo ni el espíritu que los inerva de significación. Segundo, porque tienden a considerar el poder como botín, como reparto de despojos; siendo semicultos,

no encuentran en sí mismos los esquemas axiológicos indicadores del uso de las palancas de comando y las hacen servir a fines incongruentes; no habiendo gobernado antes, entienden más de los privilegios que de la responsabilidad; no habiendo interiorizado el bien común, se interesan sobre todo por las ventajas personales y clánicas, por el tener y el disfrutar, por el derecho al desmán y al desplante. Y tercero, porque en virtud de lo anterior, no logran consolidarse en el poder ni cohesionarse; presa de mezquinas rivalidades y ridículos sectarismos, de la desmesura, del orgullo y la codicia se enredan en insidias, intrigas, resentimientos, conspiraciones; se dividen, se subdividen mientras se multiplican los aspirantes a la suprema magistratura, se suceden unos a otros a menudo por vía sangrienta en el ejercicio de un poder que les dura de acuerdo con el grado de astucia, de crueldad y de capacidad para traicionar a la patria ante intereses extranacionales.

2. La dignidad de los criollos

Ante ese estado de cosas, ante las tendencias disolventes que siguieron a la independencia de nuestros países —vale decir, sin desmedro de la independencia, a la derrota y desmembramiento del mundo ibérico—, nosotros los criollos, los europeos primeros de América, los leales a la tradición de nuestros gloriosos ancestros, los maestros de la *paideia* americana, no hemos rehuido el desafío de las nuevas circunstancias. Hemos definido nuestra identidad, nuestra tradición, nuestro patrimonio y nuestra obra con diversas líneas de acción, expresión todas, aun las débiles, de que somos alguien y no algo, personas con entidad autónoma autoconsciente y no masa amorfa a la disposición de los manipuladores. Hemos combatido dignamente y, si bien hemos perdido batallas importantes, no hemos sido derrotados; no pocas veces se sorprende el enemigo al ver alzarse nuestras banderas, victoriosas, en territorio que creía conquistado.

Cabe señalar, como circunstancia favorable, que la vieja Europa occidental sigue siendo Europa, a pesar de la Europa segunda activa en su propio seno y a su alrededor, porque conserva poderosamente su tradición y compensa, contrapesa, contesta la aberración industrialista. Aunque no haya logrado suprimirla, se yergue en la cuádruple dimensión de sus principios y mantiene abierto el ámbito de libertad, creatividad y humanidad que la caracteriza. Recordemos que ni la ciencia ni la tecnología son ajenas a Europa, al contrario, le pertenecen. La aberración de la Europa segunda no consiste en la existencia de tecnología y ciencia. La fuente de la aberración es la creencia en la soledad del mundo, la negación de toda trascendencia metafísica. Y las dos vertientes opuestas y complementarias de la aberración son, primero, el sobreestimar al hombre atribuyéndole poderes que no tiene, lo cual lo ha convertido en un realizador de mezquinas utopías racionalistas —para hacerle reconocer sus límites el profeta dijo «Eres hombre y no Dios»— y, segundo, el subestimar al hombre reduciéndolo a la condición de cosa manipulable —un nuevo Ezequiel para hacerle reconocer su dignidad le diría «Eres hombre y no cosa»—. Sin embargo, al hombre en quien se ha cerrado el ojo de la fe le quedan dos caminos, la desesperación o la utopía antropocéntrica con reificación de lo humano; pero el segundo desemboca en el primero.

La Europa segunda escogió la utopía. Tratándose de una civilización, los ciclos históricos son largos. Nosotros no creemos en la soledad del mundo; de ahí viene nuestra fuente de seguridad ante el asedio largo de una civilización sin fe.

3. Líneas de acción

Sobre este fondo conceptual, en el marco cultural de la Europa occidental cristiana, con referencia metacósmica, pasamos a describir las diferentes líneas de acción que hemos seguido, estamos siguiendo, seguiremos, en la defensa de nuestra América.

a) Fin-de-mundismo

Comencemos por la más débil, vista desde ahora, pero importante por la interioridad que revela. Es la de retroceder escandalizado y espantado al último refugio, en la creencia de que ha llegado el fin del mundo, pues los acontecimientos se prestan a una interpretación apocalíptica. Desde fines del siglo XVIII se fueron sucediendo las calamidades de trono y altar, pilares de la estabilidad social. Llegaban noticias acerca de hombres implacables que con zapato negro de hebilla especular pisoteaban los símbolos sagrados y convertían las iglesias en establos. Se supo que los tribunales y cárceles de la Santa Inquisición habían sido maltratados por las tropas del Corso. Penurias de la madre patria. Confusión de lealtades en las horas iniciales de la independencia. No era el cambio lo que aterraba, ni el combate; nuestros ancestros combatieron sin tregua durante siglos y cambiaron de continente. Era lo sacrílego. El findemundismo revela la asistencia de un núcleo axiológico poderoso, dotado de gran sensibilidad, capaz de reacciones ante las circunstancias y acontecimientos que lo ponen en peligro. Hay la conciencia de tener un patrimonio precioso. Esto es importante en grado sumo, porque es esa capacidad para reaccionar —llevada a la desesperación en el fin-de-mundismo— la que alimenta las otras líneas de acción suministrándoles impulso emocional.

Obsérvese que el escándalo y espanto del findemundismo vuelven a aparecer cada vez que hechos odiosos de orden inmoral afectan la conciencia colectiva. Es grito de alerta y alarma, llamado al acuartelamiento, toque de rebato. Nadie se burle de las almas sencillas que se santiguan ante el mal y se amparan en las promesas del más allá.

b) La brasa bajo la ceniza

Cuando en el tumulto polifónico de las ciudades se produce un piano súbito suele oírse la melodía discreta de una oración; está siempre allí, siempre hay alguien que reza. Los momentos de calma en la cotidiana agitación permiten descubrir la vigencia

de sólidas virtudes; no compiten nunca con el ruido de la publicidad, pero están siempre allí.

La línea de acción básica consiste en tratar de ser verdaderos cristianos, cultivar la hombría de bien, cumplir con los deberes. Así la propia vida diaria se convierte en testimonio y ejemplo, las acciones hablan. No hace falta intervenir directamente en los asuntos públicos, meterse a político, ni combatir retóricamente el mal. Basta vivir con dignidad, educar a los hijos en el seno de la familia para que lleguen a ser buenos ciudadanos. La experiencia demuestra que quien ha tenido una buena formación hogareña mantiene siempre erguida la columna vertebral del espíritu.

Si los tiempos se vuelven muy difíciles, debe aceptarse una posición modesta, marginal, escondida, como la brasa bajo la ceniza; ya vendrán otros amaneceres y se cantarán nuevos himnos; nosotros no determinamos el curso del mundo. Mientras tanto y siempre está el otro como persona que reclama mi ayuda; no el prójimo teórico de los hipócritas, ni el prójimo colectivo de los agitadores de oficio sino ése, individual, que tiene la cara del extranjero, de la viuda y del huérfano, ése que me habla por las hendijas de los condicionamientos y las motivaciones socioculturales; ése, finito, que se comunica conmigo, finito, a la sombra de un tercero infinito.

Pero esa conducta básica de brasa bajo la ceniza, esperando el alba de un nuevo día y la activación de los fogones, no agota nuestra acción, es sólo su nivel mínimo. También de noche hacen falta fogatas. Por lo demás ese despectivo «meterse en política» se refiere únicamente al oficio vil de los demagogos profesionales y a la gestión ridícula de los componemundo, no a la participación responsable y seria en los asuntos públicos. Ésta constituye un deber que hemos asumido plenamente, como vamos a mostrar.

c) Control de la educación

Siempre nos ha parecido importante la educación, pero no sólo la hogareña, tan fundamental, sino también la escolar sistemática

porque las nuevas generaciones deben recibir, además de información científica y habilidades y destrezas técnicas, también formación moral y cívica mediante el cultivo de las virtudes tradicionales.

Desgraciadamente, el Estado laico nos empuja y oprime sin cesar. Ya nos ha hecho perder posiciones importantes; pero la batalla no está perdida; controlamos gran parte de la educación privada y aún en la educación pública conservamos enclaves significativos. Los colegios privados nos permiten educar a quienes están en mejores condiciones para asumir la dirección de los asuntos públicos y en todo caso para influir poderosamente en la toma de decisiones. Nuestra contribución al mantenimiento del equilibrio social y al mejoramiento general de las condiciones de vida por vía oficial queda así garantizada. Pero insistimos en conseguir subsidios del Estado para extender nuestra influencia porque comprendemos que también nos compete, y en forma especial la educación de los menos favorecidos por la fortuna, so pena de que se pierdan en la mera instrucción de las escuelas laicas donde se descuida el alma de los niños y adolescentes, tan necesitada de comprensión y dirección espiritual.

Tampoco debe olvidarse que los colegios privados sirven, de manera adecuada y legítima, como centros de comando en la lucha ideológica y política que nos toca librar sin tregua.

d) Monarquía

Siempre hemos comprendido que el poder sólo es verdaderamente respetable cuando es sagrado y sobrehumano. El jefe verdaderamente respetable viene de un plano superior o mantiene comunicación privilegiada con ese plano. En la orfandad de ese poder y de ese jefe los hombres, falibles, se disputan un poder conquistable sin carisma y sin gloria; no así los ungidos de las familias reales a quienes es inherente la majestad desde la cuna.

Por eso, tan pronto como surgieron las nacionalidades americanas por fragmentación del imperio en guerra de independencia, emprendimos en toda Europa la búsqueda de miembros de casas reales que vinieran a gobernarnos como monarcas por derecho divino.

Lamentablemente, las gestiones de nuestros enviados no llegaron a feliz término. Las dos ocasiones en que a nuestra reiterada diligencia correspondió una situación de hecho, ésta no se mantuvo.

También intentamos sin éxito la constitución de casas reales americanas.

Las circunstancias del momento histórico reprimieron nuestra poderosa vocación monárquica y no le permiten manifestarse sino de manera indirecta y travestida.

Esta es una de las desgracias de nuestra América, porque a falta de rey la nostalgia de un poder sagrado crea por todas partes figuras reales trasnominadas a las que sostiene por corto tiempo el anhelo dividido de la comunidad. A falta de un rey verdadero, reyezuelos de caricatura, pero también reyezuelos auténticos en todo menos en la investidura, la unción y el carácter vitalicio, hereditario; aunque vemos que la tendencia inmarcesible va hacia allá y tal vez lo logre algún día, siempre con ayuda de un plano superior.

La aristocracia de sangre es buena y necesaria universalmente porque simboliza y escenifica socialmente la naturaleza humana con sus niveles, sus posibilidades de intensificación, su esperanza de gloria; porque refleja el estado de cosas en el universo entero; y porque crea un tope a la ambición de poder, tan propensa a caer en desmesura, y al poder real mismo lo congela ante Dios.

e) Dictadura teocrática

Pero en nada nos avanza la nostalgia por Philippe le Bel y Clemente V. Es necesario hacer frente a la situación objetiva tal como se presenta. En vista de que no se dio el tan deseable régimen monárquico americano, nos transamos por una solución aproximada: la dictadura teocrática.

Véanse las cosas de la siguiente manera: al terminar la larga guerra de independencia, guerra sangrienta, fratricida —a menudo ambigua por el conflicto de lealtades, los cambios de campo, la confusión ideológica, el despertar de locas ambiciones, la cadena

de odios y venganzas personales, la violación sin precedente de tabúes—, el principio de autoridad quedó disminuido, las estructuras civiles administrativas dislocadas, el respeto a la persona humana quebrado, mientras crecía el caudillismo con proliferación lujuriente de cabecillas locales arbitrarios. Desencadenados los demonios ancestrales de la especie humana en general y los de nuestra raza en particular, nuestras embrionarias naciones, que no eran todavía estados sino restos de las divisiones administrativas de la colonia, amenazaban con disolverse en el bullir caótico de los pardos. *Pardo* a estas alturas, como fenómeno social, comenzaba a quitar el énfasis de su lado estrictamente étnico para poner a valer con fuerza su lado cultural y significar sobre todo semiculto, hombre en trance de transculturación, hombre que ya no guarda conexión umbilical alimenticia con sus por lo demás heterogéneos ancestros y en el cual, por otra parte, no han cristalizado todavía los valores y virtudes de la cultura que está adquiriendo. No puede exagerarse el peligro que corría entonces la *paideia* americana, ni la amenaza de exterminio que pesaba sobre el estrato social capaz de mantenerla.

Quedaban, sin embargo, dos instituciones jerárquicas, donde la disciplina ha sido siempre importante: el Ejército y la Iglesia. Esta última, de estructura garantizada; la otra, por su esencia, cualquiera que sea el descalabro sufrido, tiende a organizarse severamente mediante un escalonamiento de la autoridad. Sobre la horizontalidad policéntrica en *tohu-va-bohu* del estado de cosas general, se alzaba la verticalidad de estas dos instituciones.

Una sociedad no puede sobrevivir sin alguna forma de jerarquía y de disciplina pública, sin un poder capaz de imponer leyes. La forma que estaba a la mano era necesaria y resultó adecuada. Un caudillo, por lo general militar, domina a los demás con mano férrea e implanta el respeto a la autoridad y al orden con apoyo eclesiástico y se vuelve dictador discrecional para restablecer poco a poco las estructuras quebradas por la violencia y el desmán e instalar de nuevo la vigencia de un Estado de Derecho.

El dictador tiende a ser vitalicio y formar dinastía, aunque esto último no lo logra casi nunca. Adquiere perfiles reales. Una corte. Gestos de carácter aplaudidos por sus secuaces, brazo que no tiembla al ordenar ejecuciones. En su arreglo personal, las cachuchas, charreteras, cordones, correas, hebillas, cintas, sables, condecoraciones, amaneramientos de la voz, movimientos seguros, anteojos, botas, látigos, de alguna manera buscan llenar el vacío creado por la ausencia del manto y la corona, que no de la silla regia y del incienso.

Con anacronismo exasperante, los europeos segundos de América reprochan a los dictadores el haber conculcado la libertad, y a la Iglesia el haberlos apoyado.

Como son expertos en publicidad y propaganda, han logrado opacar los méritos nunca como se debe alabados de los dictadores. Pero un día vendrán historiadores serenos que sabrán ver y reconocer sin mezquindad los servicios prestados a la patria por esos benefactores calumniados.

En el siglo XIX los europeos segundos oscilaron en su apreciación de los dictadores según siguieran o no sus pedazos de ideología y en el siglo XX hacen lo mismo, pero con la variante de que, en casos especiales, se contentan con condenas póstumas. No se contradicen, porque su lógica no es de principios sino de intereses.

f) Participación en el juego democrático

Se nos ha presentado pelea en términos de constitucionalidad democrática y poder surgido de elecciones populares, universales, directas y secretas, y se ha pretendido de esa manera barrernos de la escena política dirigiendo contra nosotros la hostilidad de los pardos, acusándonos de enemigos del progreso, de oligarcas, de clase dominante y opresora.

No nos ha arredrado ese ataque. Disponemos de un repertorio ideológico suficientemente grande para elaborar una doctrina política *ad hoc* y contamos con las directrices de Su Santidad, quien

no ha olvidado los problemas sociales y ha fijado la posición correcta respecto a los problemas del mundo actual. Además, si se trata de recurrir al pueblo para alcanzar el poder, es necesario considerar que los cuatro siglos de *paideia* no han pasado en vano. Los valores cristianos viven en el seno del pueblo y si bien es posible confundirlo mediante la agitación demagógica, no es menos posible esclarecerlo con respecto a sus intereses más profundos y ofrecerle caminos para la solución de sus problemas dentro de un marco de respeto a la tradición, pues esto es factible y necesario.

Así, hemos fundado organizaciones políticas de orientación democrática y electoral con programas de acción plausibles y la participación de todos los estratos sociales.

No entramos en el detalle ideológico. No hace falta para los fines de esta descripción y, además, ha sido ampliamente divulgado.

Baste señalar esa diestra adaptación a los reclamos del momento histórico y el hecho significativo de que esas organizaciones nuestras, bajo la forma de partidos modernos y eficientes, se enraízan con fuerza en el pueblo y crecen saludablemente como fuerza política respetable y respetada.

En el tronco y más intensamente en las extremidades, el cuerpo de la militancia sufre de pruritos, ardores, escozores, enrojecimientos como reacción alérgica a tres males que lo amenazan sin cesar: la contaminación ideológica, el contagio metodológico y el olvido teológico.

En la cabeza, las preguntas álgidas migrañosas dicen ¿se puede triunfar en la democracia sin aceptar la corrupción inherente a este sistema? ¿La corrupción táctica afecta esencialmente la estrategia? ¿Puede lograrse un fin de naturaleza contraria a los medios empleados?

g) Participación en el juego revolucionario

Cada línea de acción compromete y expresa con particular fuerza alguno de los aspectos, cualitativo o cuantitativo, del complejo «nosotros», pero la polimorfia fenoménica no debe poner en

duda nuestra *monusía*. Un diamante no deja de ser uno por tener muchas caras. La línea de acción que compromete directamente un aspecto, implica indirectamente todos los demás, aunque haya superficial contradicción, incluso antagonismo y conflicto. En vez del «aunque haya» de la frase anterior, puede leerse también «mediante». Recuérdese esta circunstancia al considerar la línea de acción aquí tratada y las siguientes.

Un proceso revolucionario está ocurriendo en América, un proceso que acarreará el cambio radical de toda la estructura socioeconómica. Para muchos observadores, la revolución se hace contra nosotros. ¿Es así? Pudiera ser así y pudiera ser lo contrario. Más bien que se haga con nosotros y no contra nosotros.

Pero no es sólo esta mirada pragmática, interesada en la supervivencia por adaptación, lo que nos ha incitado a participar en el juego revolucionario. El cristianismo es una doctrina revolucionaria; lo sorprendente, lo que necesita explicación es cómo pudo asociarse con el poder político, cómo pudo volverse ideología imperial, cómo pudo convertirse en insignia de los opresores, en religión de la clase dominante. ¿Cómo? De la misma manera como el marxismo es ideología oficial de la nueva clase dominante y opresora en los países socialistas.

Es necesario distinguir de inmediato entre cristianismo y aparato eclesiástico; éste justifica la opresión y fomenta la dócil sumisión, pero en aquél no hay impedimento espiritual sino incitación a participar en las luchas de liberación. Incluso en las luchas violentas de liberación, en la lucha armada. Los movimientos revolucionarios son el látigo con que el Señor expulsó del templo a los mercaderes. Podrían ser la espada de Pedro restituida a su mano.

Esta situación revolucionaria pide un cambio radical en las estructuras de la Iglesia a fin de que no persista esa separación entre los intereses del pueblo cristiano y los compromisos del aparato eclesiástico con el poder establecido. Ya hay en el seno de la Iglesia un movimiento en esta dirección; ya se oyen las voces de prelados

y hasta de jerarcas identificados con la revolución social; ya hay mártires por participación en la lucha armada. No hay contradicción entre cristianismo y valor cívico; no hay contradicción entre revelación y revolución; no hay contradicción entre fe en Dios y fe en el hombre. El amor al prójimo exige compromiso activo, sin aplazamientos, con los humillados y reprimidos del régimen actual. Que no se mire nunca como anticristiana la lucha de liberación; la animan los valores cristianos rescatados de la más pura tradición.

Esperamos, queremos, ese cambio radical, trabajamos por él; pero si no llega a producirse, si continúa en el error la Iglesia oficial, tendremos el valor de ser cristianos al borde de ella, fuera de ella, sin ella, a pesar de ella, contra ella.

Además, no atentamos contra el principio imperial sino contra su anquilosada manifestación actual; somos capaces de concebir y gestar otras formas de Estado y de gobierno adecuadas a los intereses del hombre en general y no sólo de algunos hombres como ahora.

Tampoco se trata de suprimir el principio señorial, sino de extenderlo para que cada hombre pueda ejercer su creatividad individual no en rivalidad selvática con los otros, sino en solidaridad y colaboración.

No estamos contra la ciencia, manifestación máxima del principio racional, sino en contra de su apropiación por parte de una clase.

En la revolución representamos el principio cristiano auténtico y propugnamos en América una renovación total de Europa. Una renovación por el fuego. *Ignē natura renovatur integra.*

h) La toma discreta del poder

A pesar de los argumentos señalados en apoyo de la participación en el juego revolucionario y de los muchos otros que pueden aducirse, esa línea de acción no cautiva al grueso de nuestros efectivos; cautiva sobre todo a los sectores jóvenes, debido a su poca experiencia y a su mucha y noble impaciencia. Resulta difícil conciliar el

amor cristiano con la violencia y la destrucción; resulta difícil reducirlo con el fin de excluir a los poderosos como si éstos no fueran gente también y no tuvieran sus méritos y alto potencial para el cambio.

No despreciamos, sin embargo, esta línea de acción; sirve de escape para muchas tensiones, forma veteranos que pueden hacer falta en momentos cruciales y en todo caso aquilata por el combate las virtudes viriles de muchos jóvenes; además, nos representa gallardamente en el seno de las vanguardias más osadas.

Pero otras reflexiones nos han conducido a desplegar simultáneamente líneas de acción más prudentes.

Para propiciar cualquier tipo de cambio —lo queremos evolutivo, razonable, seguro— hace falta poder. Algunas de las líneas de acción que hemos seguido dan la impresión de que estamos lejos del poder; es como si desde afuera y desde lejos intentáramos con grandes esfuerzos acercarnos a los centros de decisión en la sociedad. Ahora bien, un examen sobrio y sereno de la situación demuestra que no estamos lejos del poder.

Es cierto que dos siglos de perturbación secundeuropea nos han dividido y confundido, pero nuestras convicciones fundamentales siguen siendo mayoritarias aunque en gran parte erosionadas. Muchos de nuestros efectivos están dispersos y actúan sin coordinación, pero no están mal situados.

En resumen, estamos muy cerca del poder —un poder que ha sido nuestro casi todo el tiempo—, pero no lo ejercemos en forma consciente y centralizada. Para ejercerlo así, es necesario consolidarse y organizarse. Simplificando al máximo puede decirse que, para lograr ese fin, es necesaria una marcha de ritmo binario, con dos pasos que se repitan para formar movimientos coherentes en diferentes campos, respetando las leyes de la armonía y el contrapunto, dos pasos acompasados, espiritual el uno, material el otro.

El paso espiritual consiste en reavivar las convicciones. Nada es más importante. Los nuestros deben redescubrir, si lo habían perdido, o fortalecer si lo habían conservado, el contacto íntimo con

la fuente de toda vida. La satisfacción central debe venir de adentro como energía salútfera a través de los canales de la gracia. Encuentre la rutinaria repetición de actos, gestos y ceremonias su sentido vital. Yérgase la columna vertebral moral y fortalézcanse los músculos del alma. Devenga la conciencia sensible y ágil. Cultívense la inteligencia y la voluntad en el servicio del bien. No hay, no puede haber fuerza más grande que ésta sobre toda la Tierra: convicciones colectivas conectadas con la verdad revelada.

El paso material consiste en lograr que la participación en actividades seculares profanas se produzca a la luz de intereses de la comunidad cristiana. Los hombres que han dado el *paso* espiritual deben *pasar* a ocupar los puestos de comando y las articulaciones de todas las estructuras de poder en el comercio, los bancos, los aparatos administrativos del Estado, los medios públicos de información, el ejército, los partidos políticos, la industria, los sindicatos, las asociaciones gremiales, las organizaciones deportivas, etcétera. O bien, los hombres que ocupan ya esos puestos de comando y articulaciones de todas las estructuras de poder, caso de no haber dado el paso espiritual, deben ser incitados, invitados, ayudados, incentivados, convocados, requeridos, impulsados a reavivar sus convicciones mediante prédicas, cartas, presión familiar, cursos, cursillos, ejercicios espirituales, meditaciones sobre la muerte, promesas de equilibrio emocional y social, y todo otro recurso de los que el amor pone en mano de los fieles.

Deben usarse sin miedo las técnicas administrativas, gerenciales y organizativas de la Europa segunda. Cuando las usa una voluntad espiritual autoconsciente se quedan en lo que son, técnicas, instrumentos, y no dominan. Pero úsense en el marco de las conductas seculares consagradas por la tradición y los resultados.

Toda esta marcha de ritmo binario sin ruido, sin publicidad; no estamos vendiendo nada, ni formando imagen a nadie, estamos tomando posesión de nuestro poder. Ya que una operación tan vasta no puede permanecer secreta, que por lo menos sea discreta

y que sus movimientos concretos sean desconocidos para los que no están participando directamente en ellos.

De esa manera, el poder, de cercano e inconsciente, se hace presente y consciente, de disperso, organizado. La víctima se vuelve juez. El agresor se desconcierta ante un adversario vasto, invisible, omnipresente.

El ejercicio de ese poder sea indirecto, no sustituya las estructuras existentes, contrólelas, y paulatinamente dirija el cambio social hacia formas de organización y gobierno adecuadas y propicias a la instalación plena y definitiva en América del cuatridimensional ámbito de Europa, previo rechazo de las aberraciones secundeuropeas.

Especial atención debe prestarse a la participación de los pardos en esta línea de acción. La marcha binaria jerarquizada los iniciará en formas cada vez más elevadas de convivencia, según sus méritos, y los apartará progresivamente del caos íntimo y la manipulación externa a que los conduciría la Europa segunda si fueran abandonados a su influencia. Muchos de ellos participarán, sin duda, movidos por intereses bastardos y el deseo de igualarse con nosotros; no importa, es una motivación fuerte; hay plantas que crecen y florecen mejor cuando se las abona con excrementos. Lo importante es que las reglas del juego estén siempre claras; la motivación insana hace aceptar la *paideia* y acaba transmutándose cuando se abren más elevados horizontes culturales. Queremos que se igualen, pero de verdad, con nosotros. Ampliemos las orillas de acceso, pero con aduana y *shibolet*; los que logren pasar engrosarán nuestros rangos superiores.

i) Reinstauración de la vida comunitaria

En todo este asunto de Europa, su expansión, su *paideia*, hay un mal radical y antiguo: la obsesión de poder.

Sabemos que el equilibrio de las correlaciones entre los cuatro principios es inestable, desplaza sin cesar su centro de gravedad para

mantenerse. Sabemos que eso es bueno y da lugar al ámbito occidental de humanidad. Sabemos que pueden producirse desequilibrios. Sabemos, por ejemplo, que la aberración de la Europa segunda consiste en la alianza del principio imperial y del racional, coetánea con el aumento de la manipulación tecnológica indiscriminada, en desmedro de los otros dos principios, cuyas manifestaciones se ven reprimidas y negadas de hecho. Pero no queremos saber de otro desequilibrio anterior, desequilibrio tan grave que quizá ha sido causa de la Europa segunda, como desequilibrio contrabalanceante, como desplazamiento del centro de gravedad para impedir que se acabe el ámbito de la Europa sin más.

Ese desequilibrio anterior y grave consiste en la unión, la fusión, la identificación, del principio cristiano con el principio imperial; esa aberración —sí, aberración también— comenzó con la conversión del cristianismo en religión de Estado, en culto oficial del imperio. Cambiando de metáfora, si un techo cuadrado está sostenido por cuatro columnas clásicas, una en cada ángulo, la unión de dos de ellas disminuye la estabilidad de la construcción.

Hubo pérdida en esa alianza para el principio cristiano. Salió perdiendo en su autonomía esencial porque se volvió instrumental para el imperio, quien pudo relegarlo a un segundo plano cuando las manifestaciones científico-tecnológicas del principio racional le resultaron más convenientes. Salió perdiendo en su reputación pues quedó identificado con el *establishment*. Toda protesta y rebelión, todo movimiento transformador y renovador siente a la Iglesia enemiga, la ve como sostén de la opresión y la injusticia, la juzga reaccionaria y *delenda*. Pocas veces distingue entre cristianismo e Iglesia oficial.

Hay dependencia como consecuencia de la alianza. La jerarquía eclesiástica se enajenó en conspiraciones, tráfico de influencias, pleitos dinásticos, razones de Estado, conflictos palaciegos. Adecuó sus decisiones a las cambiantes configuraciones del poder político. A menudo renunció a su línea melódica propia para convertirse en acompañamiento armónico de las marchas imperiales. Los intere-

ses espirituales de la comunidad cristiana se desenfocaron más y más en su óptica; hubo momentos en que no fue posible distinguirlos.

La alianza acarreó gusto por el poder y ablandamiento moral. Los cristianos nos acostumbramos a ser de la religión oficial privilegiada, a sentirnos importantes en los asuntos de palacio, a creer que podíamos dirigir y disponer el destino del mundo. Sin ver la arrogancia satánica y babélica enmascarada en toda esa actitud, caíamos alegremente en las redes del Príncipe de ese mundo. Nos enamoramos del poder; por eso, tan pronto hay una baja en sus favores, nos asustamos creyendo que ha llegado el fin del mundo y nos preparamos para el juicio final, o dramatizamos nuestro sentimiento de desamparo comparándonos con la brasa bajo la ceniza, el lucero del alba y otras cursilerías, o nos lanzamos en pose épica a la reconquista por vía pedagógica, monárquica, dictatorial-teocrática, democrática, revolucionaria o mafiosa; todo, con gran despliegue marcial, cosmético, con astucia, ingenio, valor, coquetería, todo con tal de recuperar la cálida seguridad del poder, la situación privilegiada que garantice respetabilidad, *nemo impune me lacessit*.

Por otra parte, proviene también de esa alianza una confusión conceptual entre cristianismo y Europa, se presentan como inseparables, mutuamente complementarios e indispensables. Puntualicemos.

La realidad cultural llamada Europa no podría existir sin el cristianismo; en el concepto de Europa el cristianismo es nota esencial. Ni siquiera la Europa segunda, secularizada y atea, es concebible sin el cristianismo, un cristianismo decapitado, demacrado y anonimado, es cierto, pero no tiene otra fuente de valores y derechos humanos; por eso aunque alegremente echa a éstos por la borda cuando le estorban, siempre se refiere a ellos de nuevo como único norte ético de su brújula conductual.

El cristianismo, en cambio, no necesita de Europa para existir; es anterior a Europa, puede valer y vivir fuera de Europa y después de Europa. Inseparable de Europa es el Vaticano —su corte, su organización jerárquica, su sistema administrativo, sus guardias, sus

letrados y magistrados, su esplendor palaciego, sus cuentas bancarias, sus inversiones financieras, su poder—, pero no el cristianismo como fe y como modo de vida. Los peligros que amenazan de disolución a Europa y a su *paideia* americana no amenazan igualmente al cristianismo; también otras culturas pueden ser *crístóforas*. ¿Qué patraña es esa que quiere hacer depender el destino del cristianismo del destino de Europa? ¿Es para seguir reclutándonos y hacernos pelear en sus guerras imperiales?

Esta puntualización no significa que neguemos el Vaticano, ni que rechacemos a Europa, ni que nos opongamos a la *paideia* americana. Somos fieles a Su Serenísima Santidad el Supremo Pontífice. Nos sabemos, nos sentimos, nos queremos europeos. Estamos con la *paideia* americana sin que nos quede por dentro ninguna reserva. Pero afirmamos la autonomía e independencia del principio cristiano y consideramos que la mejor manera de servir de sostén a Occidente y de impulso a la *paideia* americana es viviendo cristianamente. Entiéndase bien, sin embargo, que no se vive cristianamente para sostener a Occidente ni para impulsar la *paideia* americana—eso se da por añadidura—; vivir cristianamente no entraña compromiso con ninguna cultura en particular—así sea la que nos parece mejor y superior, la nuestra— sino con la humanidad; vivir cristianamente no entraña tampoco compromiso con ninguna empresa civilizadora de este mundo—así sea la que nos parece más importante, la *paideia* americana— sino con la *caritas*.

El que es cristiano es cristiano ante todo. Nos hemos dejado uncir a otros carros; cese esa servidumbre. Lo nuestro está en la columna cristiana; si ésta junto con otras resulta sosteniendo un ámbito cultural maravilloso, tanto mejor; pero es esta columna lo nuestro y no la columna del poder temporal donde abundan y sobran los hombres de presa y rapiña que sirven al Príncipe de este mundo.

Por lo expuesto, se impone la renuncia a todo poder conquistable, la suspensión de toda diligencia encaminada a tomar el poder en nombre de Cristo. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Tal renuncia al poder implica una renuncia más profunda: la renuncia a la pretensión de totalizar en cualquier campo, de convertir la curva del horizonte en círculo cerrado, porque comporta la ilusión malsana y cobarde de abolir el infinito. Así, en el campo de la filosofía curémonos de la manía del sistema, que es una forma de imperialismo. No persigamos a través de la ciencia la quimera de explicaciones definitivas; es otra forma de imperialismo. No esperemos de la tecnología el «dominio» de la naturaleza y la supresión del trabajo; esa esperanza esconde la más arrogante violencia imperialista. No ejerzamos éticas categoriales que nos conviertan en jueces de todos los hombres y nos lleven a un imperialismo moral. Seamos conscientes de nuestra finitud para que nuestra sensibilidad se abra a la infinitud que subyace en el *yo* y está detrás del *tú*, que se agita en los últimos horizontes del concepto de mundo y tiempo, que resuena como sutil *vibrato* en todo decir. Sea nuestra palabra DABAR y no LOGOS.

Nuestra parte, nuestro lote, lo que sí nos toca es convivir cristianamente. Vivimos en un mundo donde la comunidad cristiana viene sufriendo un descalabro creciente. Debería darnos vergüenza la caricatura de fraternidad que se escenifica a diario en el propio templo, en ocasión del servicio religioso, cuando saludamos brevemente al desconocido que se sienta a nuestro lado y nos vamos rapidito, no sea que nos pida algo o nos quite el tiempo, o pretenda igualarse con nosotros.

Nuestra meta es reinstaurar la comunidad cristiana primitiva dentro de la modernidad, introducir en lo social una dimensión religiosa que se actualice en los actos diarios de la convivencia fraternal.

La migración hacia las ciudades ha acelerado en nuestra América el debilitamiento del sentido de comunidad; pero en las aldeas y campos se conservan formas de convivencia ejemplares, de origen ibérico, indígena, africano, o formadas en el curso del mestizaje: rescatémoslas.

La comunicación con el prójimo está mediatizada de tantas maneras que ya no debería llamarse el prójimo (= próximo) sino el lejano. Busquemos la a-proximación. Rompamos el círculo cerrado y egoísta de la casa unifamiliar; vivamos con otras familias en la misma casa, hagamos casas de vecindades voluntarias; que se ingenien los arquitectos; o en varias casas, pero sin cercas y con mucho en común; que se ingenien los administradores. De lo que se trata es de compartir, de tener la propiedad y las responsabilidades en común.

En las ciudades, para comenzar, formemos comunidades que se den por afinidad entre personas de diferentes profesiones, siempre con el auxilio y asesoramiento de un sacerdote quien también debe pertenecer a ella y ejercer allí su ministerio. Los bienes de todos y lo que cada uno gane en su respectiva profesión pasarán a una administración común. Los detalles organizativos serán decididos en consejo, donde también se tratarán los problemas a medida que se vayan presentando. Una comunidad nunca será tan grande que impida la participación directa de todos sus miembros en el consejo, pues no habrá delegación.

También en las ciudades fórmense, para comenzar, comunidades a distancia: amigos que viven y trabajan separados unos de otros pero se reúnen regularmente para el servicio religioso y la fraternización, siempre con el sacerdote de la comunidad. Sin sacerdote no hay comunidad cristiana; pero cura, no aspirante a Papa, a consejero de Estado o a superhombre manipulador.

Hemos dicho *para comenzar*, porque la comunidad cristiana plena es una agrupación que abarca todos los aspectos de la vida; es social, económica, política, educativa, recreativa, además de religiosa; es integral. No son pedazos de hombre que se tocan funcionalmente; son personas enteras que conviven. Ningún aparato dirija desde arriba la constitución y la marcha de una comunidad. Enfrenten sus miembros creativamente sus problemas.

Se nos dirá que todo esto es ingenuo y utópico; pero ya hay comunidades de este género en la madre patria y entre nosotros; sólo que no recurrimos a la publicidad, no se trata de una empresa comercial.

Se nos dirá que mientras tanto los hombres de presa y rapiña hacen de las suyas con nuestra pasiva complicidad o pasividad cómplice, que deben cambiarse todas las estructuras de la sociedad antes de que los hombres puedan cambiar individualmente. No caeremos en ese círculo vicioso.

Se nos dirá que el poder puede barrernos. Pero no amenazamos a los poderosos, ni es fácil barrer a los que no tienen cifras ni cuadros, sino hermanos. Muy mucho se puede lograr mediante la resistencia pacífica no violenta; y una fe sin disposición para el martirio no merece ni las letras de su nombre. De todos modos no pretendemos controlar la historia, «Mía es la venganza», dice el Señor. Venganza significa balance, equilibrio, justicia. Además, siempre quedan las catacumbas.

j) Identificación con el agresor

Con el objeto de exponer esta sorprendente línea de acción, postulamos un mecanismo de defensa que consiste en ponerse al lado del agresor considerado invencible, de su parte, compartiendo sus fines y medios, para no ser arrollado y destruido por él, para captar su benevolencia y lograr quizá un puesto de colaboración en sus acciones, en el límite, la condición de socio. Este mecanismo ha sido observado por etnólogos, historiadores y psicólogos. Postulamos que se da entre grupos sociales y que es inconsciente. Existe también como ardid mimético, como estratagema deliberada, como astuta simulación consciente; pero lo postulamos aquí en su forma subliminal, como mecanismo inconsciente.

Puede ocurrir que la ideología de un individuo o de un grupo no coincida con sus intereses; se dice entonces que está enajenada y lo perjudica. Sin embargo, en el caso de la identificación con el agresor, tenemos una ideología enajenada que no perjudica; antes bien, permite sobrevivir, contaminar sutilmente al adversario y lograr, a largo plazo, la afirmación de los intereses del agredido. Sin aflorar a la conciencia, el sistema de intereses del agredido maneja

los contenidos conscientes del nivel mental y verbal para adecuarlos a la circunstancia amenazante, quitándoles los símbolos de la beligerancia defensiva y, más aún, izando la bandera del agresor. Así gana tiempo para salvar lo salvable y contraatacar a mansalva en modo y momento escogidos. No depone necesariamente sus intereses el que se enajena ideológicamente; tal vez es una artera, compleja, inconsciente defensa a largo plazo.

Ahora bien, una observación atenta de los europeos segundos de América, desde fines del siglo XVIII, pasando por la guerra de independencia y la vida republicana hasta hoy, pone de manifiesto que, en su gran mayoría, son criollos. Europeos segundos de pensamiento y palabra, pero criollos de sensibilidad, sentimiento y conducta. (Piénsese en los amortiguadores psíquicos necesarios para aguantar tal esquizotimia.)

Un paso más. La gran amenaza que comenzó a fines del siglo XVIII contra los criollos, contra sus privilegios, contra sus valores, contra su modo de vida no *provenía de España*. De España sólo provenía una opresión política remediable, negociable, necesaria al sistema colonial, al sistema que, precisamente, privilegiaba a los criollos.

Tampoco provenía de los pardos; de éstos provenían presiones de impaciencia regulables, negociables, características del sistema. *De indios y negros* podían esperarse revueltas sangrientas, peligrosas, pero manejables dentro del sistema, *no una revolución*.

¿De dónde provenía, entonces, la gran amenaza contra los criollos? Está claro que de la Europa segunda. El modo de producción inaugurado por la revolución industrial tiende a destruir y sustituir el modo de producción instaurado por los españoles en América junto con los modos precolombinos de producción. La concepción del mundo y de la sociedad, toda la *Weltanschauung* de la Revolución Francesa pretendía superar y declaraba inoperante, anacrónica y ridícula la *Weltanschauung* de los criollos. La manera personal y colectiva de comportarse, secularizada por la Europa segunda, se oponía a la manera de los criollos. La Europa segunda ponía en tela

de juicio y en peligro de muerte no sólo ciertos modos del sistema colonial español, sino sobre todo —lo que es muchísimo más— su existencia y su esencia misma.

Sin embargo, gran número de criollos abraza desde un principio la ideología que amenaza de frente sus intereses fundamentales. ¿Cómo conciliar ese abrazo con el *conatus se preservandi*? Extrañamente, los historiadores americanos que conocemos dan pocas veces la debida importancia a esta pregunta y cuando la responden suelen decir, con sospechosa ingenuidad, que los criollos amaban más la libertad y el bienestar de sus pueblos que sus bienes personales y privilegios de clase. Esta motivación pudiera explicar casos individuales, pero no el movimiento entero.

Si examinamos los resultados de la guerra de independencia vemos que lograron conservar el sistema colonial y sus privilegios mediante un cambio de metrópoli y modificaciones formales de orden verbal y legal. Con relación a la magnitud del peligro, salieron del apuro con pocos descabros. Más allá de las palabras, la estructura fáctica permaneció incólume. Sin la madre patria, es cierto, y con problemas lingüísticos y culturales para conducir las relaciones con las nuevas metrópoli; pero el inmisericorde mecanismo de supervivencia podría decir, si hablara, «más vale una madrastra triunfante que una madre derrotada», y en cuanto a las dificultades de la nueva relación, ¿no nos hemos secundeuropeizado ideológicamente?

Europeización segunda de orden ideológico. No hubo revolución económica. No hubo revolución social. No hubo revolución interior de orden afectivo y axiológico. El mismo modo de producción, la misma división en clases. Las mismas clases. Por lo general, ninguno de esos europeos segundos quiere cambiar el sistema colonial; y con respecto a los pardos, mantienen el mismo sabio principio de la buena *paideia*: que la superación sea individual, como producto del esfuerzo individual.

En cuanto a las flagrantes discrepancias entre ideología y conducta, se las arreglan para no verlas o abren dos frentes. Predican la educación laica, pero ponen a sus hijos en colegios religiosos para que se formen debidamente. Predican la igualdad entre el hombre y la mujer, la unión libre y el amor libre pero tienen una esposa, monógama en el seno del sacrosanto hogar y se reparten alegremente como botín a las mujeres «superiores» que han roto los «prejuicios tradicionales», especialmente el de la virginidad y la pureza, como resultado de la prédica. Se declaran ateos, pero se casan por la Iglesia y hacen bautizar y confirmar a sus hijos y se preocupan si la esposa pierde la fe. Proclaman la igualdad, pero no pueden vivir sin sirvientes mal pagados y mal tratados. Luchan por la democracia, todos los votos tienen igual valor, pero en sus partidos son grandes electores, señores con cauda y feudo, y se enfrascan ardorosamente en peleas señoriales por límites de territorio, por alcance de influencia, por vasallos, por el prestigio y la gloria, por el derecho a la arbitrariedad. En las empresas de todo orden propugnan como valor supremo la eficiencia, pero basan su poder en círculos de parentesco y compadrazgo.

Los que han venido a menos sufren por los privilegios coloniales perdidos y los buscan tenazmente por laberínticos caminos; en un orden soñado, quieren sus haciendas aunque tengan que llamarlas granjas colectivas, quieren sus vasallos aunque tengan que llamarlos camaradas, quieren poder de decisión aunque se llame elaboración del plan quinquenal. Oh, la vehemencia desesperada con que buscan el poder político, día y noche maquinan, fraguan, intrigan, politiquean, demagogean, trafican influencia, forman imagen, «prestan» servicios. Si con la misma pasión buscaran el reino de los cielos, ya serían santos, tendrían carisma terapéutico, don de profecía, ubicuidad, levitarían. Si con la misma asiduidad buscaran la verdad por medio de las ciencias, estas naciones habrían acaparado los premios Nobel. Si trabajaran la tierra con el mismo tesón estos países serían tan prósperos que podrían darle de comer al Asia.

Con respecto a la conservación de la estructura colonial, es satisfactorio observar que aun en los países donde los criollos de sangre fueron exterminados o sobrevivieron en número insuficiente para desempeñar su papel, su puesto y su función quedan como hueco a llenar que es ocupado por oleadas sucesivas de pardos, aspirantes a volverse criollos. Algunos lo logran y se convierten en *nuevos criollos*, fenómeno interesante para un sociólogo o para un novelista, si no hubieran reducido la ciencia social y la literatura a instrumentos de la lucha ideológica y nada más.

La vitalidad del sistema colonial se pone de manifiesto precisamente en las aspiraciones de los pardos. El modelo dominante en el horizonte de los pardos es el criollo; las pandillas y montoneras son torpe imitación de las luchas señoriales del criollo; el machismo es torpe imitación de los códigos de honor del criollo; su tendencia al despilfarro es torpe imitación de la generosidad y magnificencia del criollo. Nadie se deje engañar por las apariencias: No es a los yanquis a quienes imita, es a los criollos; obsérvese a un funcionario cualquiera de la administración pública; no se comporta como un yanqui, se comporta como un señor feudal; quien quiera pasar por sus dominios tiene que pagar peaje, a menos de portar credenciales superiores obtenidas por privilegio o pagadas en nivel más alto; además, el servicio no se presta automáticamente en virtud de leyes y reglamentos oficiales, ha de ser obtenido por la benevolencia del Señor, como favor personal, aun cuando medie alguna gratificación, alguna influencia poderosa, alguna recomendación familiar. No son pitiyanquis, son *minicriollos*.

La solidez del sistema colonial, garantizado de hecho por los criollos de ideología segunda, ilumina con nueva luz nuestra situación. Al separar el nivel de conducta del nivel simbólico, los criollos de ideología segunda confieren un doble fondo a este último, forman una caja de sutiles resonancias, complican el juego semántico ambigüizando los significados, vuelven resbaladizo el suelo lingüístico para los demás; ellos no resbalan sino en lo seco. Son una quinta

columna nuestra en el campo de la Europa segunda, tanto en escala local como en escala mundial. Sabotean continuamente los esfuerzos del enemigo y son tanto más eficaces cuanto más inconscientes de su misión. Son la piedra de tropiezo más peligrosa para los auténticos europeos segundos de América. Son de los nuestros, aunque degradados ya e inelegantes por esquizotimia. ¡Adelante, hermanos separados! Seguid luchando por la igualdad, la secularización, el ateísmo, la revolución comunista. Nosotros, mientras tanto custodiaremos el discurso que habéis abandonado provisionalmente. Cuando hayáis terminado vuestra misión, él estará, prístino, a vuestra disposición. O quizá, para entonces, el discurso adoptado se habrá vuelto tan transparente que no hará falta regresar al original.

4. Desfallecimientos

Es necesario anotar, con altiva tristeza, algunos desfallecimientos en nuestro campo, porque donde hay fibra moral la toma de conciencia de las propias debilidades es admonición y estímulo positivo.

a) Ocultamiento del testimonio

Los europeos segundos son expertos en el manejo de la publicidad, en la formación de círculos intelectuales y artísticos, en la creación de modas, en el juego de lo novedoso. Con todos esos recursos, siniestramente utilizados, logran establecer ambientes malsanos, pero prestigiosos, donde para estar «in», ser moderno, ponerse al día, disfrutar de aceptación se exige profesar ateísmo y cientificismo, practicar vicios, hacer gala de cinismo, despreciar las virtudes tradicionales, consumir drogas, aficionarse a los «ismos» literarios, musicales y mundanos de más reciente importación, vestirse indecorosamente, hablar jergas prestadas al hampa.

Muchos de nuestros jóvenes, por la inexperiencia de la edad unida al deseo de vivir intensamente su propia vida, son a menudo por lo menos parcialmente seducidos, y si bien no llegan, por lo general, a perder su fe y sus convicciones, se tornan vergonzantes y asumen la apariencia del mal. No quieren quedar por fuera de lo que pasa en su generación y esa peligrosa curiosidad los ablanda. Quieren ser estimados y por esa vanidad se agachan moralmente. Conocemos muchachas virtuosas que cultivan una pinta de vampiras; muchachos puros con el aire enfermizo de la bohemia; más, incluso adultos intachables que para no ser calificados de reaccionarios, retrógrados, cavernícolas exhiben una tolerancia culpable hacia el pecado y se adornan con los símbolos de las vanguardias segundas.

Todo esto tiene un lado positivo. Ceden sólo exteriormente y sólo temporalmente; en el fondo siguen cultivando sus convicciones y se alimentan de su fe al par que practican discretamente su religión; algunos pretenden incluso efectuar de esa manera un astuto trabajo apostólico. Se trata, sin duda, de un repliegue táctico, la resistencia ideológica continúa en forma soterrada y, para los efectos personales, a veces no es necesario contradecir, basta contrapensar.

Pero este movimiento mimético implica ocultamiento del testimonio cristiano y tradicional, atenta contra la responsabilidad de todo criollo genuino en la *paideia*. *Noblesse oblige*. El criollo debe ser ejemplar para el pardo. Si se abandona el campo a la Europa segunda y la práctica de la religión verdadera se vuelve motivo de vergüenza, entonces los pardos recaen en sus supersticiones en desmedro de la *paideia*, uno de cuyos objetivos es justamente ayudarlos a ascender de ABERGLAUBE a GLAUBE. Cuando la Europa segunda les quita a Dios, los pardos corren hacia sus raíces indígenas y africanas en busca de dioses o demonios para poblar esa dimensión espiritual que ya han aprendido a sentir y sin la cual no pueden vivir. Por eso el avance de la Europa segunda entre nosotros se acompaña con un aumento de los cultos paganos en forma de groseros sincretismos mágico-religiosos.

Flaco servicio hacemos, pues, al ocultar el testimonio. Además, ¿no habrá en ese ocultamiento una buena dosis de cobardía? ¿Nos hemos dejado intimidar?

b) Religiosidad universal

Hay criollos secundeuropeizados en quienes la dimensión religiosa no ha sido reprimida, ni olvidada, ni ocultada, sino ampliada al máximo para aceptar y contener manifestaciones religiosas pertenecientes a las culturas más disímiles.

Para comenzar, ponen bajo una misma tienda todas las formas del cristianismo, acentuando lo que tienen de común y restando importancia a las diferencias, producto —dicen— éstas últimas de incidentes históricos contingentes.

Luego incorporan al judaísmo como perteneciente al mismo ámbito de religiosidad y pretenden encontrar una continuidad conceptual y práctica. La misma supuesta continuidad les permite pasar sin ruptura al Islam, a pesar de la multiseccular reconquista y de los Reyes Católicos.

Después, estudiando las religiones grecorromanas y las del Medio Oriente, encuentran en ellas parentescos tan fundamentales con el cristianismo que se ven forzados a admitir una comunidad básica de creencias, convicciones y prácticas. De allí, no les resulta difícil sentirse en familia con el hinduismo y el budismo en sus diferentes variantes. Mirando hacia el norte desde la India, descubren en trance de iluminación que el taoísmo contiene en esencia los mismos mensajes.

Pero no les basta con todo eso; prosiguiendo su búsqueda omnívora de semejanzas, regresan a la Europa prehistórica y sus ojos perciben allí también, detrás de abigarrados simbolismos, el mismo resplandor sagrado. A partir de este punto ya no reconocen ningún límite: en Oceanía, en África, en la América precolombina, todas las prácticas y doctrinas religiosas revelan el mismo origen, remiten a la misma fuente.

Todos los cultos de la humanidad son variaciones de ciertos temas comunes a todos los hombres, expresiones diversas de una experiencia fundamental, maneras de recordarla y transmitirla.

Los pueblos de la Tierra han hecho guerras religiosas porque no reconocían su propio culto en el extraño. Pero es cuestión de lenguaje; nos aflige la confusión de lenguas; es necesario ir a la intimidad de las significaciones y a partir de ella hacer un lenguaje *común*, para cobrar conciencia de lo *común* de la experiencia *común* fundamental que nos hermana en el campo religioso.

Se pueden conservar las doctrinas y prácticas de cada cultura mientras no atenten contra la fraternidad; nos apegamos —es comprensible— a las formas simbólicas que presidieron nuestra socialización y nuestra aculturación. Pero se impone establecer un nivel de comunicación que permita compartir lo sagrado. Se impone afinar el oído espiritual para escuchar lo divino en las tan diversas estructuras melódicas, rítmicas, armónicas y orquestales creadas por los hombres para actualizarlo, aunque cada pueblo cante sólo su propia canción.

En todo este discurso, el cristiano avisado advierte la perversa lógica de la identidad: «Hay semejanzas fundamentales entre todas las religiones, luego las diferencias son despreciables, luego son idénticas en el fondo».

Han olvidado el evangelio, la buena nueva, la noticia sin precedente y sin paralelo contenida en el nacimiento de Cristo y cuya peculiaridad inconfundible, inidentificable con religión otra alguna hemos explicado en la primera parte de este trabajo.

El cristiano avisado advierte también la poderosa influencia de la Europa segunda: el «fenómeno» religioso puede ser estudiado científicamente, examinado en sus aspectos socioeconómicos y etnológicos, reducido a sus condiciones químico-neuro-fisiológicas; estas últimas, universalmente humanas; los aspectos, diversos según la pluralidad del devenir histórico. Y un pasito más: tanto las unas como los otros son manipulables.

Confundiendo la «experiencia» religiosa —que es espiritual— con sus concomitantes fácticos, no es extraño que recurran a las viejas drogas alucinógenas para facilitarla. Al formarse un mercado de este tipo es menos extraño aún que la gran industria farmacéutica indirecta y semiclandestinamente comience a ofrecer psicotrópicos que ponen al alcance de quien pueda pagarlos, la delicia mística cantada en todos los cultos del mundo.

Dado que los drogadictos son esclavos ¿no es concebible un Estado totalitario futuro que base su poder sobre la distribución jerárquica de psicofármacos? ¿No puede también ocurrir, en una sociedad de consumo, que se legalice el expendio de drogas fabricando éstas de tal manera que tengan pocos efectos nocivos secundarios? ¿No hay ya una bomba atómica limpia? Puede imaginarse la publicidad: «*Shamadi* garantizado por sólo ochenta dólares», «La Yegua Blanca en rebaja increíble: El viaje de Mahoma al alcance de todos», «La *mescalixtlán* Castañeda sin contraindicaciones...».

Abolir diferencias fundamentales con el pretexto de la fraternidad y la filantropía es como tumbar las paredes de las casas con el argumento de que separan a los hombres.

En el mejor de los casos, estos criollos secundeuropeizados, afirmadores de la religiosidad universal como vínculo de unión fraternal, terminan en contempladores quietistas para quienes da lo mismo una mariposa que un vampiro, el abrirse de un capullo que una explosión nuclear, porque tienden a aplanar todos los valores; de la identidad pasan a la equivalencia y de la equivalencia a la pérdida de identidad.

En otros casos menos quietistas, más bien inquietantes, se vuelven cosmocéntricos: lo importante no es el hombre sino la naturaleza, los males vienen del alejamiento de ella, hay que volver a ella, ser como los pájaros, como las margaritas, como los riachuelos. Cosa curiosa nunca dicen como la hiena, como los tiburones, como las marabuntas, como la espiroqueta pálida, como una tempestad sobre el mar, como un rayo. Tienen una imagen bucólica y bobalicona de la naturaleza, de origen cannábico probablemente.

Profesan una aberración comparable a la de la Europa segunda, pero de signo contrario; mientras la Europa segunda sacrifica *hombre* y naturaleza en aras de la industria y la tecnología, ellos quieren sacrificar *hombre* y civilización en aras de la naturaleza. Claro, se entiende la nostalgia edénica pero, ¿olvidan acaso que fuimos expulsados de ese jardín y que un querube custodia la entrada con espada flamígera?

Criollos de sensibilidad y educación, en la práctica no pasan de volverse vegetarianos, vestir con descuido estudiado y hablar mucho de indios, del inefable amor fraternal, de la paz y de Krishnamurti.

Mientras tanto, el edificio de la Iglesia, como no está hecho de esos materiales, no se convertirá nunca en polvo de una religiosidad natural común a todos los hombres.

c) Defensa pragmática

Ante las arremetidas ideológicas de la Europa segunda, no pocos de los nuestros han adoptado una estrategia de defensa que consiste en no dar importancia a las tesis teológicas, a los dogmas y a las doctrinas de la tradición cristiana, ni siquiera a los ritos, y, en cambio, concentrar la argumentación sobre las ventajas de la moral cristiana.

La especie humana quiere sobrevivir. En un cierto período de su historia y en un nivel cuasi animal tal vez le convino la lucha, la competencia, incluso la guerra. Allí y entonces, la lucha entre hombres pudo ser escuela de virilidad, acicate para el desarrollo de habilidades potenciales, estímulo para el progreso; son más numerosos los conocimientos y los inventos producidos por el interés bélico que los logrados en la paz. Además, los pueblos oprimidos por férreos conquistadores se descubren a sí mismos, se afirman en su identidad y se hacen adultos en los combates a muerte por la libertad. No se olvide tampoco el fenómeno biológico de selección de los mejores, de los más aptos; sin las guerras, quién sabe qué terribles erosiones genéticas no hubiera sufrido la especie. Además, cuántos ensayos

aberrantes en las formas de vida social se evidenciaron como inadecuados justamente a través de la confrontación guerrera, y cuántos aislamientos egoístas se abrieron por la fuerza. Mediante las conquistas violentas la humanidad dejó de ser un conjunto de fragmentos dispersos por el globo terráqueo, cobró conciencia de su unidad y se convirtió en un todo de partes comunicadas donde cada hombre es contemporáneo de todos los hombres.

Pero en las condiciones actuales y debido precisamente a esa evolución anterior, el odio y la confrontación armada no pueden conducir sino a la destrucción, mientras que la moral cristiana aparece como la quintaesencia de todas las experiencias pasadas de convivencia y se presenta con las directrices adecuadas para nuestro tiempo. Haciendo un análisis sereno e imparcial de la moral cristiana, se descubre que es, entre todas las concebibles, la más conveniente para la supervivencia de la especie y para la armonía de las relaciones individuales. Es urgente que el hombre oriente su comportamiento según los preceptos extremadamente prácticos y útiles de la moral cristiana. Si cada uno se sabe guardián de su hermano, se siente responsable de los demás y actúa en consecuencia, dándose plena cuenta de la necesidad vital de semejante conducta, siempre habrá el suficiente espíritu de colaboración para resolver los graves problemas que nunca dejará de plantear la convivencia humana, o por lo menos para mitigar los conflictos y reducirlos a proporciones soportables.

La regla de oro no condiciona su vigencia al acuerdo sobre trascendencia o inmanencia, sobre la naturaleza del alma, sobre la vida después de la muerte, sobre la historicidad de una resurrección, sobre la integridad de un himen antiguo.

Todos esos temas pueden ser tratados por los interesados en círculos de estudio que no mediaticen la vida social. Piénsese por otra parte lo siguiente: el camino hacia las cuestiones verdaderamente valiosas de la teología, de la antropología, de la cristología, de la escatología, de la egología, el camino hacia Dios, ¿no pasará por el otro, por el prójimo, por el rostro del extranjero, de la viuda y del huérfano, por

el rostro del amigo y del enemigo, por el rostro del niño y del anciano? ¿No pudiera ocurrir que todos esos grandes temas —que tanto nos han hecho discutir y pelear y por ende, tanta desgracia nos han traído— fueran accesibles sólo al hombre reconciliado con el hombre? El hombre solo porque encerrado en su egoísmo y en su queja ¿no estará incapacitado para la sabiduría y la iluminación? Para venir a Mí, dice el Señor, reconcílate primero con tu hermano.

Pero, aun suprimiendo esa motivación mística, cuya posesión no hay por qué exigir a los demás, viendo las cosas desde un punto de vista puramente práctico, como el buen funcionamiento de los mecanismos de la convivencia, ¿no es la moral cristiana el mejor lubricante?

Escándalo y tristeza nos produce la artera falacia de esta argumentación con su sesgo evolucionista y pragmático que acusa fuertemente la influencia de la Europa segunda. La moral cristiana es absoluta y no está destinada a la supervivencia de ninguna especie biológica. No es la vida en esta Tierra lo que nos interesa primariamente —por lo menos no como fin— sino la vida eterna. Esa moral condujo a muchos más bien a la muerte física, como testimonia la historia y como puede ocurrir de nuevo. Los que atesoran esa argumentación pragmática están contaminados con el mito de la utopía; quieren construir la ciudad de Dios sobre la tierra. Pero Babilonia, la grande, ha caído y volverá a caer cada vez que se levante porque se construye sobre la arena de lo meramente humano.

No le faltan ancestros a la argumentación de marras. Recuerdese el sesgo mercantil del *pari* de Pascal, quien sostuvo que era buen riesgo el de la fe aunque resultara falsa al final. Nos encontramos ante una forma insidiosa y sutil de simonía.

d) Pesadilla del hidalgo

Cuentan de un hidalgo en campaña contra los moros, allá por la época larga de la Reconquista, que se acostó sobre la dura tierra para descansar entre dos batallas y se durmió; en sueños creyó

comprender que la guerra contra los infieles era eterna y él inmortal, se vio a sí mismo combatir durante siglos y siglos contra herejes inmortales en un universo donde no existía la victoria sino breves momentos para tumbarse sobre la dura tierra a descansar. Despertó llorando porque la pesadilla hería su esperanza de victoria, esa esperanza más vigorizante que los ranchos y la gloria.

Más que a lejanas escuelas de maniqueísmo, debemos atribuir la pesadilla del hidalgo al cansancio, el mismo cansancio que invade a muchos de nosotros cuando consideramos los siglos de esfuerzo en esta América y la perseverancia de los obstáculos, los percances, los inconvenientes, la incompreensión, los ataques injustos, los díscolos pardos en su interminable *paideia*, a todo lo cual viene a sumarse la calamidad representada por los criollos recientes, esos europeos segundos inmigrados que se suman a nosotros debido a los privilegios de nuestra clase sin asumir las responsabilidades correspondientes, son una plaga, son comunicadores exclusivos de la Europa segunda pero se nos han infiltrado, Señor, al amparo de conveniencias económicas y nos zapan y nos contaminan, son la quinta columna del enemigo entre nosotros esos criollos nuevos.

No nos falte la fortaleza, Señor, para recomenzar cada día la misma vieja lucha y sepamos que la victoria es Tuya y Tuyo el día y Tuya la hora.

e) Perplejidad por una mirada

La mirada de algunos jóvenes nos desconcierta. No es agresiva, ni amistosa, ni indiferente; es distante. No nos miran desde la Europa segunda, ni desde ninguna de las posiciones de nuestro propio campo, ni desde ninguna de las culturas salvajes pasadas o recientes. Su mirada se parece a la de los niños que visitan un museo de antigüedades. Cuando los miramos, si no fuera por la condición humana en lo físico similar a la nuestra, pensaríamos que pertenecen a otra especie. No los tocan las cosas tan valiosas y apasionantes de nuestro afán. Parecen regresar de un mundo ya muerto al cual pertenecemos

nosotros con nuestras luchas y aprestarse a comenzar en cero. ¿Son mutantes o abandonan un barco que va a naufragar?

Les interesa más el vuelo del moscardón que los aviones supersónicos, el afanarse de las hormigas más que las organizaciones políticas de vanguardia. Cambian la orquesta filarmónica de Berlín ejecutando la *Quinta Sinfonía* de Beethoven bajo la dirección de Herbert von Karajan, por una flautilla de bambú en la cual soplan extrañas melodías. Se sienten mejor al descampado que en una misa solemne con toda la parafernalia litúrgica. En vez de estudios científicos prefieren hacer amistad con el cuerpo, con las emociones, con las voces, con la percepción. No aceptan polémicas, se van tranquilamente como quien sale de una calle hedionda. No portan libros. En nuestro mundo caracterizado por la agitada migración del campo a la ciudad los vemos pasar en sentido contrario, aislados o por pequeños grupos, sosegados.

¿Desertan de este mundo cultural, este maravilloso ámbito del Occidente cristiano porque se acabó para ellos, porque se derrumbó en sus almas, o será que este mundo ya está muerto? Cuando nos miran nos sentimos parte de un gigantesco cadáver, pero sólo por instantes; al reflexionar nos damos cuenta de que no son sino unos mocosos mal educados aunque en el fondo de su mirada arda una dimensión inédita de lo humano. Ya se incorporarán al sistema.

f) Duda suprema

Pero debajo de los desfallecimientos descritos y de los que callamos, debajo del desaliento de los unos, la religiosidad amorfa de los otros, la simonía de aquestos, el cansancio de aquéllos, la perplejidad, hay un desfallecimiento radical que quizá explica los demás, una duda escalofriante, agazapada en el centro cordial de nuestra intimidad.

¿Es vana nuestra fe? ¿Son vanos nuestros valores? ¿Somos una clase social en extinción? ¿Somos fantasmas de nosotros mismos,

aferrados a privilegios vergonzosos que otros más fuertes nos arrebatan de las manos, manos artríticas y torpes que no saben ya cerrarse ni sobre la carne deseada ni sobre el pomo de la espada? ¿Será barrida nuestra identidad con todo y nuestro Dios y nuestra alcurnia y nuestra *paideia*? ¿Será barrida por la avenida poderosa de un devenir social que no nos pertenece? ¿Será barrida y nuestra memoria relegada a las trastiendas de archivos donde corroen el tiempo y el olvido?

No se regocijen nuestros adversarios por la confesión de estos desfallecimientos esporádicos, «*Quelle âme est sans défaut?*». El hecho de que veamos nuestra flaqueza es señal de gracia. Caen los que no ven el hoyo.

Conclusión

Matizando la afirmación inicial de este trabajo podemos decir ahora, para concluir: somos europeos de América, europeos de frontera que llevamos adelante una gigantesca *paideia* occidentalizante. Mientras Asia, África y Oceanía se esfuerzan por occidentalizarse desde una exterioridad cultural que les plantea graves problemas desconocidos en América, nosotros somos interioridad europea en expansión.

La intervención perturbadora de la Europa segunda en nuestros asuntos puede y debe interpretarse como ampliación e intensificación de la *paideia* por creciente complejidad. En América, Europa combate con Europa y hace participar en esa lucha los elementos no occidentales de América que, mediante esa participación, se occidentalizan.



Discurso salvaje



Introducción

Mis estudios del pensar americano me han llevado a descubrir en nosotros un sistema de actitudes o posturas fundamentales heterogéneas. Cada una tiende a gobernar con su discurso la *Weltanschauung* total y los programas de acción. La voz de cada discurso se descompone en voces que se sostienen y constituyen recíprocamente, al par que los discursos se interpenetran y parasitan los unos a los otros.

En este trabajo me propongo formular el discurso no occidental de América, pero sólo en su perfil de encono por Europa, tan propicio a ciertas identificaciones.

Para tal fin me pareció inadecuado, pedante y hasta cruel entregar mi hallazgo a los desmanes del estilo académico, tan extraño a lo no occidental. Preferí lo contrario, poner mis modestos recursos académicos a la disposición del discurso original, tratando, eso sí, de arpeggiar lo que he oído como acorde en los escritos, en la tradición oral y en la conducta de mi gente.

Tengo la convicción de no llegar, en el mejor de los casos, sino a un sustituto pobre de la música. La música, lenguaje más afín a este discurso y más conveniente que la palabra.

J.M.B.G.

1

Identidad y queja

Antes de habernos observado a nosotros mismos para reconocernos y saber quiénes somos, antes de tener edad para sentir la pregunta por la identidad y medios para formularla, antes del desasosiego interrogativo nos fue dada la respuesta: «Somos occidentales».

Cuando éramos colonia, éramos colonia de Europa, expansión geográfica del ámbito cultural europeo. Cuando nos constituimos en repúblicas lo hicimos así por razones europeas, con métodos europeos, apoyados en valores europeos. Nuestros libertadores blandían espadas hechas en Europa y pronunciaban palabras europeas portadoras de conceptos, sentimientos, impulsos, ideales, incendios europeos.

Actualmente, nuestros países forman parte de la gran familia occidental. Lengua y vestido, escuela y cementerio dan testimonio de nuestro linaje. Instituciones políticas, actividades científicas, aspiraciones individuales proclaman abiertamente nuestro parentesco. Sobre todo las letras —ese nivel de humanidad en el que el grado de autoconciencia se hace verbo— dicen sin equívoco de quién somos familia.

Dependencia y atraso no ponen en duda la filiación cultural. Pariente pobre es pariente. Además, ya todos hemos decidido que la tarea fundamental de esta generación es el desarrollo y —justamente— nuestros planes y líneas de acción en este sentido no se

apartan ni en una tilde del estilo occidental. La brecha del atraso será cerrada en familia.

Europa es nuestra esencia y nuestro Sino.

Amén.

Y sin embargo... No. Y sin embargo nada. La respuesta, anterior a toda pregunta sobre identidad, no es discutible: somos occidentales.

Sólo que la respuesta —y no es pan ponerla en tela de juicio— viene acompañada de un lamento que resuena con ella como los armónicos de una nota musical. Un lamento, una queja donde es cuestión de *esta gente, este pueblo*. Así, se oye decir, por ejemplo: «Bochinche, bochinche, este pueblo no sabe hacer sino bochinche». «Aquí no se puede hacer nada serio porque a la gente le falta disciplina». «Son hijos del rigor». «Le tienen miedo al trabajo y al agua, son perezosos y sucios». «Si no hay gobierno fuerte, hay corrupción, anarquía y caos». «Habrá que cambiar toda la estructura socioeconómica y política para formar un hombre nuevo, porque la gente está corrompida» «Los menos brutos son pícaros», etcétera.

La queja sobre *esta gente y este pueblo* parece apuntar hacia una ausencia de virtudes características de la cultura occidental. ¿Ausencia sólo? ¿Acaso también presencia de factores, elementos, poderes no occidentales?

A veces, lo que hay de culpa en la queja se exterioriza y se proyecta a países extranjeros, potencias neocoloniales, responsables de cierta no confesada *capitis diminutio* de la occidentalidad; la exteriorización de la culpa se hace ya con argumentos prestados al maniqueísmo, ya con análisis prestados a la economía política.

Otras veces la queja busca reposo explicativo en el pasado histórico, en supersticiones etnológicas, en restos de determinismo geográfico.

Al advertir el malestar armónico de la afirmación «Somos occidentales» no la vulneramos; muy bien pudiera tratarse, y a

mucha honra, de una identidad combatiente, y en tal caso tal vez cupiera preguntar: «¿Contra qué? ¿Contra quién?», y nada más.

Queda, pues, ilesa la ágil y temprana respuesta sobre nuestra identidad: somos occidentales. Permítase apenas una aproximación al sujeto tácito, al *nosotros*. Nosotros somos occidentales. ¿Quién habla así? ¿Quién dice nosotros? Nosotros es un pronombre, ¿de qué nombre o nombres?

En la misma voz que dice: «Somos occidentales», resuena la queja acerca de «esta gente» y «este pueblo». Ahora bien, es a esta misma gente y a este mismo pueblo a quien se identifica como occidental.

Al mismo tiempo que se le califica de occidental, se le reprocha no ser occidental.

Es como si se hablara más bien en imperativo: «seamos occidentales», con el subentendido «sería insoportable no serlo», montado sobre el fuertemente reprimido «¡Horror, no lo somos!», de donde sale refuerzo para el imperativo «¡Seámoslo ya!». Que se vuelve indicativo supersticioso y mágico «Somos occidentales».

¿Está la *conciencia* de ser occidental asediada por fuerzas extrañas? ¿O está la *voluntad* de ser occidental contrariada por resistencias bárbaras, desmentida por una realidad humana activamente diversa?

2

Nosotros y nos-otros

Que estas preguntas y conjeturas no nos hagan resbalar hacia arenas movedizas. Hagamos pie en terreno firme: en *nosotros* está presente lo occidental, vivo y poderoso. Somos europeos instalados en América, portadores de la cultura occidental grecorromana y cristiana, representantes de la modernidad, operadores de la razón segunda. Somos occidentales de manera auténtica, legítima y genuina.

Pero lamentablemente —y de ahí la queja—, además de nosotros aquí hay gente de otro linaje. Rara vez están frente a nosotros, por lo general están debajo, oprimidos, renuentes; o detrás, rebeldes, insidiosos y ladinos. Podemos, pues, decir *ellos*, *esta gente*, *este pueblo* sin menoscabo de nuestra identidad occidental.

Divide et regna. Todo está claro ahora; nosotros, ellos. Y ¿quiénes son ellos, cómo son, dónde viven, por qué signos los reconocemos? Pero esta última pregunta múltiple vuelve a oscurecer el asunto: toda descripción que damos de ellos, en alguna medida nos describe a nosotros; no viven sólo debajo o detrás, sino también dentro de nosotros; los signos que nos sirven para reconocerlos los tenemos marcados sobre la frente y sobre el pecho.

Ellos, los otros son nosotros. Nosotros somos *nos* y *otros*. Somos occidentales. Pero tenemos nuestra manera peculiar de ser occidentales. Esa manera se caracteriza por la presencia en nuestro

seno de una alteridad que nos confiere rostro propio dentro de la gran familia. A la respuesta «Somos occidentales» debemos agregar el sujeto explícito *nosotros*, pero de manera tal que se vea la complejidad nosotros y ellos reunidos en uno. Digamos, pues, «Nosotros somos occidentales».

Aquí el *nos* predomina soberanamente, gobierna la persona y número del verbo, así como su forma afirmativa.

Si predominara soberanamente el *otros*, su gobierno cambiaría la frase a (*nos*)-*otros son occidentales*; el *nos* quedaría reducido a algo en otros, a algo enajenado y dominado, pero algo cordial e íntimo. El *otros* gobierna persona, número y forma del verbo, es lo occidental dominante; pero el *nos* conserva su carácter de primera persona aunque no gobierne nada, es el sujeto autoconsciente ante el cual el *otros*, con todo su poder, queda reducido a algo opresivo sobre alguien (*nos*) que eventualmente puede negarlo para afirmar su ser diferente.

En la frase (*nos*)-*otros son occidentales*, el sentido de corrección lingüística rechaza la presencia de ese *nos* entre paréntesis, aunque se entienda y busca la expresión completa *otros son occidentales* —*nos no somos occidentales* igual a *nos-otros no somos occidentales*, con predominio del *nos* no occidental sobre el *otros* occidental: *nos no somos occidentales, pero tenemos en nuestro seno una alteridad occidental representada por ese «otros» separado con guión en «nos-otros»*.

El sentido de corrección lingüística tolera esta fórmula así explicadita: el pronombre *nosotros* se parte en *nos*, forma latina original, y *otros* separado por guión para indicar la presencia en *nos* de una alteridad.

El sentido de corrección lingüística tolera esta fórmula así explicadita, pero bajo protesta. Hay violencia; elocuente si se quiere, porque en beneficio de algo importante que intenta decir y meter en la palabra («el sujeto está penetrado de alteridad, una subjetividad ajena lo acompaña y lo perturba siempre; el sujeto de quien hablamos conlleva otro sujeto, tan íntimamente, que la palabra

nos-otros, con ese guión es más expresiva de la realidad que la oposición abierta *nosotros-ellos*»), hay violencia al fin.

El sentido de corrección lingüística insiste en que el *otros de nosotros*, lejos de entrañar división interna, confirma y reafirma la unidad e integridad de la primera persona con respecto a las otras dos, con respecto a *vosotros* y *ellos*, para mantenemos en el plural.

De acuerdo con el sentido de corrección lingüística habría que decir por todo el cañón *nosotros somos occidentales mientras que ellos no son occidentales*, o bien, *nosotros no somos occidentales, los occidentales son ellos*.

El mirador, el mirado y la mirada en el mirar

En nuestra opinión, el *nos-otros* que hace violencia al sentido de corrección lingüística, el *nos-otros* con guión y con la posibilidad de hacer gravitar la carga identificatoria sobre el uno o el otro de sus componentes convirtiéndolos alternativamente en sujeto o contra-sujeto es más fiel a lo significado, porque se trata, en todo caso y en el seno de un sujeto dividido, de un desplazamiento del centro de identidad que tiende a subordinar la totalidad subjetiva a la óptica de una de sus partes.

Queda incólume la respuesta *nos-(otros) somos occidentales* como resultado de la óptica oficial ya estudiada en otros trabajos. Pasemos ahora a estudiar la subjetividad no oficial formulada en la frase: *(nos)-otros son occidentales*, o en la otra frase, grosera pero correcta, correcta pero grosera: *nosotros no somos occidentales*. Pero no procedamos como quien estudia un objeto extraño sino como quien profundiza en sí mismo. Ciertamente, la empresa obliga a objetivar lo subjetivo, ¿cómo hablar si no?, pero al hablar de nosotros mismos con intención cognoscitiva, lo científico ha de volverse, en cierto modo, lírico; mirada, sí, pero mirada de autorrevelación en que el mirador y lo mirado son el mismo.

Tribulación del europeo en América

El europeo que visita nuestra América encuentra repúblicas de corte occidental portadoras de la cultura occidental —encuentra también aspectos, zonas de atraso, pero de atraso occidental, formas anteriores de la propia cultura occidental; en el peor de los casos, la sensación es de suburbio o colonia, no de exterioridad. Si el visitante europeo fija residencia en nuestra América, comienza a ver y sentir un algo extraño, inesperado, indefinible, incalculable en la conducta y en los propósitos de esta gente, un algo ajeno y extranjero a su horizonte cultural. Los amigos, cuyos pensamientos, emociones y propósitos se revelan con claridad en la comunicación occidental ordinaria, los amigos que cordializan en seguridad y confianza, los amigos más cercanos pueden volverse de repente opacos, enigmáticos, impenetrables, totalmente otros, y recobrar más tarde su «normalidad». Sin que haya explicación alguna para esos cambios impredecibles. «¿Qué es eso? ¿Quién es eso?», se pregunta el residente desconcertado ante el amigo otra vez sonriente, acogedor, inspirador de confianza, y cavila como el que ha entrevisto por una rendija efímera de la cerca conocida un paisaje insospechado. Por otro lado, el europeo americano responsable del orden público, de la toma de decisiones políticas, del cumplimiento de programas de acción, de la gerencia de empresas

económicas, de la administración religiosa, se encuentra siempre con una resistencia astuta por parte de los encargados de efectuar cualquier tarea. Hay en *estos pueblos*, en *esta gente*, una oposición soterrada al orden, a la disciplina, al estudio, al trabajo, a la responsabilidad, a la puntualidad, a la verdad, a la moral, a todo compromiso, una oposición ladina, infatigable, oportunista, acechante, tramposa, como si el esfuerzo necesario para mantener la civilización les resultara opresivo.

El europeo americano, ya dirija guerrillas o cuarteles del gobierno, ya dirija prostíbulos o conventos, ya dirija bandas de ladrones o empresas comerciales, ya dirija el congreso nacional o a los empleados del hipódromo, ya dirija un consejo de ministros o un seminario de economía política, el noble europeo de América, sostén de la cultura en estos pueblos, confrontado incesantemente a esa oposición sorda, cobarde, innegociable, hipócrita, subrepticia, el virtuoso europeo de América se dice a sí mismo en las noches de insomnio: «Esto hay que sostenerlo a pulso sin descanso, si no, se disgrega, se deshace», y se pregunta: «¿Qué será lo que quiere esta gente? No es el fin de la civilización porque la resistencia nunca sube tanto como para destruirla. ¿Será que quiere mantenerla en un mínimo nada más? ¿Para qué?», pero no se pregunta mucho más, o no en serio. En realidad no le importa mucho saber la causa de esa oposición, le basta con saberla delenda, le basta con conocer su deber y cumplirlo.

*Desmande interrogativo
sobre la oposición antioccidental*

Preguntemos más nosotros. Esa oposición ¿es comparable a la resistencia que ofrece la materia prima al trabajo industrial? El mineral de hierro a los altos hornos, la madera a la sierra eléctrica, la piedra a la máquina trituradora. ¿O es comparable más bien a la resistencia que ofrece el medio al artista? El mármol al escultor; los colores, aceites, telas al pintor; los instrumentos al músico; las palabras al poeta.

En el primer caso, todo sería cuestión de mejorar la tecnología. En el segundo caso, todo es cuestión de dialogar con los medios, averiguar lo que permiten y lo que prohíben, y adecuar la creatividad, en flexible y cambiante relación, a las características del medio utilizado. En ambos casos, la naturaleza de un objeto plantea problemas a la manipulación transformadora y creadora que se sirve de él para expresar una voluntad procedente de otro nivel.

¿Es ésa la situación de la cultura occidental en América? ¿Los problemas son planteados por un «material humano», una materia prima todavía no modelada plenamente por los códigos genéticos de la cultura occidental?

¿O no es ésa la situación y la oposición proviene de una *subjetividad* para la cual Occidente funciona como objeto? ¿Se trata de una subjetividad autoconsciente? ¿Ha reificado Occidente esa subjetividad para obligarla a entrar en su horizonte circular? ¿La reifica

también, aun cuando se le aproxima con sus monjes, sus letrados, sus científicos sociales y sus revolucionarios, y entonces con mayor fuerza? ¿Se enfrentan en América dos subjetividades mutuamente reificantes? ¿Puede haber diálogo de quién a quién y no sólo de quién a qué?

La subjetividad no occidental en América, si existe, ¿es una o múltiple? ¿Perviven en América formas anteriores, abolidas, de la propia cultura occidental?

Dada la unidad de la especie humana, ¿hay condiciones originarias de diálogo extracultural entre lo occidental y lo no occidental de América, o todo diálogo entre hombres y en el interior de cada hombre pasa necesariamente por la cultura? ¿Todo entendimiento viene por igualación cultural o son compatibles de verdad, sin trampas de poder, entendimiento y pluralidad cultural?

¿Cabe hablar de una oposición *cultura-no cultura*? ¿Combate la cultura en cada hombre con un salvaje precultural?

La situación vista desde el otro lado

Después de este desmante interogativo —por cierto ni gratuito ni ocioso, pues cumple una función de sensibilización y preparación para lo que sigue— volvamos a la sobriedad del planteamiento inicial.

Somos occidentales sin duda alguna, pero debemos admitir la presencia de una resistencia no occidental en América. El despliegue majestuoso del discurso occidental en las instituciones y en la historia de América se ve interferido aquí y acullá, a veces entorpecido y hasta desfigurado, aunque nunca interrumpido, por lo que pareciera ser otro discurso u otros discursos de naturaleza bárbara.

¿Cómo se ve la situación desde el otro lado? Una gran derrota, ya hundida casi totalmente en el olvido, nos legó la opresión que padecemos actualmente. Conocemos el látigo del vencedor y reconocemos su superioridad cotidianamente puesta a prueba y cotidianamente demostrada.

No nos es difícil quitarnos de encima a este jefe civil y a estos policías; pero hace tiempo sabemos que ellos representan un poder superior. Cuando mueren, otros vienen a tomar su puesto y en mayor número, si es necesario. Detrás de ellos hay ejércitos, mandos, cuarteles, fortificaciones, el poder de fuego de divisiones blindadas, salones esplendorosos donde altos jefes toman decisiones. El policía de punto es el sensor extremo de un sistema nervioso muy sensible,

el factor extremo de un sistema muscular muy robusto; yo bajo la cabeza cuando lo veo o me voy por otra calle; aunque no haya hecho nada prohibido tengo una culpa original que justifica cualquier agresión de la autoridad en cualquier momento, la culpa de tener ancestros derrotados.

A ese cura y a esas viejas beatas que me vigilan sin fatiga no puedo decirles «Hago lo que me parece bueno y justo, hago lo que me da placer; hago lo que brota en mí espontáneamente; hago lo que me dicta la alegría de vivir». No, ellos representan la moralidad oficial basada en un catecismo que nunca aprendí bien y tienen medios para imponerla. Además, tienen a Dios de su parte, fuente indiscutible de castigo eterno. Prohibido, escondido y clandestino todo placer, su patria es la noche. Confesión, penitencia y aun así siempre estoy sucio, reprobable. Cuando el cura se muera, otro cura vendrá; cuando las beatas se mueran, otras beatas vendrán. Detrás de ellos están los obispos, los arzobispos, los cardenales, el Papa, el trono celestial, las huestes angélicas y una espada invisible que hiere en secreto los órganos internos del cuerpo para distribuir las formas diversas de la muerte. Cuando veo al cura me arrodillo: «Écheme la bendición, padre», cuando veo a las beatas, bajo la cabeza: «Sí, doña María. Sí, doñita», su benevolencia puede aliviarme la desgracia de ser quien soy, hacer menos intolerable mi condición.

Penetrante en su dominación más que todos los otros y temible es el maestro de escuela, porque oprime desde adentro, se mete en la intimidad de la conciencia para desbaratar y reconstruir según los intereses del vencedor.

Su arma más eficaz es el alfabeto; cuando enseña a leer y a escribir deja una brecha en el alma por donde invaden y toman

posesión los señores del *logos*, los espíritus más sutiles de la conquista: ciencia, letras, filosofía. Espíritus que no viven al aire libre del lenguaje hablado, sino en un ámbito artificial construido por la escritura mediante una ampliación monstruosa de la memoria. Todo lo vivo, todo lo vivido, todo lo viviente, se vuelve fantasmal por obra y gracia del alfabeto, se acumula, se superpone en planchas, en cristales, en películas durante siglos y se interpone con creciente densidad entre el hombre y la vida, entre el hombre y el hombre, entre el hombre y sus actos.

Las lluvias vienen y se van cíclicamente, la marea sube y baja, el corazón tiene sístole y diástole, el ardor de la pasión mengua como la luna llena y se apacigua; pero la creciente de lo escrito no reconoce fronteras, la avenida de lo registrado no tiene tope, la hipertrofia de la memoria mecanizada exigirá con el tiempo ciudades biblioteca, países biblioteca, continentes biblioteca, planetas biblioteca con todo y los microfilms.

De esos registros emanan normas, juicios, tecnología, progreso, y las palabras de la sabiduría y la poesía que dicen por mí muy bien todo lo que yo quiero decir yo mismo aunque lo diga mal, aunque no pueda decirlo del todo y quede balbuceando.

De estos archivos sale el despliegue exhaustivo de posibilidades en cada problema, el fin de todo drama de suspenso, la solución a los enigmas cautivantes; sale un anciano de experiencia milenaria que sabe los caminos y las llegadas; pero yo quiero jugar limpiamente, sin trampa, el juego de la vida, quiero extraviarme y perderme, quiero combatir mis combates sin retaguardia y sin cautela, quiero morir mi muerte antes que vivir una vida ajena, dirigida por otros.

Ciencia, letras, filosofía, tres invasores inextinguibles entrando al alma por la brecha que abre el maestro de escuela, desgarrando con su alfabeto, a mansalva, con alevosía y ventaja aprovechando la debilidad de la infancia. Pero de nada serviría matarlo, el órgano de reproducción de los espíritus más sutiles del imperio se reproduce

a sí mismo continuamente y tiene apoyo siempre renovado de textos y testículos académicos; detrás de él hay laboratorios, observatorios, museos, equipos de investigación, exploradores, cartógrafos, máquinas de computación.

Es fuerte el maestro, y artero. Me cambia el mundo por una pantalla, me cambia la vida por abalorios conceptuales, me cambia las canciones por sistemas de notación, me cambia la inocencia por la posibilidad de sobrevivir. Los que no han sufrido su violación sobreviven difícilmente dentro de las condiciones creadas por el imperio.

Y yo, cuando veo su abominable cara, le digo servilmente «¡Sí, maestro. Sí, profesor. Sí, bachiller. Sí, doctor. Sí, poeta!», mientras lo velo. Hundido en mi oprobio de vencido, mancillado por espermatozoides mentales, rajado y agachado, lo velo, lo acecho a largo plazo, aunque lo único que pueda hacer por los momentos no sea sino ponerle tachuelas en la silla y echarle agua en la tinta.

Las colinas, los bosques, los prados, los animales y las plantas tienen amo, tienen propietario. Yo camino sobre tierra ajena, donde soy tolerado como sirviente; y no hay ningún sitio que yo pueda llamar mío. Con mi trabajo pago a duras penas las cosas que consumo y el alquiler de las que uso. Uso y consumo las peores y aun así logro escasamente sobrevivir. Todas las cosas se cambian por dinero; mi trabajo también. Pero la cantidad de dinero que obtengo no me alcanza para comprar las que necesito. Ando manga por hombro y crío hijos malsanos condenados a vender su sangre.

A veces los amos tienen rostro latifundista, patrón. Yo les digo «Sí, amito; sí, patrón; lo que Ud. mande, jefe; ya mismo don Raamón». Pero cada día es más frecuente que no tenga rostro y se llame compañía anónima, ministerio, instituto, comité central, empresa transnacional; me entiendo sólo con capataces o funcio-

narios. De nada me sirve matar a los amos porque vienen sus herederos a tomar posesión; de nada me sirve matar a unos capataces o funcionarios porque nombran otros de inmediato, tal vez peores; sin contar los castigos y represalias.

Sé que mi presencia les repugna, que les doy asco, que si pudieran prescindir de mi trabajo (sustituyéndome con máquinas, por ejemplo) me eliminarían físicamente, me exterminarían como a ratas.

Camino encogido, con la cabeza gacha, reverente y como pidiendo perdón por existir, sobre la misma tierra donde mis ancestros se erguían altivamente para respirar a pleno pulmón el aire de su mundo en la holgura de la patria; pero hubo un combate y fueron vencidos. Pelearon y perdieron; nosotros heredamos el oprobio de su derrota así como ellos, los otros, los de arriba, aquellos a cuya merced estamos, heredaron los privilegios de la victoria. ¿Podemos preparar otro combate, la revancha, una batalla a campo abierto, con clarines, en un día brillante de banderas y metales bruñidos, o perseveraremos en esta sórdida situación de resentimiento, sabotaje, doblez, odio reprimido, envidia y papel?

Lo que somos, lo que fuimos, lo que podemos ser no está en la memoria y en las manos de Dios, sino en archivos; de Dios mismo debe haber una carpeta. Cédulas, partidas, contratos, títulos de propiedad, diplomas, protocolos, certificados, hipotecas, nombramientos, legados, testamentos, despidos, permisos, recibos, cuentas, decretos, resoluciones, autorizaciones, sentencias, oficios, salvoconductos, credenciales, currícula, hojas de servicio, expedientes, listas de pago, listas negras, solvencias, carnés, libretas bancarias, libretas militares, tarjetas perforadas, comprobantes, cartas de crédito, letras de cambio, escrituras, permisos, circulares, planillas, solicitudes, avisos, preavisos, citaciones, antecedentes, justificativos, convenios, amonestaciones, carteles, fianzas,

órdenes (de pago, arresto, desalojo, secuestro), actas (de nacimiento, matrimonio, defunción).

El destino, para nosotros, tiene cara de papel, color de oficina registradora, olor de gaveta, voz de funcionario; sus hilos son de tinta; vuela con plumas de escribir, camina con pies de imprenta; su casa es el laberinto burocrático. ¿Puedo encender un fuego que lo queme?

Quiero el incendio ya. La revolución violenta. Sangre derramada. La destrucción de todo este orden de cosas. Abajo cadenas. Victoria o muerte.

Pero este deseo ardoroso me ha hecho víctima de una nueva forma de opresión y explotación que se suma cruelmente a las otras mientras promete suprimirlas: la lucha revolucionaria.

Para comprender el mecanismo de la trampa revolucionaria, veamos nuestra sociedad a vuelo de pájaro. Está constituida, primero, por los amos, los poderosos, los de arriba, los señores; llamémoslos blancos. Segundo, los que sin ser amos tienen una participación variable en los bienes de la sociedad, son capataces, administradores, maestros y profesores, pequeños comerciantes, policías, profesionales liberales; llamémoslos pardos; pueden ascender dentro de su categoría y algunos pueden superarla para engrosar el rango de los blancos. Tercero, nosotros, es decir, «los indios y los negros», los de abajo y afuera.

Suele ocurrir que los blancos tengan entre ellos mismos peleas de señores. Entonces se sirven de nosotros; nos organizan política o militarmente con una ideología *revolucionaria*, con planes *revolucionarios*, con promesa de cambios radicales. Nos hacen combatir y cuando han logrado sus fines, cuando han arreglado sus cuentas de blancos, se deshacen de nosotros poco a poco mediante retardos, aplazamientos, intrigas, divisiones, recompensas parciales y a veces aun con la ayuda de sus adversarios reconciliados.

Suele ocurrir también que pardos de ambición impaciente quieran forzar el ascenso dentro de su categoría, acelerarlo para llegar por un canal extraordinario al rango superior. Entonces se sirven de nosotros, nos organizan política o militarmente con una ideología revolucionaria, con planes revolucionarios, con promesas de cambios radicales. Nos hacen combatir y cuando logran llegar a importantes magistraturas desde donde se acomodan, se desligan de nosotros o nos mantienen organizados en las capas bajas de partidos políticos reformistas, en calidad de clientela y tropa de choque.

En el esfuerzo que hago para esta lucha me comprometo más que en el trabajo de los campos, el servicio doméstico, la construcción y las fábricas; me doy entero, arriesgo todo. Mi salario es la ilusión de triunfo, la exaltación momentánea, el desahogo, los instantes del asalto y del grito. Pero no logro realizar mi anhelo. Al contrario, mi rebeldía se incorpora aún más al dinamismo del sistema opresor, le sirve y lo fortalece. Mi peligrosidad se ve disminuida y retardada por esa masturbación periódica.

En cambio ellos sí logran sus fines; además de mantenerme en cintura, canalizan mi torrente hacia sus molinos, me cogen de escalera, arriman mi brasa a su sardina.

Amonedan mi furia para comprar poder los dirigentes revolucionarios. Se vuelven ricos con la plusvalía de esa empresa llamada lucha revolucionaria en la que yo pongo mi fuerza de combate, mi capacidad de sacrificio, mi agonía. Plusvalía revolucionaria.

¿No te has fijado, hermano, que los dirigentes revolucionarios son blancos o pardos? Los caudillos negros o indios de las revoluciones han sido «cachicamos trabajando para lapa».

He visto también —desea no haberlo visto— que la revolución, caso de ser practicada en serio y caso de triunfar, conduce a formas de injusticia y opresión más abominables que las actuales. Esas formas nuevas de injusticia y opresión las he visto en los ojos y en las palabras de los dirigentes más sinceros, más esforzados, más

leales a la causa. Se sienten salvadores mesiánicos, avatares de la historia; creen conocer mis intereses, mis deseos y mis necesidades mejor que yo mismo; no me consultan ni me oyen; se han constituido por cuenta de ellos en representantes míos, en vanguardias de mi lucha; son tutelares y paternalistas; prefiguran ya el Olimpo futuro donde tomarán todas las decisiones para mi bienestar y mi progreso; las tomarán y me las impondrán en nombre mío, a sangre y fuego en nombre mío. Yo bajo la cabeza diciendo «Sí camarada, sí compañero, eso es lo que hay que hacer, tiene razón, viva». Les sigo la corriente para que no me peguen y para no desanimarlos: pueden producir esos momentos de relajo, de caos, cuando parpadea la vigilancia de los gendarmes, cuando tiemblan los cimientos del orden, cuando puedo descargar impune mi rencor, mi cólera reprimida, mi odio; después de todo, ese alivio esporádico es el mendrugo que me toca en el tejemaneje revolucionario mientras llegan días peores, los del triunfo revolucionario.

Son occidentales creyendo no serlo

Todo lo dicho hasta ahora es muy significativo y revelador de una situación insoportable; se sienten deseos de ayudar a remediarla, a cambiarla. Pero en nada de lo dicho se advierte presencia alguna de elementos no occidentales.

Es necesario distinguir entre sociedad y cultura. Diversas sociedades pueden tener la misma cultura. Problemas sociales graves dentro de una sociedad no ponen necesariamente en cuestión su pertenencia a un ámbito cultural dado. No hay una relación necesaria y constante entre cambio social y cambio cultural.

Así, el memorial de agravios y el lamento que acabamos de oír son estrictamente occidentales. Están sostenidos por valores estrictamente occidentales. La igualdad de derechos, la justicia social, el considerar inicua la explotación del hombre por el hombre, el repudio a la opresión son temas típicamente occidentales. En otros ámbitos culturales, lo que aquí se siente como agravio, como humillación insoportable, ha sido considerado normal durante siglos, como parte de la naturaleza humana o del inexorable destino, y no como resultado histórico contingente y cambiante.

Desde siempre Occidente opone a la realidad social un sistema utópico de valores de raigambre cristiana. Su devenir se tensa entre el ser encontrado y un deber ser buscado.

El rechazo verbal de la ciencia, la tecnología y la filosofía debe tomarse *cum grano salis*. Se trata sin duda de una manera de expresar

el resentimiento por la injusticia sufrida. Ciencia, tecnología y filosofía han sido privilegio de los «blancos», por eso se han vuelto odiosas para los de abajo; pero fuera de ese contexto, son bienes y actividades culturales útiles y deleitables para cualquier sociedad donde se haya eliminado la opresión.

Ahora resulta, pues, que los agraviados y quejosos, de quienes se esperaba la revelación de lo no occidental en América, se remiten a valores típicamente occidentales, valores ausentes en todas las culturas precolombinas y africanas.

Es más. Son muy occidentales, son occidentales extremistas e iracundos, quieren realizar la utopía, buscan la ciudad de Dios en la tierra, tienen hambre y sed de justicia. ¡Bienaventurados! Serán saciados.

Luchen y triunfen; pero no olviden que el hombre es doble. Si no tuviera valores, si no tendiera su ser hacia un deber ser, sería una *cosa natural*. Si fuera encarnación plena de los valores, si el deber ser fuera ser, sería una *cosa divina*. En ninguno de los dos casos sería hombre. Luchen y triunfen, pero sin aspirar a la amputación de lo natural. (Natural: lo que es resultante de la interacción espontánea de factores dados geográfica y biológicamente, sin intervención de valores espirituales.) La casa del hombre debe ser siempre una casa inconclusa. Claro está que, de momento, no se plantea el peligro de esa amputación. El dolor viene de la opuesta.

En resumidas cuentas, la queja se refiere a un denominador común: la instalación de un poder que, siendo de origen humano, se arroga prerrogativas sobrehumanas y oprime a la mayoría de los miembros de la sociedad humana. Un poder político, económico, administrativo, científico, tecnológico, ideológico, un poder que impide la realización de los valores morales del propio Occidente, un poder autorreproductivo que impera desde un nivel inaccesible a las personas que constituyen la sociedad y que están en principio capacitadas para decidir sobre la marcha de los asuntos colectivos, para intervenir deliberada y decididamente en esa marcha.

Los agraviados y quejosos, los humillados y ofendidos que se han dejado oír aquí, los «indios» y los «negros», los que sufren con mayor desventaja la opresión del sistema, son los que están paradójicamente en mejores condiciones para cambiarlo porque no los seduce, como a los «pardos», la ilusión de ascender, ni los adormece, como a los «blancos», el privilegio. Son ellos quienes mejor pueden trabajar por un orden social participativo, más adecuado a los valores occidentales, libre del hechizo edípico.

Pero no deben dejarse dirigir por «pardos» ni por «blancos». Ahí ha estado su falla. Deben inventar sus propias formas de lucha y formar sus propios dirigentes, sin caer en la trampa de creer en una vanguardia tutelar, paternalista, autoritaria que, en fin de cuentas, no hará sino reproducir la delenda opresión bajo otras modalidades.

Rechazo de los valores occidentales

Son muy occidentales. Su grito está sostenido por valores estrictamente occidentales. Su lucha no sólo tiene cabida en Occidente; es la lucha de Occidente consigo mismo.

Conozco esa retórica, me son familiares esos ardides. Con trucos de esos convencieron a mis ancestros (a algunos por lo menos) de que sus dioses eran parte del mundo cristiano, sólo que se llamaban con otros nombres: San Pedro, San Isidro, San Benito, la Virgen María, Santa Marta... todos bajo el mando de un superdiós único. Bastaba acostumbrarse al cambio de nombres. Sus gobiernos locales podían integrarse sin dificultad al imperio del Rey blanco, supercacique benévolo aliado del superdiós, rey de reyes propicio. Los letrados, los curas y los médicos eran piaches más adelantados y especializados, mojanes con postgrados. Gracias por ese intento humanitario de anestesiar la inanestesiabla herida de la derrota; gracias por querer aliviar el yugo inaliviable de la esclavitud; gracias. ¿O no era piedad sino el deseo de borrar para siempre mi identidad, diastosas sutiles para desintegrarme y asimilarme?

No deben dejarse por «pardos» ni por «blancos». Ahí ha estado su falta. No acepten la dirección de ninguna vanguardia autonombrada, mesiánica, paternalista. Organícense de modo participativo para realizar los valores de Occidente.

¿Quién me aconseja tan sabiamente, quién me abre los ojos, quién me instruye, quién me dirige así tan delicadamente? ¿Quién

me da el más noble puesto en su lucha, quién me deslíe en su cávido corazón? Occidente, el gran hermano blanco. El gran ogro gentil. No bastó mi derrota. Mi supervivencia, aunque impotente y degradada, produce inquietudes. Debo desaparecer totalmente, mejor si por las buenas y alimentando.

Véase al fin claro. Para mí la lucha social dentro del marco de Occidente equivale a una claudicación cultural. Dejar de ser quien soy para ser otro, a cambio de un puesto honorable en el mundo de los otros. Humillado y ofendido sigo siendo quien soy. Diríjanme los «pardos» y los «blancos» abiertamente. Métanme en sus partidos, en sus empresas, en sus escuelas, en sus burocracias. Diga yo «Sí amo, sí doctor, sí jefe, sí camarada, sí padre». Pero sea yo quien soy. Partidos, empresas, escuelas, burocracias de ellos. Yo, el otro, empujado, manipulado, maltratado, tramposo, hipócrita, vendiendo barato mi esfuerzo pero dando poco, burlando la vigilancia siempre, burlando el castigo «fue que me enfermé, me duele el hígado, se me murió la madre, abortó la mujer, es la fiesta patronal, es el día de la patria, soy torpe, soy bruto, soy olvidadizo, quiero y no puedo, soy inferior, pardos y blancos hombrones hombrazos, yo hombrecito, hombrezuelo hominúculo homínido de segunda, no puedo crear sino imitar e imito mal...». Yo alguien; a todas éstas, alguien.

Si me embarcara de todo corazón en cualquier partido, empresa, escuela, burocracia, iglesia, me volvería «pardo». «Pardo» significa: «indio» o «negro» bastardizado, en acelerado proceso de blanqueamiento y occidentalización. Su meta: «blanco occidental»; mi meta: permanecer, seguir siendo quien soy, no morir, no dejarme asimilar ni por las malas ni por las buenas, mantener despierta mi mirada mía, esa mirada mía que presenciara algún día el derrumbe de la cultura occidental, porque se desplomará la que no tuvo para mí sino oprobio y muerte, se desplomará, pero yo viviré.

Repudio la justicia occidental, no quiero justicia dentro del orden occidental. Otro orden y otra justicia, otra cultura quiero. Los famosos valores de Occidente me dejan frío.

Agresión interrogativa

Otro orden y otra justicia quiere, otra cultura quiere. ¿Tendrá de verdad —¿será cierto?— otra dimensión en su seno? ¿Querrá retornar al arco y la flecha, al guayuco, al bohío, a los sacrificios humanos, a los fetiches? ¿Lo invade acaso la nostalgia de la barbarie y quiere restaurarla?

*Defensa ofensiva u ofensa defensiva.
Elogio de las culturas primitivas*

Las culturas precolombinas de América y las culturas africanas de donde procedían los esclavos negros, las culturas «primitivas» —porque también las hubo «altas», en trance de enajenar al hombre— eran superiores a la cultura occidental.

No buscaban dominar a la naturaleza sino lograr un equilibrio con ella; y lo lograron de manera variada según las condiciones ecológicas, de manera creadora según las diferencias de su sensibilidad y los matices de su sentido estético. Aprendieron a vivir con la selva, con la montaña, con el mar, con los llanos de grandes ríos, con el desierto, sin dañarlos y sin perecer. Ni ecocidas ni suicidas. ¿Puede decirse lo mismo de Occidente?

Sabían vivir en comunidad y compartir. Las relaciones de parentesco y las conductas a que daban lugar estaban claramente establecidas. Los diversos roles en la ejecución del comunitario trabajo eran distribuidos y desempeñados sin sombra de confusión. Con ritos de pasaje garantizaban los umbrales y separaban los niveles. Nunca era una comunidad tan grande como para imposibilitar el conocimiento y reconocimiento mutuo de todos sus miembros. La comunicación integral de persona a persona estaba así asegurada y era practicada como forma normal de comunicación. ¿Puede decirse lo mismo de Occidente?

Salvo aberración patológica excepcional, tenían su centro de gravedad en sí mismas. Cada comunidad era centro de conocimiento, sentimiento y acción con respecto a la naturaleza, al mundo invisible y a las demás. Cada una era consciente. Cada una era sujeto de su propio devenir vital. No construyeron un nivel superior que conociera, pensara y decidiera por ellas, no hicieron estados, no delegaron su humanidad. ¿Puede decirse lo mismo de Occidente?

Las comunidades de esas culturas, llamadas primitivas y salvajes, definieron con perfiles inconfundibles al enemigo y al amigo. No reprimieron sus pulsiones de muerte; las canalizaron. Siempre estuvo lejos de ellos —benditos sean para siempre— esa babosa hipocresía del occidental que profesa amor a todos sus semejantes, pero los mata simbólicamente en sueños o realiza enormes guerras de exterminio fraticidas o genocidas. Ellas salían a matar y a morir en armonía con los astros y los cósmicos ritmos de muerte y renacimiento, acompañados por sus animales sagrados y sus dioses, en acuerdo con ellos, sin doblez. Los pasos y resultados del combate estaban codificados porque se trataba de un divino juego análogo al gran juego del Universo y cónsono con él. ¿Puede decirse lo mismo de Occidente?

Lo psíquico y lo somático son tan interdependientes que constituyen unidad; ellas lo sabían y nunca separaron las enfermedades de las palabras, los pensamientos de los pasos, los afectos de las piedras, las estrellas de los impulsos secretos del corazón. Los éxtasis del tiempo despliegan una sola dimensión original; los ancestros y los herederos están en nosotros ahora; ellos lo sabían y por ende sabían también aceptar la muerte y comunicar con los abuelos, pero no para hipostasiarlos en estatuas reverendas, rendirles pleitesía, entregarles vitalidad, idolatrarlos, sino para recibir su ayuda en situaciones concretas de la vida individual. ¿Puede decirse lo mismo de Occidente?

No pretendieron nunca conocer exhaustivamente el universo. Les bastaba relacionarse de quien a quien con los entes vecinos.

Dieron nombre a quien necesitaban llamar. No intentaron dar nombre a lo innombrable ni a lo que no valía la pena nombrar. Implícitamente reconocieron la infinitud del otro y de lo otro. Se supieron una escucha y un habla finitos. Vieron que el pensamiento y la palabra no pueden transgredir sus límites, ni aprehender su origen. ¿Puede decirse lo mismo de Occidente?

Las culturas precolombinas y africanas de nuestros ancestros habían desarrollado técnicas para inducir el éxtasis colectivo y las habían incorporado en el tejido cíclico de sus festividades anuales. Así, periódicamente sus miembros se liberaban del peso de la conciencia individual, aliviaban el dolor de la existencia separada, abandonaban pensamiento y lenguaje, se volvían todos y nadie, todo y nada. Entraban como gota en el oleaje de las mareas siderales donde no hay sino un vasto sentimiento oceánico, y retornaban, serenos, al sosiego de los dioses ordinarios, a las actividades cotidianas aceptadas con gozo, al quehacer rutinario circularmente reiterado donde resuena, para los que lo han conocido, como en una caracola, musical y poderoso, el Océano. ¿Puede decirse lo mismo de Occidente?

Nosotros descendemos de tales ancestros. Tenemos derecho a su herencia. Nuestra constitución mental se presta para recibirla. Eso es lo nuestro, pero Occidente nos separa de nuestro origen, nos desarraiga. Caiga Occidente y se levantarán nuevos de nuevo, los antiguos mitos y ritos, el antiguo bullir, el antiguo esplendor de los días felices. Caiga Occidente y creceremos, lozanos, como la vegetación. Sobre las ruinas.

11

Superioridad de Occidente

Ese elogio a las culturas precolombinas de América y a las culturas africanas de donde provinieron los esclavos negros es extensivo a todas las culturas primitivas no occidentales. Extensivo también —y en plenitud— a las culturas de donde surgió Occidente. Occidente no es un producto extraterrestre importado. Surgió en la Tierra, a partir de culturas primeras, gracias al descubrimiento de la razón segunda con sus disciplinas científicas y su tecnología. Occidente merece doble elogio: mereció el primero en las culturas que le dieron origen y merece otro por haber evolucionado a partir de ellas hacia formas superiores de humanidad.

Superiores sin duda. Hablemos claro. El hombre tiene problemas para sobrevivir y los resuelve técnicamente; una tecnología nueva, más eficiente, es siempre bienvenida. El que pela cocos con las uñas acepta sin discusión un machete; el que pela coco con machete no opone grandes resistencias a una máquina de pelar cocos. El que sufre una infección no rechaza antibióticos. El que grita por el cólico miserere no maldice la apendiceptomía. Nadie cambia un buen automóvil por un burro. El que está acostumbrado a pequeñas ceremonias de magia, cae de rodillas ante una misa cantada. El que busca poner en orden sus pensamientos, ve luz cuando se encuentra con Descartes.

El progreso trae problemas. La adopción de formas nuevas de vida produce desajustes, incongruencias, dificultades de adaptación, errores de cálculo, aceleraciones nocivas, destrucción innecesaria del medio natural, artificialización de las costumbres. El progreso trae problemas. Debíó ser horrible el paso de recolector a agricultor, de cazador a criador, de nómada a sedentario. Debe doler el paso de la charlatanería a la disciplina científica. Es incómodo viajar en cohetes. El mejoramiento de la alimentación y las condiciones sanitarias disminuye la mortalidad, aumenta la población. La producción continua de nuevos conocimientos hace que los jóvenes no respeten la sabiduría de sus mayores y desprecien la religión. El progreso trae problemas; pero son más los que resuelve que los que trae y los que trae son transitorios, remediables.

Todos los hombres reconocen un nivel superior de progreso al verlo, porque está en relación con sus necesidades y problemas, e intentan alcanzarlo. Los hombres de las culturas aquí tan amorosamente elogiadas cambian sus dioses por machetes y espejos, sus éxtasis por aparatos de radio y televisión, su inmersión en la naturaleza por cocinas de querosén. Basta un mercader de baratijas industriales, uno solo, para poner en crisis a esas sociedades sutiles y armoniosas que saben mecerse al ritmo oceánico del universo.

Por otra parte, los hombres de las altas culturas no occidentales, de las grandes culturas milenarias de Oriente, ¿en qué están actualmente? Sus sociedades se contorsionan, se debaten, se revolucionan ¿para qué?, para volverse industriales, para volverse repúblicas, para occidentalizarse.

12

Nostalgia de barbarie

Lo que pasa es que hay una nostalgia del pasado preoccidental, una nostalgia que se alía con la nostalgia de la infancia y la nostalgia del paraíso perdido, una nostalgia —*quiero volver volver volver*— que aumenta al aumentar las dificultades del presente y las incertidumbres del porvenir.

Háganse poemas y canciones para dar naves de aire y fuego a la nostalgia; pero ábranse los ojos: la vida y la historia prohíben el retorno, los caminos de regreso han sido cegados para siempre. No podemos reconstruir en América las culturas africanas de donde provenían los esclavos negros. No podemos restaurar en América las culturas precolombinas. Ni siquiera podemos lograr que sobrevivan intactas las culturas indígenas actualmente vivas en América. No podemos ni pudiendo. En el caso de aislar regiones geográficas y reservarlas a los indígenas con tal respeto de sus culturas, crearíamos una situación artificial semejante a la de un invernadero donde estarían a nuestra merced. Sería una ridícula restauración *in vitro*. Además, supondríamos en ellos una voluntad de aislamiento sacada de cuerpo entero de nuestra imaginación y proyectada sobre su amor a Occidente como un dedo para tapar el sol.

Vana esperanza de catástrofe

Hay también, junto a la nostalgia del pasado preoccidental, una esperanza de catástrofe formulada *forte* y *fortissimo* en el cuento de que Occidente se va a acabar violentamente, de que si por guerra atómica u otro armagedón cualquiera, de que si por caos ecológico, de que si por conmociones telúricas, de que si por accidentes astronómicos; expresada *piano* en la expectativa de una deserción total, de una aversión irresistible de los propios occidentales hacia su cultura, y *pianissimo* en la trivialidad a muy largo plazo de que Occidente se va a acabar porque todo se acaba algún día. Unos con impaciencia, otros con larguísima paciencia, los nostálgicos esperanzados se sientan a la puerta de su alma adolorida para ver pasar el cadáver de su Occidente y soñar un nuevo comienzo, en cero, del juego de la historia, con los supervivientes.

Los asiste, en parte, la razón. La evolución y el progreso son empresas con riesgos grandes, pequeños e incluso el máximo. Occidente no está al abrigo de una catástrofe exógena ni puede garantizar que no se agotará su impulso. Además, en todo caso se transformará, cambiará, perecerá su forma actual como perecieron ya y para siempre las culturas preoccidentales.

Pero los reacios rebeldes actuales fantasean como niños castigados injustamente. El odiado padre puede ser arrollado por un tren,

asesinado por malhechores, tener un duelo fatal con un rival, suicidarse; también es cierto que, aunque no le pase ninguna de esas desgracias, algún día morirá y nosotros quedaremos a solas con la madre. Pero mientras tanto, ahora, es él quien tiene el cetro del poder, la clave del origen, el lecho de la madre y es grande y bello e intensamente amado.

La fantasía apocalíptica segregada por la nostalgia sirve de evasión y consuelo pero no puede cambiar la situación real ni disminuir su horror: el aislamiento auténtico de una cultura es, hoy por hoy, imposible; Occidente ha intercomunicado todas las regiones del planeta; los terminales de alimentación y descarga de la gran industria han penetrado en todas las culturas; todas las culturas quieren consumir productos de Occidente y se dejan consumir por él. El destino de la Tierra se confunde con el destino de Occidente; la destrucción de Occidente significaría la destrucción de la humanidad.

*Incorporación no traumática
de las minorías étnico-culturales*

Algo se puede hacer en el caso de las culturas indígenas actualmente vivas en América. Mantenerlas intactas no. Pero sí lograr que su incorporación a Occidente sea menos traumática y que sus miembros entren por la puerta grande de los derechos humanos y no por la pequeña de la servidumbre. Conserve su lengua, sus tradiciones, sus usos y costumbres, aun sus instituciones políticas, en la medida en que no sean incompatibles con la civilización. Decidan ellos sobre el modo de la incorporación, sobre el ritmo del progreso. Dóteselos de escuela, hospital, cuartel, iglesia, instalaciones sanitarias, tecnología agropecuaria moderna.

Occidente es resultado de un cambio traumático que le costó siglos de esfuerzo. Más bien tienen suerte los indios de poder llegar a lo universal por caminos ya hechos.

¡Ea! ¡Ánimo, pues, los no occidentales de América! Todo cambia, todo pasa, nada escapa al devenir. La vida es una sucesión de renunciaciones dolorosas pero compensadas por el hechizo de lo desconocido. Basta ya de lamentar lo pasado, también lo nuevo tiene su encanto, ahora también hay dioses y esplendores; también la gnosis de Princeton tiene sus cítaras, sus alcoholes, sus alcaloides, sus éxtasis; también son gente los constructores y los usuarios de computadoras. Diríjase el filo de la vitalidad, aerodinámico, hacia el futuro.

Los vencidos no tienen futuro

A menudo, la palabra futuro no designa en forma neutra y general todo lo que ocurrirá después de ahora, sino el desarrollo positivo de lo presente, el cumplimiento de la promesa, la perseverancia y crecimiento de lo actual. De un joven inteligente, estudioso y ambicioso se dice que «tiene futuro», así, a secas, sin calificativo. De una ideología política no andada en los intereses, necesidades y búsquedas de una colectividad se dice que «no tiene futuro», así, a secas, sin calificativo.

En este sentido, los negros e indios transculturados no tienen futuro. No se puede esperar de ellos la cosecha que se espera de un mango floreado. La cultura no es un traje que se pueda quitar y poner y cambiar. La cultura es el hombre. Arrancados de su seno cultural originario o con éste desgarrado y fragmentado, no pueden contar con el código de conducta de su tradición porque ha sido dislocado, ni pueden contar tampoco con el de la cultura dominante porque de ella sólo tienen retazos externos, pedazos desconectados como piezas de un rompecabezas cuya clave se les escapa. No tienen futuro.

El problema fundamental no es el de la puerta grande o la pequeña, aunque la diferencia es enorme desde el punto de vista ambigualmente humanitario de Occidente. El exilio cultural no es

menos exilio cuando es dorado. *En el jardín colgante, sentado al lado del rey, mi amigo, recordé los ríos de mi patria destruida y lloré como mis hermanos cautivos, los que se agachan en las tardes sobre el Éufrates, y se vierten, amargos tributarios de su caudal amargo.*

Sin la gnosis shamánica de sus ancestros y sin la gnosis de Princeton, en atroz libertad, han de escoger entre la más íntima sumisión y total entrega al vencedor o la rebelión suicida, con la seguridad de no poder lograr ni la identificación con el amo, ni la muerte. No tienen futuro. El tiempo se les empoza en un presente circular de resaca podrida.

La agonía de un pueblo derrotado que quiere morir siempre es lenta, los venenos psicotrópicos y los buscados golpes mortíferos son lentos de efecto, aun con el auxilio genocida del agresor; lenta también la digestión asimilante de los caníbales culturales. No tienen futuro. La condición de espantajo irrisorio es un largo presente sin salida.

*El mestizaje como destino cultural
de América*

Sin duda, hay algo no occidental en América —o mejor, alguien que no ve salida y quiere morir, por autoaniquilación, antes que esperar la asfixia total en su situación aporética. Alguien no occidental que vive como suicidándose. Alguien débil y sentimental que no puede soportar el cambio. Pero ese alguien no es la totalidad de lo no occidental.

Consta que los indios estuvieron aislados durante muchos siglos en el continente americano, sin contactos considerables con el resto del planeta. A la llegada de los europeos, murieron por *centenares de miles* debido a que no estaban inmunizados contra los gérmenes patógenos de los cuales los europeos eran portadores sanos. Fue más deletérea la invasión de esos gérmenes que la acción de los jinetes de espada y arcabuz. Fue tan catastrófica que los espíritus delicados de la época juzgaron humanitaria la importación de esclavos para suplir la debilidad de los indios. Pero no murieron todos, ni mucho menos. Sobrevivieron los más fuertes, los que desarrollaron defensas e inmunidades.

Al lado de lo no occidental que ha muerto en América y de lo no occidental que quiere morir por desesperación está lo no occidental que quiere vivir, tener vida en abundancia, reproducirse, perseverar.

No podemos restaurar en América las culturas africanas de los esclavos, ni las culturas precolombinas destruidas por la conquista y la colonia. Tampoco podemos salvaguardar la integridad de las culturas indígenas aún vivas actualmente. Pero podemos lograr la formación de una cultura nueva mestiza. Mejor dicho, se ha estado formando en América una cultura mestiza. Mejor dicho aún, existe ya en América una cultura mestiza en cuyo rostro sobreviven con fuerza rasgos fundamentales de culturas no occidentales.

El suicida agonizante, el alguien no occidental de América que quiere morir, ha perdido de vista la conservación y enriquecimiento de su identidad en la nueva cultura mestiza. Paradójicamente, muere sin saber que continuará viviendo.

El mestizaje étnico, por su parte, ha sido vasto, variado, lujurioso. Ha dado lugar al surgimiento de nuevos tipos físicos, de nuevas combinaciones, de nuevas caras. Ha ampliado y complicado el panorama antropológico. Ha multiplicado y diversificado la belleza del cuerpo humano con variantes insólitas. Pero ahí termina su importancia, porque la especie humana es una sola. Las diferencias raciales son superficiales; se limitan al color de la piel y de los ojos, al tipo de cabello, a las proporciones entre los rasgos faciales, al tamaño relativo de las partes del cuerpo. Diferencias comparables a las que se encuentran en el interior de cualquier especie biológica. No hay raza humana que presente un hueso, un músculo, un tendón, una víscera, una arteria, una secreción más o menos que otra. Desde el punto de vista de la anatomía y de la fisiología no podemos establecer diferencias decisivas entre los hombres. El mestizaje étnico no es importante orgánicamente, no genera una especie nueva, no plantea problemas fisiológicos; en cambio refleja, simboliza, patentiza y escenifica un mestizaje de grandísima importancia: el mestizaje cultural. La dramática multiplicación de los rostros mestizos a partir de los rostros raciales más disímiles, con su gran impacto sensorial y estético, remite a la formación de una cultura nueva en América a partir de las más heterogéneas culturas que se han dado sobre nuestro planeta.

En América, el mestizaje cultural no es una opción sino un hecho. Y lo fue desde el primer día del descubrimiento; las culturas que se encontraron entonces se interpenetraron desde entonces tan estrechamente que no podemos separarlas ni siquiera en el análisis conceptual sin hacer violencia a la nueva unidad; el solo haberse mirado las sacaba de su ámbito, las cambiaba y las trasladaba a un ámbito común diferente de los anteriores; un haberse mirado para el cual no hubo preparación, a pesar de los cuentos europeos del paraíso y los cuentos indígenas sobre huiracochas. El encuentro de América fue más importante que el viaje a la Luna; éste no cambió la cosmología, ni la física, ni la antropología; aquél sí. Y sería más importante que un posible encuentro con extraterrestres, pues la Tierra se ha preparado para éste con la vasta, prolija y minuciosa exploración de la ficción científica.

El mestizaje cultural —el que se produce en la dimensión de los códigos secretos donde se gobierna el quehacer colectivo y no en el nivel de la acumulación de experiencia— fue instantáneo en el primer encuentro y se profundizó, se entrañó, se arrojó. Sin retorno.

No es una opción sino un hecho, y lo es independientemente de la mezcla racial, no necesaria para el encuentro cultural. La fisiología, siendo universal, lo es además en las regiones donde no ha habido mezcla racial, donde no dispone de esa proyección sensorial y estética. Lo es en el alma de los inmigrantes recientes, quienes ya desde la primera generación son absorbidos e integrados en el nuevo ámbito. El destino cultural de América es el mestizaje. Para ella no hay otro camino.

Sólido y esplendoroso testimonio del mestizaje —el conjunto de catedrales coloniales donde la estructura canónica de los españoles es fecundada por el trabajo creador de los indios con materiales americanos.

Aéreo testimonio melódico, rítmico y armónico —los instrumentos, formas y repertorios musicales creados sobre nuestra tierra en el curso de la historia.

Líquido testimonio borbotante incontenible que se derrama, inunda, cala, enchumba con lujuria genésica —la barroca productividad verbal de nuestros pueblos y de nuestros literatos.

Ígneo testimonio de crepitante expansividad —la proliferación de cultos sincréticos y aglutinantes donde comparten altar iracundos profetas del Medio Oriente antiguo y ascetas afortunados de la Edad Media con divinidades originarias del centro de África, recios negros del más allá tutelares y punitivos, caciques tenaces y la corte celestial de los indios, todo para sostener cada vez con más fuerza la imagen de una diosa tan mestiza que ya no depende de ninguno de sus heterogéneos ancestros.

General y variado el mestizaje en América. Quien recorre la humanidad americana encuentra, según las regiones, predominio de ciertas variantes ibéricas, o de tal nación prehispánica, o de modos africanos; en diferente grado y proporción; desde la cohesión armónica hasta el cacofónico antagonismo. Según las regiones, según el avance de la recíproca transculturación. Pero quien recorre la humanidad americana no encuentra nunca ni siquiera bolsillos de cultura separada, aislada, pura; si llegara a encontrar alguno, lo mestizaría con su sola presencia, con el solo haberse visto.

*El mestizaje americano:
cosmopolita cultural*

El destino cultural de América es el mestizaje. No es un destino original y exclusivo; pero tiene un aspecto único, sin precedente y sin paralelo.

No es original y exclusivo. Probablemente todas las culturas de que tenemos noticia son mestizas. Los logros culturales de un grupo humano son transmisibles a otros grupos humanos porque se trata de la misma especie. No cabe duda. Los descubrimientos e inventos debieron propagarse velozmente entre los grupos más cercanos y, por grupos interpuestos, hasta los más lejanos. Grandes conjuntos de culturas debieron permanecer separados unos de otros, en mutuo desconocimiento; pero la historia de la humanidad es, en gran parte, la historia de encuentros entre culturas, de sus conflictos y de sus mezclas. Es así, por etapas, como hemos llegado a la historia universal, casi vale decir a la cultura planetaria, la más mestiza ella misma desde sus raíces.

El mestizaje cultural como destino no es, pues, original ni exclusivo de América, pero tiene en ella un carácter único, sin precedente y sin paralelo. Es el punto de culminación planetaria, de plenitud universal y confiere a América prerrogativas y poderes exclusivos, una misión singular para el futuro de la humanidad. Veamos esto con mayor detalle.

Primero. Con el conocimiento de América se redondea el conocimiento de la humanidad sobre sí misma y sobre el mundo. Una especie, un planeta. Antes de América: sospechas, conjeturas, teorías, mitos. Después de América, es decir, con América, comienza a perfilarse claramente la imagen de la realidad física y del hombre que hoy sostiene nuestra *Weltanschauung* científica.

Lo que acabamos de decir puede decirse con igual sentido y valor desde América. Antes de Europa: sospechas, conjeturas, teorías, mitos. Después de Europa, es decir, con Europa, comienza a perfilarse claramente la imagen de la realidad física y del hombre que hoy sostiene nuestra *Weltanschauung* científica. Para todos los hombres, el encuentro de Europa y América significó la transmutación de concepciones fragmentarias, de visiones parciales en la perspectiva que podemos llamar la perspectiva de la humanidad. Visión que revela al ser unitario y salva de los aislamientos.

Segundo. Las culturas todas entran en la fase final de mestizaje, la fase totalizante, mundial, con el encuentro de los conjuntos culturales más diversos. Los mestizajes de África, Asia y Europa se habían hecho entre culturas más o menos afines. El de América entre las más disímiles y con el lado étnico tan espectacular e ilustrativo, tan cautivante para la imaginación, tan importante para el rostro físico del hombre futuro.

Aunque el efecto de este mestizaje final y total compromete a toda la Tierra, su lugar geográfico es América. Nos toca el placer y el dolor de ese gran matrimonio poligámico ardoroso y traumático.

Tercero. El mestizaje que se venía realizando en todos los continentes desde la aparición del hombre, alcanza su punto culminante y como de cierre en América. El mestizo americano es el mestizo por excelencia, el mestizo supremo, resume y personifica en concreto al hombre en general.

No digamos *la raza cósmica* porque eso sería prestar a lo biológico poderes que no le corresponden; ni digamos tampoco *el pueblo continente* porque eso sería prestar a lo telúrico poderes que no le corresponden;

no somos en principio ni más ni menos que los otros miembros de la especie. Digamos más bien *cosmopolita cultural*, pues, en verdad, nada cultural nos es extraño; en nuestra composición y formación han intervenido todos los elementos disponibles. De ahí viene nuestra prerrogativa y viene nuestro privilegio de entendernos con cualquier cultura, las tenemos todas por dentro de alguna manera.

De ahí viene también la posibilidad de cumplir una gran misión. Vivimos la época de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La ONU es el embrión de un Estado planetario futuro, confederado o centralizado, no sabemos. Gran parte de los problemas que confronta la ONU (su proyecto, su empresa) viene de la dificultad para el diálogo. Diferencias de sensibilidad, de valoración, de estilo expresivo, de trasfondo religioso, en suma, diferencias culturales, interfieren y perturban la comunicación e impiden el entendimiento sobre puntos donde sí puede haber acuerdo y donde con frecuencia es urgente que haya acuerdo, si se quiere evitar conflagraciones catastróficas provenientes de malentendidos y malevolencias, así como lograr un orden eficaz de convivencia mundial.

América es el intermediario natural de ese diálogo, el intérprete, el médium. En su interior se producen todos los diálogos: en la medida en que pueda aclararlos y conciliarlos dentro de sí misma los puede aclarar y conciliar en el mundo todo.

En la medida en que pueda aclararlos y conciliarlos dentro de sí misma. Ahí esta el detalle. Al identificarse con la Europa primera, o con la Europa segunda, o con culturas no occidentales, pretendiendo definirse y agotarse en una de ellas con exclusión de las otras, América olvida su destino, niega su totalidad, quiere amputarse y empobrecerse. Ese detalle (*Schönheitsfehler*) le impide ser plenamente y cumplir su gran misión de facilitar la comunicación intercultural en la época de la ONU.

La difícil solución, difícil porque supone cambios previos de orden político y cambios de mentalidad en los dirigentes, es, sin embargo, fácil de ver y fácil de decir.

Veamos. Digamos: Que acepte América la pluralidad y la heterogeneidad, los antagonismos y la contradicción de sus componentes culturales. Que no se siga esforzando por imitar modelos europeos —Occidente ya está en ella firmemente instalado, no hace falta traerlo—. Que no siga propugnando ni hipócrita ni sinceramente la restauración de culturas no occidentales —esas culturas están vivas en ella y participan y participarán vivamente en su devenir como afortunada e irrenunciable herencia vital, como cordial y capital tropismo ético, estético, intelectual; no hace falta ir a buscarlas al pasado, ya están aquí ahora y siempre—. Que afloje América sus represiones y separaciones internas; que acepte en su vasto seno la libre interacción de sus Américas, la multitud de sus tendencias disímiles, el tumulto y la violencia de sus muchedumbres en pugna; del bullir de sus caras incontables va surgiendo poco a poco un gran rostro, el gran rostro mestizo de América. Acéptese mestiza y sepa que ese gran rostro naciente, ese gran rostro ligado por afinidad a todos los rostros humanos que en el mundo han sido, ese su gran rostro presentido más que visto en la inquieta superficie afectiva del continente, ese gran rostro mestizo es el rostro de la humanidad futura integrada, reconciliada consigo misma en América. La despedazada, la dispersa, la disgregada por toda la Tierra construye su rostro verdadero en América, reconoce su plenitud en América, es América. El único rostro con el cual podrá mirar a las humanidades hermanas de otros mundos y el único que le permitirá ser mirada e identificada por ellas.

Me seduce ese gran rostro mestizo en que pueden coincidir sin conflicto Voltaire y Guaicaipuro, el negro Miguel y Juana de Arco, Caupolicán y Platón, el moján y las computadoras. Me llena de euforia la altísima misión de la nueva cultura, encrucijada cordial y fraternal de todos los caminos del hombre. Deseo que América se acepte a sí misma en su heterogénea plenitud, en su auroral esplendor, y me la quedo mirando; pero mientras más la miro, menos la veo. Sólo veo el viejo rostro caníbal de Occidente adornado, casi disfrazado, con los despojos de sus víctimas.

Lo que a primera vista aparece como mestizaje no es sino un fenómeno de transición hacia Occidente. Lo que realmente ha estado ocurriendo es la incorporación a Occidente de las poblaciones y culturas no occidentales de América.

La Colonia era una máquina de occidentalizar que ha sido modernizada con la Independencia y la República, y tiende a cumplir acabadamente su tarea con el socialismo o la tecnocracia capitalista.

Las catedrales... No quedó más remedio que permitir la influencia indígena porque no había otra mano de obra ni otra artesanía. El hecho de que sean mezcladas en estilo y de que algunos expertos las declaren verdaderas obras de arte no quita que son fenómenos de transición. Quedan como recuerdo de una época superada. En verdad superada. Nadie ha seguido esa dirección,

la habrían seguido si hubiera sido una dirección auténtica. La dirección auténtica no es hacia la mezcla cultural sino hacia Occidente. ¿Dónde están los indios o los negros en la catedral de Brasilia?

La música... Grandes creaciones, poderosas, con participación de todas las raíces culturales. Fuego sagrado, difícil de apagar. Pero estamos presenciando el proceso complejo y sutil de su destrucción. Primero: se convierten en objeto folclórico, en espectáculo para turistas, en entretenimiento ocasional. Segundo: se convierten en objeto de estudio, en pasto para musicólogos, en tema de disertaciones doctorales, en colección científica de bibliotecas y discotecas especializadas (*Cuidado con el micrófono, ¿no ve que la estamos grabando? Baile para este lado, si no las cámaras no la agarran bien*). Tercero: se convierten en objeto comercial con un valor de cambio fluctuante según las oscilaciones del mercado. Cuarto: se convierten en objeto político, caen en el sucio manoseo de los demagogos quienes la usan como recurso manipulatorio y prometen «rescatarla» y «ponerla a valer» en el mundo. Quinto: se convierte en objeto de inspiración que proporciona temas, estímulos y materiales a la composición de música culta. Resumiendo: se convierte en objeto, es decir, se corta de su conexión subjetiva, de su arraigamiento en la entraña viva y fecunda del pueblo, de su existencia espontánea e inmediata.

Esto por una parte. Por otra parte viene lo de la educación: el que estudia, el que se supera, el que asciende entra en contacto con la gran música occidental, la música clásica, la buena música, la música universal y debe asumirla como elevado patrimonio. Las músicas nacionales, folclóricas, mestizas se van relegando a parcelas cada vez más pequeñas y menos importantes de la actividad y sensibilidad del hombre culto; se crean reservaciones del alma para esa música, al igual que a veces se encerró a los indios en reservaciones geográficas.

La barroca productividad verbal de nuestros pueblos y de nuestros literatos se vehicula exclusivamente en lenguas europeas cuya

existencia americana no las ha cambiado hasta el punto de romper la comunidad lingüística. En cuanto a los escritores, quieren ser universales —léase europeos— y, mediante ejercicios de imitación, procuran quitarse lo que puede quedarles de un transitorio mestizaje de la sensibilidad, de un incipiente mestizaje del léxico, de un vergonzoso mestizaje de los sonsonetes.

La proliferación del sincretismo religioso es una etapa normal en el proceso de occidentalización; no es un camino nuevo que conduzca a religión nueva alguna. Las poblaciones no occidentales de América, tan variadas, y las africanas inmigradas, no podían pasar de un golpe a la unidad y coherencia del culto católico. Hacía falta una transición gradual y progresiva.

El grado de sincretismo religioso está en razón inversa con el grado de asimilación a Occidente. En la medida en que las poblaciones de América, por mejoramiento socioeconómico, asciendan a la vigencia plena de los patrones culturales de Occidente, en esa misma medida abandonarán sus creencias y prácticas sincréticas junto con su hambre y sus harapos.

Los hijos de los miembros actuales de esos cultos sincréticos serán sociólogos de la religión, psicólogos sociales de la religión, economistas políticos de la religión, psicoanalistas de la religión, es decir, harán funcionar la razón segunda en el campo de la religión, pero los sobrecogerá todavía, esporádicamente, el pavor sagrado de la superstición.

Los nietos de los practicantes actuales de esos cultos primitivos habrán reducido su vida religiosa a la ética y a la sobria teología del cristianismo acompañadas de la participación en ceremonias eclesiásticas asumidas como higiene mental, o bien profesarán la visión científico-tecnológica del mundo en renovados positivismos con su inagotable religión de la humanidad.

No hay tiempo ya para cultura nueva

No está surgiendo ya ningún gran rostro mestizo llamado a ser el rostro definitivo y verdadero de la humanidad. El mestizaje cultural en América no es un camino que conduce a la formación de una cultura nueva; es transición hacia Occidente.

Para que haya mestizaje cultural con perspectivas de formación de una cultura nueva, tiene que haber un cierto equilibrio de fuerza entre los participantes, una cierta complementariedad. Ese no es el caso en América, donde la superioridad occidental es descomunal, desproporcionada, desmesurada. Y es tan grande esa superioridad en todo el mundo actual y tan creciente que más y más ingredientes occidentales se agregan cada día a la mezcla americana y diluyen lo no occidental que sobrevive en ella de manera estacionaria, cuando no recesiva.

Una cultura en formación necesita tiempo para crecer y madurar, tiempo y morosidad. Los cortos insuficientes siglos de la Colonia ya pasaron; ahora el látigo del desarrollo económico forzado arrea sin cesar hacia una modernidad que se concreta en rictus estereotipados, en congeladas morisquetas de Occidente.

El mestizaje como noción racista

Hay más todavía en este engañoso mestizaje, en este engaño del mestizaje: la noción misma de mestizaje es desmestizante y occidentalizante.

Expliquemos. *Mestizaje* es una palabra ligada a una perspectiva biológica, a la noción de raza y cruce de razas, a la noción de raza superior y raza inferior. En un momento dado la noción de raza incluía diferencias de orden biológico que imposibilitaban o facilitaban determinados logros culturales; el mestizo, producto del cruce de razas, era considerado inferior biológicamente a los hombres de raza pura, aunque algunos le atribuían virtudes particulares para ciertas actuaciones de supervivencia. En nuestros días, la noción de raza se limita oficialmente a formulaciones minimalistas referentes a rasgos aparenciales secundarios dentro de la unidad de la especie humana.

En la formación de América, la noción de raza fue de primerísima importancia. Tanto así, que se constituyó una férrea jerarquía de la deshonra basada en el grado decreciente de participación de *sangre blanca*. Un mestizaje original mancillaba en desigual medida a la mayoría de los americanos. Entre los blancos puros en el buen extremo y los negros e indios puros en el otro, se desplegaba el abanico de los pardos, minuciosa clasificación según la sangre con una terminología correspondiente que en algunas regiones llegaba a las ochenta palabras. Además de racial, la clasificación era socioeconómica y correspondía al grado de participación en la cultura occidental.

Tal estado de cosas no ha cambiado mucho, salvo por un aumento en la tendencia a suprimir los del mal extremo y una aceleración de la movilidad vertical en ciertas regiones. Pero la formulación oficial del problema ya no es racista. Por razones científicas y políticas, el racismo todavía existente no puede formularse oficialmente.

El racismo no puede vivir a la luz del conocimiento científico y de los valores contenidos en la declaración universal de derechos humanos; pero sobrevive en la oscuridad de los prejuicios cotidianos y en el seno oscuro de nociones vagas como *mestizaje cultural*.

En primer lugar, la designación *mestizaje cultural* conserva su sabor racista original, ningún lavado semántico se lo ha quitado. Al ser usada oficialmente o por intelectuales prestigiosos sirve de refugio y vehículo a toda la concepción racista y carga de valoraciones negativas todos los rasgos culturales no occidentales, así como la noción racista de mestizaje biológico cargó de valoraciones negativas los rasgos físicos no blancos.

No occidental y no blanco, *mestizaje racial* y *mestizaje cultural* se alían de tal manera que el lenguaje corriente y los grandes medios como el cine y la televisión, reflejadores, y proyectores de imágenes valoradas, identifican los rasgos raciales no occidentales con deficiencias éticas, estéticas e intelectuales, y los rasgos físicos del blanco con la encarnación de virtudes. Pelo malo, cara innoble; párpado encapotado, malicioso; mentón y frente tirados hacia atrás, falta de voluntad; labio grueso, sensualidad; nariz achatada, fealdad; seno patecabra, signo inequívoco de ninfomanía; color hacia lo negro, baile, ritmo; hacia lo indio, melodía triste...

En el cine y la televisión, y en no poca literatura, el malo, el perverso, el sirviente torpe, el traidor, la devoradora de hombres, el psicópata asesino, el diablo, la muerte se presentan a menudo con rasgos de tipos mestizos americanos, con rasgos nuestros, a los cuales se suman lenguaje y modales tanto más despreciables cuanto más se apartan del modelo occidental. Así como el teatro

griego exigía máscaras adecuadas a sus personajes, el cine actual escoge tipos raciales para los suyos.

En la caracterología oficial, vehiculizada por los prejuicios ordinarios y los medios calientes, fríos y tibios, sólo queda bien el tipo blanco en sus variantes diversas de héroe maniqueo.

Por todo lo expuesto, el que usa la expresión *mestizaje cultural* evoca *nolens volens* la noción de mezcla vergonzosa, bastardización, punible ayuntamiento, aun en los casos en que sinceramente y no sólo por demagogia intenta dar a ese estado de cosas una valoración positiva.

En un medio social que considera todo rasgo étnico y cultural no occidental como estigma oprobioso, es natural que los no abiertamente rebeldes procuren suprimir esos rasgos. De ahí viene la tendencia al *blanqueamiento*, por matrimonio en lo familiar, por inmigración en lo nacional. De ahí viene simultáneamente la tendencia a la *superación cultural*, léase abandono o por lo menos ocultamiento de supervivencias no occidentales en los hábitos lingüísticos, alimenticios, gestuales, eróticos... Dan vergüenza esos estigmas —por ello se esconden, o se exhiben grotescamente con fines humorísticos o se elevan selectivamente a la categoría de distintivos nacionales (fenómeno común de ambivalencia), pero lo mejor sería que no existieran.

Quien habla de mestizaje cultural recuerda esta situación, pone el dedo en la llaga, mienta la madre, contribuye a acelerar la desmestización —pero se expone de pasada a terribles retaliaciones, por lo menos a que le mienten la suya, que tal vez es la misma.

Las observaciones hechas aquí sobre el mestizaje cultural corresponden a la realidad, pero el resentimiento y una sobrestimación de Occidente hacen ver al revés la dirección de su transformación. El fenómeno de ambivalencia con respecto a los rasgos no occidentales corresponde a una primera etapa; después, progresivamente, se va hacia la aceptación de una cultura nueva, mucho más amplia, donde ningún rasgo humano, étnico o cultural, es vergonzoso.

El resentimiento es comprensible. No hay progreso sin trauma y a Occidente le tocó asestar grandes golpes; sus víctimas no lo olvidan. Pero no olvidemos tampoco que Occidente recibió el retruque, el retroceso de los golpes que asesta, además de recibir los contragolpes de sus víctimas que en ningún caso estaban inermes.

La situación cultural actual es compleja. En un mundo penetrado hasta los últimos rincones por Occidente nos encontramos, por una parte, con la afirmación de identidades culturales no occidentales, con el surgimiento de nuevas nacionalidades dispuestas a hacerse valer y respetar, con políticos y hombres de Estado que osan pensar su circunstancia y osan concebir caminos propios para la solución de sus problemas, con pueblos que distinguen entre progreso tecnológico y baratija industrial, con sociedades que no cambian sus tradiciones por una «libertad» entendida como libre comercio del relajo, la drogadicción y la pornografía.

Por otra parte, nos encontramos con la aparición en Occidente de tendencias y corrientes no occidentales, para llamarlas de alguna manera. ¿Reavivamiento de sus antiguas raíces preoccidentales? ¿Influencia de los muchos elementos y estímulos extraoccidentales que ha acogido en su seno? ¿Temprano esfuerzo creador para adaptarse a un nuevo orden mundial donde tendrá papel importante, pero no dominante? Todos esos factores, sin duda, de manera autónoma cada uno y en mutuo reforzamiento además.

No hay pues, justificación en el mundo actual para esos acentos plañideros sobre falsos mestizajes, omnipotencia de Occidente, estigmas oprobiosos. A veces la afectividad se congela en algún momento doloroso y repite su quejido después de pasado el mal, ciega para lo nuevo, contraída en espasmo calambroso. No nos ocurra eso a nosotros. No nos tardemos en agravios pasados. El hogaño afán nos reclama. Las luchas y tareas del presente exigen una afectividad libre, líquida, circulante, fluido sostén del esfuerzo creador.

Somos afortunados: nos toca participar en la formación de una América cuya identidad apunta hacia la identidad del hombre, cuyo destino se confunde con el destino de la Tierra.

Conozco las arengas. Me hacen perder de vista mis verdaderos intereses. Me uncen a carros que no son míos.

Pero después de muchas embriagueces veo claro. La astucia de Occidente no logrará producirme exaltación alguna por América. No serviré. Sé que América es una ficción de Occidente para hacerme participar voluntariamente en mi propia inmolación. No me dejaré llevar pasivamente a ningún ara, ni a ningún otro matadero cualquiera.

El orden de América, el nuevo orden mundial estará integrado por estados libres y soberanos; pero a mí no me representa ningún Estado, yo vengo de etnias martirizadas y disgregadas, mis ancestros eran nómadas, o agricultores y criadores, o vivían de la recolección, o de la caza y la pesca, pero no formaron estados. Los estados cortan mis fronteras y mi alma, me imponen lealtades absurdas a entidades abstractas, me inventan patrias, me incorporan a historias ajenas.

Las naciones unidas y las repúblicas me son extrañas. Son formas de manifestación de Occidente, son formas imperiales. Occidente maneja a las personas como si fueran entidades abstractas y habla de entidades abstractas como si fueran personas. Yo quedo reducido a palabras y números en una cédula de identidad, clasificado en ficheros, mientras los derechos humanos —tan abstractos—

son tratados continuamente como personas, que si fueron violados, que si son respetados, que si pasaron a un segundo plano, que si el Presidente los defendía, que si tenemos que intervenir con ejércitos para hacerlos valer.

Lo más abstracto, el Estado, actúa como enorme persona inhumana, más inhumana que el río o la montaña y se mete en los más ínfimos detalles de la vida personal. ¿Debo yo amar y servir a tan terrible monstruo?

América quiere decir Estado. Algo vasto, impersonal, poderoso, superior. Algo con oficinas, con censor, con estadísticas, con científicos sociales, con planes de incorporación, con ideas, emociones, palabras, acciones distintas de las mías. América quiere decir Occidente. Yo me opongo a América; una tribu es persona, un Estado no es persona.

Cuando no logran embarcarme con América, pretenden embarcarme con lo universal. El hombre debe ascender de lo local a lo universal, de lo que es válido para un grupo a lo que es válido para todos los hombres, del mito a la ciencia, del cacique a la constitución, del piache a la teología, del parloteo a la filosofía.

Pero al acercarme y mirar lo universal con estos ojos míos que ha de tragarse la tierra, veo que no es sino lo occidental presentado como bueno y válido y obligatorio para todos los hombres. No ha habido cultura más etnocéntrica que Occidente. Se universaliza a la fuerza; quiere confundir universal con universalizado y casi lo logra. Casi, porque hay lucidez para ver que el hombre tiene muchos caminos y puede inventar otros. El camino de Occidente es uno entre muchos, no puede imponerlo como el que corresponde más adecuadamente a la naturaleza humana, como no puede ninguna otra cultura imponer el suyo. Pero las otras culturas se saben miembros de una pluralidad, mientras Occidente se cree el llegadero forzoso de todas. Occidente quiere totalizar, cerrar el círculo, mientras las otras aceptan su finitud y se mantienen abiertas a la infinitud que las desborda.

No serviré a América con su *vocación universal*, esa ficción de Occidente.

La razón segunda es un invento imperial, un artilugio bélico, una forma dominante de conocer. La voluntad occidental de poder quiere universalizar, hacer *e pluribus unum*, reducir la multiplicidad de mundos culturales a la unidad de su mundo, meter en su círculo estrellas y canciones, océanos y mitos, pájaros y parentelas, caléndulas y juegos infantiles, que pasen todos por su aro, que obedezcan todos el chasquido de su látigo intelectual, que bailen todos con su música.

No serviré. Quiero un mundo desigual y disperso, heterogéneo, donde sea posible el despliegue de las mil formas salvajes del fuego.

El progreso occidental como dominación

Los planes, proyectos, programas y políticas de desarrollo e integración son expresiones de la voluntad de Occidente, *e pluribus unum, panta hen*. La reconocemos al rompe. Se extrañan de que no colaboremos siendo por nuestro bien, fingen no comprender la resistencia. Son planes, proyectos, programas, políticas de ellos. Nosotros somos trabajadores forzados; como la empresa no es nuestra ni de nuestro agrado no la cuidamos, más bien la sabotearnos, tanto como lo permite nuestra condición de dominados.

Dominados. Ante la fuerza superior de Occidente, nuestros ancestros derrotados debieron escoger la esclavitud o la muerte. Muchos murieron luchando. Otros aceptaron la servidumbre, se agacharon, rodilla en tierra, bajaron la cerviz, para sobrevivir. De estos otros descendimos nosotros, de ellos heredamos ese amor oprobioso por la vida, más grande que la libertad y el honor. No entendemos el valor heroico, no comprendemos que pueda haber algo más importante que la vida. Vivir de rodillas es vivir y mientras hay vida hay esperanza. Heredamos el rechazo cobarde de la muerte, pero también la astucia, la rebeldía a largo plazo disimulada en la actitud servil, la agresividad cuidadosa siempre lista para el golpe a mansalva o el repliegue. Dominados, pero existentes. Conservamos identidad. Somos nosotros. Otros, distintos de ellos, los dominadores; luego no nos han dominado realmente, no nos han asimilado,

no nos han integrado a su ser. Nos oprimen, nos reprimen, nos comprimen, nos deprimen, nos exprimen, pero no logran ni imprimirse en nosotros definitivamente ni suprimirnos. Y esa situación tiene salida. Podemos soñar con el día esplendoroso en que se romperán los techos de los invernaderos y las jaulas de los zoológicos; plantas y animales escaparán a las redes clasificatorias; todas las máquinas emprenderán el largo regreso al seno de la Madre Tierra, por entre los fragmentos de quebrados edificios conceptuales crecerán, liberados, el mito y la canción.

*Burla sarcástica y consejo benevolente
para el no occidental*

No cabe duda. Hay alguien no occidental en América que quiere vivir conservando su identidad y sueña con la victoria, con la hora de la revancha y la venganza. Alguien que se embriaga fácilmente con palabras y tiene una debilidad por los esguinces metafóricos y metonímicos. ¿Será que esas lenguas europeas, con su ductilidad para el rumor o el estruendo, lo fascinan, perturban su alma modelada por otras prosodias y para otras prosodias? ¿Una meteorología inherente a las lenguas indoeuropeas arrebató sus impulsos afectivos, sus gestos mentales, y los hace girar, cabriolar, piruetear, enlazarse y desenlazarse, caracolear, según una dinámica ajena al nuevo hablante, exterior a su control? ¿El hecho de hablar no su lengua ancestral —en general ya perdida o en vías de destrucción— sino una lengua europea impuesta por los conquistadores, el solo hablar lo enajena, como un suave psicodélico permanente, lo extravía, lo hace desvariar y hasta delirar a veces? ¿Pueden perseverar después de generaciones el encanto, la distancia, la inseguridad, la sensación de irrealidad, la disminución de la responsabilidad verbal que asisten al que habla una lengua extranjera recién aprendida, no bien aprendida, nunca aprendible a perfección? ¿Y ese aumento de la inventividad que acompaña a la escasez de recursos verbales, persevera también después de generaciones? ¿Como si la adquisición

de la lengua en comunidades translinguadas conllevara la adquisición simultánea de actitudes verbales de tanteo, experimentación, duda, efectismo tonal, repetición enfatizante... actitudes de neohablante convertidas en recursos normales del habla? ¿Como si la nueva lengua materna (¿lengua madrastral?) conservara las huellas de haber sido aprendida por adultos, de haber sido lengua extranjera, generaciones atrás para el pueblo que ahora la habla?

Utiliza lenguas medio ajenas, de alto poder etílico, y está embriagado —no cabe duda— pero quiere vivir conservando identidad. Rechaza el mestizaje cultural porque es transición hacia Occidente y oculta prejuicios racistas. Para ser feliz necesita la decadencia, el ocaso, el hundimiento, la muerte eterna de Occidente. ¿Por qué no se organiza? Este siglo es cada vez más propicio a la expresión de los pueblos, es cada vez más democrático. La opinión pública mundial favorece con fuerza creciente la autodeterminación, la autogestión, la automovilización, las iniciativas de la base. Se pueden formar partidos políticos, fraternidades, sindicatos, se puede tomar y ejercer el poder de acuerdo con intereses auténticos de la comunidad toda y reorganizar la sociedad en consecuencia y consonancia. En vez de una prolongada subordinación atemperada por la embriaguez y habitada por sueños catastróficos de venganza, es posible entregarse a la tarea de concebir y realizar una sociedad nueva donde el no occidental se sienta seguro, se sepa aceptado y no escenifique más esa lucha titánica, incesante, contra un Zeus omnipotente, amo del trueno y de los rayos.

Ya el hecho mismo de organizarse políticamente es una expresión saludable y una reafirmación de la propia existencia. Permite hacerse sentir y hacerse respetar, influir en la dirección de los asuntos públicos, participar en la toma de decisiones, asumir la cuota de poder correspondiente a su importancia y peso dentro de la comunidad.

La cuota de poder correspondiente a su importancia y peso dentro de la comunidad. Hay que abandonar la voluntad de poder absoluto. Los otros,

los que sí son occidentales y los que se están occidentalizando de buen grado, también tienen derecho a vivir. En el pasado el no occidental fue atormentado y martirizado, pero no podemos alterar el pasado ni compensarlo en el presente con una inversión de los roles. Vivimos en una sociedad heterogénea donde los vientos que soplan —a pesar de los pesares— son democráticos; se trata de aprender a vivir en comunidad, a aceptar la alteridad de los otros.

Pero para ir construyendo una genuina sociedad pluralista es necesario que las diferentes tendencias se expresen libremente y se organicen. No puede esperarse que una parte de la sociedad adivine e interprete los intereses de las otras con verdad y disponga las cosas con justicia. Por el pasado sabemos que adivina, interpreta y dispone sin verdad y sin justicia, o tal vez, mejor dicho, con su verdad y su justicia parciales, con la verdad y la justicia de sus intereses.

Manifiéstese el no occidental. Exija. Proteste. Solicite. Pronuncie discursos. Amenace. Haga presiones. Reclame sus derechos. Ejercer sus libertades para que lo tomen en cuenta, para que aprendan a contar con él; si se esconde miméticamente pueden pisotearlo sin siquiera darse cuenta.

Rechazo del consejo y estrategia defensiva

¿No me estará cazando? ¿No será para demolerme? Experiencia, malicia y perspicacia me salvaron de caer en esa trampa. Veo lo que quieren. Quieren que me denuncie, que me delate a mí mismo, quieren que asome la cabeza para cortármela.

Desconfío por principio de todo cuanto proviene de ellos, *Timeo Danaos et dona ferentes*. Temible era la doctrina racista porque justificaba el avasallamiento y el genocidio étnico. Pero más temible ha resultado el igualitarismo antirracista porque justifica el genocidio cultural: «todos los hombres son iguales» quiere decir «todos los hombres son igualmente moldeables, igualmente aptos para asimilar las formas más elevadas de la cultura humana así como para utilizar y producir los instrumentos técnicos de la civilización». Donde dice «cultura humana» y «civilización», léase Occidente. Donde dice «aptos para asimilar» léase «pueden y deben volverse occidentales, si no lo son ya».

Algo similar ocurre con el pluralismo, *sociedad pluralista, mundo pluralista, aceptar la alteridad del otro*. Quieren decir pluralidad de intereses, pero dentro de la misma cultura. Unas naciones son productoras de petróleo, otras son agropecuarias, otras son industriales. Una clase es obrera; la otra, campesina; la otra, burocrática. Los unos son católicos creyentes y practicantes; los otros sólo creyentes; los otros, católicos ateos; católicos reaccionarios y católicos revolucionarios,

católicos protestantes y católicos budistas, pero todos católicos. Estos son federalistas; aquéllos, centralistas. Estatismo fuerte o *laissez faire*. Discutan, compitan, alternense, tolérense, acepten la existencia del otro y la derrota y el triunfo deportivamente, después de todo, detrás de esas divergencias hay colaboración, se trata de una *palíntonos armonía*, de una *coincidentia oppositorum*, al combatirse se sostienen y se mantienen recíprocamente, forman sistema.

Pero no hay sitio para un reductor de cabezas, ni para los que arrancan el cuero cabelludo, ni para los que comen bachacos y gusanos, ni para los que viven desnudos y se untan el cuerpo con aceites malolientes, ni para los que hacen sacrificios humanos con el objeto de alimentar al sol, ni para los que duermen juntos en una gran casa cósmica y copulan en la promiscuidad de la noche sin discriminar parentesco, ni para los que siembran y se van porque tienen un amplio ciclo migratorio, ni para los que fabrican costosas pirámides perfectamente inútiles, ni para los que se drogan colectivamente bajo la dirección del cacique y del piache.

No hay sitio para la barbarie. Bárbaro es lo no occidental. Bárbaro es lo que debe ser asimilado o exterminado. Sólo sumiso o muerto es aceptable, y mejor muerto que sumiso.

Yo los he visto montar a caballo, con fusiles, para salir a buscarlos y matarnos. Los he visto disparar sobre hombres desarmados, sobre mujeres encintas, sobre niños. Los he visto regresar a sus hogares como quien regresa de su trabajo; con la conciencia tranquila, con la satisfacción del deber cumplido, el deber de limpiar sus haciendas y hatos de nuestra presencia. Actúan sin odio y sin culpa porque en el fondo no nos consideran gente. Han conseguido una tierra y la sanean matándonos, así como secan los pantanos, exterminan las serpientes venenosas, talan y queman.

Pero los otros, los más altos, los que dirigen institutos científicos destinados a conocernos, y organismos oficiales destinados a protegernos, los que nos dicen «ayúdennos a ayudarlos. Organícense políticamente. Reclamen sus derechos constitucionales. Participen

en el juego democrático. Pidan escuelas, préstamos, hospitales. Formen comités, células, seccionales», los que se desvelan y desviven por nosotros nos hacen una petición de principios. Su mensaje bien entendido dice así: «Para ser respetado como no occidental, vuélvase occidental». Para conservar mi identidad, debo abandonarla y asumir la del enemigo. Lo que me ofrecen realmente es supervivencia física a cambio de suicidio cultural, en ningún caso pueden tolerar que yo conserve identidad cultural. «La cultura o la vida» me dicen los buenos, apuntándome al pecho con un revólver mientras me despojan cariñosamente. Los malos disparan sin preguntar. Prefiero a los malos; son fáciles de identificar como enemigos.

Nosotros siempre hemos estado organizados; sin organización social no hubiéramos podido sobrevivir. Pero «organizarse» como ellos nos piden significa aceptar su juego y sus armas, con una posibilidad seria de tomar el poder —en eso no nos engañan—. Sólo que al llegar al poder, y desde mucho antes, ya no seríamos nosotros mismos sino ellos. Con la derrota última, lograrían ellos la victoria definitiva: sernos. Con la última victoria, caeríamos nosotros en la derrota definitiva: ser ellos, plenamente, acabadamente ellos.

Pero no somos tontos. Sabemos todo eso. No caemos en provocaciones. La sumisión amorosa y la fiera rebeldía, ambas, al fracasar, nos han enseñado mejor. Dejamos que ellos nos organicen, nos incorporen a sus organizaciones, nos hagan servir en su mundo; pero como toda esa maquinaria con todo y sus valores, nos es ajena, les cocinaremos la comida agregando nuestras materias fecales, menstruales, sudorales, salivales, para testimoniar, en secreto y en dosis imperceptibles a la atención desnuda, nuestro rechazo, comparable al repudio que testimonia nuestro cuerpo por esas materias al expulsarlas. Estudiaremos en sus escuelas haciendo trampa, copiándonos en los exámenes, buscando la manera de engañar a los maestros para que nos pasen sin saber, porque no respetamos esas ciencias de ellos, ni se nos ha perdido nada en sus libros. Trabajaremos en sus plantaciones, vaquerías y criaderos

haciendo alianza clandestina con el perico, con el gusano, con la langosta, con la peste, con la ambigua violencia de las aguas y con el fuego. Manejaremos sus máquinas domésticas, sus máquinas de transporte y las máquinas de sus fábricas en guerra sin cuartel pero sin ruido y sin imprudencias contra la puntualidad, los horarios, las normas de seguridad mecánica, los controles de calidad, la supervisión; el rendimiento de esas máquinas no me va ni me viene. Aceptaremos y practicaremos su religión sin chistar, nos orinaremos en el altar mayor cuando no haya nadie a la vista, nos esconderemos para masturbarnos con imágenes de la virgen, nos llevaremos las hostias disimuladamente para profanarlas en las letrinas y sólo tomaremos en serio nuestras supersticiones. Militaremos en sus partidos, seremos dirigentes medios y hasta altos, no valorando ni en un comino la ideología, sacando provecho con intrigas a la voracidad insaciable de los pardos, estimulando todo lo que pueda crear confusión y caos, días esplendorosos de desorden, nuestro verdadero salario. Ocuparemos puestos de funcionarios en la administración pública...

Por otra parte, simultáneamente nos sumamos al hampa, al hampa sagrada, indestructible, venerable, vanguardia de lo otro, de lo bárbaro, de lo salvaje.

Aceptamos aparentemente la relación de dominación y colaboramos con el dominador porque no es posible vencerlo de momento, pero abolimos en secreto la enajenación que acompaña a la dominación y zapamos desde abajo, desde adentro como parásito, hampón, vagabundo, mal estudiante, obrero descuidado, funcionario incumplido, político mercenario, falso religioso, cocinero sin grima, zapamos toda la empresa occidental en América.

*La multiplicación de identidades
y el rechazo de métodos comunes de lucha*

No hay otra América virtual en mi mente para oponerla a la América de los occidentales. En cierto modo toda América posible es occidental, tiene que ser occidental. La propia palabra designa algo unitario y grande, un gran Estado, una gran sociedad, una gran cultura. Algo unitario y superior, algo opresivo y unificante. Algo conformante y uniformante. Algo imperial, *e pluribus unum*.

América como lugar geográfico, como continente, ha sido escenario de encuentro, choque, deflagración, conflagración, mezcla, fusión, confusión, difusión, infusión, refusión, flujo y reflejo de poblaciones y culturas muy diversas. Es occidental el querer comprimir todo eso para uniformarlo y volverlo una sola población y una sola cultura. Un querer presidido por intereses imperiales desde un principio, industriales luego, manipulatorios siempre.

La diversidad de las poblaciones precolombinas de América se multiplicó y complicó con el aporte europeo y africano. Todo eso no tiende hacia la formación de un gran rostro mestizo, ni acepta de buen grado la impronta del rostro occidental. Tiende hacia la constitución de mil rostros disímiles. Cada uno de esos mil rostros nuevos abomina, rechaza, repudia, repele, repugna tanto al gran rostro occidental como a cualquier rostro nuevo que se pretenda resultado de todos y quiera sustituirlos.

Multiplicación diversificada, pluralidad. Mil lenguas disímiles. La maravilla de Babel. Separación. Dispersión. Afirmación de las diferencias, docilidad con las afinidades. Que todo el que quiera ser sea. Todo lo que pugna desde lo hondo por manifestarse, por salir a la luz, brote y florezca. Liberación y expresión totales. No quiero comprender ni ser comprendido, contener ni ser contenido. Quiero cumplirme. Derramar mi potencial, desparramarme. Barbarie. Como el tumulto de las llamas en los incendios forestales.

Occidente ha frenado y reprimido esta plural vocación porque no quiere oír sino su propia voz. Occidente ha congelado esta creatividad porque no quiere ser sino sus propios sellos. Occidente ha puesto diques a esas corrientes genésicas porque no quiere sentir sino su propio orgasmo. Quiere ocupar solo toda la Tierra, habitarla y dominarla en exclusivo, llenar el mundo con su soledad unánime.

¿Cómo combatir a Occidente? Si nos organizáramos estaríamos combatiendo contra nosotros mismos. ¿Organizarnos como medio de liberación que sería abandonado una vez alcanzado el fin? No. El medio contiene en su seno el fin. No se obtiene nunca el fin que se busca si no está contenido ya en los medios utilizados. Organizarse para combatir a Occidente es regenerar y reproducir a Occidente. Organizarse es occidentalizarse.

No hay una América virtual por realizar, tampoco debe haber un método común a emplear. En la unión está la fuerza de Occidente y la debilidad nuestra. Unidos perderemos.

Hay muchas identidades. Que cada una busque su camino. Que cada una brote rompiendo. A todos juntos y reunidos nos pueden quebrar; y si no nos quiebran, el estar juntos y reunidos nos vuelve semejantes a ellos, en el límite, ellos. Dispersos y sin coordinación, somos invencibles. Cada uno por su cuenta y riesgo. Cada uno escogiendo su modo, su momento, su fuerza, su lugar de incidencia, su disfraz. No habrá computadora que pueda predecirnos, no habrá proceso estocástico que pueda formalizarnos. No habrá radar que pueda detectarnos, ni metro adecuado para medirnos.

A pesar de la emoción genuina que la impulsa, esa retórica suena a hueco. Su oquedad procede, tal vez, de un malentendido. El malentendido en todo caso está allí. Consiste en tomar a Occidente por una cultura aparte, separada, ajena a las demás culturas, en considerarla —así parece a veces— no humana, a pesar de lo absurdo de tal pensamiento.

Hay más. Ese malentendido se ve facilitado por la idea, no analizada, injustificable, no formulada abiertamente, de que las culturas son incommensurables. Este es el prejuicio radical.

Pero las culturas son commensurables aunque difieren mucho unas de otras. El hombre es la medida común de todas las culturas. *Nihil humanum a me alienum puto.*

El hombre ha ido creando culturas diferentes para resolver los diferentes problemas planteados por las diferentes condiciones ecológicas en las diferentes regiones de su planeta, según los diferentes sistemas de relaciones surgidos en el diferente devenir histórico de los diferentes grupos sociales y de su diferente interacción, pero siempre a partir de la igual, universal, común, singular, única, específica, sola e indivisible condición humana.

Las diferencias culturales con sus diversas preferencias, deferencias y referencias, a pesar de las mutuas interferencias y gracias a las transferencias inimpedibles, jamás confieren a las culturas un

diferir de tal latitud que permita inferir su inconferencia en el ofrecer o en el sufrir, de la misma manera que el juego preposicional con una raíz única no impide advertir ésta aunque no la vea clara, en primera aproximación, el observador desprevenido.

El prejuicio de la inconmensurabilidad, apoyo del antioccidentalismo, no recibe su fuerza de consideraciones lógicas o empíricas, sino de un sentimiento o de un resentimiento; tratemos de arrojar luz sobre el problema para ver si el resentimiento disminuye. Consideremos que el mismo prejuicio sirve de apoyo al occidentalismo. Se ha formado algo así como un racismo cultural, un dogma *apartheidista* en el campo de la cultura.

Según ese prejuicio radical, cada cultura abre un ámbito de sentido y de valor que le es peculiar. Ámbito articulado donde cada cosa, cada acto encuentran consistencia y orientación. Ámbito unitario que confiere identidad desde el todo a cada uno de sus integrantes, de tal manera que éstos, al salir de aquél, pierden toda significación y se reducen a *hyle* o *ekmaguëion* hasta que otra *morfë* u otro *демиург* les confiera otra identidad, otro sentido, otro valor.

Cada cultura abre —es cierto— un ámbito de sentido y de valor que le es peculiar. El error comienza al creer que los ámbitos culturales son incommunicables y sus contenidos intransferibles. Los diferentes ámbitos culturales son subámbitos dentro del gran ámbito de la humanidad, común a todos los hombres, donde la circulación de bienes y significaciones no sólo es posible, sino necesaria y existe de hecho.

Así como las llamadas «razas humanas» pueden «cruzarse» sin dar lugar a híbridos ni crear problemas fisiológicos, enriqueciendo más bien el *pool* genético, así también las culturas pueden interpretarse sin quebrar nada esencial al gran ámbito humano, enriqueciendo más bien el acervo de recursos disponibles para resolver los problemas del vivir y del convivir.

Esa interpenetración ha estado ocurriendo siempre sin que nadie pueda evitarlo. A veces se forman nudos transitorios, vórtices

en las corrientes, resacas, pero el devenir termina por aflojar y deshacer todo trancamiento y estancamiento.

Lo que se llama a sí mismo Occidente y es llamado así por los otros, ese Occidente de tan separada identidad es una prueba de la circulación e interfecundación de los bienes culturales. Una religión semita. Ciencia y filosofía de los griegos, quienes confiesan haber aprendido de los egipcios y de los babilonios. El saber antiguo conservado y aumentado por los árabes. Una tecnología que tiene antecedentes, raíces y estímulos extraoccidentales... Por otra parte, aportes y contribuciones originales de Occidente, producto de su creatividad propia, se difunden por el mundo entero y encuentran buena acogida.

Los bienes culturales no son propiedad exclusiva de ningún grupo humano en particular, ni siquiera del que los ha creado en cada caso, sino que pertenecen a la humanidad. Además, el sello local no los vuelve inaccesibles a los que tienen otros sellos. Toda creación humana es transmisible entre hombres; hasta las técnicas del éxtasis.

Hay progreso. El mismo problema encuentra soluciones más adecuadas, más rápidas, más económicas. El progreso es desigual según los campos de la cultura y según los pueblos. Razón de más para auspiciar el intercambio y la colaboración. He visto indios encantados de poner un motor fuera de borda a sus canoas, he visto suizos calvinistas aprendiendo, gozosos, a bailar la salsa. Pienso que tienen derecho y hacen bien.

Se dirá que algunos pueblos acaparan ciertos bienes culturales y los usan para dominar a otros pueblos y explotarlos. Correcto. Pero ese no es ya un problema de «razas culturales» ni de otro tipo, sino un problema socioeconómico, político, militar.

¿Está un pueblo dominado? Luche contra el dominador, pero no contra su cultura, porque su cultura en fin de cuentas no es de él solo, sino del hombre. Lúchese en todo caso contra el acaparamiento de los bienes culturales por parte del dominador.

Una gran parte de América está dominada. Su acceso a los bienes culturales está reducido a un mínimo a pesar de que le corresponden

por nacimiento. Luchemos para cambiar esa situación injusta. Discutamos sobre los medios. Hablemos de capitalismo y socialismo. Estudiemos la realidad socioeconómica para dirigir nuestra acción de manera fructífera. Pero no nos enajenemos con racismos culturales ni de otro tipo, ni con abstrusas consideraciones acerca de lo occidental y lo no occidental.

Usemos las palabras correctamente, desmitificándolas. La Europa occidental es occidental para los rusos y los polacos; para nosotros es oriental, lo mismo que África. En Occidente, para nosotros, se encuentran Australia, Polinesia, Japón y China.

Otra interpretación del Homo mensura

Así que somos cosmopolitas sin darnos cuenta. Nos falta la toma de conciencia. Hagamos un esfuerzo hacia ella.

Primero: dada la unidad de la especie humana, la condición humana es esencialmente la misma en todas partes. Difieren las circunstancias ecológicas y, debido a ellas, difieren también las culturas; las culturas, que son la circunstancia humana por excelencia.

Segundo: las culturas se pueden descomponer en elementos. Los componentes de la cultura se pueden separar del pueblo que los inventó y de la pertenencia de un conjunto determinado, con el objeto de ser trasladados a otros conjuntos. Los usos y costumbres, las instituciones, las creaciones artísticas, las palabras de una cultura pueden ser incorporadas selectivamente a otras culturas. Cualquier grupo humano puede servirse de los bienes culturales de otro grupo humano cuando así resulte conveniente dentro de sus circunstancias.

Tercero: la identidad del hombre no debe afincarse sobre una transitoria configuración de circunstancias culturales, sino sobre la condición humana universal y la condición cultural en general. Cada configuración particular de circunstancias culturales es como una prótesis, o como un vehículo de la condición humana o un habitáculo. Apegarse a una configuración particular de circunstancias culturales hasta el punto de identificarse con ella es

rebajar la condición humana universal, reducirla a una de sus manifestaciones, limitarla a una encarnación.

Entiendo y estoy conforme. Pero no estoy de acuerdo.

Cuando hablo, juego, canto, trabajo, no siento que estoy usando «bienes culturales»; siento que estoy siendo. Nunca me he visto como una entidad abstracta que dispone de formas reponibles y se va sirviendo de ellas para manifestarse; estoy completo en mi canción, soy mi canción. Voy hacia los demás y hacia las cosas de quién a quién y no de quién a qué, ni de qué a quién, ni mucho menos de qué a qué; además, voy hacia ellos como si volviera a mí mismo y vuelvo a mí mismo como si fuera hacia ellos. (Está bravo el páramo.)

Es Occidente el de la relación sujeto-cosa, con tendencia a cosa-cosa. Y sin embargo, con una diferencia de ese tamaño, habla de universalidad e igualdad. Como el astuto Odiseo ante el cíclope, quiere gozar de impunidad con el ardid del nombre anónimo; se llama Nadie, «no hay Occidente», dice, «sólo hay hombres», para dejarme ciego y sin posibilidad de identificarlo.

Intimidación y familiaridad con la naturaleza. Comunicación personal con los meteoros y los astros. Comunión y comunidad. Eso es lo mío. Occidente sustituye todo eso por una relación tecnológica de dominación presidida por el cálculo mecánico.

Mi identidad no procede de definiciones sino del enraizamiento, del arraigo en una tradición que me alimenta. Protejo las raíces no cortadas y quiero multiplicarlas. Contra el imperio estatal uniformante quiero expresarme y ejercer el derecho a ser diferente.

Sobre todo cuando observo que Occidente predica una moral que no practica. En efecto, los países de la Europa occidental y sus expansiones en el resto del mundo cultivan las diferencias nacionales, cuidan los rasgos autóctonos, se enorgullecen de sus tradiciones locales. Diferencias, rasgos, tradiciones que no provienen del acuerdo con una definición universalmente válida del hombre, ni de la adaptación a tal definición, sino de la historia y de la creatividad del genio nacional.

Genio nacional. Dos palabras inadecuadas tal vez para decir algo muy importante. Genio nacional. Existen naciones. Los hombres no son iguales. Cada nación tiene su propia vocación, su propio estilo, sus propias urgencias expresivas y su propia tradición, es decir, su propia manera de reproducirse y continuarse. No confundir nación con Estado. El Estado es un aparato, la nación es un ser vivo.

En América, cada Estado oprime muchas naciones y algunas naciones son oprimidas por varios Estados a la vez. No coinciden geográficamente Estado y nación, porque las fronteras no corresponden a diferencias nacionales sino a necesidades e imperativos de la administración colonial.

El aparato de la administración colonial, así como el aparato de la administración estatal en general, funciona mejor con material homogéneo. Lo mismo el aparato de la gran industria. Hay que homogeneizar las conciencias, tenerlas disponibles, plásticas, dispuestas para las manipulaciones estatales e industriales. Todos los hombres son iguales, y si no, hay que igualarlos. La única concesión hecha a las diferencias nacionales es el folclore, pero sólo en la medida en que sirve de válvula de escape para la opresión y de agarradero para manipulaciones políticas y comerciales.

«Sólo es verdaderamente importante lo esencial, lo universal del hombre; todo lo demás puede cambiarse en función de consideraciones pragmáticas», así dice Occidente y procede a despojos, amputaciones, transformaciones en función de las consideraciones pragmáticas dictadas por sus intereses occidentales. Pero en ningún momento lesiona la esencia del hombre ni altera su definición universalmente válida. El hombre manipulado sigue siendo animal racional, social, simbólico, *faber*...

He visto. Sé. No me engañan esas ideologías. He alcanzado la independencia mental, madre de las otras independencias. Sé también que el genio nacional tiene territorio, es siempre *genius loci*, está ligado a la tierra, pero no a la tierra en general, sino a un paisaje en particular, consume alimentos telúricos dentro de condiciones

ecológicas determinadas. Porque sé todo eso y porque siento en mí la danza del genio nacional, no acepto que los lugares sean intercambiables ni que sea posible desplazar las naciones impunemente. Al romperles el nexo nutritivo con el terruño se les condena a la anemia y la muerte. Una nueva umbilicación toma siglos si acaso se da y el destierro permanente es insostenible para una nación. No me dejaré desarraigar.

¿Hay un gran genio de América, un genio cuyo terruño sea todo el continente? Ésa es una pregunta teológica y no estoy haciendo teología, ni me declaro faculto para ello. Pero puedo decir que si existe ese gran genio de genios será como fuente viva, como origen común de los diversos genios nacionales, nunca como aparato superpuesto y opresor. Además, si existiera y si fuera posible comunicarse con él, no sería Occidente el mediador en ningún caso y en ningún caso la mediación se haría por vía intelectual. El camino sería en todo caso el genio nacional.

Lo mismo respondería a la pregunta: «¿Hay un gran genio de la Tierra?» y a otras más amplias.

No niego la comunicación entre naciones y genios, ni las mediaciones superiores, cuando son auténticas, sé de guerra y de colaboración. Pero para comunicarse tienen primero que existir. Existir es ser diferente. Soy porque soy diferente. Soy diferente, luego existo. Quieren borrar-me, amasarme, con el cristianismo, con la industria y el progreso, con el socialismo, con la ciencia y la tecnología, con los derechos humanos, con las ciencias sociales, con la coca-cola y Juan Sebastián Bach. No.

*El cuádruple camino
(rebeldía-sumisión-astucia-retorno al país natal)
y el modo de caminar*

Mi rechazo de Occidente ha seguido y sigue un camino cuádruple.

Primero: la rebeldía abierta. En tanto que «negro», «indio» y «zambo» he recurrido, durante toda la historia de América, al alzamiento, a la revuelta armada, al asalto, al enfrentamiento en campo abierto sin retaguardia y sin cautela. He sido diezmado y derrotado. En algunas regiones he sido exterminado físicamente. Pero ese camino está y estará siempre abierto. Ven claro quiénes propugnan nuestra muerte y organizan expediciones para acabarnos: mientras vivamos habrá la amenaza del alzamiento violento.

Segundo: la sumisión. Quien acepta amo y señor afirma su existencia, su diferencia a través de la servidumbre, garantiza su identidad cultural y salvaguarda los canales de su creatividad. Hegel no vio esta variante armónica en su dialéctica del amo y del esclavo a pesar de que la historia la ejemplifica por todas partes.

Los últimos doscientos años del mundo, marcados por ideologías y guerras de «liberación», han logrado ocultar que la relación amo-esclavo no es siempre, y no necesariamente, una relación opresiva y oprobiosa. Se ha olvidado al buen amo y al buen esclavo. El buen esclavo acepta su suerte sin rencor y sin la idea de sacrificio o injusticia; no codicia las «ventajas» del amo, no sabría qué hacer con ellas, tiene otros gustos. El buen amo respeta la cultura del esclavo, su idiosincrasia, su creatividad, lo reconoce como otro, no se mete en su vida privada y no lo maltrata.

La relación amo-esclavo y la consecuente estratificación de la sociedad pueden ser en el futuro —ya han sido en el pasado en diversos lugares y ocasiones— la solución más adecuada a la vida en sociedad. Hoy en día la algarabía, el alboroto de los ideólogos y propagandistas de la igualdad, la agitación democrática no dejan ver las virtudes de la esclavitud; pero el hombre que quiere conocer de verdad la realidad del mundo tiene que osar, aventurar su mirada más allá de los prejuicios del siglo. En la América precolombina, en África, en Asia, en la misma Europa hubo formas exitosas y satisfactorias de servidumbre, muy superiores como fórmula de convivencia a los *gulags* y a la relación patrón-obrero, llámese el patrón empresa privada o Estado socialista.

Debo reconocer, sin embargo, que nuestros buenos esclavos a menudo no han encontrado al buen amo necesario para construir el sistema exitoso de servidumbre en el nivel social. Pero lo buscan con perseverancia y a veces lo encuentran, por lo menos como solución individual. No es infrecuente la leal criada que es como de la familia; el noble peón con el cual se puede contar siempre y hasta la muerte aun sin salario; la secretaria devota y eficiente, solterona y célibe por amor al jefe, dispuesta a darle sus economías y ayudarlo hasta en sus aventuras eróticas; el guardaespaldas voluntario, fiel perro insomne, insobornable, indúbato. ¿No es todo eso profundamente humano, conmovedor, hermoso?

El buen esclavo es antioccidental porque rechaza la relación trabajo-salario. El buen amo es antioccidental porque prefiere la relación lealtad-protección, pero estos términos son pobres, insuficientes para pintar la relación. El buen amo es como el buen arriero, el buen arriero cuida sus mulas con amor. El buen amo es como el pastor, el buen pastor su vida da por sus ovejas.

En nuestros alzamientos violentos una de las motivaciones es el despecho, la dolorosa nostalgia del buen amo, la falta de ese amparo paternal duro y tranquilizante, de esa instancia confiable para la cual no hay sino desabridos e ineficaces sustitutos en el mundo occiden-

tal, placebos cancerígenos llamados dirigente político, jefe revolucionario, gerente, comisario, decano, diputado...

No nos impresiona la grisaposa calumnia occidental contra la esclavitud; comprendemos que el camino de la sumisión al buen amo no es estéril sino fecundo para nuestra supervivencia y plena realización, por eso lo buscamos con infatigable tenacidad.

Era necesario extenderse al hablar de este vilipendiado camino. Hoy en día cualquiera entiende la rebeldía porque está de moda. Pocos y escogidos entienden la sumisión. Creyendo ser libre y rebelde, la mayoría sirve asiduamente a amos indignos.

Tercero: el ascenso y la falsa asimilación. Pobre animista perdido en una sociedad extraña y sometido a sus leyes, a su dinámica, a sus mecanismos, he decidido apoderarme de ella, tomarla desde adentro.

En tanto que «pardo», aceptando el blanqueamiento y la transculturación, más todavía, buscándolos ardientemente, voy penetrando en toda la estructura de esa sociedad, me voy subiendo poco a poco a todos los estratos.

Ya he logrado notables resultados. En la cima, más de una cabellera blanca rizada por mí. Manos mías, largas y flexibles, muy flexibles (pueden doblar las articulaciones hacia atrás) firman decretos en los centros de comando. Desde el fondo de ojos azules inspecciono (*inspecciono*, léase bien: *inspecciono*) importantes trabajos de construcción. He impuesto definitivamente movimientos muy míos de caderas y hombros en todos los salones de baile. Elaboro el orden del día para mil reuniones y lo hago incumplir en novecientas ochenta y dos. Pongo manchas y doblo figuras en los cuadros de los pintores. Acepto con entusiasmo las ideas de los europeos, las pongo tan cerca de mi corazón, las hago tan mías que ellos ya no pueden reconocerlas cuando las vuelven a ver. En los poemas de los poetas hay repeticiones mías, sonsonetes y ritmos míos. Las formas literarias de Occidente las habito yo como dueño y señor y las convierto en letrina. Me meto también en los laboratorios, mírenme con mi bata blanca, y hago descubrimientos científicos, inventor, yo

animista apoderándome de la sociedad donde estoy extraviado, yo desde adentro, todo eso sin dejar de ser yo, sin dejarme asimilar. Yo imprimiendo un nuevo sentido a esa cultura, a esa sociedad sin destruirlas. Yo imprimiendo mi sentido a ese enorme aparato ajeno que me aprisionó como una trampa y ahora puede volverse vehículo de mi alma. Yo, hijo de la Malinche, hijo de Matea, hijo de la chingada, ¿hijo de Rut?, aflojando las ataduras, cambiando las medidas, redistribuyendo los materiales, hasta lograr el punto de calce que convierta los aperos en traje, traje adecuado a mi libertad de movimientos, a mi elegancia natural.

Hermano del todo o nada y hermano humilde, hermanos puros, no me llevéis a mal esta contaminación transitoria. Es una forma de apropiación. La casa que conquisto es para vosotros también.

Cuarto: retorno al país natal. Quiero volver a mis orígenes. Quiero volver, volver. Emprendo el retorno montado en canciones, cabalgando estudios científicos, a bordo de los ritos mágicos secretos que me legaron mis ancestros, manejando proyectos políticos. En la casa de mi padre el trabajo y el pan, aun cuando sean amargos, son dulces porque son nuestros. Basta de exilio. Abandonemos el vientre metálico de estas ciudades ajenas. Partamos.

Hacia el este. El país natal está donde sale el sol. De ahí nos trajeron por la fuerza. Cumplamos ahora voluntariamente la otra mitad del periplo, enriquecidos con varios siglos de experiencia. Llevemos cuentos y regalos exóticos a los elefantes y a las gacelas. Llevemos armas nuevas para los viejos dioses. Bolas de cristal para la aurora.

Hacia el oeste. El país natal está donde se pone el sol. De allá vinimos en canoas multicolores. Volvamos con el sol, a dispersarnos por las islas y los arrecifes de coral hasta que la noche nos traiga el descanso de las profundidades.

Hacia abajo. Desde todos los puntos cardinales, contrariando vientos y corrientes el viaje es hacia la tierra, de ella salimos, de ella estamos hechos. Aldea. Caserío. Ganado. Sembradío. País natal. Las selvas, las praderas; las costas, las montañas; los grandes

y los pequeños ríos. El maíz y la yuca. La danta y la llama. El jaguar. Hacia la arcilla y el torno donde nos amasaron, hacia el hogar y el horno donde fijó forma para siempre la tinaja del alma.

Hacia atrás. Hacia el pasado. Remontemos la corriente del tiempo o invirtámosla. Cada año, cada generación nos ha alejado de la fuente. El país natal está situado antes de los arcabuces. Hacia las islas de realidad primordial que la historia no ha arrastrado y corrompido, hacia los parientes no contaminados. Les diré: «Hemos regresado. Somos vuestros hermanos. Ardan los lazos que nos ataban a la ilusión y a la mentira. Volvemos desnudos. Recibidnos».

Hacia arriba. El país natal resplandece más allá de las nubes, en la Presencia. De allá caímos. De allá vinieron los instructores. De allá viene nuestro socorro. De allá bajan los dioses cuando los invocamos. Preparemos el retorno: todo lo que no es luz es lastre. Concentremos el anhelo y la voluntad para no recaer ni errar entre las nubes.

Hacia adelante. El país natal está en el futuro. No tenemos patria, no hemos nacido todavía. El país natal es un deseo ardiente y un proyecto, no un recuerdo. Existimos en instancia, estamos buscando un lugar. Radicalmente extranjeros, extranjeros en todos los mundos, hemos de engendrar nuestro mundo. ¿Cuál el vientre?, ¿cuándo el parto? Todo es ajeno, nada nos pertenece. No somos herederos, pero somos y nos toca dar ser. Futurar. Futuremos el país natal. Mundemos. Ancestremos.

Timonel: rompe la rosa de los vientos y el astrolabio y el timón. Retorno es torno, molino, remolino. Turco tierno. Rota hasta consumir el allá y el antes. Espiralízate, aspirálízate. Torna y retorna al país natal, nidal, nodal, al país raíz. Maíz. Masa. Muele sus contornos. Tornea el país tormal, timonel.

El cuádruple camino es el ámbito de mi rechazo y de mi afirmación. Rebeldía, sumisión, astucia y nostalgia son sus cuatro

dimensiones y garantizan su apertura. Por lo demás, el modo de mi caminar no es patético sino en situaciones extremas y eso durante cortos momentos; en general es un andar gozoso, *scherzato*, festivo, humorístico, juguetón. Una profunda seriedad basada en la radical seriedad, mortal seriedad, de mi situación hace que todo lo demás pierda seriedad y entonces la seriedad radical, mortal, se vuelve cómica ella también. Me quedan sólo objetos simbólicos. Los puedo barajar, intercambiar, prestidigitar. Soy maestro de la anamorfosis. Mi arma suprema, tal vez mi única arma auténtica es la risa, tan desbordante a veces que puede concitar las iras del destino, tan disimulada a veces que sólo se distingue como un pequeño relámpago en el fondo de los ojos.

Hay, sin embargo, una duda sísmica, una duda que me desarticula a veces, me amella la risa, me oscurece el fondo de los ojos: la posibilidad de que Occidente sea, si no el llegadero de la humanidad, por lo menos un momento necesario del devenir humano, necesario aunque transitorio; la posibilidad de que Occidente sea el momento necesario del devenir humano en nuestros días, de que nos toque a todos, *ananke*, occidentalizarnos para poder seguir adelante, de que la alternativa actual sea Occidente o estancamiento, cuando no Occidente o caos.

Pero cuando me sacude esta duda me restablezco decidiendo que, si así fuera, yo escogería el estancamiento o el caos. Me articulo y vuelvo a amolar la risa pensando en corrientes y coherencias heterodoxas o prohibidas. Entonces otra vez me zigzaguea en la mirada el relámpago.

32
Las residencias

En cuanto a mi residencia, me jacto de tener muchas moradas. No sólo habito a los «indios» y «negros», y a los pardos de toda gradación, sino también a los europeos segundos y primeros de América y, muy especialmente, a los que me odian y persiguen en los otros porque no pueden expulsarme de su propio corazón.

No me gusta el ejercicio continuo del poder. Me basta tomarlo por asalto, de repente, paralizar ciertas acciones, introducir perturbaciones, encandilar con revelaciones fulminantes, para luego retirarme a mis estancias de acecho, donde gozo del existir visceral, digiero mis venenos y lamo mis heridas.

El no occidental de América se siente más emparentado con los lagartos y las piedras que con la razón segunda. Es lábil, esquivo, omnipresente. Se toma licencias injustificables con la lengua para hacer juegos de palabra innecesarios además de feos e incorrectos. Se contradice alegremente. ¿Estamos ante otra máscara? ¿No esconderá todo ese alegato algo más flamígero y terrible que una defensa de la identidad cultural, algo más profundo que las diferencias culturales? ¿No expresará con simbólica ambigüedad algo menos respetable y más peligroso que la rebeldía del oprimido? ¿No moverá los hilos alguna voluntad innominada y pavorosa?

Quizás.

Pero entraríamos, si no en lo inefable, por lo menos en lo agrafable.

Hay secretos que sólo pueden revelarse en la comunión integral de dos amigos durante alguna forma de embriaguez, pero esa experiencia sólo deja recuerdos imprecisos. O entre dos enemigos en la lucidez del combate cuerpo a cuerpo para la muerte o el orgasmo.

Al margen de ese abismo, empero, cabe afirmar sin ambages: somos occidentales, cómo no.

Bibliografía

- BARAN, Paul (1956). *La economía política del crecimiento*. México, FCE.
- BRICEÑO GUERRERO, J.M. *América Latina en el mundo*. Caracas, Editorial Arte.
- CÓRDOVA, Armando (1975). «Sobre Rosa Luxemburgo y el mundo subdesarrollado», en Silva, Ludovico, *Antimanual para marxistas, marxólogos y marxianos*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1975.
- FORDE, D. (1954). *African Worlds*. Oxford, University Press.
- GERBI, Antonello (1960). *La disputa del Nuevo Mundo*. México, FCE.
- HERSKOVITS, Melville (1941). *The Myth of the Negro Past*. New York, Harper Brothers
- KHAYYAM, Omar (1976). *Rubaiyat* (Traducción de Edward Fitzgerald). Tehran, Padideh.
- KRANZ, Walter (1949). Heráclito (B 1.2), en *Vorsokratische Denker*. Berlín, Weidmannsche Verlagsbuchhandlung.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1962). *La pensée sauvage*. París, Plon.
- LIPPSCHUTZ, Alejandro (1975). *El problema racial en la conquista de América* (3ª ed.). México, Siglo XXI.
- MAYZ VALLENILLA, Ernesto (1959). *El problema de América*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.

- MURENA, Héctor Andrés (1958). *El pecado original de América*. Buenos Aires.
- NEWMAN, James R. (1974). *El mundo de las matemáticas* (2ª ed.), Tomo 1. Barcelona, Grijalbo.
- OUSPENSKY, Pedro (1950). *Tertium Organum*. México, Edit. Sol.
- RIMBAUD, Arthur (1960). *Oeuvres*. París, Garnier Freres.
- STABB, Martin S. (1967). *In Quest of Identity*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- TOPITSCH, Ernst (1958). *Von Ursprung und Ende der Metaphysik*. Viena, Springer-Verlag.
- VILLEGAS, Abelardo (s/s). *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano* (2ª ed). México, Siglo XXI.
- ZEA, Leopoldo (1949). *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*. México, FCE.

Índice

PRÓLOGO

LOS TRES DISCURSOS DE FONDO
DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

VII

La identificación americana con la Europa segunda

1

INTRODUCCIÓN

3

I. IDENTIFICACIÓN DE LA EUROPA SEGUNDA

5

1. *Afirmación inicial*

5

2. *Razón contra tradición*

6

3. *Razón segunda y nivel teórico*

7

4. *Modelos teóricos*

9

5. *Desmitificación y desacralización*

12

6. *Lo natural como ajeno*

12

7. *El método y el lenguaje*

13

8. *La empresa científica*

15

9. *La tradición segunda*

17

10. *Papel del cristianismo*

19

11. *La reflexión ético-política y la sociedad segunda*

21

12. *El progreso y la historia*

24

13. *La creación artística*

27

14. <i>Culminación de lo europeo</i>	30
a) Secularización creciente	30
b) Manipulación segunda	31
c) Vida en un mundo artificial	32
15. <i>Afirmación final</i>	33
II. LA EUROPA SEGUNDA EN AMÉRICA	35
1. <i>Planteamiento inicial</i>	35
2. <i>Dificultades de la Europa segunda en América</i>	36
3. <i>Empresa y desventura de los pioneros</i>	47
<i>Europa y América</i>	
<i>en el pensar mantuano</i>	85
PRÓLOGO	87
PRIMERA PARTE	
IDENTIFICACIÓN DE EUROPA	
DESDE UNA IDENTIFICACIÓN CON EUROPA	89
I. LOS PRINCIPIOS DE EUROPA	89
1. <i>Principio cristiano</i>	90
2. <i>Principio señorial</i>	95
3. <i>Principio imperial</i>	97
4. <i>Principio racional</i>	99
II. INTERACCIÓN DE LOS PRINCIPIOS	103
1. <i>Cristiano-señorial</i>	105
2. <i>Cristiano-imperial</i>	106
3. <i>Cristiano-racional</i>	108
4. <i>Señorial-imperial</i>	112
5. <i>Señorial-racional</i>	114
6. <i>Imperial-racional</i>	115
III. NOTA SOBRE EL LENGUAJE DE LOS PRINCIPIOS	119
1. <i>El principio cristiano</i>	119
2. <i>El principio señorial</i>	120

3. <i>El principio imperial</i>	120
4. <i>El principio racional</i>	121
IV. CULMINACIÓN Y DECADENCIA DE EUROPA	123
V. CAPITALISMO Y SOCIALISMO	139
VI. CORRUPCIÓN Y REVOLUCIÓN	145
1. <i>Origen de la corrupción europea</i>	145
2. <i>Esperanza revolucionaria</i>	147
SEGUNDA PARTE	
IDENTIFICACIÓN DE AMÉRICA DESDE UNA IDENTIFICACIÓN CON EUROPA AMÉRICA COMO <i>PAIDEIA</i>	149
I. PANORAMA DE LA ARTICULACIÓN EUROPA-ESPAÑA-AMÉRICA	149
1. <i>Afirmación inicial sobre América</i>	149
2. <i>Aclaración terminológica</i>	149
3. <i>Caracterización de España</i>	150
4. <i>Caracterización de la Conquista</i>	151
5. <i>Primera caracterización de la paideia americana</i>	154
6. <i>La superioridad de los españoles</i>	155
7. <i>Aproximación mayor al concepto de paideia americana</i>	156
II. EL SISTEMA COLONIAL COMO INSTRUMENTO DE LA <i>PAIDEIA</i>	157
1. <i>Paideia periférica</i>	157
2. <i>Los dos linajes</i>	158
3. <i>El segundo linaje</i>	160
4. <i>El primer linaje</i>	163
a) Imperio y señorío	163
b) Igualdad y desigualdad	164
c) ¿Independencia?	165
d) ¿Por qué la creatividad cultural es débil en América?	166
e) Los actualizadores	168
5. <i>El funcionario metropolitano</i>	170

TERCERA PARTE

VICISITUDES Y PROSPECTO DE LA <i>PAIDEIA</i>	175
I. DIFICULTADES DE LA <i>PAIDEIA</i> (PRIMER GÉNERO)	175
1. <i>Dificultades de primer género</i>	175
2. <i>Resultado en tres tiempos</i>	184
II. DIFICULTADES DE LA <i>PAIDEIA</i> (SEGUNDO GÉNERO A)	189
III. DIFICULTADES DE LA <i>PAIDEIA</i> (SEGUNDO GÉNERO B)	201
1. <i>Influencia perniciosa</i>	201
2. <i>Aclaración terminológica</i>	202
3. <i>Vía de hechos, vía de ideas</i>	204
4. <i>Ideas nefastas</i>	205
IV. CONDUCTA MANTUANA	221
1. <i>La rebelión de los pardos</i>	221
2. <i>La dignidad de los criollos</i>	222
3. <i>Líneas de acción</i>	223
a) Fin-de-mundo	224
b) La braza bajo la ceniza	224
c) Control de la educación	225
d) Monarquía	226
e) Dictadura teocrática	227
f) Participación en el juego democrático	229
g) Participación en el juego revolucionario	230
h) La toma discreta del poder	232
i) Reinstauración de la vida comunitaria	235
j) Identificación con el agresor	241
4. <i>Desfallecimientos</i>	246
a) Ocultamiento del testimonio	246
b) Religiosidad universal	248
c) Defensa pragmática	251
d) Pesadilla del hidalgo	253
e) Perplejidad por una mirada	254
f) Duda suprema	255
5. <i>Conclusión</i>	256

<i>Discurso salvaje</i>	257
INTRODUCCIÓN	259
1 IDENTIDAD Y QUEJA	261
2 NOSOTROS Y NOS-OTROS	265
3 EL MIRADOR, EL MIRADO Y LA MIRADA EN EL MIRAR	269
4 TRIBULACIÓN DEL EUROPEO EN AMÉRICA	271
5 DESMANDE INTERROGATIVO SOBRE LA OPOSICIÓN ANTI OCCIDENTAL	273
6 LA SITUACIÓN VISTA DESDE EL OTRO LADO	275
7 SON OCCIDENTALES CREYENDO NO SERLO	283
8 RECHAZO DE LOS VALORES OCCIDENTALES	287
9 AGRESIÓN INTERROGATIVA	289
10 DEFENSA OFENSIVA U OFENSA DEFENSIVA. ELOGIO DE LAS CULTURAS PRIMITIVAS	291
11 SUPERIORIDAD DE OCCIDENTE	295
12 NOSTALGIA DE BARBARIE	297
13 VANA ESPERANZA DE CATÁSTROFE	299
14 INCORPORACIÓN NO TRAUMÁTICA DE LAS MINORÍAS ÉTNICO-CULTURALES	301
15 LOS VENCIDOS NO TIENEN FUTURO	303
16 EL MESTIZAJE COMO DESTINO CULTURAL DE AMÉRICA	305
17 EL MESTIZAJE AMERICANO: COSMOPOLITA CULTURAL	309
18 EL MESTIZAJE COMO TRANSICIÓN	313
19 NO HAY TIEMPO YA PARA CULTURA NUEVA	317
20 EL MESTIZAJE COMO NOCIÓN RACISTA	319
21 LA SALIDA: UN OCCIDENTE AMPLIADO	323
22 AMÉRICA COMO FICCIÓN IMPERIAL	325
23 LO UNIVERSAL COMO FICCIÓN DE OCCIDENTE	327

24	EL PROGRESO OCCIDENTAL COMO DOMINACIÓN	329
25	BURLA SARCÁSTICA Y CONSEJO BENEVOLENTE PARA EL NO OCCIDENTAL	331
26	RECHAZO DEL CONSEJO Y ESTRATEGIA DEFENSIVA	335
27	LA MULTIPLICACIÓN DE IDENTIDADES Y EL RECHAZO DE MÉTODOS COMUNES DE LUCHA	339
28	HOMO MENSURA	341
29	OTRA INTERPRETACIÓN DEL HOMO MENSURA	345
30	EL CUÁDRUPLE CAMINO (REBELDÍA-SUMISIÓN-ASTUCIA- RETORNO AL PAÍS NATAL) Y EL MODO DE CAMINAR	349
31	LA DUDA SÍSMICA Y SU ANTÍDOTO	355
32	LAS RESIDENCIAS	357
33	ESCARCEO FINAL	359
	BIBLIOGRAFÍA	361

Con esta nueva edición de los tres discursos que rigen y gobiernan el pensamiento americano, según la exposición de José Manuel Briceño Guerrero, vemos desentrañadas nuestras herencias culturales. Estamos aún en pugna, porque está en pugna la manera de mirarnos en tanto americanos.

Los tres grandes discursos los ha denominado el profesor Briceño desde la visión que tenemos de ellos: *Discurso europeo segundo*, importado desde fines del siglo dieciocho; *Discurso cristiano-hispánico* o *discurso mantuano*, heredado de la España imperial, en su versión americana característica de los criollos y del sistema colonial español; y *Discurso salvaje*, albacea de la herida producida en las culturas precolombinas de América por la derrota a manos de los conquistadores, y en las culturas africanas por el pasivo traslado a América en esclavitud.

Estos tres discursos de fondo están presentes en todo americano, aunque con diferente intensidad según los estratos sociales, los lugares, los niveles del psiquismo, las edades y los momentos del día.

Ante este panorama de discursos en guerra sin victoria solo queda, en la perspectiva del presente, el escalofrío estético catártico que produce la contemplación de una tragedia y, en la perspectiva del futuro, el genocidio tecnocrático o la esperanza de una catástrofe planetaria que permita comenzar de nuevo algún antiguo juego.

José Manuel Briceño Guerrero (Palmarito, 1929-Mérida, 2014). Doctor en Filosofía y Filología por la Universidad de Viena; profesor de la Universidad de los Andes por más de 56 años; Doctor Honoris Causa de las universidades UCLA, Unellez y UNET. Premio Nacional de Ensayo (1981) y Premio Nacional de Literatura (1996). Autor de *¿Qué es la filosofía?*, *Dóulos Oukóon*, *América Latina en el mundo*, *Triandáfila*, *El origen del lenguaje*, *La identificación americana con la Europa segunda*, *Discurso salvaje*, *Europa y América en el pensar mantuano*, *Holadios*, *Amor y terror de las palabras*, *El pequeño arquitecto del universo*, *Anfisbena*. *Culebra ciega*, *Diario de Saorge*, *Esa llanura temblorosa*, *Matices de Matisse*, *Trece trozos y tres trizas*, *El tesaracto y la tetractis*, *Mi casa de los dioses*, *Los recuerdos, los sueños y la razón*; *Para ti me cuento a China*, *Tiempo*. Traducción del poeta chino Chiti Matyá, *La mirada terrible*, *Los chamanes de China*, *Recuerdo y respeto para el Héroe Nacional*, *Operación Noé*, *El garrote y la máscara*, *3 x 1 = 4 (Retratos)*, *Dios es mi laberinto* y *El alma común de las Américas*, entre otros.

ISBN: 978-980-01-1999-0



9 789800 119990

República Bolivariana de Venezuela



Editores Latinoamericana CA